

debates

ISSN 1026-5015

# AMERICANOS

No.10 LA HABANA  
Julio-Diciembre 2000



la proyección  
**historiográfica**

de un **siglo**

● REVISTA SEMESTRAL DE ESTUDIOS  
HISTÓRICOS Y SOCIOCULTURALES ● ● ● ● ●

# CASA de ALTOS ESTUDIOS **Don** **Fernando Ortiz**

en L y 27, a unos pasos de la colina universitaria,  
en la residencia que fuera del sabio cubano y legada por él  
a la Univesidad de La Habana, ha iniciado su quehacer  
en el contexto de la vida cultural e intelectual cubanas.

- Promoción de doctorados, maestrías y posgrados.
- Realización de coloquios, seminarios, talleres y conferencias.
- Encuentros con distinguidos intelectuales del país y el extranjero.
- Intercambio científico y académico con instituciones nacionales y del exterior.
- Desarrollo de series de investigaciones temáticas y eventos acerca de las problemáticas cubana, latinoamericana, caribeña y universal.
- Ampliación de la información especializada en los estudios históricos de Cuba, América Latina y el Caribe, con sus servicios bibliotecológicos.
- Actualización del conocimiento de los investigadores por medio de un Centro de Información y Computación.
- Publicaciones de libros de temáticas dedicadas a las Ciencias Sociales con las *Ediciones Imagen Contemporánea* y la revista *Debates Americanos*.

Quienes deseen participar en esta actividad universitaria

de cuarto nivel, puede dirigirse a: **Casa de Altos Estudios**

**Don Fernando Ortiz**

L y 27, Vedado

Ciudad de La Habana, Cuba

**Teléfono: 32-6841**

**Director:**

Eduardo Torres-Cuevas

**Subdirectores:**

Sergio Guerra Vilaboy  
y Rigoberto Pupo Pupo

**Consejo de Dirección:**

Jorge Luis Acanda, Sophie Andioc,  
María del C. Barcia, Ana Cairo,  
Oscar Loyola, Ramón Sánchez,  
Arturo Sorhegui, Oscar Zanetti  
y Rubén Zardoya.

**Miembros invitados al**

**Consejo de Dirección:**

Aurelio Alonso, Pedro Álvarez-Tabío,  
Eramis Bueno, Luisa Campuzano,  
Áurea M. Fernández, Julio García  
Luis, Jesús Guanche, Fernando  
Martínez Heredia, Esteban Morales,  
Olga Portuondo, Daisi Rivero, Pedro  
Pablo Rodríguez y Rolando Rodríguez.

**Miembros de honor y**

**consultantes:**

Miguel Barnet, Salvador Bueno,  
Jorge Ibarra, Eusebio Leal y  
Hortensia Pichardo.

**Consejo de Redacción:**

*Subdirector:* Luis M. de las Traviesas

*Administradora:* Esther Lobaina

*Editora:* Gladys Alonso González

*Diseño y maquetación:* Santiago Ramírez

*Composición de textos:*

Equipo editorial IC

**Correspondencia y suscripciones**

**en Cuba:** Casa de Altos Estudios  
Don Fernando Ortiz, L y 27, Vedado,  
C. de La Habana, Cuba. Telf: 32-6841  
e.mail: cae@ffh.uh.cu

**en Europa:** 17 rue de Boyrie,  
64000, Pau, Francia.

*Representante:* Sophie Andioc

ISSN 1026-5015

**Impresión:**

Producciones Gráficas ENPSES

*Revista académica promovida por profesores universitarios y científicos sociales de Cuba, tiene su centro en la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz, en la Universidad de La Habana.*

*Debates Americanos surge con la intención de buscar respuestas a las necesidades de información y reflexión en el campo de las ciencias sociales y de las realidades cubana y americana. Esta revista se publica gracias a la colaboración y apoyo del Ministerio de Cultura de Cuba. Los artículos aquí publicados, sólo expresan la opinión de sus autores.*



PENSAR EL TIEMPO **5** **Trayectoria de la historiografía cubana en el siglo XX...Oscar Zanetti Lecuona**

**25** **Historia e historiografía de la fase insurreccional. 1952-1958 ...Mario Mencía**

**39** **Playa Girón: Kennedy ante un dilema ...Jesús Arboleya Cervera**

**Sociedad e ideología en la economía esclavista cubana ...Pablo Tornero** **46**

**¿Áreas de cultivo precolombinas? El caso de Pueblo Viejo ...Roberto Rodríguez Suárez**

**59** **Lourdes Pérez Iglesias y Pedro Cruz Ramírez**

CRITERIOS **69** **La revolución en la historia de América Latina: los aportes de Manfred Kossok ...Sergio Guerra Vilaboy**

**77** **La mentalidad revolucionaria ...Michel Vovelle**

**86** **Hacia un nuevo paradigma historiográfico ...Carlos Barros**

**97** **La sociología histórica: ¿entre la identidad y las redes disciplinares? ...Alain Basall Rodríguez**

..... **111** **BIBLIOTECA DE CLÁSICOS CUBANOS Felipe Poey y Aloy. Ictiología cubana**

BICENTENARIO DEL NATALICIO DE JOSÉ DE LA LUZ Y CABALLERO

**118** **Algunas claves del ideario pedagógico de José de la Luz y Caballero y de José Martí para el enfoque profesional de la docencia en la formación de profesores ...Horacio Díaz**

**125** **José de la Luz Caballero y el ambientalismo ...Mariana Serra García**

**135** **ENTRE EL AUTOR Y EL LECTOR**

# TERCER CONGRESO INTERNACIONAL DE HISTORIADORES LATINOAMERICANISTAS

Las universidades españolas de Vigo y Santiago de Compostela, la Sección Cubana de la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe (ADHILAC-Cuba) y la revista *La Formación del Historiador* de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, México, convocan el *Tercer Congreso Internacional de Historiadores Latinoamericanistas*. El evento está también coauspiciado por el Ayuntamiento de Pontevedra, el Consello da Cultura Galega, el Museo de Pontevedra y Caixanova. Este Congreso Internacional en los días 22 y 26 de octubre del 2001 y tendrá por sede la ciudad de Pontevedra, Galicia, España.

***El Comité Científico Internacional*** del III Congreso de Historiadores Latinoamericanistas está integrado por los siguientes doctores:

Jacques Adelaide	Asociación de Historiadores del Caribe Université des Antilles et de la Guyane
Carlos A. Aguirre	Universidad Nacional Autónoma de México,
Carlos Barros	Universidad de Santiago de Compostela, España
Carlos E. Bohórquez	Universidad Autónoma de Yucatán, México
Marta Elena Casaus Arzú	Universidad Autónoma de Madrid, España
Roberto Cassá	Universidad Autónoma de Santo Domingo República Dominicana
Edelberto Cifuentes	Universidad San Carlos de Guatemala
Beatriz Carolina Crisorio	Universidad de Buenos Aires, Argentina
Carlos D. Galles	Universidad de Rosario, Argentina
Feliciano J. García Aguirre	Universidad Veracruzana de México
Pilar García Jordán	Universidad Autónoma de Barcelona, España
Roberto González Arana	Universidad del Norte de Colombia
Alberto Gullón	Universidad de Cádiz, España
Frederique Langue	Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París, Francia
María Luisa Laviana	Universidad de Sevilla, España
María A. Lires	Universidad de Vigo, España
Paulo Henrique Martínez	Universidad Estadual de Londrina, Brasil
Aristides Medina Rubio	Universidad Central de Venezuela
Mary Nash	Universidad de Barcelona, España
Juan Paz y Miño	Pontificia Universidad Católica del Ecuador
Pedro Pérez Herrero	Universidad Complutense de Madrid, España
Juan José Saldaña	Universidad Nacional Autónoma de México
José A. Tabares	Universidad de La Habana, ADHILAC-Cuba
Carlos Valle	Museo de Pontevedra, España
Ernesto Yepes	Universidad Agrícola La Molina del Perú
Michael Zeuske	Universidad de Colonia, Alemania

# latino

## historiadores latinoamericanistas

### **El temario:**

- Galicia y América Latina: balance de una relación histórica.
- La enseñanza de la historia latinoamericana: problemas y perspectivas.
- Estado actual del debate teórico y de la historiografía de América Latina y del Caribe.
- Culturas africanas en América.
- La mujer en la historia de América Latina y el Caribe.
- Los estudios regionales en América Latina: experiencias y resultados.
- Europa y América Latina: intercambios económicos e influencias culturales.
- Sociedad, cultura y religión en América Latina y el Caribe coloniales.
- Historia de la Ciencia en América Latina.
- Política y estado en América Latina (s. XIX y XX).

### **Coordinadores generales:**

Doctor Carlos Sixirei Paredes  
Profesor Titular de Historia de América,  
Universidad de Vigo (Pontevedra),  
Galicia, España.

Doctor Sergio Guerra Vilaboy  
Presidente de la Sección Cubana de la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe (ADHILAC) y Profesor Titular de Historia de América Latina de la Universidad de La Habana, Cuba.

Master Alejo Maldonado Gallardo  
Director revista *La Formación del Historiador*  
y Profesor de la Escuela de Historia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Morelia, Michoacán, México.

Doctora Pilar Caglio  
Profesora Titular de Historia de América,  
Universidad de Santiago de Compostela,  
Facultade de Xeografía e Historia.  
Santiago de Compostela, Galicia, España.

congreso internacional

# historia

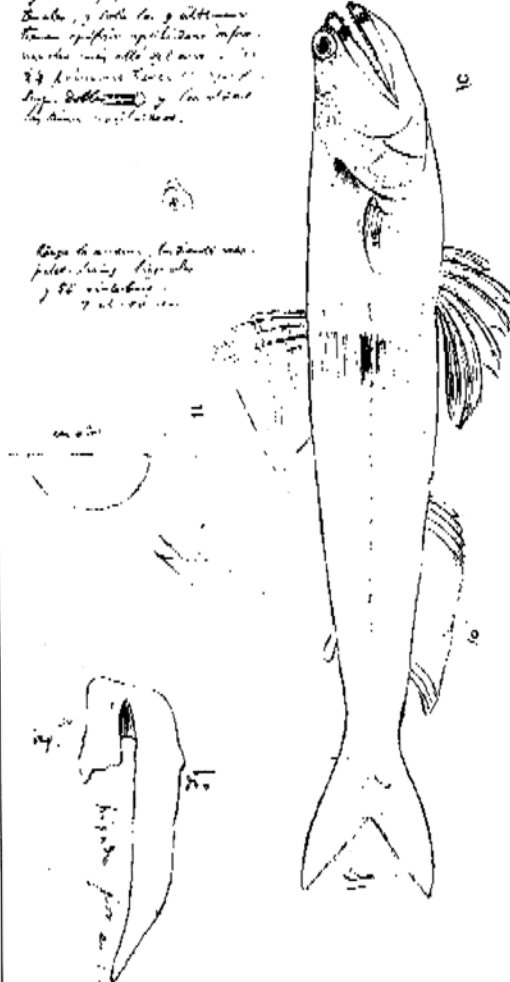
448.

Lagarto

Cayman 8 + 1872

58 vertebras, en la caudal  
de las papas de la caudal  
dentada, y solo en la ultima  
tercera espina vertebral en la  
caudal hay un diente. Hay  
24 huesos en la caudal.  
Hay diente en la caudal  
y tambien en la  
caudal vertebral.

Caja de madera, la caudal en  
pala, tiene papas  
y 58 vertebras.  
7 al 100.000



esta es la caudal y la caudal  
de la -gija -caudal.

Crach. brevirostris, P.

Color amarillo por encima y lados  
en el ojo amarillo, por el  
barridos a fin amarillo dorado en el  
anverso. De abajo blanco. El  
barrido en la loba de la caudal.

En la caudal  
Hay un diente en la caudal  
dentada. Hay un diente en la caudal  
dentada. Hay un diente en la caudal  
dentada. Hay un diente en la caudal  
dentada. Hay un diente en la caudal  
dentada.

Hay un diente en la caudal  
dentada. Hay un diente en la caudal  
dentada. Hay un diente en la caudal  
dentada. Hay un diente en la caudal  
dentada. Hay un diente en la caudal  
dentada.

Hay un diente en la caudal  
dentada. Hay un diente en la caudal  
dentada. Hay un diente en la caudal  
dentada. Hay un diente en la caudal  
dentada. Hay un diente en la caudal  
dentada.

Hay un diente en la caudal  
dentada. Hay un diente en la caudal  
dentada. Hay un diente en la caudal  
dentada. Hay un diente en la caudal  
dentada. Hay un diente en la caudal  
dentada.

Hay un diente en la caudal  
dentada. Hay un diente en la caudal  
dentada. Hay un diente en la caudal  
dentada. Hay un diente en la caudal  
dentada. Hay un diente en la caudal  
dentada.



Hay un diente en la caudal  
dentada. Hay un diente en la caudal  
dentada. Hay un diente en la caudal  
dentada. Hay un diente en la caudal  
dentada. Hay un diente en la caudal  
dentada.

Hay un diente en la caudal  
dentada. Hay un diente en la caudal  
dentada. Hay un diente en la caudal  
dentada. Hay un diente en la caudal  
dentada. Hay un diente en la caudal  
dentada.

Ilustración facsimilar de la obra original de don Felipe Poey y Aloy: Ictiología cubana (Ver en esta revista, página 111 y ss.)

# Trayectoria de la historiografía cubana en el siglo XX

**Oscar Zanetti Lecuona** En estas páginas<sup>1</sup> se analiza el **problema nacional** como “el eje en torno al cual articula su quehacer la historiografía cubana por **más de una centuria**”, lo que permite abordarse por el autor diversas manifestaciones y tendencias de una “**historia en construcción**”, cuyos alcances proyectan hacia el presente un discurso histórico que preserve la **identidad de la nación en un mundo globalizado**. ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ●

**5** En las páginas que siguen, se ensaya un acercamiento al proceso historiográfico en Cuba durante el siglo xx desde un ángulo específico: el discurso histórico de la nación. El problema nacional constituye, a nuestro juicio, el eje en torno al cual articula su quehacer la historiografía cubana por más de una centuria, razón por la cual brinda la posibilidad de aprehender en esta síntesis, forzosamente apretada, múltiples manifestaciones y tendencias. La perspectiva adoptada, sin embargo, es claramente unilateral, lo cual deja abierto un inevitable margen a reduc-

ciones y omisiones. Los imperativos de espacio imponen, igualmente, un límite para las referencias; éstas quedarán circunscritas a estudios precedentes de corte historiográfico, así como a obras y autores especialmente representativos, mencionados a modo de ilustración sin pretensión alguna de exhaustividad.

---

<sup>1</sup> El presente texto fue preparado para la compilación *Capítulos de la historiografía latinoamericana del siglo xx*, con edición en México, por Carlos A. Aguirre Rojas.

OSCAR ZANETTI LECUONA

Doctor en Ciencias Históricas y director de Investigaciones del Instituto de Historia de Cuba, con amplia actividad intelectual en Cuba y en el exterior, es autor de múltiples artículos y ensayos publicados en el país y por instituciones extranjeras; en 1998 recibió el Premio Especial Conmemorativo del Centenario de 1898 por la Casa de las Américas con su obra: *Comercio y poder: relaciones hispano-norteamericanas en torno a 1898*.

### ► La constitución de una historia nacional

El siglo xx se inicia para los cubanos teñido de incertidumbre. Tras décadas de combates por la independencia, el pabellón español había sido finalmente expulsado de la Isla, pero sólo para ser sustituido por la bandera de las barras y las estrellas, símbolo de una ocupación de título temporal y plazo inde-

finido, a la que diera lugar la intervención norteamericana que puso término al conflicto independentista. La preocupación por el destino de la nación que absorbía entonces a la literatura política, habría de marcar también con su impronta a la historiografía de la centuria naciente.

Las cruciales definiciones del momento propiciaron el deslinde de posiciones historiográficas. Aquel sector de la intelectualidad que nunca había comulgado con la independencia, desconfiaba de la capacidad de los cubanos —por considerarlos un pueblo social y étnicamente diverso, formado durante siglos de opresión colonial— para constituir un Estado equilibrado y estable que condujese a la sociedad insular por los cauces de la modernidad. Su alternativa era evidente, tanto más si se escuchaban influyentes opiniones en Washington. En 1900, un autor cubano radicado en esa ciudad, José Ignacio Rodríguez, se apresura en publicar su *Estudio histórico sobre el origen, desenvolvimiento y manifestaciones prácticas de la idea de la anexión de la Isla de Cuba a los Estados Unidos de América*, recuento de la trayectoria casi secular de una corriente política cuyas aspiraciones el autor creía llegado el momento de materializar. Pero el sentimiento independentista era profundo y se hallaba lo suficientemente extendido como para frustrar el proyecto de anexión. En su lugar se aplicó la fórmula republicana, si bien con la soberanía explícitamente limitada por la Enmienda Platt que fue impuesta como

apéndice a la constitución cubana. Para algunos, esa república sería sólo una suerte de “preparatoria” que adiestraría a los cubanos hasta su definitivo ingreso en la Unión norteamericana. La hora se creyó llegada en 1906, cuando las discordias intestinas quebraron el orden estatal recién creado y dieron lugar a una nueva intervención de Estados Unidos. La “incapacidad cívica” del cubano parecía patente y otro historiador anexionista, Francisco Figueras, se encargó entonces de rastrear sus raíces en el pasado colonial.<sup>2</sup> Las circunstancias, no obstante, se mostraron definitivamente desfavorables al anexionismo, corriente que, tanto en lo político como en la historiografía, subsistiría en lo adelante encubierta tras una literatura que exaltaba sistemáticamente los valores de la civilización norteamericana y sostenía la necesidad del tutelaje imperial.

Frente a esa tendencia tomaba cuerpo otra, encarnada por los representantes más consecuentes del proyecto independentista, cuya prédica afincaba sus raíces en los valores de una cultura nacional forjada en el propio seno del coloniaje español. La defensa de la república soberana, capaz de preservar y continuar esas tradiciones, tuvo su manifestación historiográfica más destacada en la obra de Enrique Collazo. General de las guerras de independencia, Collazo publica durante la primera década del siglo tres obras: *Cuba independiente* (1900), *Los americanos en Cuba* (1905) y *Cuba intervenida* (1910), en las cuales, junto a la exaltación de la épica libertadora, develaba los antecedentes y prácticas de la política norteamericana en Cuba, denunciando sus propósitos de dominación impe-

<sup>2</sup> *Cuba y su evolución colonial*, Imp. El Avisador Comercial, La Habana, 1907. Un año antes, Figueras había publicado el folleto *La intervención y su política*, en el cual plasmaba una primera evaluación de los factores que incapacitaban a Cuba para una existencia independiente y, con marcado providencialismo, apuntaba al destino de americanización de la Isla. En *Cuba y su evolución...* fundamentaría esas tesis en el plano histórico, con un texto más llamativo por la sugestión de ciertas interpretaciones sociológicas que por su exactitud factual y fundamentos documentales.



rial.<sup>3</sup> Los trabajos de Collazo y de sus continuadores más inmediatos —como Julio César Gandarilla— constituyeron los cimientos de la historiografía nacionalista.

Pero la república era hija de una transacción, plasmada en el tortuoso y desgarrador debate que condujo a la aceptación de la Enmienda Platt. La generación que había hecho la guerra, enfrentaba ahora la difícil empresa de asegurar de algún modo la continuidad de su proyecto, la pervivencia de la identidad cubana, dentro de moldes institucionales y condiciones funcionales provenientes de —e impuestas por— el paradigma modernizador norteamericano. Por otra parte, esa legitimación republicana, que extendía carta de naturaleza a un Estado nacional a medias, resultaba indispensable para asegurar credibilidad a la nueva elite dirigente, la cual asumía el gobierno del país en connivencia con la dominación, apenas embozada, de una potencia extranjera.

Para la construcción de la historia “patria” se contaba con una literatura cuyos antecedentes remontaban a la obra primigenia de José Martín Félix de Arrate en el siglo XVIII y, sobre todo, con los estudios, crónicas y testimonios de la gesta independentista publicados por los protagonistas de esa contienda.<sup>4</sup> *Nociones de Historia de Cuba*, editada por Vidal Morales en 1901 y adoptada como texto oficial para la enseñanza primaria, presenta con nitidez —quizás por su formulación elemental— los rasgos de la imagen histórica que se pretende fijar. En un estilo algo

más moderado por los aires positivistas, Morales acomete la tarea de exponer las bases históricas del Estado nacional en ciernes que en otras latitudes del continente llevara a cabo la historiografía romántica. Con manifiesta voluntad de idealización, este texto narra los hechos notables y enaltece las figuras grandiosas del proceso histórico cubano, pero no oculta la intencionalidad que supone el tratamiento indistinto de tales acontecimientos y personalidades. Así, a la vez que se exaltaba el heroísmo sin tacha de un Céspedes, un Agramonte o un Maceo, el anexionista Narciso López encabeza la lista de los mártires por la independencia y la dirigencia autonomista resultaba absuelta de su compromiso colonial.<sup>5</sup>

El mejor exponente del espíritu que alienta a esa historia nacional en gestación lo constituye, sin embargo, una obra de tema contemporáneo: *Cuba: los primeros años de independencia*, publicada en 1911 y 1912. Su autor, Rafael Martínez Ortiz, médico de profesión, hilvana una extensa y pormenorizada narración del acontecer político entre 1899 y 1909 —de cuyos incidentes ha sido frecuentemente testigo o protagonista—, uniendo a su personal visión de los hechos el empleo de numerosas y variadas fuentes, las cuales transcribe o refiere con la escrupulosidad de la mejor tradición positivista. Parco y hasta superficial en sus interpretaciones, Martínez Ortiz traza una imagen transida de conformismo de la reciente experiencia republicana, la cual, a su juicio, aleccionaría a los cubanos

<sup>3</sup> Collazo había dado temprana muestra de sus aptitudes historiográficas con la publicación de *Desde Yara hasta el Zanjón* (1893), un recuento de la primera guerra independentista. Aunque no era un historiador profesional, sustenta su narración tanto en sus vivencias como en documentos, de los cuales reproduce en sus obras largos fragmentos, como era frecuente en la época. Su esfuerzo, por otra parte, tiene un fundamento pragmático bien explícito, según se aprecia en la “Dedicatoria” de *Los americanos ...*: “Aprendamos en la historia de nuestro pasado a desconfiar de nuestros humanitarios protectores (...) si es que queremos conservar la independencia abso-

luta y la libertad, por las cuales hemos luchado medio siglo”.

<sup>4</sup> Aunque los primeros exponentes de esta literatura aparecen a finales del siglo XIX, ésta se nutre en medida creciente desde los inicios de la república, con la publicación de obras como *La revolución de Yara*, de Fernando Figueredo (1902); *Mi diario de la guerra*, de Bernabé Boza (1905); *Las crónicas de la guerra*, de José Miró Argenter (1909), y *Relieves*, de Gerardo Castellanos (1910).

<sup>5</sup> Carmen Almodóvar: *Antología crítica de la historiografía cubana (período neocolonial)*, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1989, pp. 99-102.

para sacar el mejor partido de la “ley fatal” que los subordinaba a Estados Unidos.<sup>6</sup>

Cuando esa obra veía la luz, en el campo intelectual cubano se debatía en torno al valor de las influencias culturales —norteamericana y española— a que se hallaba sometida la sociedad insular, y se daban los primeros pasos de una institucionalización que anudase la relación entre las tradiciones vernáculas y la actualidad. En el terreno historiográfico, sería la Academia de la Historia de Cuba —creada por decreto presidencial en agosto de 1910— el órgano encargado de otorgar sanción oficial a los relatos constitutivos de la “historia patria”. De carácter francamente exclusivista —podía contar con hasta 30 académicos de número y otros tantos correspondientes, todos vitalicios—, la Academia mostró desde su creación el empaque habitual en las instituciones de esta índole, adoptando toda una liturgia diseñada para revestir sus actos de la mayor respetabilidad. En su triple función conservadora, divulgadora y consultiva, ese Centro no sólo se encargaría de hacer la exégesis oficial de la historia de Cuba sino que afianzó un modo de hacer ajustado a la tradición erudita, a la vez que consagraba el predominio del paradigma positivista en la producción historiográfica. Después de una primera década de intermitente actividad, la Academia disfrutó de una breve etapa de auge durante los años 20, cuando mediante la convocatoria de premios, el apoyo a ciertas empresas investigativas y una gestión editorial más eficiente, coadyuvó a plasmar obras que representaron un apreciable aporte al conocimiento de la historia nacional.<sup>7</sup>

Casi medio millar de variados textos —libros, folletos, ensayos, etc.— relacionados de algún modo con temas históricos ven la luz durante las primeras dos décadas republicanas. Se trata de una literatura de valía muy diversa, en que las obras de factura profesional son las menos, pero que ensancha e, indiscutiblemente, enriquece la imagen del pasado cubano. Los procesos políticos constituyen la materia prima casi exclusiva de estas narraciones, en las cuales el aliento positivista —por demás vago— se aprecia mucho más en el apego a lo factual, que en el cui-

dadoso tratamiento de las fuentes y la aplicación de procedimientos críticos. Aunque el esfuerzo de síntesis está prácticamente ausente, salvo en algún que otro texto escolar, ciertos rasgos del discurso histórico nacional se presentan con nitidez suficiente para permitir una caracterización.

En primer término, el interés se distribuye de manera muy desigual en la dimensión temporal del objeto de estudio. Los primeros siglos coloniales, para los cuales se reiteran los calificativos de “oscuros”, “difíciles” o “sombrios”, reciben escasa atención. Exhibiendo el mismo desdén de Arango y Parreño por los “tiempos primitivos”, la naciente historiografía republicana asume la perspectiva histórica de la vieja oligarquía y concentra su análisis en el período posterior a la toma de La Habana por los ingleses (1762), cuando el protagonismo criollo se hace evidente. Los cubanos son, pues, los actores principales en la trama. Pero no todos; sólo los “ilustres”, aquellos que en su condición de “iniciadores” o “fundadores” propulsan el devenir nacional.<sup>8</sup> El sujeto popular rara vez aparece en las páginas de esta historia y, cuando lo hace, es siempre como una individualidad a quien las circunstancias han llevado hasta el proscenio. La historia que se gesta no es menos desigual en lo espacial que en lo cronológico. La Habana es

---

<sup>6</sup> Teresita Yglesia: “The History of Cuba and its Interpreters, 1898-1935”, en *The Americas*, XLIX (3), January 1993, pp. 373-374.

<sup>7</sup> Entre estas obras figuran las monografías de Roque Garrigó y Adrián del Valle dedicadas a las primeras conspiraciones independentistas, los estudios de la historiadora norteamericana Irene Wright sobre La Habana en los primeros siglos coloniales y la publicación de importantes compilaciones documentales como el *Centón epistolario* de Domingo del Monte y el *Cedulario cubano*, resultado de la enjundiosa investigación desarrollada por José M<sup>a</sup> Chacón y Calvo en los archivos españoles. Una sagaz valoración de las características y labores de la Academia se halla en el ensayo —aún inédito— de Ricardo Quiza: “El cuento al revés; historia, nacionalismo y poder en Cuba, 1902-1930”, cuyo texto hemos podido consultar por gentileza de su autor.

<sup>8</sup> Quiza, ob. cit., pp. 30-36.

centro privilegiado y teatro primordial del acontecer insular. Sus hechos y circunstancias no sólo son mejor estudiados, sino que a menudo las conclusiones de esos estudios se generalizan arbitrariamente a todo el país. Desde luego que la historia regional tiene cultivadores, incluso académicos de renombre como Emeterio Santovenia dedican al “terruño” sus primeros desvelos; pero estos relatos locales apenas se integran al discurso histórico nacional, el cual únicamente abandona la capital cuando procesos claves —como las guerras de independencia— se desenvuelven en otro escenario.

De tal suerte, la historia nacional que se genera y “oficializa” en los albores de la república, se muestra capaz de salvaguardar ciertos valores primordiales para la identidad cubana dentro de muy complejas circunstancias, pero su discurso refleja tanto las necesidades como las inconsecuencias de una clase dirigente que se desgasta y corrompe en el ejercicio del poder.

### ► **Reafirmación nacional y renovación historiográfica**

En la década del 20 se gesta un cambio sustancial en la trayectoria de la sociedad cubana. Tras el auge desenfrenado que ocasionara la Primera Guerra Mundial, una profunda e inesperada crisis manifiesta la fragilidad estructural de la economía monoprodutora. El traspaso masivo de propiedades a manos de firmas norteamericanas que provoca la caída del precio del azúcar, disipa las ilusiones de un progreso ilimitado hasta en algunos elementos de la burguesía asociada al capital imperialista. Inmersas en corruptelas y luchas partidistas, las dirigencias republicanas ponen de manifiesto su incapacidad política y propician la injerencia del gobierno de Estados Unidos que, por lo sistemática y desvergonzada, se torna cada vez más intolerable. Tales circunstancias provocan lo que algunos han calificado como un “despertar de la conciencia nacional”, fenómeno plasmado en vastos y multiformes movimientos reivindicativos que evidencian la definitiva irrupción de las clases trabajadoras y las capas medias en la arena política. Para domar esas fuerzas, la oligarquía se alinea con

Gerardo Machado, cuya dictadura profundizará la crisis hasta provocar una revolución que, aunque frustrada, consigue quebrantar profundamente el orden republicano.

Las urgencias del momento dejan sentir su impacto sobre el movimiento intelectual. Profusos estudios y ensayos sobre la “crisis” y la “decadencia”, reflejan la inquietud y el compromiso creciente de muchos intelectuales que, influidos por las más avanzadas tendencias del pensamiento mundial, promueven proyectos políticos y culturales encaminados a una recuperación —quizá refundación— nacional. En modo alguno ajena a esas influencias, la historiografía también da muestra de arrestos renovadores, los cuales se asocian, en lo fundamental, a la labor de tres prominentes personalidades: Ramiro Guerra, Fernando Ortiz y Emilio Roig de Leuchsenring.

El ejercicio del magisterio y una poderosa vocación, impelen a Ramiro Guerra a un tenaz y fecundo quehacer historiográfico de casi medio siglo. De concierto con la redacción de algunos textos de finalidad docente, Guerra emprende el ambicioso proyecto de una *Historia de Cuba*, del cual sólo verán la luz —en 1921 y 1925— los dos primeros tomos. Su esfuerzo queda circunscrito en esa ocasión al período colonial más temprano, época sobre la cual venía investigando —y publicando— la historiadora norteamericana Irene Wright.<sup>9</sup> Pero a diferencia de la Wright, quien con manifiesta antipatía se solazaba en describir el ambiente de abulia y relajación moral que creía característico de lo cubano, Guerra concede primordial importancia a esta etapa por considerarla “el verdadero período de fundación de la colectividad cubana”. El proceso constitutivo del pueblo-nación se presenta así como el asunto por excelencia en la

<sup>9</sup> *The Early History of Cuba, 1492-1856*, New York, 1916; *Historia documentada de San Cristóbal de La Habana*, Imp. Siglo XX, La Habana, 1927. Para una valoración, véase C. García del Pino y A. de la Fuente: “Apuntes sobre la historiografía de la segunda mitad del siglo XVI cubano”, en *Santiago*, no. 71, diciembre de 1988, pp. 77-78.

historiografía guerriana, algo que se hará todavía más evidente al publicarse, en 1938, su *Manual de Historia de Cuba*.<sup>10</sup>

Precisamente, en la preocupación por el destino nacional bajo las críticas condiciones de los años 20 está la raíz de *Azúcar y población en las Antillas*, libro publicado en 1927 y probablemente la obra más conocida de este historiador. En sus páginas, Guerra traza un estremecedor paralelo entre el desarrollo de la plantación en las Antillas británicas durante los siglos xvii y xviii y la avasalladora expansión del latifundio azucarero en la Cuba de la época. Al analizar los males del latifundismo, el autor refleja las angustias de muchos colonos y hacendados azucareros cubanos en peligro de ser barridos por el capital estadounidense, pero su denuncia se sustenta, ante todo, en la amenaza que para la sociedad y el Estado cubanos entraña una institución económica —el latifundio—, que “mina, socava, destruye en lo esencial y básico de la misma, la nacionalidad”.<sup>11</sup> Preocupado por otro fenómeno expansivo, el del Estado norteamericano, Guerra lleva sus estudios a ese ámbito y, en obras como *En el camino de la independencia* (1930) y *La expansión territorial de los Estados Unidos* (1935), analiza los problemas que ese proceso ha supuesto para la constitución de la nación cubana, asunto sobre el cual sus criterios constituyen un buen ejemplo de la ambigüedad de sentimientos que Estados Unidos —en su doble condición de paradigma democrático y potencia imperial— suscitaba entre muchos de sus contemporáneos.

Las obras postreras de Ramiro Guerra aportan una imagen renovada de los espacios regionales y locales. *Mudos testigos* (1947) y *Por las veredas del pasado* (1957), por su especial sensibilidad, constituyen atisbos, hasta cierto punto premonitorios, de la microhistoria. Pero los capítulos iniciales de *Guerra de los Diez Años* (1950-1952), sentarán pautas en la difícil empresa de captar las peculiaridades regionales e integrarlas en la trama histórico nacional.

La distancia entre la obra guerriana y la historiografía forjada en las dos primeras décadas de la república es apreciable, aunque no sólo

por su revalorización de los siglos “oscuros” o su perspectiva de los procesos regionales, sino, sobre todo, porque sus textos dan muestra de un calado interpretativo sin precedentes. Conocedor de las tendencias de la historiografía mundial, particularmente la anglosajona —Trevelyan, Stratford, Truslow Adams, los Beard—, Guerra acompaña al rigor en el tratamiento de las fuentes con un método de análisis que deja percibir los criterios de selección y abre cierto margen a las explicaciones y generalizaciones. Si bien su atención permanece centrada en los hechos políticos, relaciona éstos con fenómenos económicos y sociales, develando los intereses que mueven a los protagonistas históricos, y no pierde de vista la influencia de los acontecimientos internacionales al reconstruir los procesos de la historia cubana. El tono objetivo y la parquedad de sus juicios —entre otras características— mantienen a Ramiro Guerra dentro de las fronteras del positivismo, pero su obra supera claramente el estadio narrativo de la historiografía de principios de siglo e imprime al discurso histórico de la nación rasgos modernos y perdurables.

No fue Fernando Ortiz historiador de profesión y ni siquiera pueda calificarse como historiográfica a la mayor parte de su obra. Mas, su quehacer intelectual, tan erudito como imaginativo, renovó en sus mismas bases las concepciones históricas acerca del devenir nacional. De raigal formación positivista, adquirida a principios de siglo durante sus estudios de derecho y sociología en universidades de España e Italia, Ortiz se asoma a la sociedad cubana con el interés de investigar la criminalidad. Siguiendo a sus maestros Lombroso y Ferri, busca un fundamento

<sup>10</sup> De manera explícita, Guerra había dejado sentado este criterio en la “Introducción” al primer tomo de su *Historia de Cuba* (Imp. Siglo XX, La Habana, 1921, p. 3), al afirmar que “la historia tiene como objetivo primordial explicar científicamente el proceso de formación y desarrollo de una comunidad nacional...”.

<sup>11</sup> *Azúcar y población en las Antillas*, Instituto Cubano del Libro, la Habana, 1970, p. 80. Sobre este asunto véase R. Rojas: “La memoria de un patricio”, en *Op. Cit.*, Puerto Rico, no. 7, 1992, pp. 130-137.

atávico en las conductas criminales y ello lo conduce, en correspondencia con las circunstancias del momento, a investigar las prácticas religiosas y mágicas de origen africano. Su primer resultado, *Los negros brujos* (1906), es un estudio de etnología criminal que se esfuerza por comprender sobre bases científicas la “primitividad psíquica” de los negros. Pronto se percata de que el asunto no puede quedar circunscrito a su matriz africana, y que resulta indispensable analizarlo dentro de las condiciones históricas —habitualmente opresivas— a que ha estado sometido ese sector de la población insular. Así, la segunda obra concebida dentro del ciclo dedicado al “hampa afrocubana”, *Los negros esclavos* (1916), tendrá ya una dominante intención historiográfica, por más que su estructura y la frecuente consideración sociológica de los problemas la alejen de lo convencional en la literatura histórica de la época. A partir de aquí, Ortiz renueva su programa, que se orientará hacia el reconocimiento del negro, con sus valores culturales y su dignidad plenamente respetados, como parte indisoluble de la comunidad nacional.<sup>12</sup>

Definitivamente inclinado hacia la antropología —en 1921 funda la Sociedad de Folklore Cubano—, Ortiz abandona los estudios criminalísticos para dedicar toda su atención a los factores constitutivos de la sociedad y la cultura, labor formidable en la cual conjuga la mesa y la tribuna, abarcando desde la valoración de las influencias hispanas y la edición de los “clásicos” del pensamiento cubano, hasta el estudio incesante de los aportes africanos a la formación nacional. Con la publicación, en 1940, del

---

<sup>12</sup> Ya en 1913, Ortiz había proclamado la necesidad del “análisis, preciso, objetivo, sin apasionamientos ni prejuicios, minucioso y documentado de los múltiples elementos que a nuestras costumbres y a nuestro carácter nacional ha traído cada raza y a la evolución de cada elemento en particular, relacionado con los demás”. “Las supervivencias africanas en Cuba”, en *Entre cubanos. Psicología tropical*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1987. Véase J. Le Riverend: “Fernando Ortiz y su obra cubana”, en *Órbita de Fernando Ortiz*, La Habana, 1973.

*Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, cristalizan, en síntesis magistral, las diversas líneas de trabajo seguidas por este autor. Concebida como un contraste histórico entre los renglones fundamentales de la producción cubana, la obra va mucho más allá y en verdadero despliegue de erudición examina tanto la constitución de la sociedad cubana y los efectos del monocultivo, como el desarrollo de hábitos, creencias e imágenes, anudando todo ello en torno a un concepto de “cultura” que ya resulta imposible de encuadrar dentro del positivismo culturalista.

Con esa concepción dinámica de la cultura y con su examen de los factores sociales del proceso nacional, Ortiz colocaba sobre fundamentos científicos el estudio de la identidad cubana, a la vez que plantea el problema histórico de la nación en términos que desbordan su tradicional —y muy estrecho— cauce político. En esos caminos hará el sabio cubano nuevos aportes —*La africanía de la música folklórica de Cuba* (1950), *Los instrumentos de la música afrocubana* (1952)— y todavía le alcanzará el tiempo para, casi al final de su vida activa, publicar la *Historia de una pelea cubana contra los demonios* (1959), fascinante estudio sobre las supersticiones y el fanatismo en una villa del siglo xvii, donde se hacen palpables atributos de lo que un tiempo después se conocería como la “historia de las mentalidades”.

Sin el oficio de un Ramiro Guerra o la cosmovisión de Fernando Ortiz, Emilio Roig de Leuchsenring figura, no obstante, por derecho propio entre los renovadores de la historiografía cubana. También abogado de profesión, Roig hace sus primeras armas en el periodismo costumbrista y el derecho internacional público; en ese terreno se inserta su primer libro: *La ocupación de la República Dominicana por los Estados Unidos y el derecho de las pequeñas nacionalidades de América* (1919), primicia de lo que habrá de ser el centro de sus preocupaciones a lo largo de una muy fructífera actividad historiográfica.

Roig aporta a la historiografía cubana su peculiar pragmatismo. Para él, la historia es, ante todo, una formadora de conciencia nacional. Y

en las difíciles circunstancias de su país, esa conciencia debía ser alertada respecto de las amenazas que a lo largo de la historia ha representado Estados Unidos para el destino de la nación cubana. *La ingerencia norteamericana en los asuntos internos de Cuba* (1922), *Historia de la Enmienda Platt* (1935), *Cuba no debe su independencia a los Estados Unidos* (1949), *Los Estados Unidos contra Cuba Libre* (1959), son sólo los principales hitos de su historiografía explícitamente antiperimperialista. Con este esfuerzo, Roig continúa y robustece la corriente nacionalista iniciada por Collazo, hasta hacer añicos la imagen de “aliado leal y desinteresado” que de Estados Unidos propagaba la narrativa histórica oficial. Su labor no se circunscribe, desde luego, a esta temática; la ciudad de La Habana, el pensamiento de José Martí, las guerras independentistas, también ocupan apreciables espacios en la nutrida bibliografía de este historiador.<sup>13</sup>

Además de por la obra escrita, Roig influye en el movimiento historiográfico cubano gracias a sus extraordinarias dotes de promotor. Desde la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana —institución creada gracias a su iniciativa— sustenta publicaciones, inspira sociedades y organiza los Congresos Nacionales de Historia, actividades todas en las cuales congrega tanto a figuras consagradas como a historiadores de reciente promoción para afianzar el compromiso social de una historiografía colocada al margen de la Academia.<sup>14</sup> Este movimiento hace evidente lo que de forma implícita y fragmentada

puede apreciarse en la mejor producción historiográfica en las décadas del 20 y el 30; del mismo modo que la revolución de 1933, pese a frustrarse, había quebrantado la hegemonía oligárquica en la república, el impulso renovador de estos años, sin transformar radicalmente la factura y los fundamentos de la historiografía cubana, dio paso a un discurso alternativo de la historia nacional capaz de disputar espacio a la tradición oficial en la conciencia histórica de la sociedad.

### ► Florecimiento y diversidad

Los años 40 y 50, sobre todo los primeros, marcan un momento de auge en el movimiento historiográfico cubano, el cual se expresa no tanto en la envergadura y alcance de las publicaciones como por la cuantía y diversidad de éstas. Bajo la atmósfera de democratización y recuperación económica que propiciara la Segunda Guerra Mundial, confluyen obras tradicionales e innovadoras, hace acto de presencia una nueva generación de historiadores, se amplían los espacios públicos de debate y se difunde un paradigma historiográfico —el marxismo— capaz de orientar las tendencias renovadoras hacia metas más ambiciosas y esenciales.

En 1939, Emeterio Santovenia —a la sazón vicepresidente de la Academia— inicia la publicación de su *Historia de Cuba*, de la cual verá la luz un segundo volumen cuatro años después. La obra queda trunca a finales del siglo XVIII, pero constituye una buena muestra de que el discurso histórico tradicional no se sustrae al influjo de ciertos aires renovadores, ampliándose para abarcar algunos procesos económicos y sociales, incluso hasta aspectos del modo de vida, sin que sus textos pierdan con ello su enfoque descriptivo. Otros exponentes de la historiografía académica —J. M. Pérez Cabrera, F. Ponte Domínguez— nutren también la literatura histórica de la época con monografías breves y estudios biográficos de corte más o menos tradicional. Los temas del siglo XIX y el acercamiento a la vida y obra de los próceres continúan predominando en la producción historiográfica —y no sólo en la Académica— que, en su mayor parte, fluye por el cauce trazado a la historia nacional.

<sup>13</sup> Almodóvar, ob. cit., pp. 356-365. Por su apego a lo factual, la cita frecuente de extensos fragmentos documentales y otros atributos, la obra de Roig se mantiene enmarcada en el positivismo historiográfico, tendencia cuyos cánones transgrede, sin embargo, por el espacio concedido a los juicios de valor.

<sup>14</sup> Los Congresos Nacionales de Historia se proponían promover la investigación y la divulgación históricas “a fin de que dicho conocimiento se traduzca en la reafirmación permanente de la fe cubana en la evolución histórica de la nacionalidad y estimule el más sano patriotismo”. Oficina del Historiador de la Ciudad: *Revalorización de la Historia de Cuba por los Congresos Nacionales de Historia*, La Habana, 1959, p. 7.

El caso peculiar y hasta cierto punto paradójico de Herminio Portell Vilá, ilustra la heterogénea orientación historiográfica del momento. Este historiador que había mostrado su interés por la historia diplomática en algunos estudios breves editados a lo largo de la década del 30, publica entre 1939 y 1941 una *Historia de Cuba en sus relaciones con Estados Unidos y España*, extensa obra en cuatro volúmenes en la cual aprovecha —y en buena medida reproduce— la cuantiosa documentación consultada durante una prolongada estancia de trabajo en los archivos norteamericanos. Aplicando los mejores recursos del canon positivista, Portell Vilá reconstruye el proceso histórico cubano —hasta 1909— siguiendo una lógica que imbrica de modo constante “la acción y la reacción de las dos fuerzas externas” que condicionan la evolución nacional. Plasma así un texto cuyo fino sentido crítico parece acercarlo a las posiciones de Roig de Leuchsenring, aunque expuestas en un tono mucho más cauteloso y moderado. Sin embargo, en la década siguiente, dará a la luz una obra igualmente voluminosa y documentada, *Narciso López y su época*, dedicada no sólo a exonerar explícitamente de su anexionismo al controvertido general venezolano, sino a exculpar —esto sí de modo implícito— a la corriente anexionista de su esencial proyección antinacional. Esta obra en cierta medida venía a reverdecer una tendencia que se creía extinguida, por lo cual suscitó airadas polémicas y fue objeto de una repulsa bastante generalizada en el ambiente historiográfico.<sup>15</sup>

Eran tiempos de debate. No debe olvidarse que por estos años los Congresos Nacionales de Historia denunciaban que “malvadamente o con inconsciencia se ha hecho creer al cubano que es un pueblo tan infeliz, incapaz y desgraciado, que ni siquiera pudo romper por su propio esfuerzo el vínculo que le esclavizaba a España...”.<sup>16</sup> En los decenios del 40 y 50 —como se ha visto— aparecen también algunas de las obras más significativas en la corriente renovadora. No cabe ahora reiterarlas, pero sí, en cambio, resulta imprescindible mencionar el trabajo de algunas figuras “menores” de ese movimiento, que en estos años se mueven, mayoritariamente, en

torno a Emilio Roig. Tales son los casos de José Luciano Franco, acucioso investigador de formación autodidacta a quien anima un creciente interés por destacar el papel de la población negra en el proceso histórico; Enrique Gay-Calbó, estudioso de la historia institucional e intelectual, así como de los movimientos políticos en la primera mitad del siglo XIX, y Elías Entralgo, en cuyas aproximaciones sociológicas al devenir histórico cubano y en su interés por figuras cumbres de la cultura nacional se hace visible la influencia de Fernando Ortiz. Del entorno de Roig procede también Fernando Portuondo, autor de lo que consideramos como el mejor texto para la enseñanza de Historia de Cuba escrito durante el siglo. Publicada por primera vez en 1943, esta obra constituye una excelente evidencia de la medida en que el esfuerzo renovador estaba transformando el discurso histórico nacional. El esquema de síntesis, de claro influjo guerriano, sigue el eje del acontecer político y se concentra en el siglo XIX, pero sin excluir los procesos económicos y culturales ni la consideración de los factores externos en su incidencia sobre la evolución nacional. Aunque la narración no se anuda en torno a problemas y —quizá con finalidad didáctica— sigue fielmente una secuencia cronológica; en modo alguno está ausente la intención explicativa, por más que ésta, generalmente, capte sólo las relaciones más elementales. La exaltación de los valores nacionales, por último, conserva el sentido indistinto, y hasta a

<sup>15</sup> El cambio de rumbo de Portell es probablemente menos brusco de lo que parece. Desde 1943 dirigía el Instituto Cultural Cubano-Norteamericano financiado por la embajada de Estados Unidos y su orientación ya se hace perceptible en el folleto *Theodore Roosevelt en la independencia de Cuba*, publicado en 1950. Los tres tomos de *Narciso López...* aparecieron sucesivamente en 1950, 1952 y 1958.

<sup>16</sup> Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales: “Nota preliminar a la primera edición...”, en E. Roig de Leuchsenring: *Cuba no debe su independencia a los Estados Unidos*, La Habana, 1950. El IX Congreso recomendaría formalmente al Ministro de Educación que se revisasen los textos de “historia patria”, de modo que éstos expusiesen claramente la tesis demostrada por Roig que daba título a la obra referida.

veces ingenuo, del discurso tradicional, pero lo trasciende, no obstante, con un manifiesto espíritu nacionalista, refrenado exactamente en el linde con el antimperialismo, algo comprensible tratándose de una obra concebida como texto para la enseñanza oficial.

Portuondo pertenece a la nueva generación de historiadores emergida al finalizar la década del 30, algunos de cuyos integrantes habían hecho acto de presencia en un ciclo de conferencias radiales sobre Historia de Cuba, editadas poco después bajo el auspicio de Emilio Roig.<sup>17</sup> En esta nueva hornada se hace perceptible la influencia del marxismo, cuya difusión se vería facilitada por la actuación legal del Partido Comunista durante los años 40. La naciente historiografía marxista cubana se injerta en el movimiento renovador, cuyo ascendiente —sobre todo en Ramiro Guerra— algunos de sus miembros reconocerán de modo explícito.<sup>18</sup> Los primeros historiadores marxistas, carentes como sus congéneres de una formación específica y probablemente más limitados en las posibilidades de ejercicio profesional, concentraron el esfuerzo en la “reinterpretación” de la historia de Cuba, labor que desarrollaron de modo relativamente disperso y fragmentario, con el apoyo de los conocimientos acumulados por la historiografía precedente.

El exponente más ilustrativo de esta naciente historiografía marxista lo ofrece la obra inicial de Sergio Aguirre. En “Seis actitudes de la burguesía cubana en el siglo XIX” (1942), Aguirre asume la trama histórica tradicional para subvertirla, desentrañando el origen de las diversas posiciones y corrientes políticas en la evolución de las condiciones socioeconómicas y el juego de los intereses de clase. Con similar estilo analítico, este historiador plasmaría una década después, en “Quince objeciones a Narciso López”, la crítica más profunda y convincente a la controvertida —y ya mencionada— obra de Portell Vilá.<sup>19</sup>

Por su acento interpretativo y su aplicación explícita de una teoría de la historia, el marxismo presenta el primer desafío en regla al predominio positivista en la historiografía cubana. Pero la ausencia de investigaciones concretas hizo depender a los primeros historiadores marxistas

del material factual disponible, lo cual les impidió materializar un replanteo esencial del discurso histórico establecido.<sup>20</sup> Pese a su crítica general a la historiografía burguesa y su interés por el rescate del sujeto popular —el protagonismo histórico del negro, por ejemplo—, el núcleo de los historiadores comunistas quedó cautivo de las formulaciones y valoraciones tradicionales sobre algunos procesos y personalidades. En ello puede haber influido también la coyuntura política, pues no debe olvidarse que el desarrollo inicial de las interpretaciones marxistas vino a coincidir con la etapa de los amplios frentes antifascistas, circunstancia que quizá melló un tanto el filo clasista de sus enfoques críticos. Así, las evidencias de más franca ruptura con el discurso tradicional no se encuentran en las filas comunistas, sino entre historiadores de influencia marxista que se habían desgajado o no militaban en ellas. De momento, el ataque se concentró sobre algunos liberales reformistas del siglo XIX, proclamados como “padres fundadores” de la nación, sin tomar en cuenta los prejuicios raciales y el sentido excluyente de sus proyectos. La crítica, viciada por un esquematismo iconoclasta en Rafael Soto Paz, adqui-

<sup>17</sup> Bajo el título de *Curso de Introducción a la Historia de Cuba*, las conferencias se publicaron en la serie “Cuadernos de Historia Habanera” en 1937.

<sup>18</sup> Carlos Rafael Rodríguez: “El marxismo y la historia de Cuba”. Este artículo, de excepcional valor programático, apareció originalmente en la revista *Dialéctica*, en 1943. Puede verse en Almodóvar, ob. cit., pp. 524-534.

<sup>19</sup> “Quince objeciones...” apareció publicada en 1953, en la revista *La Última Hora*. Este y otros trabajos pueden verse en S. Aguirre: *Eco de caminos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974.

<sup>20</sup> De hecho, los primeros estudios marxistas tuvieron un carácter fragmentario, concentrándose en períodos relativamente breves dentro de la evolución nacional. El único intento generalizador quedaría plasmado en un texto cuyo perfil no era estrictamente historiográfico, *Los fundamentos del socialismo en Cuba*, debido a Blas Roca —secretario general del P.C.—, cuyo esfuerzo de conceptualización se veía lastrado por una aplicación hartamente mecánica del esquema de los modos de producción.



rió mayor calado y sensatez, así como una amplia fundamentación documental, en Raúl Cepero Bonilla, cuya obra *Azúcar y abolición* (1948) constituye el más acabado exponente cubano de lo que en otras partes de Latinoamérica se conocería como “revisionismo historiográfico”.

La variedad de enfoques y preferencias temáticas, las divergencias interpretativas y su confluencia polémica en espacios públicos reconocidos, la emergencia de nuevos paradigmas historiográficos, son evidencias todas del proceso de maduración que experimentaba la historiografía cubana. A éstas se añadiría la constitución de las primeras disciplinas históricas especializadas. En algún caso se contaba con lejanos antecedentes, como en la historia de las ideas que ahora se sistematiza principalmente con las obras de Medardo Vitier.<sup>21</sup> En otro, el de la historia económica, se trataba de una indiscutible novedad. El primer esfuerzo de sistematización en este terreno se debió a un conocido historiador alemán, Heinrich Friedlaender, quien durante una breve estancia en el país emprendió la redacción de una *Historia económica de Cuba*, obra inconclusa que sería publicada en 1944. Ya para entonces, algunos jóvenes historiadores daban muestras de interés en la temática; de entre ellos, sería Julio Le Riverend quien conseguiría plasmar las realizaciones más tempranas y enjundiosas. Dotado de una formación profesional académica en el Colegio de México —una de las contadísimas excepciones en esta época— y con inocultable inspiración marxista, Le Riverend inicia su investigación en la década del 40. Los resultados que obtiene, plasmados en artículos y monografías breves, darían sustento poco después a una síntesis vasta y casi completa de la evolución económica de Cuba, cuyos capítulos vieron la luz en distintos tomos de una obra colectiva que comentaremos más adelante. La lánguida existencia de la historia regional, apenas alterada por el tenaz y aislado esfuerzo de algún cultivador —como Rafael

Martínez Fortún—, no podría ser modificada por el concurso que convocara la Academia de la Historia en los años 50 para la redacción de una historia de cada provincia del país. Los resultados de estas “biografías” de provincias, totalmente disímiles y generalmente pobres —con la sola excepción del estudio de La Habana debido a Julio Le Riverend—, poco aportarían a la definitiva constitución de tan necesaria especialidad dentro de la historiografía nacional.

El florecimiento historiográfico que atestiguan los años ahora examinados, da visibles muestras de agotamiento a medida que avanza la década del 50, en buena medida como reflejo de las condiciones políticas que crea la dictadura de Batista. Por ello, una obra colectiva publicada para conmemorar el cincuentenario de la república, la *Historia de la nación cubana* (1952), puede dar pie a un balance del estado de la historiografía en aquella época. Con la intención de plasmar una historia general de Cuba, los gestores de esta obra —Santovenia, Pérez Cabrera, Guerra y Juan J. Remos— convocaron a más de una veintena de autores de disímiles especialidades y tendencias, dando muestra de un espíritu “ecuménico” concordante con el orden democrático representativo todavía reinante, pero que tuvo, no obstante, un límite preciso en la exclusión de aquellos cuyas posiciones políticas o historiográficas se consideraban demasiado extremas. Sin aunar criterios ni establecer parámetros, la tarea fue distribuida temáticamente de acuerdo con una periodización de fundamento igualmente confuso, lo cual trajo como resultado que la obra —en 10 volúmenes—, más que una síntesis, resultase un compendio de monografías. La imagen del proceso histórico nacional se presentaba, por tanto, muy fraccionada, en textos en que el predominio del paradigma positivista era todavía evidente, por más que el propio carácter de la obra pusiese freno a excesos documentales. Aunque en algunas secciones —la de historia económica debida a Le Riverend, por ejemplo— se hacía gala de una capacidad explicativa consonante con las posiciones historiográficas más avanzadas, había también momentos de franco retroceso, como lo indica el empleo del término “Guerra Hispano

Americana”, arbitrariamente adoptado por Remos para calificar al conflicto de 1898, a despecho de las tesis de Roig y las resoluciones de los Congresos Nacionales de Historia. Por su imagen fragmentada y su palmaria incoherencia, la *Historia de la nación cubana* ofrece una singular evidencia de la descomposición del discurso histórico nacional en el ocaso de aquella república burguesa.

### ► El impacto de la Revolución

La Revolución de 1959 constituye el vuelco histórico capital del siglo xx cubano. Más que una salida a la crisis política encarnada por la dictadura de Batista, el movimiento revolucionario desencadenó un proceso de transformaciones radicales encaminado a superar los obstáculos al desarrollo del país y dar paso a un orden social más justo e igualitario. Se trataba, en realidad, de construir una nueva sociedad, proceso abarcador y diverso que modificaría también las condiciones de la creación historiográfica. En 1962, el establecimiento de la carrera universitaria de Historia representó un primer y decisivo paso en la profesionalización del historiador; a éste seguirían la fundación de centros de investigación y, más adelante, la creación de redes nacionales de archivos y museos históricos, instituciones en las cuales el trabajo de los historiadores encontraría, finalmente, una sustentación propia. De tal suerte, la institucionalización que desde mediados del siglo experimenta la historiografía en otros países de América Latina, en Cuba se verifica —quizá de manera más extensa— bajo la égida de la Revolución.

Las razones de un esfuerzo de institucionalización que en ocasiones ha rebasado la racionalidad económica son, por demás, comprensibles: la Revolución tiene en la historia de Cuba su principal fuente de legitimidad. La ruptura de los antiguos vínculos de dependencia, en un abierto y tenaz enfrentamiento con Estados Unidos, materializaba el ideal independentista; la Revolución se presentó así como la culminación de un proceso secular, marcado por sucesivas frustraciones y reafirmaciones, cuya continuidad histórica Fidel Castro formularía en 1968 bajo el concepto de los “cien años de lucha”.<sup>22</sup> Pero en

su orientación socialista, el movimiento revolucionario representaba también la reivindicación de las clases y sectores preteridos dentro de la sociedad cubana, cuya reparación histórica emprendía asumiendo de modo expreso una ideología —la marxista— fundamentada en toda una teoría del desarrollo social. Con tales proyecciones, la Revolución encontraría, obviamente, dos asideros fundamentales en el campo historiográfico: de una parte, la tradición nacionalista, que en la obra de Roig había alcanzado su expresión más acabada; de otra, la corriente marxista, de realizaciones aún discretas, pero suficientes para ofrecer una perspectiva diferente del pasado cubano. Mediante una compleja y peculiar simbiosis, ambos componentes participarían —con influjo cambiante, según las coyunturas— en la prolongada gestación de la nueva historia nacional.

De inicio, el esfuerzo se concentró en la reinterpretación del pasado del país, aplicando los conceptos del marxismo —en algunos casos, apresuradamente asimilados— al material historiográfico disponible. En esa labor, generalmente apremiada por las necesidades educativas, participaron tanto historiadores consagrados como otros de nueva promoción; sus resultados, de muy desigual valía, abarcarían desde síntesis bastante decorosas, hasta obras francamente impresentables en que los procesos de la historia nacional, apenas comprendidos, se empaquetaban con las categorías y leyes del materialismo histórico, que de tal suerte quedaba reducido a una simple terminología.<sup>23</sup>

---

<sup>22</sup> La temática histórica resulta muy frecuente en el discurso de la dirigencia revolucionaria cubana y, particularmente, en Fidel Castro. El concepto aludido fue consagrado en el discurso que el líder cubano pronunciara durante la velada conmemorativa por el inicio de la primera guerra independentista —el 10 de octubre de 1968—, el cual constituye, además, una excelente muestra de sus criterios historiográficos. Véase en *Historia de la Revolución Cubana. Selección de discursos sobre temas históricos*, Editora Política, La Habana, 1980.

<sup>23</sup> De esta etapa figuran *Historia económica de Cuba* (1963), de J. Le Riverend, versión actualizada —y muy simplificada— de los capítulos que redactara para la

Aún en las obras más logradas dentro de esta literatura, se hacía evidente que la reformulación del discurso histórico nacional demandaba no sólo de la crítica profunda y perspicaz de la historiografía precedente, sino de una radical ampliación en la base empírica de los estudios históricos. Son dos las obras que, a nuestro juicio, inauguraron el camino de tan formidable empresa: *El ingenio* (1964) de Manuel Moreno Fraginals y “El general Don Miguel Tacón y su época” de Juan Pérez de la Riva.<sup>24</sup> Se trataba, en ambos casos, de historiadores de formación profesional cuyas publicaciones en la etapa prerrevolucionaria habían sido relativamente escasas; Moreno daba a la luz el primer tomo de un proyecto, ambicioso y novedoso a un tiempo, con el cual se proponía estudiar la plantación azucarera esclavista como fundamento de la sociedad cubana en la primera mitad del siglo XIX; Pérez de la Riva, por su parte, retomaba un tema clave en la historia de esa misma etapa para renovar algunas tesis adelantadas por Cepero Bonilla. Desde ángulos distintos —y sin que fuese ése su objetivo fundamental—, los dos autores abordaban el tema de la formación nacional en Cuba desde una perspectiva que se distanciaba del enfoque tradicional, colocando sobre el tapete un problema que daría pie al más interesante debate historiográfico de aquellos años.<sup>25</sup>

Más allá de ese importante punto de convergencia, el quehacer de los historiadores mues-

tra un considerable ensanchamiento temático en el tránsito de los años 60 a los 70. Los procesos económicos, como es lógico suponer, captaron especial atención, particularmente aquellos —la gestación de una estructura monoprodutora, la penetración del capital norteamericano— los cuales se apreciaban como factores del subdesarrollo y la dependencia de la nación. De igual forma se ponía de manifiesto el interés por temas sociales, principalmente por el desarrollo del movimiento obrero y los problemas históricos de la población negra. Cobran impulso también los estudios sobre el período republicano, enfilados, por lo general, a denunciar los efectos de la dominación imperialista y las lacras de la sociedad anterior —intencionalidad comprensible, dadas las circunstancias—, entre los que percibimos la marcada preocupación por el proceso revolucionario de los años 30, considerado como el antecedente inmediato de la Revolución. Los resultados de toda esta labor, plasmados en monografías, ensayos y artículos de revista, iban calzados por firmas ya conocidas —Le Riverend, Aguirre, Moreno Fraginals, Pérez de la Riva, José Luciano Franco, José Rivero Muñiz, Fernando Portuondo, Juan Jiménez Pastrana, Hortensia Pichardo, entre otros—, a quienes se unen nombres de nueva promoción como los de Jorge Ibarra, Oscar Pino-Santos, Pedro Deschamps, José A. Tabares, César García del Pino o Walterio Carbonell, autores de formación diversa —periodistas, abogados, maestros— que

---

*Historia de la nación cubana*; sus conferencias en un curso universitario sobre la historia contemporánea de Cuba, bajo el título de *La república; dependencia y revolución* (1966); *Lecciones de Historia de Cuba* (1961), texto preparado por Sergio Aguirre para la enseñanza elemental; así como obras de historiadores entonces noveles: *Historia de Cuba; aspectos fundamentales* (1964) de Oscar Pino-Santos e *Historia de Cuba* (1964), publicación de la Dirección Política de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, debida principalmente a Jorge Ibarra. *Los regímenes precapitalistas en Cuba* (1966) puede ilustrar las versiones más esquemáticas.

<sup>24</sup> Este estudio se publicó como “Introducción” a la *Correspondencia reservada del Capitán General Don Miguel Tacón, 1834-1836*, Biblioteca Nacional José Martí, La Habana, 1963.

<sup>25</sup> Esta curiosa polémica, en que las referencias de unos autores a otros rara vez se hacen explícitas, cobró cuerpo en torno a las conmemoraciones del centenario de la primera guerra independentista en 1968, y está todavía pendiente de una evaluación historiográfica. Una relación no exhaustiva de participantes incluye a Sergio Aguirre—“Nacionalidad, nación y centenario” y “De nacionalidad a nación en Cuba”, ambas en *Eco de caminos*, La Habana, 1974; Moreno  
(continúa)

en las nuevas condiciones creadas habían encontrado cauce para su vocación.<sup>26</sup>

Los agitados tiempos que corren resultan propicios a la recepción de variadas influencias. En primer término, el marxismo, arribado en manuales soviéticos de factura más o menos dogmática, pero también accesible en las obras clásicas de Marx, Engels y Lenin, que se editan y distribuyen profusamente, así como también en la de algunos pensadores —Gramsci, Lukács, Althusser— e historiadores —Gordon Childe, Hobsbawm o Soboul— contemporáneos. La escuela de *Annales* se deja sentir, no sólo con la publicación de *Apología de la historia* de Bloch en 1971, sino por la circulación de trabajos de Febvre, Braudel y Pierre Vilar; su influjo es evidente en la creación polifacética de Pérez de la Riva —quien se había formado en universidades francesas—, pero también resulta perceptible en los métodos que aplican otros historiadores. Por razones obvias, la “teoría de la dependencia” deja su impronta en alguna obra de esta etapa y animará concepciones de más largo aliento.<sup>27</sup> En el febril quehacer de los años 60, tocaba a su fin la prolongada hegemonía del paradigma positivista en la historiografía cubana —por más que puedan constatarse hasta el presente notables supervivencias— que para entonces ofrecía tempranas evidencias de lo que en Latinoamérica comenzaba a denominarse como la “nueva historia”.

Tras el fracaso de la “zafra de los diez millones” (1970), en Cuba los arrestos experimentales ceden su lugar a una sociedad moldeada cada vez más según las normas —aparentemente

exitosas— del llamado “socialismo real”. La nueva orientación, ostensible en el planeamiento económico y la institucionalización política, se extendió igualmente hasta el ámbito ideológico.

La implantación de un marxismo anquilosado tuvo nefastas consecuencias para las ciencias sociales, alguna de las cuales —la sociología— desapareció incluso como carrera universitaria. Tanto en la investigación como en la enseñanza, la atención debía concentrarse en las “regularidades” históricas, aquellas pautas universales que señalaban el rumbo ineluctable de la humanidad y sustentaban un único modelo viable de construcción socialista.

En la formación universitaria de historiadores se concedió considerable espacio a disciplinas teóricas cuyas vías de acercamiento a la realidad eran francamente deductivas y reduccionistas, a la vez que algunas asignaturas históricas adoptaban modelos explicativos de acentuado esquematismo. Afortunadamente, el afianzamiento simultáneo del requisito de la tesis para la graduación, dejó abierta una vía de escape hacia la investigación concreta que sería mejor o peor aprovechada según las circunstancias. Pero, sin lugar a dudas, la más lamentable consecuencia de la oleada dogmática en la esfera educativa sería la supresión de la Historia de Cuba como asignatura específica en la enseñanza media, disolviéndose sus contenidos en una disciplina histórica general organizada de acuerdo con la sucesión de formaciones económico-sociales a escala mundial. Con ello se eliminó toda posibilidad de estudio sistemático de la historia nacional, desaparecieron los textos sobre

---

*(viene de la página anterior)*

Fraginals —“Azúcar, esclavos y revolución”, en *Casa de las Américas*, no. 50, 1968, y “Desgarramiento azucarero e integración nacional”, en *Casa de las Américas*, no. 62, 1970; Juan Pérez de la Riva—“Una isla con dos historias”, en *El barracón y otros ensayos*, La Habana, 1975; Carlos Chaín —*Formación de la nación cubana*, La Habana, 1968, y Jorge Ibarra—“Notas sobre nación e ideología”, en *Ideología mambisa*, La Habana, 1967, autor este último que sostiene paralelamente un interesante debate particular con el historiador polaco Tadeusz Lepkowski sobre la síntesis en la historia de Cuba —en cierto

modo vinculado al mismo problema—, publicado en la revista de la Biblioteca Nacional José Martí.

<sup>26</sup> No hay espacio en estas líneas para comentarios particulares sobre estos autores y sus obras. El lector interesado puede encontrar un acercamiento más específico en J. Ibarra: “Historiografía y revolución”, en *Temas* (La Habana), no. 1, 1995, así como en los números 1 y 2 (1985) de la revista de la Biblioteca Nacional José Martí.

<sup>27</sup> Véase Francisco López Segrera: *Cuba: capitalismo dependiente y subdesarrollo (1510-1959)*, La Habana, 1972.

la materia y, lo peor, se formó toda una generación con muy escasos conocimientos sobre el proceso histórico cubano.

En la investigación científica se orientó el estudio de ciertos temas mientras se desecharon otros, en correspondencia con las concepciones teóricas prevalecientes. Pero, incluso, aquellos a los que se otorgaba prioridad, quedaron encasillados por un enfoque francamente empobrecedor, como sucedió con la historia obrera, abordada en términos estrictamente institucionales que dejaban de lado importantes problemas, cuya dilucidación hubiera enriquecido la imagen del pasado cubano. Los centros de investigación adoptaron métodos de dirección que propiciaban la esterilidad intelectual y, en sentido general, se impuso una actitud de reserva y sospechas respecto de la literatura histórica de países distintos a los de Europa del Este —incluida la de marxistas occidentales—, que aislaba a los historiadores y los condenaba a la ignorancia respecto de los avances de la ciencia histórica a escala mundial.<sup>28</sup>

Pese a que también se dejaron sentir restricciones en el terreno editorial —las cuales comenzarían a ceder tras la creación del Ministerio de Cultura en 1976—, la publicación de monografías, ensayos y otros estudios iniciada en los años 60 prosiguió con rumbo ascendente, ahora nutrida por las contribuciones de una nueva hornada de historiadores formados en las universidades.<sup>29</sup> Gracias a las propias peculiaridades del proceso histórico cubano y a su acendrada tradición nacionalista —inestimables valladares frente al mimetismo en boga—, la historiografía conseguía capear el embate dogmático e iniciaba un progresivo movimiento hacia la consolidación. En el desarrollo de esta tendencia, que se expresa tanto en la cuantía y profundidad de las investigaciones, como por la ampliación temática de éstas, algunas especialidades historiográficas ya establecidas cobran nuevo impulso y se vertebran otras. La historia económica, que en 1973 recibiera el aliento renovador del estudio que Pino-Santos dedica a la actividad del capital monopolista norteamericano en Cuba,<sup>30</sup> consiguiera su más alta realización en esta etapa con la aparición —en 1978— de los tres tomos en que

Moreno Fraginals concreta los resultados de su investigación sobre el complejo azucarero esclavista. Ambas líneas aseguran su continuidad mediante los aportes de nuevos investigadores como Jesús Chía, Arnaldo Silva, Francisco López Segrera, Alejandro García y Oscar Zanetti, en los estudios estructurales y empresariales sobre la época capitalista, y los que Fe Iglesias y Gloria García —entre otros— dedican a los problemas de la economía esclavista. A éstos se suman nuevas indagaciones dedicadas al período colonial temprano, señaladamente el trabajo de Le Riverend sobre los problemas de la formación agraria. La historia demográfica obtiene su partida de nacimiento gracias al esfuerzo de Pérez de la Riva, cuyos estudios sobre los movimientos migratorios constitutivos del pueblo cubano encuentran seguidores en Jesús Guanche, Sonia Catasús, Rafael López Valdés y otros. El conocimiento de las estructuras y las clases sociales se profundiza con los aportes de María del Carmen Barcia, Alejandro García y Eduardo Torres-Cuevas, destacado igualmente este último en el ámbito de la historia intelectual.<sup>31</sup> Los estudios sobre las condiciones económicas y sociales del negro, la trata, la resistencia esclava y otros problemas de la presencia negra en la historia cubana, se nutren con las persistentes contribuciones de Franco y Deschamps, a quienes se suman Rafael Duharte, Enrique Sosa, Gabino La Rosa, Tomás Fernández Robaina y Rodolfo Sarracino. La temática obrera capta

<sup>28</sup> En el artículo ya referido de Jorge Ibarra (loc. cit. 25, pp. 8 y 9) puede hallarse un examen más amplio de las características y problemas de esta etapa, el cual consideramos válido en sentido general, por más que discrepemos de la exactitud de algunas de sus aseveraciones.

<sup>29</sup> Preferimos decir hornada y no generación, pues entre los autores que irrumpen durante esta etapa figuraban tanto jóvenes egresados universitarios, como otros de mayor edad que sólo durante esos años conseguirían formarse como profesionales.

<sup>30</sup> *El asalto a Cuba por la oligarquía financiera yanqui*, Casa de las Américas, La Habana, 1973.

<sup>31</sup> Cfr. Eduardo Torres-Cuevas: *Félix Varela; los orígenes de la ciencia y conciencia cubanas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1995.

—como apuntáramos— especial atención y, aunque muchos estudios fluyen por el estrecho cauce de lo organizativo, registra aportes notables bajo las firmas de Carlos del Toro, Olga Cabrera, John Dumoulin y Eddy Trimiño, además de una síntesis general de la historia del movimiento obrero plasmada casi al finalizar esta etapa.<sup>32</sup>

Dentro de tan vasto panorama, los temas de la historia política continúan absorbiendo el grueso de la producción historiográfica. Los movimientos políticos y las corrientes ideológicas del siglo XIX y, en particular, las luchas independentistas —incluidos sus aspectos militares— mantienen la tradicional primacía, en medio de un relevo generacional que sacará a la palestra nuevos nombres: Ramón de Armas, Pedro Pablo Rodríguez, Francisco Pérez Guzmán, Eusebio Leal, Diana Abad, Oscar Loyola, Salvador Morales, Mildred de la Torre, por mencionar sólo algunos entre los numerosos cultivadores de esta temática. Diversas personalidades de la pasada centuria son objeto de estudio biográfico, pero el foco de atención está en José Martí. Para estudiar la vida e ideas de este prócer se crea un centro de investigación; la caracterización del pensamiento martiano, por otra parte, suscita una reveladora polémica en la cual se pondría una vez más de manifiesto el contraste entre quienes colocaban el acento en las especificidades de la historia nacional y quienes se esforzaban en traducir éstas a categorías de alcance universal.<sup>33</sup> Los procesos republicanos constituyen el otro gran campo de la historiografía política. Se trata, sin duda, de un terreno mucho menos conocido, en el cual incursionan Teresita Yglesia, Joel James, José Tabares, Lionel Soto, Federico Chang y Jorge Ibarra con estudios sobre etapas o personalidades de las décadas más tempranas, y Mario Mencía, Pedro Álvarez-Tabío o William Gálvez, pioneros en el estudio de la lucha insurreccional que conduce al triunfo revolucionario de 1959, un asunto que genera también abundantes publicaciones de corte testimonial. A pesar de que estos trabajos esclarecen importantes cuestiones del período neocolonial, el afán por contrastar el pasado y el presente, así como cierta tendencia a los enfoques teleoló-

gicos, han impedido apreciar los problemas en todo su espectro, de modo que el conocimiento de la experiencia republicana continúa presentando déficits muy sensibles para la construcción de una imagen íntegra de la historia nacional. Todavía más notable es la virtual ausencia de estudios históricos sobre la etapa posterior a 1959, de modo que el pasado reciente ha sido materia de análisis para sociólogos o economistas, pero se mantiene pendiente de una “historización”.

Aunque sus orígenes se remontan a la década del 60, creemos apropiado consignar aquí un fenómeno inédito en el siglo que abordamos: la existencia de una producción historiográfica cubana fuera de Cuba. Su aparición fue resultado de la actividad de algunos intelectuales y políticos como Santovenia, Calixto Masó o Carlos Márquez Sterling —entre otros—, que habiendo salido de la Isla tras el triunfo de la Revolución, hacen o rehacen sus obras bajo el impacto del acontecer revolucionario. Se trataba, en buena medida, de una prolongación de la vieja tradición historiográfica, sólo que ahora ésta se muestra viciada de un presentismo que a menudo hace difícil el deslinde entre los estudios estrictamente históricos y otros de corte sociopolítico,

---

<sup>32</sup> También se desarrollan otros géneros e incluso se afirma una producción historiográfica sobre temas latinoamericanos —con autores como Omar Díaz de Arce, Sergio Guerra y Alberto Prieto— y de historia universal. Pero como advertiéramos en la presentación de estas páginas, resulta imposible consignar todos los autores y, mucho menos, referir sus obras. El lector interesado puede encontrar una información bastante más amplia sobre los asuntos histórico-sociales en Oscar Zanetti: “Realidades y urgencias de la historiografía social en Cuba”, artículo publicado por la revista *Temas* (no. 1, 1995) y también por *Historia Social* (España) en su número 19 de 1994.

<sup>33</sup> En este debate, y en general en el desarrollo de los estudios martianos, participan algunos de los historiadores arriba mencionados, junto a José Cantón, Ibrahím Hidalgo y algunos otros, así como estudiosos procedentes del campo de la literatura; entre estos últimos, principalmente, Cintio Vitier, Roberto Fernández Retamar y Luis Toledo Sande.

cuyo alcance científico, por demás, resulta bastante cuestionable.<sup>34</sup>

Con el decursar del tiempo se han ido definiendo dos líneas en esta historiografía. La primera, representada por historiadores no profesionales que con ánimo diverso se han acercado a procesos, acontecimientos y personalidades del pasado cubano, para dar lugar a una literatura —casi toda ella publicada por la casa editora Universal, de Miami— que incluye tanto estimables monografías, como verdaderos compendios chismográficos. La otra se sustenta en el quehacer de cierto número de historiadores de origen cubano, formados en universidades de Estados Unidos durante los años 70 y 80, que han mostrado interés por los problemas históricos de su país natal. Con frecuencia, innovadores por sus temas, fuentes o métodos, estos trabajos aportan novedosas apreciaciones sobre el proceso histórico nacional, por más que, generalmente, suelen encuadrarse más dentro de las pautas académicas norteamericanas —casi todos son tesis doctorales— que en la tradición historiográfica cubana. En este contexto, amerita una mención aparte por su monumentalidad la obra *Cuba; economía y sociedad*, de Levi Marrero. Profesor universitario con alguna experiencia investigativa, Marrero concibió un ambicioso proyecto de historia general que con denodado esfuerzo llevó adelante —incluidas prolongadas estancias en archivos españoles— hasta conseguir publicar 12 tomos entre 1974 y 1990, momento en que la obra se dio, significativamente, por concluida, justo al comienzo de la etapa correspondiente a las guerras independentistas. En Marrero, geógrafo de profesión, se percibe la influencia de la escuela de *Annales*, aunque más bien en el plan de la obra y la determinación de su objeto —dedica considerable espacio a los procesos económicos y demográficos, así como a los fenómenos sociales y al modo de vida—, que en su proceder analítico, pues sus textos se caracterizan tanto por una descripción muy bien documentada, como por la pobreza interpretativa.

Al avanzar la década del 80, se hacía patente que los estudios monográficos iban modifican-

do sustancialmente el panorama de la historia nacional, pero en la medida que esas realizaciones no alcanzaban una plasmación sintética —ni siquiera en textos de enseñanza media— la visión de conjunto quedaba diluida. Ésta únicamente alcanzaba cierta corporeidad en la divulgación, en las imágenes históricas proyectadas por la prensa y otros medios, las que, a pesar del empleo de una terminología marxista, su inspiración popular y su filo antimperialista, en lo fundamental no pasaban de ofrecer actualizaciones pragmáticas del discurso tradicional.

Conscientes de esta situación, en universidades y centros de investigación, los historiadores comenzaron a formular proyectos de síntesis que, ya fuese como textos de nivel superior o bajo otra forma, pudiesen llenar tan sensible vacío. Tras la creación del Instituto de Historia de Cuba en 1988, esta institución convocó a un numeroso grupo de especialistas para llevar a cabo la redacción de una historia general concebida en cinco volúmenes. Redactada, en su mayor parte, durante un lapso relativamente breve, esta obra no vería la luz hasta bien avanzada la década del 90 debido a las críticas circunstancias de esos años.<sup>35</sup> Pese a perceptibles diferencias de criterio entre los autores, el proyecto ha descansado en fundamentos teóricos comunes y un plan bien definido, lo cual le permite salvar con bastante decoro los problemas de coherencia tan frecuentes en los grandes proyectos colectivos. La explicación desarrollada en la mayor parte de los capítulos engarza con habilidad y aceptable profundidad los procesos políticos, económicos y sociales —estos últimos principalmente en sus aspectos estructurales, demográficos y clasistas— desentrañando toda una

---

<sup>34</sup> Sobre este tema, véase John Dumoulin: "Las concepciones historiográficas sobre el período 1935-1958 en Cuba", en *Santiago* (Cuba), no. 69, 1988, pp. 139-143. Este artículo contiene también muy útiles y sugerentes reflexiones sobre la historiografía de la época republicana.

<sup>35</sup> Hasta 1999 sólo se han publicado los tres primeros volúmenes que, con distribución bastante desigual, abarcan desde las comunidades aborígenes hasta 1940.

lógica del desarrollo histórico de la sociedad cubana, lo cual representa de por sí un progreso apreciable respecto de cualquier síntesis precedente. Pero la periodización adoptada, el desigual espacio concedido a cada etapa, la pobre presencia del sujeto popular —así en su actividad como en sus imágenes y modo de vida— y, sobre todo, el superficial tratamiento de los procesos culturales —sustancia fundamental en el devenir de la nación— indican que, en tanto discurso histórico nacional, ésta es todavía una obra de transición.<sup>36</sup>

### ► Los tiempos que corren

La desaparición de la Unión Soviética y el bloque socialista europeo a principios de los años 90, tuvo un tremendo impacto sobre la realidad cubana. El país vio como se cortaban bruscamente sus principales vínculos económicos, mientras Estados Unidos recrudecía los esfuerzos para ahogar el proceso revolucionario. Junto a la acelerada caída de los indicadores económicos y el visible deterioro de las condiciones sociales, la crisis presentaba también otro cariz, que a los efectos de este análisis resulta el más importante; al quebrantar realidades que se creían irreversibles, el giro histórico cuestionó los fundamentos del paradigma marxista y proyectaba la crisis hacia el ámbito ideológico y cultural. La búsqueda de nuevas fórmulas económicas y los reajustes políticos, tendrían que acompañarse entonces de una reconsideración de los supuestos culturales del proyecto revolucionario.

A partir de entonces, mientras el marxismo pugna por reconstituirse pasando su experiencia por el tamiz de la crítica, en Cuba la Revolución se afina en los valores autóctonos y se acentúan los tintes nacionalistas del discurso histórico en persistente confrontación con Estados Unidos. Esta apreciación que nos parece bastante exacta para definir la tendencia más general, resulta, sin embargo, de una palmaria insuficiencia si se tratase de caracterizar con ella el estado actual de los estudios históricos en la Isla.

El quehacer historiográfico en la segunda mitad de los 90 ha estado animado en gran parte

por la conmemoración de los centenarios de la última contienda independentista (1895-1898) y, en la medida que esto ha coincidido con cierta recuperación económica y editorial, ofrece realizaciones suficientes para trazar un panorama de la situación. Los problemas clásicos de aquella etapa histórica —estado y perspectivas de la guerra al producirse la intervención de Estados Unidos, motivaciones de ésta, tendencias dentro del movimiento independentista, etc.— se han colocado una vez más sobre el tapete, para examinarlos a la luz de nuevas fuentes —principalmente españolas y norteamericanas— en un esfuerzo de revisión cuyo resultado más notable es la obra en dos tomos de Rolando Rodríguez, *Cuba: la forja de una nación* (1998). También se hace evidente el interés por desentrañar asuntos poco estudiados como la “reconcentración” —en *Herida profunda* (1998), de Francisco Pérez Guzmán— y, sobre todo, ensanchar la perspectiva de los problemas, bien situándolos en más amplios contextos temporales, observándolos en una vasta red de relaciones o moviéndose a terrenos inexplorados —sobre todo en la esfera social—, como se aprecia en los trabajos de Fe Iglesias, Oscar Zanetti o María del Carmen Barcia.<sup>37</sup>

Precisamente en el amplio espectro temático de la llamada “historia social” se insertan, en

---

<sup>36</sup> Algo similar ocurre con las diferencias en el desarrollo regional, aceptablemente tratadas en el tomo I —*La colonia; evolución socioeconómica y formación nacional*—, pero no así en los subsiguientes.

<sup>37</sup> En *Del ingenio al central* (La Habana, 1999), Fe Iglesias sigue el eje del proceso de “centralización” azucarrera para evaluar algunos de los principales efectos económicos de la guerra; *Comercio y poder* (La Habana, 1999), de Oscar Zanetti, anuda los procesos e intereses económicos en Cuba, España y Estados Unidos para aportar una explicación al tránsito intersecular simbolizado por el 98; en *Elites y grupos de presión* (La Habana, 1998), Carmen Barcia hace una reveladora indagación de los nexos sociedad-política, a lo cual podrían añadirse otras realizaciones como *La voz del mambí: imagen y mito* (La Habana, 1997), en que Blancamar León explora el imaginario colectivo de los libertadores. Una visión bastante más rica de tan plural acercamiento se obtiene con la revisión de artículos en revistas y compilaciones aparecidas en



medida creciente, los más recientes trabajos de la historiografía cubana. Problemas de la historia urbana, los movimientos y conflictos sociales, las mentalidades colectivas o de género, confluyen con líneas ya establecidas como la cuestión étnica y las estructuras sociales, en una dinámica que va acrecentando paulatinamente el campo de investigación. Al desarrollo de esta tendencia contribuyen tanto trabajos de figuras consagradas —Jorge Ibarra— y especialistas reconocidos —Carlos Venegas, Lohania Aruca, Ernesto Chávez—, como las realizaciones de la última promoción de historiadores cubanos. Surgidos de las aulas universitarias durante la década del 80, estos nuevos investigadores inician sus labores en las complejas circunstancias de los años 90. En trabajos como los de María A. Marqués, J. Ibarra Guitart, Mercedes García, Urbano Martínez, Rafael Rojas o Eliades Acosta, se hace visible tanto la continuidad como la voluntad renovadora de géneros establecidos —historia política, económica e intelectual—, así como el creciente interés por áreas poco exploradas de la historia social. Salta a la vista la importancia que tiene este movimiento hacia la llamada “recuperación del sujeto” en la constante renovación de la historia nacional, pues trae al escenario histórico las acciones, creencias y con-

diciones reales de existencia de la gente común o devela ángulos casi ignorados de la conciencia social, con lo cual comienza a suplir una antigua carencia y torna el discurso más cercano y también más comprensible.<sup>38</sup>

La otra esfera en que se aprecia un particular dinamismo durante los años que corren es la historia regional. La renovación de esta valiosa especialidad historiográfica se hace perceptible ya en los años 80 mediante las obras de autores como Hernán Venegas, Olga Portuondo y Raúl Ruiz. La creación de centros de estudios superiores en todas las provincias del país, así como las redes de museos, archivos y bibliotecas, han constituido soportes fundamentales para este movimiento que va nucleando a historiadores de las principales ciudades y regiones. Sus realizaciones, todavía discretas, se han plasmado en monografías o revistas y dan sustento a un programa de historias provinciales y municipales que busca rescatar las identidades locales y acercar la enseñanza de la historia al ámbito inmediato de los estudiantes. Los problemas que implica el desarrollo de la historiografía regional son complejos y diversos; ellos han dado pie a importantes reflexiones y animan espacios de debate en encuentros periódicos como los organizados por la Casa del Caribe y el Instituto de Historia de Cuba.<sup>39</sup> A la historiografía cubana le resta todavía un trecho por recorrer para que las historias regionales, trascendiendo la imagen de la región como escenario particular de procesos nacionales, logren desentrañar la lógica específica de los desarrollos regionales. Sólo entonces sus resultados podrán aportar a la historia nacional la dimensión espacial múltiple y diversa que tanto necesita.

Los estudios de historia social y regional constituyen puntos de convergencia de diferentes ciencias sociales y ofrecen, por tanto, posibilidades para una fructífera colaboración interdisciplinaria. En ellos también puede apreciarse mejor el influjo que algunas corrientes historiográficas contemporáneas —como la microhistoria o la nueva historia cultural— ejercen entre los historiadores cubanos, influencia todavía limitada por las carencias materiales que dificultan el acceso a la más reciente bibliografía.

---

Cuba, España y México entre 1995 y 1999. En “El 98 en América; últimos resultados y tendencias de investigación” (*Revista de Indias*, no. 215, 1999), Antonio Santamaría y Consuelo Naranjo hacen una extensa revisión de la literatura internacional, dedicando buen espacio a la consideración de contribuciones cubanas.

<sup>38</sup> Entre las realizaciones de este movimiento se destacan también las contribuciones de Imilcy Balboa, Alejandro de la Fuente, Marial Iglesias, Manuel Barcia, Yolanda Díaz, Ricardo Quiza o Pablo Riaño, autores cuyos trabajos, como suele suceder, se encuentran todavía dispersos en las páginas de distintas revistas. Algunos pueden verse recogidos en compilaciones como *La turbulencia del reposo. Cuba 1875-1975* (La Habana, 1998) y *Diez nuevas miradas de la historia de Cuba* (Castellón, 1998), así como en varios números de la revista *Debates Americanos*.

<sup>39</sup> Véase Hernán Venegas: *Provincias, regiones y localidades. Historia regional cubana*, La Habana, 1993.

Este apretado recuento de todo un siglo de labor historiográfica, a pesar de sus lagunas inevitables, arroja un saldo que nos parece evidente: el discurso histórico nacional en Cuba es, y seguirá siendo, una “historia en construcción”. Como lo ha venido haciendo durante décadas, la investigación, en su incesante despliegue, iluminará rincones desconocidos, rescatará personajes ignorados y tejerá explicaciones cada vez más consistentes. Con esa pretensión indeclinable —e irrealizable— de abarcar todos los tiempos y todos los escenarios, todos los hombres y

todas las mujeres, se irá modelando una historia más plena, cuyos problemas movilicen el pensamiento y permitan comprender a la gente de donde viene y, sobre todo, hacia donde va. Esa historia nacional que se construye, despojada del falso sesgo patriotero de la vieja historiografía republicana, representa un medio inestimable para preservar la identidad de la nación en un mundo cada día más globalizado.

• • • •



ción apriorística. Pasar por alto tales definiciones previas puede llevarnos a que partamos de criterios diferentes en cuanto a la interpretación que cada uno de nosotros da a esos términos y esto nos podría conducir a hablar un lenguaje distinto que, a los efectos prácticos, impediría que podamos después entendernos. Y no sólo por cuestiones de fondo, sino hasta por simples problemas semánticos.

Considero que antes de decir absolutamente nada acerca de esta temática debo, pues, aproximarme a definir qué entiendo por *historia*, qué entiendo por *historiografía* y qué entiendo por *última etapa de lucha por la liberación definitiva 1952-1958*.

En cuanto a *historia*: en los diccionarios y obras especializadas existen numerosas acepciones para este término, desde las más simples y generalizadoras hasta las más complejas. Una de ellas establece que historia es la relación de cualquier género de aventura o suceso, aunque sea de carácter privado y no tenga importancia alguna. Por ejemplo, historia de un negocio, etcétera.

Hay otras definiciones más cercanas a nuestra actividad profesional: historia es —dice una de ellas— el conjunto de sucesos referidos por los historiadores. Ésta incurre un poco en tautología, pues medio que se define a partir de ella misma, pero, bueno, está formulada así.

Y otra dice que historia es narración y exposición *verdadera* (y aquí se incorpora un término muy importante: “verdadera”) de los acontecimientos pasados y *memorables* (y éste es otro término cualitativamente diferenciador).

Por último (y finalizo con ésta para no agobiarlos), hay una de mayor complejidad que define la historia como la disciplina que se propone el conocimiento del pasado del hombre, habida cuenta determinadas circunstancias de *lugar* y de *tiempo* (dos importantes condicionantes). Ese conocimiento abarca —sigue diciendo— todos los aspectos de la vida humana, pues el sujeto de la historia es el hombre, consi-

**Doctor en Ciencias Históricas y profesor titular adjunto de la Universidad de La Habana; en la actualidad es investigador titular y asesor de estudios históricos en el Consejo de Estado de la República de Cuba; autor de múltiples libros, ensayos y artículos especializados publicados en el país y en el exterior, mantiene una activa participación académica, cultural y política en Cuba y en otros países.**

derado dentro de la sociedad humana en su *desarrollo y evolución*.

De esta última definición se desprende que, desde el punto de vista de la temática que enfoque, pueden existir tantos tipos de historia como clasificaciones apliquemos a diferenciar las actividades y los conocimientos humanos. De aquí se derivaría una posible historia política, militar, diplomática, etc.; una historia económica, una historia social, una historia del arte, de la literatura, etc., etc. Si atiende a lo espacial, por otra parte, una historia universal, una general, regional, local, etc., etc. Y en cuanto a lo temporal: una historia prehistórica o protohistoria, una historia

antigua, media, moderna, contemporánea.

A los efectos de lo que queremos expresar hoy, no pretendemos agotar —tarea por demás prácticamente imposible— todas las probables definiciones. Baste saber que cada una de ellas aporta uno o más elementos de interés al concepto de lo que en nuestro criterio debemos entender por historia. Y que reducir el concepto de historia a la sola exposición de una serie de episodios en cierto orden cronológico (historia positivista) constituye una forma sumamente pobre y acientífica de concebir hoy la historia.

Enfocada desde otro punto de vista, la historia no puede ceñirse en modo alguno a un simple ejercicio de abstracción intelectual. La historia debe servir para determinados objetivos. Ello nos lleva a analizarla según la más antigua clasificación de los métodos de historiar; o sea, *desde el punto de vista de la finalidad* que el autor se propone al hacer su obra y la forma que ésta asume como consecuencia de esa finalidad, todo lo cual deriva en distintos tipos de historia:

- La historia narrativa, que atiende al estilo, a la amenidad del relato de los hechos (forma expositiva), que nace desde los tiempos de Herodoto y Homero.

- La historia pragmática, con propósitos educativos y moralizantes.

- La historia genética, considerada —según el criterio de Bernheim— como ciencia que investiga y expone los hechos relativos a la evolución, en el espacio y en el tiempo, de los seres humanos en sus actividades colectivas, y la relación psicofísica de causalidad que entre ellas exista según los valores colectivos de cada época.

Está claro que un buen trabajo de historia, incluso hoy (en sus diversas proyecciones de finalidad: investigativa, expositiva y moralizante), debe tomar y aplicar de estas tres antiguas escuelas historiográficas sus elementos positivos, o corre el riesgo de que resulte un trabajo ineficiente.

En cuanto a la *historiografía* (que no debemos confundir con fondos historiográficos, y mucho menos con bibliografía) también se define en los diccionarios de diversas maneras. Una de ellas la describe como el arte de escribir la historia, que me parece muy estrecha y muy simple, y que requiere ser enriquecida con algunos elementos más. Por lo menos con un elemento más. En este caso resultaría enunciar decir que la historiografía es *el arte y la técnica de investigar y de escribir* la historia.

Si aceptamos, en cuanto a su finalidad, que toda la historia acerca de la Revolución Cubana debe cumplir los requisitos de las antiguas escuelas (la narrativa, porque si lo que escribimos no se lee para qué escribirlo, por lo cual debemos cuidar lo narrativo en nuestro trabajo, y la pragmática, pues se trata del proceso de un pueblo en revolución y, en consecuencia, la historia debe cumplir necesariamente en nuestro caso una función educativa y formativa en lo ideológico), podemos dar por resuelta, entonces, nuestra posición en cuanto a la historiografía como “el arte y la técnica de investigar y escribir la historia de la Revolución”, y ya aquí empiezan los problemas para el análisis de este concepto de la *historiografía*.

Para abreviar, suprimiremos de esta sumárisima síntesis de la historia de la historiografía todas las incidencias que la antecedieron antes del siglo xx.

En lo más inmediato, a los efectos nuestros y prácticos, la historia de la historiografía comienza a principio del siglo xx con el positivismo que presupone función del historiador la siguiente: a partir de documentos establecer los hechos históricos importantes, coordinarlos y exponerlos en forma coherente. Y por hecho histórico entiende aquellos hechos singulares, individuales o colectivos de carácter político y militar (estrecha lo temático) recogidos en forma lineal.

En 1929 se transforma este concepto de hacer la historia con la irrupción del grupo francés de la revista *Annales d'histoire sociale* fundada por Lucien Febre y Marc Bloch. Para ellos, la historia debe incorporar nuevos elementos que hasta ese momento no se tomaban en cuenta, como son los estudios de la coyuntura económica, los análisis de lo que ocurre en cada momento histórico y en cada lugar histórico acerca del empleo, los precios, el salario, el comercio. En fin, elementos que trascendiendo, incluso, la simple perspectiva económica dieron origen a la teoría de los ciclos coyunturales: de corta y larga duración.

Para entender un poco las tesis de los ciclos coyunturales podríamos hacer una adaptación al caso cubano. Por ejemplo, para nosotros, si siguiéramos los dictados de esta teoría, un ciclo coyuntural corto podría ser el período justamente que pretendemos tratar, 1952-1958, en el cual se manifiesta una coherencia de acontecimientos que da unidad a ese ciclo, a esos siete años. Y un ciclo coyuntural de larga duración podría ser la república neocolonial de 1902 a 1958 en que se va a dar una serie de situaciones reiterativas, similares, eslabonadas, consecuencias unas de otras, con una amplia concatenación que haría de ellas un ciclo coyuntural a largo plazo.

En su contacto con otras ciencias sociales, la historiografía se enriqueció de nuevas influencias, como la del estructuralismo antropológico, lingüístico, demográfico, incorporados por la escuela de Chicago, a los cuales después se agregó el estudio de otras estructuras. Se generaliza así el estudio de las estructuras —bien y mal aplicado—, cuya importancia se destacó por Ernest Labrousse, y que cuenta con numerosos seguidores.

Todos estos métodos hacen que la investigación histórica asuma un mayor rigor científico, amplifique sus perspectivas, y que su exposición resulte menos rígida, se aleje de la simplemente hecológica y anecdótica historia lineal.

Para los estructuralistas, el estudio de la estructura es un aspecto fundamental para el análisis de los fenómenos históricos. Por estructura, entienden los estratos sociales, la psicología social, los rasgos antropológicos, hábitos, formas de ser, de actuar ante el medio, más allá de los ciclos coyunturales. Ellos dicen: sí, los ciclos coyunturales existen, pero hay factores que afectan la conducta humana que no tienen que ver con el ciclo coyuntural.

Incidentalmente, debemos reconocer que en el sentido de la utilización del estructuralismo para el análisis de la historia, los historiadores que pretendemos ser marxistas somos estructuralistas, porque, en definitiva, y para determinados fenómenos sobre todo durante ciclos de larga duración, analizamos la historia general de la sociedad a la luz de la estructura de clases y de la dinámica de la lucha de clases.

La teoría del estructuralismo abre la posibilidad de encontrar explicación a determinados fenómenos históricos que por otros métodos no resultaría posible hallar; permitió conocer que algunas situaciones históricas presentan ritmos de evolución diferentes:

- Las estructuras políticas pueden cambiar más rápidamente que las económicas.
- Las estructuras económicas pueden cambiar más rápidamente que las sociales.
- Las estructuras mentales suelen cambiar más lentamente que todas las demás.

Ayer, por la mañana, en la oficina de *Paquita* hablábamos con el comandante Camacho y con su esposa, Gina, y ellos me hacían el relato de un debate ideológico-político que se dio en torno a la incorporación de la mujer en la Sierra Maestra como elemento combatiente, cuando en determinado momento se iba a hacer un reparto de los fusiles. Me explicaron cómo todos los hombres se negaron a que a las mujeres se

les entregaran las armas. Uno a uno se opusieron, excepto Faustino. Cuando todos hablaron, me refiero a los hombres, fue Fidel, con sus argumentos y su poder de convicción, quien decidió la votación, y fue integrado así el pelotón "Mariana Grajales". Todos los hombres se negaron a que las mujeres cogieran un fusil, por distintas razones. Este ejemplo demuestra la importancia que tiene para el historiador manejar todos los recursos y técnicas de investigación histórica. El problema planteado en este ejemplo se esclarece a partir de la aplicación del método estructuralista. Los prejuicios machistas se definen dentro del concepto de estructura mental; estructura mental que cambia mucho más lentamente que las sociales, que las económicas y que las políticas. Aún hoy, a 36 años de revolución subsisten rasgos de esos problemas inherentes a la estructura mental. Nuestra estructura económica se ha revolucionado; nuestra estructura política se ha revolucionado. Pero manifestaciones arcaicas de la estructura mental, como el machismo, subsisten; como subsisten algunos atisbos de discriminación racial. Se trata de factores inherentes a la estructura mental en la cual los cambios se operan con mucha más lentitud que en la sociedad.

Es decir, aunque parezca que estos dilemas son únicamente de carácter cultural, simples teorizaciones acerca de la historia, el manejo de estos conocimientos sí resulta un instrumento de extraordinaria importancia para el historiador. Sin el dominio de todas estas técnicas es posible que nos encontremos en determinadas ocasiones sin respuesta a muchos problemas del acontecer histórico.

En la huella del método de estudio de los ciclos coyunturales, y coincidente con los sistemas estructuralistas, en los años 1930-1940 surge la escuela de los economistas historiadores, quienes hiperbolizan la importancia de la cuantificación de lo económico para la explicación del acontecer histórico. Esta escuela tuvo sus logros para el análisis de ciertos procesos históricos, pero incurrió en inconsecuentes extrapolaciones. Su saldo resulta positivo, en tanto aportó métodos de investigación más novedosos. Ellos

incentivaron el surgimiento de otra corriente, la de los historiadores economistas, quienes comenzaron a integrar el análisis de lo económico al resto del acontecer histórico.

Roto ya el fuego por estas incursiones, se fortalece metodológicamente el quehacer historiográfico por la influencia de otras ciencias, la psicología y la sociología, por mencionar dos de las más importantes, las que van a ir originando determinados métodos de investigar, de analizar y de exponer la historia. Y en la línea de la cuantificación económica, del uso de las estadísticas (historia serial), se produjeron complejas derivaciones como la establecida por la escuela de econometría retrospectiva y la de la nueva historia económica, y otras cuya enumeración resultaría fatigosa.

Fernand Braudel (la mención de algunos nombres deviene imprescindible) focaliza el método historiográfico en su sentido temporal e integra en una varias tendencias, al establecer tres rangos: nivel de los acontecimientos que se desarrollan en un tiempo corto (historia episódica); nivel intermedio, que se desarrolla en un período mayor y más lentamente (historia coyuntural), y nivel profundo, de la más extensa duración (historia estructural).

Si buscásemos una aplicación al tema objeto de nuestra exposición hoy en la mañana, diríamos que la historia episódica podría ser la de un hecho concreto, el 5 de septiembre, el 30 de noviembre, si nos la ceñimos a alguno de esos acontecimientos; la historia coyuntural podría ser la etapa 1952-1958, y la historia estructural o de nivel profundo podría hurgar en problemáticas como los elementos históricos integradores de la idiosincrasia del cubano, sus valores éticos o cualquier otro fenómeno de manifestación a largo plazo.

Todas estas escuelas, teorías, corrientes y métodos subsisten hoy día, y forman escuelas con sus seguidores. A ellas se agregan otras concepciones acerca de lo que debe ser o no el contenido de la historia y otros procedimientos acerca de cómo debe o no debe procesarse la historia. Las vamos a reducir a un conjunto de varios diferendos o dicotonías que se enfrentan hoy día:

- La historia problemática, que es el estudio de la historia por los aspectos-problemas, con métodos en ocasiones ajenos a lo histórico. A ésta se opone la historia narración, que es una forma del positivismo más depurada.

- La historia de las mentalidades colectivas, que atiende de manera predominante al estudio de los movimientos sociales. A ésta se opone la historia en que prevalece el papel de las personalidades.

- La historia especializada (económica, política, etc.) a la que se contrapone la denominada historia total.

Paralelamente (y hemos dejado intencionalmente su mención para el final), irrumpe con fuerza hasta el presente en la historia de la historiografía el materialismo dialéctico e histórico, o teoría y método marxistas para la investigación histórica.

La historiografía marxista, desde luego, surge desde mediados del siglo XIX con sus fundadores, Marx y Engels. Nace primero en enunciados, en postulados conocidos por todos nosotros los historiadores, aquel célebre —por ejemplo— de que el hombre necesita, en primer lugar, comer, beber, tener un techo y vestirse antes de poder hacer política, ciencia, arte, religión..., y los demás en que establecen la vinculación dialéctica entre la vida material y el pensamiento y la conducta social e histórica del hombre. Aquí es retomada y hecha suya por ellos la concepción de que la historia es la historia de la lucha de clases, e incorporan Marx y Engels nuevos conceptos para el análisis de lo histórico a través de una serie de categorías provenientes de la economía: modo de producción, fuerzas productivas y relaciones de producción, base y superestructura, y otras.

Sin considerar como tal la vertiente desviacionista socialdemócrata personificada en Kautsky y Hilferding, la historiografía marxista tuvo pocos seguidores —mención aparte de Lenin— en el primer cuarto de este siglo, incluso, en la Unión Soviética. Los historiadores allá debían asimilar el marxismo, pero no todos los historiadores de la Rusia transformada en Unión Soviética se hicieron marxistas. Esto hizo lento

el desarrollo de la historiografía soviética, cuyo derrotero y características con los cuales continúa después, lo analizaremos muy someramente.

Con Pokrovski se inicia ya el interés de los historiadores profesionales en el estudio de las clases populares y los movimientos sociales dentro de la historiografía marxista soviética. Pero hay que decir que la historiografía marxista prácticamente quedó detenida durante bastante tiempo en los aportes teórico-prácticos de Marx, Engels y Lenin, con obras clásicas de aplicación del materialismo dialéctico e histórico a casos concretos, que más o menos todos hemos conocido y estudiado en nuestro ámbito. Me refiero a aquellos trabajos sobre el proceso siguiente a la Revolución Francesa (*La lucha de clases en Francia, El 18 Brumario de Luis Bonaparte y La guerra civil en Francia*), sobre el proletariado inglés (*La situación de la clase obrera en Inglaterra*), sobre la Revolución Alemana (*La guerra campesina en Alemania y Revolución y contrarrevolución en Alemania*), y, después con Lenin, en títulos como *El Estado y la revolución y El imperialismo, fase superior del capitalismo*, por citar algunos.

Fuera de esas obras iniciales, y a excepción de algunos logros en la prehistoria y la arqueología, poco avanzó después la historiografía marxista soviética. Se concentró, principalmente, en la elaboración de manuales para la formación de cuadros políticos más que en estudios históricos realmente científicos, con la inconsecuencia adicional de que pronto, en los años 1930-1940 (Konstantinov, Nikitin, Rosental, Zubritski, Kerov, Iudín...), se vio castrada por el predominio del reduccionismo y del esquematismo conceptual, por la supeditación de la investigación y divulgación de lo histórico a los dictados del interés político eventual, lo que ha llegado a denominarse simbióticamente como dogmatismo stalinista.

Entonces, los postulados y esquemas propuestos por Marx y Engels, muchos de ellos hipotéticos e inacabados, en vez de utilizarse como guías para la investigación y perfeccionarse se transformaron con rigidez burocrática en verdades absolutas e irrefutables. Y con algunos agregados de Stalin se erigieron en una especie de

catecismo seudomarxista, situado por encima de toda crítica que no permitía más interpretación y exposición de la historia que la oficial. El principal exponente de esta deformación queda sintetizado en 1938 en el libro de Stalin: *Sobre el materialismo histórico y el materialismo dialéctico*.

En la práctica, todo este manejo condicionante del quehacer historiográfico soviético generó fenómenos aberrantes como las omisiones, desfiguraciones e incorporaciones al discurso histórico de elementos fraudulentos para hacerlo concordar con aquellos cambios que ocurrían en la vida política, lo cual derivó hacia la elaboración de sucesivas y distintas versiones amañadas de la historia.

Durante todo ese período (1920-1950), los principales aportes y enriquecimientos prácticos a la historiografía marxista, paradójicamente, se manifestaron fuera de la Unión Soviética. En tal sentido, pueden citarse, entre muchos otros, los estudios del capitalismo y sus crisis, de E. Varga; los aportes teóricos de Gramsci y Lukács, especialmente en cuanto a estructura y superestructura; Maurice Dobb con sus estudios sobre el desarrollo del capitalismo; José Carlos Mariátegui con sus estudios de la sociedad peruana. Y después, con mayor expansión tras terminar la Segunda Guerra Mundial, en Polonia con Witold Kula; en Francia con Pierre Vilar, Soboul, Parain, Bouvier; en Inglaterra con Eric Hobsbawm; en Italia, Emilio Sereni; en Japón, Tabahashi, e, incluso, en Estados Unidos con E. Genovese, Leo Huberman, entre los más destacados.

Además, más recientemente, son de apreciar serias interpretaciones y aplicaciones del marxismo en lo histórico hechas en distintas latitudes por investigadores como André Gunder Frank, Jean Sure-Canale, Maurice Godelier, Paul Baran y Paul M. Sweezy, entre otros, sin olvidar el salto cualitativo que significó para la teorización marxista las polémicas de alto nivel en torno a las concepciones marxológicas de Louis Althusser.

De la teoría marxista quedan en pie, incólumes al paso del tiempo y una vez despejados de desfiguraciones y enunciados precisamente antimarxistas, sus principios teóricos fundamen-



tales y, ante todo, sus valores como método y orientación para la investigación histórica, principalmente en cuanto se relaciona con las aplicaciones de las leyes más generales del marxismo al decurso histórico en los ciclos de larga duración. Hasta aquí algunas apreciaciones sobre historia e historiografía.

El tercer enunciado de la temática que “me impusieron” en aquella celada de la cual hablé al principio es el que expresa *última etapa de lucha por la liberación definitiva 1952-1958*.

Pienso que la última etapa de lucha por la liberación definitiva aún rige hoy día. Es decir, en tanto la lucha por la liberación definitiva todavía tiene hoy que revitalizarse a diario y es necesario librarla día a día, me parece que no resulta aconsejable enmarcarla solamente a los años 1952-1958.

Si pretendemos referirnos a nuestras luchas en el septenio 1952-1958, estimo que es de mayor precisión hacer la siguiente reformulación: “*en la fase insurreccional (1952-1958) de la última etapa de lucha por la liberación nacional*”.

En consecuencia, nuestra temática de hoy resulta *Historia e historiografía de la fase insurreccional (1952-1958) de la última etapa de lucha por la liberación nacional*. Y ya aquí sí pasamos de lleno de lo general a lo particular, de lo abstracto a lo concreto: se trata de la historia y de la historiografía de Cuba 1952-1958.

Éste es el tema específico y éste, el programa específico.

Para completar su tratamiento emplearé, muy sucintamente, el propio método histórico. O más bien, si soy consecuente con todo lo que hasta ahora he dicho, con varios de los métodos históricos: el método cronológico, el problemático y el positivista narrativo. Y para ello, como estamos al mismo tiempo en un ejercicio de intercambio de experiencias profesionales —me lo van a perdonar—, necesariamente debo insertar mi visión, mis criterios y mis experiencias personales.

En la década del 60, los pueblos latinoamericanos fueron hondamente impactados por la

impronta de la Revolución Cubana, que había irrumpido en la historia de América.

A la realidad concreta del derrocamiento de una execrable tiranía se incorporaba un torrente de versiones imaginativas. La dictadura batistiana había sido liquidada mediante una insurrección armada popular que llevó al poder a una vanguardia política, liderada por la ya entonces legendaria figura de Fidel Castro, que originaría un cambio radical en Cuba. Éstos eran los hechos objetivos. Pero a la realidad de los hechos se agregaban las más disímiles versiones de los acontecimientos en asombrosas mescolanzas de verdades, semiverdades, invenciones bien o mal intencionadas y algún que otro mito acerca de los barbudos del Ejército Rebelde, devenidos representación emblemática de aquella gesta.

Desde entonces, posiblemente ningún otro fenómeno político en el hemisferio ha polarizado más simpatía o antipatía que la Revolución Cubana; ni se ha interpretado de tan diversas y contradictorias maneras, incluida la etapa insurreccional. El resultado, en lo referente al discurso histórico (qué se narra de la historia), ha sido el diseño de falsas imágenes del proceso que antecedió al 1° de enero de 1959. De estas fabulaciones no han estado exentos ni siquiera quienes se alinean en la vertiente de los simpatizantes de la Revolución fuera de Cuba.

En aquellos años proliferaron en nuestra América (lo recordamos los mayores) los movimientos insurreccionales que intentaban reproducir lo sucedido en Cuba. Sobre la base de la existencia en otros lugares de algunas condiciones objetivas más o menos parecidas, se proponían desencadenar procesos liberadores nacionales en sus respectivos países por la vía armada. Se acuñó entonces el término “modelo cubano” del cual, por cierto, se hicieron varios modelos y varias interpretaciones, cada una de las cuales suponía ser el verdadero modelo. Además, ocurrió algo más grave: se pretendió imitar ese modelo.

La imitación, por sí misma, constituía un grave error. Era del todo imposible arribar a un mismo resultado con la adopción, en otros lugares,

de una fórmula política cuya validez se sustentaba en su concordancia precisa con determinado contexto nacional, el cubano, de muy definidas peculiaridades en la dinámica de su devenir histórico, económico, político, social, estructural clasista, cultural y psicológico.

Mas, no fue sólo eso. Al primer error se incorporaba otro igualmente funesto. No era el modelo cubano lo que por lo general se imitaba, sino un falso modelo, un dibujo incompleto y distorsionado del proceso insurreccional cubano, del cual incluso se elaboraron teorizaciones generalizadoras como aquella del “foquismo” o foco guerrillero (léase Regis Debray). Las veces que esta última, en particular, se adoptó como pauta y se intentó llevar a la práctica en otros países de América Latina, provocó resultados catastróficos para sus seguidores.

Así las cosas, a mediados de la década del 60 se efectuaron en La Habana tres eventos internacionales de gran significación para esta parte del mundo: la Primera Conferencia Tricontinental de Solidaridad de los Pueblos de Asia, África y América Latina de la cual surgió la OSPAAAL; la reunión de las delegaciones latinoamericanas participantes en esa conferencia, en la cual se acordó constituir la Organización Latino-Americana de Solidaridad (OLAS) y el IV Encuentro Latino-Americano de Estudiantes, del que emergió la OCLAE. Estoy refiriéndome a una etapa americana en la que pulularon las controversias dentro de las izquierdas, a tales extremos que sus militantes se atomizaron en varias tendencias inconciliables, y en la cual pocos países latinoamericanos estuvieron al margen de las acciones armadas.

En esa época, en mi quehacer periodístico como redactor jefe del Equipo Ideológico-Histórico de *Juventud Rebelde*, estaba especializado en reportar el explosivo acontecer político en América Latina. También cubría temáticamente otro fenómeno que tipificó aquellos instantes: las violentas e inéditas rebeldías estudiantiles que se sucedieron en algunos países desarrollados, principalmente en Francia, Italia y República Federal Alemana —Estados Unidos inclusive—, lo que, por su parte, dio pábulo a otras peregrinas lucubraciones.

Entonces tuve la oportunidad de conocer y entrevistar a muchos dirigentes juveniles —sobre todo, estudiantiles— y a combatientes de distintas agrupaciones guerrilleras que operaban en zonas rurales y montañosas o que actuaban en el ámbito urbano en América Latina. Y me di cuenta de cuánto desconocimiento existía acerca de lo sucedido en Cuba antes del 1° de enero de 1959.

En algunos casos se llegaba a sustentar el criterio extremo de que bastaba que un grupo de hombres bien intencionados decidieran tomar las armas, divulgaran un manifiesto con sus propósitos, subieran a las montañas y estuvieran dispuestos a luchar hasta las últimas consecuencias, para rápidamente arrastrar tras ellos al pueblo y triunfar en un corto lapso. En el seguimiento de esa idea entregaban sus vidas legiones de jóvenes latinoamericanos de avanzada.

La única excepción que esta regla llegaría a registrar en América Latina, sería la tenaz e inteligente insurgencia sostenida y culminada en éxito por el Frente Sandinista de Liberación Nacional en Nicaragua; mas, su victoria contra el somocismo se sustentaría, de manera aleccionadora, en la capacidad de su joven dirigencia por ir ajustando su método, estilo y cadencia de lucha a sus propias peculiaridades nacionales. Similar “secreto” seguiría más tarde el proceso insurreccional en El Salvador, solamente contenido en su avance por la descomunal intervención económica y militar de Estados Unidos, causa misma que dio al traste después con la Revolución Sandinista en el poder.

Desde que aconteció el triunfo de la Revolución Cubana, muchas personas fuera de Cuba se creyeron en capacidad de escribir acerca de lo que aquí había pasado, amigos y enemigos. Libros y más libros se publicaban con las más increíbles tergiversaciones, desconocimiento de los hechos y falsedades, principalmente en torno a Fidel, personalidad simbólicamente artífice de la Revolución.

Pasaban los años y, con ellos, se imprimían más y más obras. Pero seguía faltando, de manera paradójica, la versión o las versiones cubanas de aquella historia. Versiones desde adentro, apoyadas en la reconstrucción de los hechos

reales, desde su ámbito vivencial, receptora de las informaciones de sus auténticas fuentes documentales y reflectiva de la mayoría de sus principales voces protagónicas.

Mas, éstas no eran las únicas dificultades. Lamentablemente, casi toda la bibliografía existente sobre la etapa insurreccional de la Revolución Cubana, veía afectada su objetividad por un pecado de origen: la posición que asumen sus autores ante lo sucedido después del 1° de enero de 1959. Enfocados desde una perspectiva unilateral y en exceso parcializada, los hechos del pasado comienzan así a adulterarse por razones políticas. Y me refiero por igual a muchas de las obras editadas afuera y adentro del país. En unas y otras, de acuerdo con las concepciones que atacan o defienden, se manifiestan de alguna manera la apología, el maniqueísmo, las omisiones, las hiperbolizaciones y otros defectos subjetivistas. En las de adentro, bajo la influencia del concepto a ultranza de defensa de la Revolución Cubana y sus símbolos. En las de afuera, bajo la influencia a ultranza de la intención de debilitar y destruir a la Revolución Cubana y sus símbolos.

En tanto mi posición política e ideológica me ubica junto a quienes defienden el carácter nacional y el proyecto socialista de la Revolución en Cuba, no estoy exento como historiador de haber incurrido en esas deficiencias. Pero trato de evitarlas, en lo posible, en aras de una mayor aproximación a la científicidad de la historia que pienso es, al mismo tiempo, la mejor manera de contribuir el historiador desde su profesión al fortalecimiento de la Revolución, hoy, y a su preservación para el futuro.

Así me impuse, en aquellos años 60, el propósito de hurgar en la realidad de lo ocurrido, iniciar pacientemente el trabajo investigativo en el cual estoy inmerso hace ya 30 años, e ir elaborando un discurso histórico propio sobre la génesis y el desarrollo de la etapa insurreccional de la Revolución. No fui el único. Otros investigadores han recorrido y transitan en la actualidad este camino despejado que, en los últimos tiempos, ha empezado a brindar el fruto de esclarecedoras obras, aunque algunas de ellas tratan temas aislados, acometan el limitante gé-

nero biográfico, tengan un carácter únicamente episódico o estén referidas sólo al estudio de aspectos militares de la etapa insurreccional.

Por mi parte, he preferido abordarla en forma integral y dedicar especial atención al análisis de lo relacionado con el denominado factor subjetivo, con el trabajo organizativo en lo político y concientizador en lo ideológico que antecede, primero, y corre paralelo, después, a la hechología heroica que predomina por regla general como imagen más perceptible del acontecer histórico prerrevolucionario.

En lo personal, he intentado que mi trabajo de investigación se rija por una norma esencial: el restablecimiento verídico, multidisciplinario, totalizante, en toda su riqueza y complejidad, del proceso histórico que desembocó en el triunfo de la insurrección. No obstante, en mis obras, en general, lo económico aparece tratado tangencialmente de manera coyuntural, sólo cuando resulta imprescindible para esclarecer alguna situación muy concreta, pues —en mi criterio— durante los últimos siete años del segundo batistato no se originó ninguna alteración brusca de la tendencia al paulatino deterioro relativo de la economía en Cuba que elevara este factor a un rango determinante del acontecer político y social, como sí tuvo esa incidencia en el derrocamiento de la tiranía de Machado.

Brindar una versión lo más completa posible de aquel proceso que precedió al triunfo de la Revolución, sin omisiones ni mutilaciones, y sin disminuirlo a la simple expresión de la contienda armada, constituye un objetivo cardinal de mi trabajo como historiador. Y evitar la tendencia simplificadora que reduce el concepto de lo insurreccional a la épica en las zonas rurales que se inicia con el 30 de noviembre en Santiago de Cuba y el arribo a Cuba del yate *Granma*, el 2 de diciembre de 1956; aunque la guerra en las montañas haya sido, en última instancia, el factor decisivo y catalizador de fuerzas que aceleraron el derrocamiento de la tiranía. Circunscribirse a una única perspectiva, la bélica, implica descontextualizar la guerra misma y asignarle una condición autárquica, un carácter mágico, antidialéctico, providencial, que no se corresponde con la realidad.

Conducida por una vanguardia que fue conformándose como tal en el mismo proceso de la lucha, y que supo cómo interpretar y representar los intereses y las aspiraciones populares, esa guerra estuvo antecedida por una consistente actividad de esclarecimiento político y eficiente faena planificadora y organizativa, que siguió después durante el transcurso de la guerra.

La insurrección armada popular sólo pudo triunfar en Cuba con el soporte moral, económico y material de gran parte del pueblo. Resultó posible debido a la inteligencia e intrepidez aplicadas a su conducción por la vanguardia surgida del Moncada, sí, pero en confluencia con una manifiesta voluntad de rebeldía colectiva, con la sumatoria de una multitud de fuerzas que interactuaron, y con un enorme tributo de esfuerzo, sacrificio y sangre en todo el país y fuera del país que coadyuvaron a su éxito, en lo general. Y en lo particular, a la existencia de un coherente proyecto estratégico y a efectivos planes tácticos que se tradujeron paulatinamente en respuestas adecuadas de la vanguardia a los dilemas de cada momento. Estas respuestas se expresaron en el despliegue de una intensa propaganda movilizadora, y en el sostenimiento financiero y logístico aportado por decenas de miles de simpatizantes y militantes del Movimiento Revolucionario 26 de Julio y de otras organizaciones.

En armonía con las tradiciones de lucha y la idiosincrasia definidora de la cubanía, esa guerra se sustentó —en su más amplia perspectiva— en el acervo práctico-ideológico resultante de la ética y del heroísmo de sucesivas generaciones de revolucionarios cubanos desde el siglo XIX.

Sin la confluencia, interacción e interinfluencia de todos esos factores, la insurrección no hubiese triunfado el 1° de enero de 1959, ni la Revolución se hubiese sostenido con posterioridad. Frecuentemente, esto no se ha visto fuera de Cuba. Y lo que ha hecho inexplicable numerosos acontecimientos para algunas personas durante más de 30 años, quienes observan y pretenden estudiar a la Revolución Cubana desde una perspectiva superficial y parcializada.

Pienso que un trabajo serio en el tratamiento de nuestra historia en ese período debe hur-

gar, con la mayor diversidad de técnicas posibles, en las variables situaciones concretas del proceso insurreccional cubano que, por regla general, se omiten en deficientes exposiciones acerca de las raíces y el desarrollo de la Revolución, o que no se valoraran en su justa dimensión.

Creo que desde un principio debemos entender que el golpe de Estado del 10 de marzo de 1952, detonante que generó todo aquel proceso, estuvo en concordancia con el contexto nacional de aquel momento, y que las desiguales respuestas que le opusieron cada una de las fuerzas políticas, revolucionarias y sociales se correspondieron con esa singularidad estructural, contextual y cursiva de nuestro país. Lógicamente, en ningún otro ámbito geográfico podrían haberse reproducido de igual forma.

Esa peculiarísima coyuntura hizo posible el rápido ascenso en la vida pública del país, en aquellos años, de un joven abogado de 25 años de edad, ex dirigente estudiantil, que entonces iniciaba su carrera política desde una posición irrelevante. Y que aquella circunstancia acelerara en él la maduración de un proyecto de revolución social hasta ese instante difuso, embrionario y, de hecho, utópico, debido a las remotas posibilidades de viabilización en las condiciones prevaletientes en Cuba antes del 10 de marzo de 1952.

Ante la abrupta ruptura institucional que provocaron los sucesos del 10 de marzo en el país, el joven Fidel Castro encontró un cauce concordante con su personalidad y temperamento. Su reacción se manifestó mediante la denuncia política, la interposición jurídica y, sobre todo, en la decisión manifiesta de oponer la violencia revolucionaria a la violencia reaccionaria. En cada una de esas proyecciones coincidía de manera alternativa con otros muchos opositores a la tiranía recién instaurada. En esto nada era original. Sin embargo, los recursos apelativos políticos y jurídicos no se siguieron por Fidel como factores que fueran a solucionar por ellos mismos la situación en nuestro país. Tenían un sentido ocasionalmente táctico. Los utilizó con la intención de que se evidenciara su inocuidad y enaltecer así la única opción para él válida en

aquella encrucijada: la de la violencia revolucionaria.

Pero, además, en este último aspecto también se manifestaría otro rasgo atípico. Lo que lo iba a diferenciar en esencia de quienes adoptaron la denominada línea insurreccional, sería su capacidad para hacerla, su tenacidad para sostenerla y reiterarla a pesar de la carencia de recursos económicos y materiales y de los reveses y críticas que debió sufrir, y su firme determinación de encauzarla de todas maneras, aun al precio de su vida, por una parte. Y, de la otra, su conciencia de la necesidad de incorporar las masas a la ejecución de su proyecto y organizar, desde el inicio, destacamentos de civiles armados para desarrollar la lucha contra el aparato militar-policíaco de la dictadura, con el fin de destruirlo. De ahí que, a diferencia de muchos de los dirigentes de las otras organizaciones insurreccionales, Fidel —aunque ya en el proceso de la guerra total aprobó proyectos de captación para debilitar militar y moralmente al enemigo— no hizo depender nunca sus planes de la captación ni participación de militares en activo. Quiérase o no, esto conduce de manera inevitable a la aceptación de que en su proyecto insurreccional —de ahí su propósito de destruir la estructura militar sostenedora del régimen— estaba implícito un fin estratégico: el de la revolución social.

En contraste con la actuación de las demás fuerzas opositoras al régimen, alrededor de ese eje dinámico puede percibirse la actuación política, jurídica, propagandística, proselitista, organizativa y concientizadora de Fidel, simultánea o alternativamente desarrollada con la acción bélica, según las cambiantes situaciones antes y después del Moncada, antes y después del *Granma*.

Los aportes de las demás organizaciones políticas y revolucionarias al proceso que culminó en el derrocamiento de la dictadura batistiana, deben estar presentes en toda investigación histórica. A ellas se asignará la connotación que tuvieron desde los primeros momentos. Después, con el transcurso del tiempo, su participación se verá que irá teniendo cada vez más un simple

carácter coadyuvante en aquel proceso, mientras otras, con igual papel, se incorporarían tardíamente. A este papel fueron autorrelegándose por su acción escasa o ineficacia —hasta desaparecer— la mayor parte de ellas, en tanto surgían otras nuevas como el Directorio Revolucionario.

Ahora bien, en la misma medida en que iba ocurriendo ese fenómeno, inversamente, el Movimiento Revolucionario 26 de Julio y, después del inicio de la guerra, el Ejército Rebelde con Fidel al frente, irían transformándose de manera creciente en la principal fuerza rectora del acontecer cubano de esa coyuntura.

Esos resultados contrastantes devienen incuestionables. Las cosas fueron así y no de otra manera. Al margen de cualquier interpretación distorsionada que pretendamos darle a aquella historia, por añejas o presentes razones e intereses partidarios o personales, la historia debe ser el reflejo de lo acontecido, no de lo que quisiéramos que hubiese sido. Ella debe realzar el optimismo, el trabajo, la acción tesonera, la inteligencia política y la osadía del joven Fidel Castro, y no por esto debe verse en la objetivación de estos valores un afán apologético. Así se evidenciaron en realidad esas condiciones en el período histórico que tratamos, en el cual también deben proyectarse las características y el accionar de otras muchas personalidades revolucionarias que incidieron igualmente en el derrotero de ese acontecer.

Sin ideas preconcebidas sobre los hechos propiamente dichos, hurgando en el pasado verídico y exponiendo lo real acontecido para llegar a conclusiones y posibles derivaciones, estimo que el trabajo del historiador debe tratar de no definir hasta poder demostrar y de no afirmar antes de haber comprobado. Sólo los hechos que sobrevivan a esa prueba deben registrarse. Y, por esa misma razón, otros muchos supuestos hechos indemostrables o versiones que transgredan lo verdaderamente ocurrido deben descalificarse.

No es nada fácil la labor del historiador. Sobre todo del historiador cuyo objeto de investigación es la historia reciente. Una gran parte de

sus protagonistas aún viven, lo cual constituye una privilegiada oportunidad de esclarecimiento, de obtención directa de información acerca de lo ocurrido; pero esto, a veces, se erige en un serio problema por varias razones: unos protagonistas se comparten hipercríticamente ante determinados resultados del trabajo historiográfico, cuando no se aviene a lo que ellos quisieran ver reflejado; algunos se niegan a ofrecer la información que tal vez ya hoy únicamente ellos conocen, y otros, por suerte los menos, no quieren que algunas cosas se conozcan. En contraste, hay protagonistas verdaderamente apasionados de la verdad histórica, que se erigen en fuentes orales valiosísimas y en aliados firmes de los historiadores. Mencionaré sólo dos casos: uno, que ya falleció y nunca opuso reparos al llamado de los historiadores, y es justo por eso rendirle tributo; otro, por esas mismas razones y porque tenemos la satisfacción de que esté hoy aquí junto a nosotros en esa sala; me refiero a Faustino Pérez y a Julio Camacho Aguilera.

Nada fácil la labor del historiador. Quien piense que zurciendo dos o tres testimonios y dos o tres documentos ya puede escribir la historia de algún hecho o de algún problema histórico, difícilmente llegará a ser historiador.

Ni lo será quien trabaje en lo fundamental con informaciones indirectas sin comprobar lo que ellas contienen; sobre todo, las provenientes de fuentes publicísticas.

Creo que una buena norma de alguien que se precie por ser historiador debe ser dudarle todo para obligarse a corroborarlo todo. Buscar información, comprobarla, ampliarla y volverla a comprobar debe ser nuestra premisa. Y me refiero tanto a la información de carácter bibliográfico como a la documental y a la testimonial, esta última con frecuencia cargada de subjetividad, imprecisión y desfiguraciones.

Otra condición: analizar, analizar y analizar. La falsedad de una información muchas veces puede detectarse por medio de la lógica, por simple deducción e inducción. Y no hablemos ya de la importancia que tiene el propio conocimiento del acontecer histórico, objeto de la investiga-

ción, que el historiador va acumulando en el proceso mismo de la indagación histórica.

Estas normas son aplicables a todos los tipos de fuentes, incluso a las documentales.

Un caso documental: En *La historia me absolverá*, al referirse Fidel al trato humanitario que los revolucionarios dieron a sus enemigos durante el combate del Moncada, asigna la jefatura de la acción del Palacio de Justicia a Raúl. Es lógico: Raúl era el único de ese grupo que estaba preso y, además, el único que podía corroborarlo en el acto del juicio. ¿Acaso iba a delatar Fidel a quien había sido designado en verdad para dirigir esa acción, Léster Rodríguez, y que había logrado escapar y, clandestinamente, gestionaba en esos momentos asilo diplomático para salir del país? Claro que no. Ahora bien, como aparece en un documento, documento que además tiene el valor y la trascendencia histórica de *La historia me absolverá* y, por añadidura, redactado por Fidel, ¿no puede decirse algo distinto a lo que en él aparece? Aceptarlo así constituiría una alteración de la verdad histórica. En casos como éste debe mantenerse fiel a la verdad histórica y, de ser necesario, explicar la lógica de la versión documental. No hacerlo así equivale a incurrir en un manejo rígido y apócrifo del que debemos cuidarnos en el tratamiento del trabajo histórico. En *El Grito del Moncada* se dio a este asunto el tratamiento correcto.

Sin que ni remotamente pretenda agotar la enumeración de los problemas que conspiran contra la científicidad que debe regir el trabajo del historiador, voy a referirme, por último, a otro delicado dilema, el cual se deriva de la contradicción entre lo que se considera puede expresarse hoy como resultado de lo ocurrido después del triunfo de la Revolución, y lo realmente sucedido durante la etapa insurreccional.

Aquí, el quehacer del historiador se hace bastante más complejo y riesgoso —hasta en el sentido ético y político— de lo que usualmente se presupone. Me refiero sobre todo al del revolucionario cuya profesión es la investigación y divulgación históricas. Y aún más cuando el período objeto de sus estudios, como en este caso, es un pasado reciente y, consecuentemente,

como ya dije, sus actores sociales viven y constituyen fuentes fundamentales de información, a menudo contradictorias, para la reconstrucción de los hechos y sus interpretaciones.

Fatigaría la enumeración si pretendiese incursionar en las dificultades que se alzan para entorpecer una investigación totalizadora, primero, y para publicitar después con rigor científico los resultados.

Sólo voy a referirme al que tal vez sea uno de los mayores dilemas que debe enfrentarse en tales circunstancias. Se centra principalmente en la decisión a adoptar entre *decurso* y *discurso*; entre el acontecer real (*decurso histórico*) y el discurso posterior que de él se haga (*relato histórico*), cuando son incoincidentes. Este diferendo se complejiza mucho más en situaciones como la nuestra, sujeta a un profundo proceso revolucionario. En este contexto, los requerimientos objetivos y subjetivos que generan los nuevos cursos de los acontecimientos de la revolución triunfante, llevan a elaborar *discursos políticos* presentistas que, al incursionar en las raíces factuales, no siempre guardan correspondencia absoluta con el desenvolvimiento real que tuvieron los acontecimientos pasados (*decurso histórico*).

¿Qué hacer, entonces? ¿Someter de todas maneras el discurso histórico al discurso político? Se salvarían —o créense salvar— algunos aspectos a veces sólo coyunturales del presente, pero al precio de impredecibles consecuencias para el futuro. Se incurre en mayor o menor desfiguración del pasado; se abre una brecha a la posibilidad de un desencuentro con la verdadera identidad nacional; se renuncia en cierta medida a algunos de los objetos dinámicos capitales de la historia como ciencia social, en tanto que vehículo de cultura integral, de formación de sólidos valores morales y de auténtica educación general y patriótica, y se desaprovecha la ciencia histórica como método (y estamos entrando en el campo de la politología) para el análisis efectivo del presente y la solución de algunos de sus problemas, y para la acertada previsión del porvenir, capacidad que sólo puede ejercitar el historiador a partir de un dominio cognoscitivo cabal de la realidad pasada.

Debe tenerse en cuenta, además, que el discurso político es susceptible a sufrir periódicos cambios para su ajuste a nuevas realidades, lo que obligaría a efectuar equivalentes cambios en el discurso histórico a él supeditado. Todo esto de conjunto, cuando ocurre, resta cientificidad y credibilidad a nuestra historiografía, la que puede ver reducida así su función a la creación de omisivas o hiperbólicas versiones históricas, denominadas oficialistas, que desacrediten su prestigio.

¿Qué hacer, entonces? En mi criterio, tratar de reconstruir lo mejor posible el verdadero curso de los acontecimientos pasados en su justa progresión temporal. Y, a la hora de la elaboración para su versión publicística, asumir del discurso político aquellos aspectos probadamente válidos para una veraz re-creación de lo histórico. No polemizar en lo demás, pero tampoco adoptar el discurso político como paradigma incuestionable, si se opone a la verdad histórica.

Aunque como revolucionarios cubanos, todos, percibamos el mundo y nuestra Revolución de manera similar y por ella estamos en disposición de entregar la vida, la función del dirigente político es una. Y la del historiador, otra. El que hacer político se rige por sus objetivos, y por sus propios métodos y leyes particulares. Y el histórico, también. Y el historiador deberá actuar con el decoro profesional que digne la singularidad de nuestra Revolución a la cual representamos en este sector.

Quiero, finalmente, relatarles una anécdota:

Hace exactamente diez años, con motivo del trigésimo aniversario del alzamiento popular del 30 de noviembre aquí en Santiago de Cuba (toda una obra maestra de la lucha armada revolucionaria urbana) y del desembarco del *Granma*, un historiador tuvo la oportunidad de conversar una tarde con el Comandante en Jefe acerca de algunas de estas cuestiones.

Le planteó ciertas inquietudes, algunas dudas acerca de versiones tradicionalmente divulgadas sin cuestionamientos. Le hizo varias preguntas como las siguientes:

Primera. ¿Por qué si su plan al desembarcar era internarse en las montañas y desarrollar la

guerra en un ámbito campesino, en zonas rurales, en la estructura organizacional del Movimiento Revolucionario 26 de Julio no se contempló el frente campesino?

Segunda. ¿Por qué si su plan era ése se habían preparado algunos proyectos de Manzanillo hacia el norte y hacia el este, como si se fuesen a escalonar acciones militares revolucionarias en el arco de carreteras desde la costa de Bayamo a Santiago de Cuba, una de cuyas pruebas fue la concentración de hombres en La Anacahuita, periferia de Ventas de Casanova?

Tercera. ¿Por qué si desde un principio se estimó que sería una guerra prolongada, él se había referido poco antes a que el desembarco se haría coincidir con un sabotaje nacional a las comunicaciones y una huelga general, de lo que deduce que consideraba la guerra como un hecho de corta duración?

Cuarta. ¿Fue su plan que el alzamiento de Santiago de Cuba coincidiese con el momento del arribo del *Granma* y, por tanto, la diferencia de dos días entre uno y otro se debió al retraso en la travesía del yate?

Por respuesta a la última pregunta, Fidel le respondió: “Yo no dije que después de equis

días de recibidos los mensajes se produjera el alzamiento. Lo que dije es que cuando se tuvieran noticias ciertas del arribo de la expedición, entonces se produjera el alzamiento; porque de esa manera se distraerían las fuerzas del enemigo en dos direcciones contrarias y no podrían concentrarse contra nosotros.

”Es que no todos en la dirección del Movimiento pensábamos igual. Unos tenían una concepción de cómo hacer la lucha y otros, otra. Y éste [y es lo que quiero subrayar de la anécdota] es uno de los problemas que corresponderá a ustedes los historiadores explicar”, terminó diciendo Fidel.

Por transferencia, concluyo expresándoles: La historia de la etapa insurreccional 1952-1958 es muy rica, compleja, y sería realmente hermoso poderla reconstruir nosotros en toda su dimensionalidad.

El trabajo historiográfico que nos compete tiene que estar a la altura de aquella historia. Y éste constituye el principal problema que nos corresponde a los historiadores revolucionarios resolver.

Muchas gracias.

• • • •



# Playa Girón: Kennedy ante un dilema

**Jesús Arboleya Cervera** A cuatro décadas de la victoria de la Revolución Cubana ante la invasión militar organizada por Estados Unidos en las arenas de Playa Girón, las reflexiones expuestas en estas páginas aportan importantes interpretaciones de aquel hecho histórico para Cuba y América Latina, un dilema que para John F. Kennedy y la política imperialista resultó, a la postre, una absoluta derrota. ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ●

JESÚS ARBOLEYA CERVERA

Doctor en Ciencias Históricas y profesor titular en la Universidad de La Habana, con apreciable quehacer intelectual; es especialista en estudios migratorios y de política internacional con relación a Cuba y Estados Unidos, lo cual ha quedado plasmado en diversos artículos, ensayos y libros.

Más allá del mito que rodea su figura, pudiera afirmarse que el legado más importante de John F. Kennedy a la política norteamericana, fue diseñar los mecanismos de dominación que exigía la expansión de Estados Unidos en la segunda posguerra y dotarlos de los fundamentos teóricos que todavía rigen su aplicación. La *Nueva*

filosofía de propuestas específicas para articular la hegemonía norteamericana, en correspondencia con los profundos cambios estructurales que venían ocurriendo a escala internacional.

39 *Frontera* extendió los principios de la *Doctrina Monroe* al mundo entero y nutrió esta

Para Kennedy, esta expansión del dominio estadounidense constituía un "imperativo generacional" destinado a evitar que algún otro poder o combinación de poderes amenaza-

ra los intereses de Estados Unidos en cualquier parte del mundo. Según sus propias palabras, esta amenaza nunca había sido más clara, ni su presencia más inminente que en el contexto de la guerra fría y fijó las prioridades del conflicto en el Tercer Mundo, desplazando la periferia hacia el centro, lo que implicó la aplicación de una voluntad contrarrevolucionaria a escala mundial que no había tenido paralelo en la historia del país.

La invasión de Bahía de Cochinos —un proyecto heredado del gobierno anterior— constituyó la primera prueba de la aplicación concreta de la doctrina kennedyana. Por un lado, la Revolución Cubana representaba muchas de las transformaciones reformistas que Kennedy decía defender para América Latina y, por otro, el hecho revolucionario cubano enfrentaba a Estados Unidos, con la incapacidad de éste, para asumir los cambios cuando se producían fuera de su control, amenazando su dominio en la región.

La invasión, por sí misma, también colocaba al presidente en la difícil disyuntiva de recurrir a métodos que estimaba nocivos para la nueva imagen que Estados Unidos pretendía proyectar ante el mundo y ello lo hizo dudar de su conveniencia. No obstante, en la copiosa documentación y testimonios relacionados con el caso, no aparece una sola impugnación de Kennedy al derecho de su país a intervenir en los asuntos de Cuba, una facultad ideológicamente asentada en su mentalidad imperialista, que ahora se justificaba por la supuesta subordinación de los revolucionarios cubanos a los planes expansionistas soviéticos. A pesar de su retórica reformista, no era más que un *guerrero de la guerra fría*, sin duda, uno de los más brillantes y agresivos.

---

Contrario a lo que muchos piensan, la carrera política de Kennedy lo ubicaba en el ala derecha del Partido Demócrata. Vinculado al senador Joseph McCarthy en su campaña represiva anticomunista —fue el único senador demócrata que no apoyó la censura del Congreso al mccarthismo—, tanto desde la legislatura como en la presidencia favoreció el desarrollo de la carrera armamentista y alentó el miedo a la ame-

naza soviética como piedra angular de la política doméstica e internacional de Estados Unidos.

Kennedy se consideraba un liberal y en realidad lo era, pero el liberalismo kennedyano se distanciaba de sus predecesores en la medida que reflejó las mutaciones que tenían lugar en el pensamiento político norteamericano de la segunda posguerra. Kennedy se situaba dentro de las más puras tradiciones liberales al favorecer las soluciones económicas keynesianas y creer en un gobierno fuerte, capaz de ejercer “todo su poder para cumplir con sus responsabilidades”. También reconocía el valor moral de la integración racial y la necesidad de reformas sociales en Estados Unidos, aunque favorecía la línea de acción más moderada, por lo que sus posiciones en este asunto no se diferenciaban sustancialmente de las sostenidas por Dwight Eisenhower durante su gobierno. Sin embargo, sus planteamientos en política exterior se alejaban del tono menos agresivo asumido por la mayoría de los liberales tradicionales y se sumaban a las tendencias —tanto liberales como conservadoras— que abogaban por una línea dura encaminada a consolidar, a toda costa, el poder hegemónico estadounidense a escala internacional.

Para fines de la década del 50 se habían reducido significativamente las diferencias entre liberales y conservadores respecto de la política exterior de Estados Unidos. La *Doctrina Truman* había significado un rompimiento con el liberalismo tradicional demócrata, de la misma manera que la elección del general Eisenhower no hizo más que consolidar esta posición dentro de las propias filas conservadoras “aislacionistas” del Partido Republicano.<sup>1</sup> De esta manera, la voluntad intervencionista en gran escala ganó consenso y el debate se redujo a la táctica más adecuada para alcanzar este propósito. En este contexto, Kennedy representó la impronta de una generación de políticos norteamericanos

---

<sup>1</sup> Más que una voluntad no injerencista, el aislacionismo constituyó una política basada en un claro sentido de los límites del poder de Estados Unidos en cada etapa de su historia, sustentada por una ideología chauvinista que partía de la premisa de la supuesta superioridad norteamericana respecto del resto del mundo.

empalagados de poder, para quienes podía extenderse hasta el infinito el “liderazgo” de Estados Unidos. De hecho, sus críticas al gobierno republicano estuvieron dirigidas a demostrar lo que creía su falta de determinación e indiferencia ante el avance del comunismo internacional.<sup>2</sup>

Lo novedoso de la propuesta kennedyana consistía en *modernizar el intervencionismo* teniendo en cuenta los profundos cambios ocurridos en la arena internacional. Esta visión toma en cuenta, por un lado, el debate en cuanto al poder disuasivo de las armas nucleares para asegurar, por sí solas, los intereses norteamericanos en el mundo; y, por otro, el conflicto que para Estados Unidos implicaba el proceso de descolonización, cuyos efectos favorables —en el sentido que eliminaba el control de las potencias coloniales europeas sobre buena parte de los mercados del Tercer Mundo— se combinaban con un clima estratégicamente inseguro, en la medida en que el proceso de liberación nacional de estos países los acercaba al socialismo.

La propuesta de Kennedy ante esta disyuntiva fue lo que se dio en llamar “*estrategia de respuesta flexible*”, la cual consistía en aumentar la capacidad de Estados Unidos para actuar a todos los niveles en cualquier circunstancia, ya sea mediante la diplomacia, las operaciones encubiertas o la guerra nuclear. Esta filosofía reconocía que el mundo estaba abocado a cambios irreversibles y que la mejor opción para Estados Unidos radicaba en “guiar” estos cambios en el sentido de sus intereses. En términos concretos, la estrategia incluía un esfuerzo propagandístico para vincular el intervencionismo norteamericano con el supuesto desarrollo de la libertad y la democracia en el mundo, adecuar sus fuerzas armadas para la guerra irregular y promover reformas económicas y políticas en alianza con grupos emergentes nativos menos comprometidos con los regímenes oligárquicos tradicionales.

Esta crítica al papel de las oligarquías nativas —hasta entonces consideradas sostenedores de

la estabilidad que necesitaba el capital estadounidense para expandirse y actuar en los países dependientes— constituye uno de los aportes más relevantes de Kennedy a la doctrina hegemónica norteamericana. A través de la *Alianza para el Progreso* —un ambicioso programa de reformas económicas para América Latina—, el presidente pretendió concretar esta tesis, pero fracasó debido a la incapacidad de las burguesías nacionales existentes para asumir la dirección de los procesos políticos en los países latinoamericanos, una cualidad intrínseca del neocolonialismo que Kennedy fue incapaz de comprender, pero que de cierta manera se concretó más tarde dentro del contexto del neoliberalismo globalizado, con la aparición de una burguesía tecnocrática vinculada orgánicamente al capital transnacional.

Diferencias en la concepción del mundo determinaron el debate entre conservadores y liberales en cuanto a los procedimientos a utilizar para consolidar el dominio norteamericano sobre el resto del mundo, pero su importancia, estrategia, el derecho y la predestinación para ejercerlo no se pusieron en duda por ninguno de los bandos. Por ello, sólo a nivel táctico pudiera hablarse de discrepancias entre las administraciones de Eisenhower y Kennedy respecto de la política exterior de Estados Unidos. El caso cubano y, en particular, la operación de Bahía de Cochinos constituyeron un ejemplo de ello.

---

La Revolución Cubana no fue ajena a la retórica de guerra fría que caracterizó la campaña electoral entre Kennedy y Nixon en 1960. Un momento relevante en los debates televisados fue cuando Kennedy acusó al gobierno republicano de “perder” a Cuba frente al expansionismo soviético. El vicepresidente quedó mal parado al no poder reconocer en público la invasión que se preparaba y de la cual Kennedy había sido informado. El golpe bajo ganó a Kennedy puntos en las encuestas, pero a costa de comprometerlo con la operación que lo conduciría a la más resonante de sus derrotas.

Desde agosto de 1959, la CIA había comenzado a planificar la creación de una fuerza

---

<sup>2</sup> John F. Kennedy: “What is a Liberal?”, acceptance of the New York Party Nomination, 14 de septiembre de 1960.

paramilitar para actuar contra la Revolución Cubana. En diciembre ya estaba decidido el entrenamiento de un grupo de hombres de origen cubano y en enero se puso en práctica la creación de una unidad especial para dirigir la operación. Al mismo tiempo, se reclutaba a las personas que debían integrar un “frente político unificado, que sirviera como el instrumento encubierto para operaciones clandestinas y como punto de reunión para los cubanos anticastristas”, según palabras de Lyman Kirkpatrick, entonces inspector general de la CIA.<sup>3</sup>

El plan definitivo, titulado *Un programa de acción encubierta contra el régimen de Castro*, se aprobó por el presidente Eisenhower el 17 de marzo de 1960. Este plan consistía en:

- Formar una organización de exiliados cubanos para atraer lealtades cubanas, dirigir actividades opositoras y darles cobertura a las operaciones de la Agencia.
- Empezar una ofensiva de propaganda en nombre de la oposición.
- Crear dentro de Cuba un aparato clandestino tanto para la recopilación de inteligencia como para la acción, que respondiera a la dirección de la organización de exiliados.
- Desarrollar fuera de Cuba una pequeña fuerza paramilitar para ser introducida dentro de la Isla con el objetivo de organizar, entrenar y dirigir grupos de resistencia.<sup>4</sup>

El propósito de la operación —tal como lo describe Kirkpatrick— consistía en alimentar un poderoso programa de resistencia a través de la asistencia clandestina externa a los grupos contrarrevolucionarios y, al mismo tiempo, evitar que la mano del gobierno norteamericano apareciera como la ejecutora de estos planes.

De cierta forma, este proyecto reproducía la experiencia intervencionista de Estados Unidos en Guatemala en 1954, incluso buena parte del personal de la CIA que asumió los preparativos de la operación se seleccionó entre los oficiales que organizaron el golpe de Estado guatemalteco. También reflejaba la idiosincrasia de la administración republicana, definida por Kennedy como una manera simplista y anacrónica de en-

frentar los problemas de un mundo que se transformaba de manera acelerada.

La fórmula que la CIA proponía al presidente podría resumirse en un intento de vuelta al pasado cubano, sustituyendo al régimen batistiano por otro menos desgastado, pero de similares características clasistas e igual dependencia de Estados Unidos. Con este fin se cursaron instrucciones para excluir del frente político a aquellas personas demasiado vinculadas con la dictadura batistiana y reclutar a los dirigentes contrarrevolucionarios dentro de otras fuerzas de “centro-derecha” aliadas de Estados Unidos, según los términos utilizados por la CIA.

Resulta imposible analizar aquí la composición del *Frente Revolucionario Democrático (FRD)* y sus conflictos internos; baste decir que el resultado fue un engendro constituido por viejos politiqueros oportunistas y jóvenes provenientes del ala derecha del catolicismo, representativos de los sectores más elitistas de la oligarquía nacional. Los batistianos, por su parte, tampoco fueron totalmente excluidos del proyecto, toda vez que muchos de ellos formaron parte del aparato militar.<sup>5</sup>

Aunque llama la atención que, desde el principio, el plan hacía énfasis en la preponderancia de las capacidades en el exterior, resulta evidente que entonces la CIA creía contar con la posibilidad de movilizar un potencial contrarrevolucionario interno considerado indispensable para éxito de la operación. Precisamente, la incapacidad para desarrollar esta oposición interna al nivel previsto, determinó un cambio radical en la concepción de los planes a la altura de noviembre de 1960. Ya entonces “se expresaron fuertes dudas de que nada que no fueran obviamente fuerzas militares estadounidenses iba a ser suficiente para conseguir la caída de Castro”.

<sup>3</sup> “Informe del Inspector General de la CIA sobre la Operación de Bahía de Cochinos”, tomado de *The Miami Herald*, Miami, 1º de abril de 1998, p. 1.

<sup>4</sup> Ídem, p. 1.

<sup>5</sup> Para los criterios del autor sobre la formación del Frente Revolucionario Democrático, puede revisarse el capítulo III del libro *La contrarrevolución cubana*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1997.

No obstante, la CIA creyó factible hacerse de una cabeza de playa, atraer elementos disidentes hacia la zona de desembarco y suscitar un levantamiento general que condujera a la caída del régimen revolucionario, por lo que se decide aumentar sustancialmente el tamaño de la brigada invasora y reorientar el entrenamiento hacia líneas militares más convencionales. Según Kirkpatrick, “la invasión iba a tomar el lugar de una resistencia organizada”.<sup>6</sup>

Ya en esos momentos han tenido lugar las elecciones y la administración Kennedy tendrá que tomar las decisiones definitivas respecto de la operación. El propio inspector general reconoce la falta de sentido del plan que se presenta al presidente recién electo; parecía imposible que un grupo de desembarco relativamente pequeño pudiera retener una escasa porción de territorio frente a fuerzas mucho mayores y que miles de adeptos atravesaran las líneas enemigas para sumarse a ellos, provocando un levantamiento general del que no existía el menor indicio en el país.

También se descartó la posibilidad de contar con un apoyo significativo de fuerzas alzadas contrarrevolucionarias, pues éstas resultaron seriamente diezmadas como resultado de la ofensiva desarrollada por las fuerzas revolucionarias en las zonas montañosas del país; especialmente en el Escambray, cerca de la región donde estaba previsto ejecutar la invasión. Incluso a última hora se decide cambiar el lugar de desembarco de Trinidad —en las estribaciones del Escambray— hacia la ciénaga de Zapata, agregando los pantanos al aislamiento de las fuerzas invasoras.

Sin argumentar por qué resultaba diferente realizar la operación unos pocos kilómetros hacia el oeste, la mayoría de los historiadores achacan el traslado del desembarco a la preocupación de Kennedy por la excesiva resonancia que hubiera tenido hacerlo por Trinidad. Más lógico es suponer que ante la evidente incapacidad del frente interno, Bahía de Cochinos resultaba una zona más fácil de tomar y defender el tiempo suficiente para iniciar una guerra de desgaste que justificara la intervención de tropas norteamericanas.

La incuestionable renuencia de Kennedy a la intervención directa de tropas norteamericanas en la invasión, ha incorporado un elemento de confusión respecto de las verdaderas intenciones norteamericanas en la operación. En ninguna de las variantes diseñadas estuvo prevista la creación de fuerzas de reserva cubanas para desembarcar en el país una vez tomada la cabeza de playa, lo que indica que, en realidad, el plan siempre se concibió para servir de excusa al desembarco de las fuerzas armadas de Estados Unidos.

Kennedy no pudo ser ajeno a ese propósito —se haya o no expresado claramente por la CIA— y recién asumió el gobierno aprobó el plan, aunque planteó importantes reservas. La más significativa de estas reservas fue exigir garantías de que la invasión estuviese respaldada por *un movimiento interno capaz de legitimar la intervención norteamericana*. En esta preocupación radica el principal conflicto del presidente con aquel proyecto, toda vez que una intervención sin ese pretexto echaba por tierra sus tesis reformistas de la política exterior norteamericana y el sustento de la guerra ideológica frente al socialismo que pretendía emprender en el Tercer Mundo. O sea, *negarse a participar de forma directa en la invasión, no significaba que esa intervención no pudiese realizarse más adelante*, si se concretaba la justificación de una aparente guerra civil contra el comunismo en Cuba.

Según Arthur M. Schlesinger Jr., colaborador de Kennedy y uno de sus biógrafos más apologeticos, para el presidente “el alzamiento de Fidel Castro transformaba una falla de la política en una amenaza a la seguridad” y definía estas fallas como el excesivo compromiso de Estados Unidos con las dictaduras latinoamericanas y su falta de voluntad para vincularse con los sectores liberales de la burguesía nacional en esos países.<sup>7</sup>

Por ello, Kennedy pretende “liberalizar” el FRD y ordena la integración en él del *Movimiento Revolucionario del Pueblo (MRP)*, una organiza-

<sup>6</sup> Ídem, p. 12.

<sup>7</sup> Arthur M. Schlesinger: *Los mil días de Kennedy*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1970, p. 146.

ción de ciertos sectores de la burguesía nacional, que hasta entonces habían sido excluidos por los grupos más conservadores que integraban el Frente y por los propios operativos de la CIA que dirigían los aspectos políticos de la operación. Para estos sectores, el MRP representaba una especie de “fidelismo sin Fidel”; o sea, un proyecto reformista igualmente sospechoso para los intereses de la oligarquía cubana y los grupos conservadores norteamericanos.

Las presiones de Kennedy por transformar la composición del FRD determinaron su desmantelamiento y la creación del *Consejo Revolucionario Cubano (CRC)*, una entidad compuesta por personalidades de diversas tendencias, el cual debía establecerse como gobierno provisional en Cuba una vez que fuera tomada la cabeza de playa. En el momento de la invasión, este Consejo fue internado en una base militar norteamericana y conoció por la radio del desembarco de las tropas que supuestamente dirigía.

A pesar de los intentos de Kennedy por dotarla de otra imagen, la invasión de Bahía de Cochinos —así como el proyecto contrarrevolucionario en su conjunto— continuó siendo lo único que podía ser, un intento restaurador de las condiciones de dependencia de Cuba, representativo de las posiciones más reaccionarias y antipatrióticas de la vida política nacional. Las fuerzas que formaron parte de la invasión constituyeron una mezcla singular de antiguos militares del régimen batistiano y jóvenes provenientes de las familias más ricas del país. Tal fue la composición clasista de este grupo, que puede afirmarse que nunca antes en la historia de Cuba —tampoco después— la oligarquía tuvo una participación directa mayor en un movimiento armado.

---

Muchas lucubraciones han estado presentes en la historia de la invasión de esos días de abril del 61. Como dijo el propio presidente, “la derrota siempre es huérfana”, por lo que resulta fácil encontrar multitud de versiones interesantes en rehuir responsabilidades o justificar posi-

ciones que han entorpecido la clarificación de los hechos y su análisis.

Salvando estos obstáculos, pudiera afirmarse que el plan estribaba en destruir la aviación revolucionaria en tierra mediante ataques de supuestos pilotos desertores; tomar la pequeña porción del territorio rodeado de pantanos que conforma Bahía de Cochinos; establecer allí al gobierno provisional y desarrollar algunas acciones terroristas en las ciudades bajo la dirección de los agentes que la CIA había infiltrado en el país. Estas acciones tendrían el fin de proyectar una aparente situación de caos social que justificara la intervención norteamericana, incluso estaba previsto otro desembarco diversionista por la región oriental, que aparentemente tenía la misión de realizar una autoprovocación contra la base militar de Estados Unidos en Guantánamo.

Como se conoce, los bombardeos no cumplieron con su cometido y rápidamente se descubrió la patraña de la supuesta disidencia en la Fuerza Aérea; la invasión fue derrotada en menos de 72 horas y capturados más de 1 200 prisioneros; la contrarrevolución interna fue totalmente desmantelada antes de que pudiera actuar y el segundo grupo invasor no se decidió a desembarcar. El fracaso dejó al presidente sin otra opción que reconocer la derrota o intervenir sin excusas, una disyuntiva prevista por los halcones de la CIA y los dirigentes contrarrevolucionarios, quienes suponían que Kennedy no estaría dispuesto a permitir tal humillación.

Mas, después de algunos titubeos que implicaron la participación de aviones de guerra con orden de disparar si eran atacados —algo muy posible en pleno combate—, Kennedy optó por no autorizar la intervención de las tropas norteamericanas, una decisión que tuvo un costo político tremendo para un presidente recién electo y que le granjeó el odio del poderoso aparato clandestino y de los grupos contrarrevolucionarios, quienes a partir de ese momento lo creyeron el gran traidor de la causa anticubana.

De hecho, al negarse a intervenir de manera directa, Kennedy confrontó con lo que ha constituido el núcleo central del proyecto contrarrevolucionario, el cual, más que en la labor de los

grupos nativos, ha apostado a la invasión militar norteamericana para derrocar al régimen revolucionario. Esta concepción tiene su fundamento en una ideología *plattista* que penetró hasta las raíces del pensamiento burgués en Cuba y es la razón que explica el apoyo fanático brindado por la contrarrevolución a aquellos políticos norteamericanos considerados más dispuestos a dar este paso —dígase Nixon y Reagan—, así como el odio feroz que les inspira John F. Kennedy, a pesar de que ningún otro presidente les brindó más apoyo a sus planes.

---

Kirkpatric se preguntaba por qué la operación de Bahía de Cochinos no se canceló cuando resultó evidente que estaba condenada al fracaso; las causas pueden ser varias, pero tanto su informe, como el del general Maxwell Taylor —designado por Kennedy para evaluar la derrota—, desconocen los factores políticos y centran su análisis en los problemas técnicos de la operación, un error también presente en las conclusiones de la propia administración.<sup>8</sup>

El fracaso de Playa Girón estuvo determinado por un *extraordinario apoyo popular a la revolución* y los métodos aplicados por la dirección revolucionaria para organizar y movilizar a las fuerzas populares. Este apoyo convirtió impracticable la oposición interna y determinó que Estados Unidos se viese precisado a dar prioridad a los grupos externos en sus planes contrarrevolucionarios. También las fuerzas populares derrotaron a los invasores y desmantelaron a los grupos armados y al frente clandestino interno que debía servirles de apoyo.

Por más que resultara evidente, esta realidad se ignoró por los especialistas de la administración a la hora de diseñar planes futuros contra la Revolución Cubana. La *Operación Mangosta*, el plan subversivo más grande e integral que haya emprendido Estados Unidos contra cualquier país, repitió el error de apostar al desarrollo de una oposición interna, por lo que —al igual que la invasión por las playas Girón y Larga— termi-

nó siendo un esfuerzo subversivo externo patrocinado por la CIA.

En la práctica, salvo su impronta tecnocrática, nada nuevo aportó la Operación Mangosta a las concepciones y objetivos de la política norteamericana frente a la Revolución Cubana. La guerra económica, el aislamiento diplomático y la promoción de actividades subversivas, ya presentes en las premisas políticas que condujeron a la invasión, también constituyeron ingredientes fundamentales de esta operación.

Casi al final de su mandato, John F. Kennedy se cuestionó la eficacia de esta política y comenzó a explorar otras alternativas, pero el *Programa de Múltiples Vías*, elaborado por el asesor de seguridad nacional Mc George Bundy y que contemplaba la posibilidad de mejorar las relaciones con Cuba, no tuvo tiempo de convertirse en algo más que una idea que no encontró adecuado consenso entre los principales funcionarios de la administración.

---

Acaso fueron los últimos momentos de su vida los que mejor ilustran el dilema de Kennedy frente al hecho revolucionario cubano. Baste recordar que el mismo día que el presidente realizaba su infausto paseo por las calles de Dallas, se llevaban a cabo dos contradictorias entrevistas que podían haber resultado cruciales para el desarrollo posterior de los acontecimientos. Mientras en La Habana el periodista francés Jean Daniel se reunía con Fidel Castro y exploraba —por encomienda del presidente norteamericano— su reacción ante un cambio de la política de Estados Unidos; en París, un oficial de la CIA entregaba a un importante agente nativo una aguja hipodérmica envenenada para asesinar al primer ministro cubano.

A pesar de que constituyó uno de los principales responsables de la política agresiva que aún desarrolla Estados Unidos contra Cuba, la inteligencia y la audacia de John F. Kennedy lo convierten en el presidente de ese país que con más probabilidad hubiese podido transformarla. De haber sido así, otra quizá habría sido la historia, pero el magnicidio —entre cuyos principales sospechosos se menciona a los contrarrevolucionarios cubanos— nos dejó por siempre ante la duda de cuál era su verdadera voluntad.

• • • • •

---

<sup>8</sup> Ver "Informe elaborado por la Comisión Taylor sobre el fracaso del Plan Zapata", en *La Gran Conjura*, Editorial Capitán San Luis, La Habana, 1981.

# Sociedad e ideología en la economía esclavista cubana

**Pablo Tornero Tinajero** Determinante en la formación social de Cuba, el régimen esclavista con su base azucarera devino un proceso socioeconómico cuyas contradicciones condujeron a la Isla al subdesarrollo y la dependencia, con todo tipo de implicaciones sociales y políticas, propias del sistema. En las páginas que siguen, su autor expone importantes reflexiones acerca de tan medulares temas. ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ●

**L**a formación de la sociedad cubana, el crisol de razas y culturas que conforman la Cuba actual, sus contradicciones y la dialéctica que ha mantenido su dinámica histórica, sigue un proceso íntimamente unido a las relaciones que el azúcar mantenía en el exterior e interior del país. Desde el siglo XVIII hasta el presente, las conexiones económicas de Cuba con el mundo pasaron por el eje de la producción azucarera. Igualmente, el reformismo, el anexionismo a Estados Unidos y en general todas las fórmulas políticas de variado signo y clase presentes en la centuria

decimonónica y, desde luego, todo el trasfondo de las guerras que conducen a la eliminación política del colonialismo español, tienen mucho que ver con la paulatina evolución del complejo productivo azucarero.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Manuel Moreno Fraginals: *El ingenio; complejo económico-social cubano del azúcar*, La Habana, 1978; Raúl Cepero Bonilla: *Azúcar y abolición*, Barcelona, 1977; Levi Marrero: *Cuba economía y sociedad*, Madrid, 1975-1984, vols. 4-11; Julio Le Riverend: *Historia económica de Cuba*, Barcelona, 1972.



**PABLO TORNERO TINAJERO**  
Profesor de la Universidad  
de Sevilla, académico e  
historiador español, con  
amplia trayectoria autoral,  
ha publicado importantes  
libros, ensayos y artículos  
en diversas publicaciones  
especializadas.

Por otra parte, la masiva importación de esclavos, necesarios para mantener el sistema imperante en la Isla, desempeñó un papel determinante en la formación de la sociedad cubana. De ahí que sea absolutamente inútil pretender analizar la historia de la Gran Antilla sin tener en cuenta esos africanos que la oligarquía azucarera nunca admitió como cubanos. Su presencia desarrolló una cultura que hoy es tan latente y presente que sin ella Cuba no existiría como tal. En el plano político, la posibilidad cierta de una rebelión de esclavos provocó el llamado “miedo al negro”, conducta que lastró toda solución al problema colonial, tanto del lado español como del cubano.<sup>2</sup>

El desarrollo de un nuevo modelo económico en Cuba alrededor del azúcar a finales del siglo XVIII, y más aceleradamente en el XIX, es resultado de un proceso bastante singular. Mientras en el siglo XVII la plantación azucarera era ya un pilar del proceso de acumulación para británicos y holandeses en el Caribe y Brasil, Cuba poseía una economía de base ganadera, en la cual el tabaco constituía el único renglón agrícola verdaderamente rentable para la exportación. La producción de azúcar demanda una fuerte inversión inicial y circuitos comerciales bien establecidos, condiciones que la metrópoli española, volcada a la explotación de los metales preciosos americanos, no estaba en capacidad de proporcionar.

No será hasta mediados del siglo XVIII, con las transformaciones que experimentan las economías europea y norteamericana, que Cuba recibe el impulso decisivo para su integración en el

naciente orden económico internacional como colonia azucarera. Esa coyuntura coincide con especiales circunstancias internas en la Isla. El tabaco, hasta entonces la principal fuente de riqueza de la oligarquía insular, ha sido “estancado” por la España borbónica, medida que transfirió a la metrópoli buena parte de las riquezas generadas por ese renglón productivo. En tales circunstancias, los grandes propietarios criollos apreciaron al azúcar como la alternativa disponible para continuar propulsando sus intereses económicos y mantener un protagonismo local, relativamente autónomo de los dictados de Madrid. Por otra parte, el desarrollo de la producción azucarera podía proporcionar a la metrópoli beneficios fiscales lo suficientemente sustanciosos, como para que ésta dejase a sus súbditos antillanos las manos libres para enriquecerse.

La introducción en Cuba de la economía de plantaciones fue, por tanto, un resultado de la iniciativa criolla. La oligarquía cubana estaba especialmente preparada para esa empresa. La creación y funcionamiento del complejo defensivo y de servicios en La Habana le había reportado importantes ingresos, riqueza consolidada posteriormente con los negocios del tabaco y las propias operaciones monopolísticas de la Real Compañía, por mucho que esta entidad más tarde fuese denostada. Tampoco eran ajenos los propietarios criollos a las prácticas y corrientes comerciales, primero por los vínculos con monopolios ingleses y franceses autorizados durante ciertos períodos a operar en la Isla por la Corona española, y más adelante por las posibilidades comerciales abiertas con la guerra de independencia de las Trece Colonias norteamericanas.

La opción azucarera de la oligarquía criolla, respaldada por el gobierno de Madrid, encarriló el futuro de Cuba cerrando la posibilidad de un desarrollo diversificado de su economía, y encadenó la Isla a un modo de producción que llevaba la crisis en su propia definición. Ese sistema artificial, generador de riqueza para un reducido grupo y, desde luego, incapaz de superar las contradicciones que le eran inherentes, precipitó al país en el subdesarrollo y la dependencia con

<sup>2</sup> Juan Pérez de la Riva: *El barracón y otros ensayos*, La Habana, 1975; Louis Pérez Jr.: *Cuba between Empires*, Pittsburgh, 1983; Rebecca Scott: *Slave Emancipation in Cuba*, Princeton, 1985; David R. Murray: *Odious Commerce: Britain, Spain and the Abolition of Cuban Slave Trade*, Cambridge, 1980.

todas las implicaciones sociales y políticas de semejante condición.

Puede señalarse como expresión esencial e inicial de esa opción de la oligarquía criolla el “Discurso sobre la agricultura en La Habana y medios de fomentarla” redactado por Francisco de Arango y Parreño en 1792. En éste, se hacía un sumario de las aspiraciones de los hacendados y las medidas que debían dictarse para el engrandecimiento de la Isla, en definitiva el de ellos mismos. El establecimiento del Real Consulado de Agricultura y Comercio en 1794 fue una conquista de la oligarquía criolla. Lo mismo podemos decir de la Real Sociedad Económica, principal foro de las inquietudes culturales del “poder” cubano. Esta clase logró, además, que las principales autoridades de la Isla compartieran sus fines económicos, convirtiéndolas en socios de sus negocios. De la misma manera, los hacendados participaron activamente en el juego político, tanto en España como en Cuba, desde las más altas esferas hasta en el apartado municipal. Basta comparar los nombres de los principales dueños de ingenios con los de los cargos concejiles para observar claras coincidencias. Igualmente, la Iglesia se vio envuelta en el negocio azucarero. Los betlemitas, como anteriormente los jesuitas, se convirtieron en dueños de plantaciones. La propia Corona tuvo entre esos hacendados algunos de sus más privilegiados súbditos a quienes honró con títulos de nobleza y distintas mercedes. La institución militar también tuvo destacados representantes entre ese núcleo oligarca. Igualmente, importantes comerciantes se convirtieron en plantadores mediante la compra de ingenios o que en otros casos pasaban a sus manos por cuestiones financieras-refaccionistas.

El modelo socioeconómico imperante en la Isla era perfectamente definido por esa oligarquía azucarera como se observa en los documentos siguientes. Así se escribía en 1796: “La Isla, Señor, no puede por el local que ocupa en el globo ni por la naturaleza de su terreno llegar a tener otra industria que la hija de su peculiar agricultura de azúcar, tabaco, café y algodón, artículos que han de consumirse en Europa y por

donde ha de venir su pobreza o su incremento”.<sup>3</sup> El gran mentor intelectual de la clase hacendada, por estos años, Francisco de Arango, se expresaba en los mismos términos: “La clase de su industria y su constitución económica, la ponen en la alternativa o de perecer o de mantener aquel tráfico sin interrupción alguna. Por él ha de recibir todo lo que consume y sin él no puede pagar el valor de esos consumos. Más claro, siguiendo el impulso de las leyes, pagan los habaneros toda su subsistencia con el azúcar que fabrican y siempre que no lo extraiga, es preciso que no coman, que no vistan, que no continúen sus labores, ya que sus máquinas, sus demás utensilios y hasta sus mismos operarios, les vienen por aquel conducto”.<sup>4</sup>

Años más adelante se volvía a insistir en el tema: “Las 420, 000 cajas de azúcar y 450, 000 quintales de café que se exportan son como la sangre que anima la riqueza de toda la población ya manteniéndola directamente, por lo que una gran parte de ella ayuda a su producción, ya alimentando directamente a los otros géneros de industria, que viven, crecen o menguan en razón directa de lo que producen aquellos ramos, que atendido a ello nos hemos acostumbrado a recibir del extranjero, aún los artículos de víveres que pudieran darse aquí con beneficio de los productores y ventajas de los consumidores y finalmente que a consecuencia de este estado de cosas, la suerte de la isla, está tan ligada y dependiente de las exportaciones de los frutos que a ella debe su existencia y sin ella perecería toda la fortuna pública”.<sup>5</sup>

En suma, todo se conformaba alrededor del azúcar instalado en la bodega del barco. Todo se

<sup>3</sup> Archivo General de Indias. Santo Domingo 2191. El Prior y Cónsules de La Habana al Rey. La Habana, 24 de noviembre de 1796.

<sup>4</sup> Dictamen del Síndico de la Junta Económica de Agricultura y Comercio de La Habana en el expediente instruido para el cumplimiento de la Real Orden de 20 de abril de 1799 que prohibía el comercio extranjero, en F. Arango y Parreño: *Obras*, La Habana, 1888.

<sup>5</sup> Archivo General de Indias. Santo Domingo 2196. La Junta del Consulado de La Habana al Rey. La Habana, 14 de abril de 1827.

pagaba con azúcar y, por tanto, todo el engranaje económico y social de la Isla dependía de su exportación. Con azúcar se compraba al negro, con el azúcar por éste producida negociaba el comerciante, vendiéndolo en el exterior y consiguiendo así unas rentas, parte de las cuales, a su vez, invertía en el financiamiento de los ingenios azucareros, para así, mantener siempre activo el circuito productivo. De la misma forma que en el crecimiento de las exportaciones de azúcar, radicaba la riqueza de la clase hacendada y comerciante, tanto criolla como peninsular y, por ende, su poder. Con azúcar y esclavos, esa clase construyó palacios, consiguió títulos de nobleza, conformó su poder en la sociedad cubana de la época, tanto en el ámbito económico, como en su proyecto de nación. Igualmente del negocio azucarero se deriva el aumento de los ingresos hacendísticos y fiscales de la Corona y de las rentas de la Iglesia.

Sin embargo, hay que decir que el modelo económico azúcar y esclavitud fue contestado por algunos contemporáneos, aunque eso sí, por una ínfima minoría. En 1808, se escribía: "Procuró instruirme muy por menos para presentar a S.M. y a V.E. mis observaciones sencillas, veraces y exactas para que descorriendo el velo de la ofuscación y de los escritos con que quieren los de aquí, aparentar una riqueza que no hay y unos ingresos que no son ciertos, vistas las grandes atenciones que hay que sostener, se procure el bien de este feraz suelo y de una colonia de la magnitud como la de la isla de Cuba capaz de sostener un reino. Yo creo muy bien y es mi opinión, de porque la isla de Cuba tenga lo necesario para su subsistencia primera, no por eso dejaran de extraernos nuestros frutos de giro para los mercados de Europa".<sup>6</sup>

Y seguía escribiendo el intendente Gómez Roubaud, quizás el único mandatario opuesto a la oligarquía criolla azucarera: "en la saca de los frutos de giro y la introducción de víveres y más necesarios a la vida, como si esta isla fuese un pedregal y no prestase su suelo para la producción de todo cuanto necesitamos para comer. Este modo de pensar mío y de mis clamores continuos en público y en secreto, han sido los

que atribuyéndome a distinto objeto, el Consulado haya querido suponer no me intereso en la felicidad de esta colonia, pero va desengañándose y conociendo los errados conceptos de su Sindico perpetuo [se refiere a Arango] que lo tiene embelesado, yo tengo por principio y es mi opinión, que esta isla va errada en todos sus principios de fomento, pero el tiempo será el que lo aclare".<sup>7</sup>

Critica el sistema económico de la plantación y de la misma manera hace ver como Cuba se convierte en colonia comercial y financiera de Estados Unidos, cuyo peso económico ha hecho gravitar a la Isla hacia el mercado norteamericano, que desde estas fechas será fundamental y el más importante en los intercambios cubanos. Igualmente, la potencia del Norte entenderá que Cuba es un espacio propio y como tal se mostrará en sus relaciones, no sólo económicas sino también políticas a lo largo de las décadas siguientes y tendrá su postrer colofón en los sucesos del 98.<sup>8</sup> Estas teorías están presentes en las palabras del Intendente: "Hice ver en el Consulado la necesidad en que estamos de que a la agricultura se una la industria, pues no se piensa en otra cosa que en frutos de giro, careciendo de los primeros alimentos para la subsistencia de la vida. Si la guerra durase y si los americanos continúan con el cerramiento de sus puertos [se está refiriendo al embargo decretado por el gabinete de Washington en estas fechas], aquí no hay que comer y lo único que hay es mucho azúcar y café, pues no se piensa en otra cosa, obligados a recibir de fuera todo lo necesario a la vida y para vestir. Aquí no hay fábrica de nada, ya sea por algún algodón que se coge, ya de las astas que hay en abundancia, aunque no fuera otra cosa que para botones. Y

<sup>6</sup> Archivo General de Indias. Santo Domingo 2193. La Habana 1° de junio de 1808. Gómez Roubaud a M. Cayetano Soler.

<sup>7</sup> Archivo General de Indias. Ultramar 320. La Habana, 2 de Junio de 1808. Gómez Roubaud a M. Cayetano Soler.

<sup>8</sup> Oscar Zanetti: *Los cautivos de la reciprocidad*, La Habana, 1989.

es necesaria la extracción del numerario para sólo comer. Repito que no hay otro afán que los azúcares, café y cera. Pero no es cierto que ya es demasiado el azúcar que se hace para los mercados de Europa? Tenemos noticia de ello. Si se dedicasen a la cultura de otros frutos que tan necesarios son, no saldría el numerario de la isla para el extranjero y en suma nuestro balance de comercio no descendería tanto”.<sup>9</sup>

De la misma manera, observadores contemporáneos de la situación como fue Alejandro de Humboldt, personaje de probada agudeza mental, se referían a la Cuba plantacionista y a su clase sustentadora: “La falta de subsistencias caracteriza una parte de las regiones tropicales, en que la imprudente actividad de los europeos ha invertido el orden de la naturaleza, la cual disminuirá a medida que mejor instruidos los habitantes acerca de sus verdaderos intereses y desanimados por la baratura de los géneros coloniales, variarán sus cultivos y darán un libre impulso a todos los ramos de la economía rural. La población de la isla de Cuba que quizás antes de cincuenta años se acrecentará de un millón, puede abrir por sus consumos mismos, un campo inmenso a la industria indígena. Si el tráfico de negros cesa enteramente los esclavos pasarán poco a poco a la condición de hombres libres y la sociedad arreglada por sí misma, sin hallarse expuesta a los vaivenes violentos de las conmociones civiles, volverán a entrar en el camino señalado por la naturaleza a toda sociedad numerosa e instruida. No por eso se abandonará el cultivo del azúcar y café, pero no quedará como base principal de la existencia nacional. Una población agrícola, libre e inteligente sucederá progresivamente a la población esclava, sin previsión ni industria. Los capitales que el comercio de La Habana ha puesto en manos de los cultivadores, de quince años a esta parte ha principiado ya a cambiar el semblante del país y a esta fuerza eficaz cuya acción va siempre en aumento unirá necesariamente otra industria que es inseparable de los progresos de la industria y de la riqueza nacional, el desarrollo de los conocimientos humanos. De estos dos grandes móviles reunidos depende la suerte futura de la metrópoli de las Antillas”.<sup>10</sup>

Hubo algunos intentos, desde la administración de la propia Isla, para cambiar la política económica. Sobre 1818, el intendente A. Ramírez pretendía hacer menos dependiente la producción del trabajo esclavo. En parte, por el tema de la abolición de la trata, vigente de derecho que no de hecho. Era lo que se ha llamado la política de la “Cuba pequeña” de fomento del trabajo libre, en su mayor proveniente de la emigración española, y de cultivos alternativos, frente a la “Cuba grande” del azúcar y del trabajo esclavo. Así se expresaba Ramírez: “En el estado presente de la isla, tal vez es de mayor conveniencia fomentar los artículos alimenticios y de consumo interior que los de exportación ya porque a medida que se aumentan los habitantes, debe procurárseles la abundancia y baratura de los medios de subsistencia ya principalmente por los inconvenientes gravísimos de depender de extranjeros en materias esenciales de abasto y de primera necesidad”.<sup>11</sup> Como es sabido, este programa económico no pudo llevarse a cabo por diversas razones, pero sobre todo por la negativa de los hacendados azucareros a cambiar un orden social que les era altamente favorable. Por eso mismo se mantuvo la estructura económica, vertebrada sobre el azúcar, con todas las consecuencias a las que ya he hecho mención.<sup>12</sup>

Años más adelante, la situación seguía dominada por los mismos esquemas: “Un país de población tan asombrosamente heterogénea, donde no se conocen gremios de arte ni oficios, ni establecimientos industriales de ninguna clase, que su riqueza estriba sobre bases inciertas, fallibles y perecederas y cuyos ramos esenciales de agricultura dependen de caudales inmensos y están sujetos a cada paso a ruinosas y sensibles

<sup>9</sup> Archivo General de Indias. Cuba 1689. Gómez Roubaud a M. Cayetano Soler, La Habana, 2 de junio de 1808.

<sup>10</sup> A. Humboldt: *Ensayo político sobre la isla de Cuba*, La Habana, 1930.

<sup>11</sup> Archivo General de Indias. Santo Domingo 1706. A. Ramírez al Secretario de Estado y de Hacienda, La Habana, 5 de agosto de 1818.

<sup>12</sup> María del Carmen Barcia: *Burguesía esclavista y abolición*, La Habana, 1987.

degradaciones, donde no se puede calcular una justa proporción entre los capitales afincados con los que están en circulación y sus ganancias, entre los predios rústicos y sus productos, presentan necesariamente obstáculos desconocidos y no estudiados por los mejores economistas para meditar y coordinar una constitución o derrama en todas las clases de la riqueza pública. Aquí se ignoran los principios generales consensados en Europa con respecto a la ciencia económica, porque faltan ciertos fundamentos que los hacen estables y duraderos. No se puede contar con una masa de riqueza fija. Menos puede esperarse una utilidad segura y constante proporcionada al caudal circulante. Un suceso político, una variación en las estaciones, una baja repentina en los frutos o en los precios del mercado ocasionan fundamentalmente la ruina del comerciante y del agricultor".<sup>13</sup>

Todo este proceso de expansión productivo azucarero se generó en lo fundamental por la incorporación, cada vez mayor, del esclavo al ingenio. La productividad del trabajo esclavo parece estar fuera de toda duda. Desde el aumento temporal de la productividad del esclavo, medido en arrobas producidas, hasta la conexión directa entre el número de esclavos y la producción.

De la misma manera, resulta evidente la rentabilidad del esclavo en la plantación azucarera y esto puede comprenderse a través del análisis de tres parámetros. 1) La rápida amortización de su compra; es decir, del capital inicial en él invertido. El capital generado por cada esclavo permitía la recuperación de la inversión en él realizada, en un corto espacio de tiempo. Por otro lado, los gastos efectuados en el mantenimiento del esclavo eran tan mínimos que en bien poco afectaban a un incremento de costes. 2) El nivel de precios de los esclavos, que se mantiene muy regular, al menos desde fines del XVIII hasta principios del siglo XIX, y que, por tanto, permitía que los costes, en este apartado tan importante de la producción, no sufriesen demasiadas alteraciones alcistas. Por eso se escribía en la Isla: "Los esclavos son el primero de nuestros instrumentos de agricultura y toda coartación, todo recargo que tirase a encarecer su

precio, recaería directamente sobre las labores encareciendo el cultivo de los frutos de extracción y poniéndonos cada vez más en la imposibilidad de concurrir en las ferias de Europa".<sup>14</sup>

En efecto, si la producción de azúcar aumenta decididamente y, por ende, los ingresos monetarios procedentes de esa producción y en cambio el valor de los esclavos conoce un alza muy liviana, puede deducirse la rentabilidad del esclavo. Por eso mismo, el coste de la arroba de azúcar en los ingenios fue evolucionando a la baja y por ello aumentándose la rentabilidad.

3) Otra cuestión que nos posibilita la rentabilidad del trabajo esclavo es su composición demográfica en los ingenios. La primera referencia a tener en cuenta es la división por sexos entre los esclavos que se presenta muy desigual, en función, naturalmente, de la mayor capacidad productiva de los varones. De la misma manera, la distribución por edades de los esclavos en los ingenios se presenta con una población de personas muy escasa en edades infantiles y ancianas y una alta proporción de esclavos en edades jóvenes; es decir, en las edades más productivas. De este modo puede considerarse así, prácticamente, toda la población como activa y haciendo además que la dependencia demográfica de niños y ancianos sea mínima, pues los costes para el hacendado de la población inactiva o menos productiva eran casi inexistentes. Naturalmente, esto incide, de modo acusado, en la rentabilidad del esclavo, ya que el rendimiento laboral de un negro joven es máximo y su mantenimiento casi igual al que tuviese más edad.

Por otro lado, el hecho de que el hacendado prefiriese comprar constantemente nuevos esclavos para su finca en vez de adecuar la población trabajadora, demográficamente, para su reproducción en el propio ingenio, es algo que

<sup>13</sup> Archivo General de Indias. Santo Domingo, 1274. C. Martínez de Pinillos al Secretario de Estado y del Despacho de Hacienda. Habana, 6 de mayo de 1826.

<sup>14</sup> Archivo General de Indias. Santo Domingo 2195. El Prior y Cónsules de La Habana a M. C. Soler. Habana, 29 de octubre de 1802.

demuestra de manera fehaciente la rentabilidad del sistema.<sup>15</sup>

Por ello, el hacendado, el sistema, eran prisioneros de la rentabilidad del esclavo. No hubiese sido posible para la estructura económica de la Isla mantenerse sin la presencia del esclavo. Y todo lo negativo que resultaba para Cuba su modelo en el ámbito macroeconómico, lo era igualmente positivo a nivel micro, por la excepcional productividad y rentabilidad con que se utilizaba el trabajo esclavo. Sin embargo, insisto, la esclavitud no era sólo algo injusto e inhumano, a efectos civiles, también supuso unas enormes limitaciones y constituyó un freno al desarrollo económico integral y diversificado de la Isla. Las grandes sumas de capital extraídas para la compra y mantenimiento de la plantación se sustrajeron a una potencial inversión en la agricultura de la Isla, a efectos de diversificar la producción e incentivar con ello un desarrollo que afectara a toda la sociedad de Cuba y no a un grupo reducido de ésta, en el cual únicamente se concentraban las rentas derivadas del negocio azucarero.

El trabajo esclavo activó aún más la mono-producción azucarera, pues éste provocó un círculo económico caracterizado por producir cada vez más azúcar para poder comprar cada vez más esclavos, y a su vez adquirir más esclavos con el objetivo de conseguir más azúcar. Del mismo modo, el trabajo esclavo creó más dependencia del exterior, ya que el esclavo sólo resultaba rentable cuando la demanda del mercado o cuando las circunstancias políticas foráneas, posibilitaban la salida importante de cantidades de azúcar, o cuando el precio de este producto en el mercado internacional, en función de coyunturas ajenas a Cuba, era elevado o al menos se sostenía y cuando el precio de las mercancías importadas para el mantenimiento de los esclavos no era demasiado elevado. En definitiva, la esclavitud fue un factor colonial distorsionador de la economía cubana y generador de subdesarrollo en el futuro.

Desde un punto de vista político, el sistema económico analizado mediatizó la formación de clases en Cuba con unos costes muy pronuncia-

dos que, a la postre, fomentaron también el subdesarrollo institucional.

La oligarquía del azúcar sacrificó la soberanía y la descolonización de Cuba en función de su sueño azucarero-esclavista. Por ello mismo es una clase frustrada, impotente, incapacitada para desarrollar su futuro. En el fondo, era consciente de la debilidad de un sistema productivo que tenía en el esclavismo, la monoproducción y la dependencia de los mercados externos, la base de su continuidad y al tiempo conocía que ello era la hipoteca que gravitaría constantemente sobre la Gran Antilla y determinaría su devenir.

La idea de la Cuba de los plantadores alejó a la Isla del camino del desarrollo y la modernidad. Las palabras de Genovese, al referirse al Sur plantacionista de Estados Unidos, pueden ser perfectamente aplicables a Cuba: "la esclavitud aportó al Sur un sistema social y una civilización con una estructura de clase distinta, una comunidad política, una economía y una ideología que sirvieron de base a unos modelos psicológicos determinados, a consecuencia de todo lo cual el Sur fue desarrollándose, alejándose cada vez más del resto de la nación y de las otras partes del mundo en rápido desarrollo".<sup>16</sup> Esa clase que pensaba que había integrado a Cuba en el Occidente civilizado, en el fondo había conseguido hacer de la Isla una colonia de azúcar y esclavos para su propio provecho, enriquecimiento y poder, pero alejándola así de un mundo que decididamente caminaba hacia

---

<sup>15</sup> Para el debate sobre la rentabilidad de la esclavitud véanse Pedro San Miguel: "La rentabilidad de la esclavitud: un debate historiográfico", en *Revista de Historia*, año II, julio-diciembre de 1986, no. 4, pp. 155-175; Pablo Tornero: *Crecimiento económico y transformaciones sociales. Esclavos, hacendados y comerciantes en la Cuba colonial (1760-1840)*, Madrid, 1996; José Antonio Piqueras Arenas: "Capitales en el azúcar. Los hacendados cubanos ante la rentabilidad económica y la oportunidad de inversión (1878-1881)", en *Revista de Indias*, vol. LVIII, enero-abril de 1998, no. 212.

<sup>16</sup> Eugene D. Genovese: *Economía política de la esclavitud: Estudios sobre la economía y la sociedad en el Sur esclavista*, Barcelona, 1970.

el liberalismo económico con su correspondiente influencia en las relaciones laborales. Por el mantenimiento de ese binomio azúcar-esclavitud pasaba cualquier proyecto de futuro político, aunque ello llevase aparejado la negación de la soberanía nacional mediante la subordinación colonial o el anexionismo a Estados Unidos de América. La idea de nación pasaba obligatoriamente por su concepto de ella. Nunca se reconocerían como cubanos aquellos que no comulgaran con los principios sobre los cuales habían edificado su sistema, y, desde luego, la masa de trabajadores esclavos. El racismo social y económico se convirtió para ellos en racismo nacional.<sup>17</sup>

La evolución ideológica del grupo hacendado en Cuba constituye un reflejo de su supeditación constante al modelo económico que configura la plantación esclavista. En el siglo XVIII surge con una mentalidad claramente reformadora, tanto para la implantación del sistema al máximo de rendimiento a nivel económico como para su control social. Insta la reforma del sistema mercantil español, apoya la liberalización del comercio y, por eso, saluda entusiasmado el Reglamento de Comercio Libre de 1778 y se siente muy amparado con los diferentes decretos sobre “comercio con neutrales” de fines del XVIII, porque quitar trabas mercantiles significa expansión del proceso productivo al abrirse mercados hasta entonces vedados, lo cual a la postre se entiende como desarrollo de la propia riqueza del grupo azucarero. De la misma manera, el citado grupo consigue que Madrid reforme el antiguo sistema de “asientos” para surtir a la Isla de

esclavos y decrete por la Real Cédula de 1789, ampliada en 1791 y 1804, el tráfico libre de negros.

La oligarquía plantadora fomenta nuevas técnicas de cultivo, moderniza el plan de estudios en la Universidad al tiempo que crea nuevas cátedras de materias relacionadas con el proceso azucarero, incorpora técnicos y estudiosos del extranjero, viaja a Europa o a Estados Unidos con el fin de conocer los últimos avances en ciencias y letras, se dota de una excelente biblioteca situada en la Sociedad Económica, en donde se encuentran las publicaciones más recientes en el ámbito filosófico, político o económico y en la mayor parte de sus escritos, las palabras “ilustración” y “luces” están omnipresentes. Del mismo modo es obra de esta clase la modernización sistemática de la industria azucarera con el fin principal de incrementar los excedentes, caso de la construcción del ferrocarril, años antes de que éste fuese una realidad en España. En las décadas de 1840 y 1850, Cuba tuvo más millas de vías férreas por habitante que Estados Unidos.<sup>18</sup> Esa clase, al tiempo, embellece La Habana, por estas fechas, la tercera ciudad en población del Nuevo Mundo, después de México o Lima, siendo difícil encontrar en América otra urbe que la superara en ornamentación y lujo. En suma, esta clase nace con un espíritu ilustrado, reformista, abrazando todo lo que signifique progreso material y desarrollo, aunque, desde luego, con el único objetivo del reforzamiento de su sistema.

Y en este sentido podía parecer lógico, políticamente, un acercamiento a las teorías de la Ilustración francesa. Mas, la influencia de la Revolución Francesa en los sucesos de Haití le hizo decir a Arango: “Sólo en las frenéticas páginas de la Revolución Francesa y en sus guillotinas leyes, sabemos que se haya abolido la esclavitud existente”.<sup>19</sup> Esta contradicción no resultará la única en el aparato ideológico de los hacendados. Cualquier estado, teoría o principio político que se opusiera a la esclavitud era sistemática y violentamente rechazado. Desde la no aceptación del Código Negro, impuesto por el gabinete de Madrid en Cuba para el trato a los esclavos<sup>20</sup> hasta algunas órdenes para impedir la llegada de negros en buques neutrales en perio-

---

<sup>17</sup> José Opatrný: *Antecedentes históricos de la formación de la nación cubana*, Ibero-americana Pragensia, Supplementum III, Praha, 1986; Jorge Ibarra: *Nación y cultura nacional*, La Habana, 1981.

<sup>18</sup> Oscar Zanetti y Alejandro García: *Caminos para el azúcar*, La Habana, 1987.

<sup>19</sup> F. Arango y Parreño: “Representación de la ciudad de La Habana a las Cortes el 20 de julio de 1811”, en *Obras completas*, t. II, p. 217.

<sup>20</sup> Manuel Lucena Salmoral: *Los códigos negros de la América Española*, Alcalá de Henares, 1996.

dos bélicos. En fin, todo lo que supusiera poner en tela de juicio los principios esclavistas constituía un ataque personal y directo a la clase plantadora en Cuba, y es que sin esclavos esta clase no sólo perdería todos sus privilegios, su poder y su control de la realidad cubana, sino que ni siquiera habría existido como tal.

Esa psicosis de que a la Isla llegaran los principios democráticos inspirados por la Revolución Francesa, se observa en una serie de hechos como “la prohibición de introducción en esta isla de las alhajas o géneros con inscripciones y pinturas alusivas a la libertad de los franceses”.<sup>21</sup> De la misma manera, el Gobernador de la Isla prohibía que los hijos de algunos de estos miembros de la oligarquía, fuesen a estudiar a Estados Unidos “porque aunque son dirigidas las ideas de los padres a la ilustración de sus hijos, van estos expuestos al contagio de máximas inconformes con los principios de nuestra moral y constitución civil, las que al regreso de este país, pueden difundir con perjuicio de esta juventud”.<sup>22</sup>

La llegada del liberalismo a la metrópoli también, según el orden teórico del cual hacían gala los plantadores habaneros, debía significar romper con un sistema comercial caduco que constreñía sus exportaciones y un rompimiento con el monopolio comercial tradicionalmente mantenido por el Antiguo Régimen, al tiempo que los criollos, en principio, podrían tener más posibilidades de acceso al mundo político. No obstante, de nuevo surge la contradicción cuando en las Cortes de Cádiz se plantea la posibilidad de la abolición de la trata. La reacción del grupo

plantador es fulminante: “Las ideas filantrópicas que empezaron a difundir los ingleses y sancionó en el Guárico la asamblea de Francia con la sangre de sus colonos, las mociones prematuras que se hicieron en las llamadas Cortes Generales y por último las discusiones tan vehementes como inoportunas que se tuvieron en las extraordinarias, exponiendo al riesgo más inminente las propiedades y aún la existencia de los españoles de la América, cuya emancipación de la metrópoli había sido necesariamente el resultado de la manumisión de los esclavos”.<sup>23</sup>

En esas circunstancias estallan en el continente americano los primeros brotes liberales y republicanos que iban a conducir a la independencia del antiguo imperio español. Cuba, en cambio, recibe aquella reaccionaria sentencia de “Siempre fiel isla de Cuba” y se convierte en el bastión más españolista de América. ¿Cómo es posible este hecho? Ella tenía una de las oligarquías más ricas de América y su relación con el mundo exterior resultaba más que excelente gracias a su presencia en los mercados internacionales; además de hecho esta oligarquía criolla controlaba el poder económico y social de la Isla y entre sus miembros había mentes perfectamente capacitadas para regir los destinos de su país. Aparece, pues, de nuevo, otra seria contradicción. Hay varias razones para explicar ese alejamiento de Cuba de las tendencias emancipadoras de América. De la más importante en señalar, la dependencia de la esclavitud. Nada le garantizaba a los plantadores cubanos que una rebelión contra España no llevase aparejada una rebelión de los negros contra sus amos, como ocurriese en Haití. Por otro lado, encontraron en el déspota Fernando VII un aliado incondicional, valedor y mantenedor de sus riquezas que tenían en la esclavitud su mejor garantía. Por eso, una vez que el citado Borbón les aseguró el mantenimiento del esclavismo en la mayor de las Antillas, su postura fue claramente antiliberal y antindependentista.

Antiliberal como se expresa el Consulado de La Habana: “La mala vecindad que por todas partes nos rodea y de las máximas populares o democráticas que tantos errores y atrocidades

---

<sup>21</sup> Archivo General de Indias. Santo Domingo 1671. Hernani al Conde de Lerena. La Habana, 5 de septiembre de 1791.

<sup>22</sup> Archivo General de Indias. Someruelos a J. A. Caballero. La Habana, 10 de octubre de 1799.

<sup>23</sup> Archivo General de Indias. Santo Domingo, 1290. El Ayuntamiento, Consulado y Sociedad Económica de La Habana al Capitán General. La Habana, 12 de diciembre de 1816.



han causado en éstos últimos años”.<sup>24</sup> Por eso, María Antonia Bolívar, hermana del libertador, busca refugio, protección y apoyo económico en Cuba, que le es, por supuesto, concedido “por ser una heroína de la lealtad y del amor y adhesión más constante al trono de V.M., que ha sacrificado sus bienes, su familia y su sosiego, sujetándose a toda especie de privaciones y trabajos en diez años largos por huir de su hermano y no contaminarse con él”.<sup>25</sup>

Por otro lado, el temor a ser invadidos por los independentistas del continente, máxime cuando desde Cuba se financiaban y preparaban, logísticamente las tropas que combatían a los ejércitos americanos, provocaba aún más reacciones allí contra el proceso liberal emancipador. Se decía en la época: “La parte oriental de la isla, sólo dista diez leguas de la isla de Santo Domingo, esos negros auxiliaron y protegieron la insurrección de los esclavos de la isla de la Barbada. Poco después el rebelde Bolívar extrajo de esa isla más de cuatrocientos de ellos, los introdujo en la provincia de Venezuela y volvió a inflamar el fuego de la insurrección. Estas precauciones no pueden ser tan constantes como el peligro que nos amenaza”.<sup>26</sup>

Superada esta etapa histórica, el pensamiento político de la oligarquía azucarera cubana se enfrenta de nuevo al entorno internacional. Vencido Napoleón y triunfante la ideología liberal en Europa y Estados Unidos, un nuevo *tempo* marca la historia con un contenido que aspira a transformar el ritmo de la sociedad. Es el triunfo de las ideas de A. Smith que en *La riqueza de las naciones* propugna un nuevo orden económico internacional. Del maquinismo y, por supuesto, de la Revolución Industrial. Todo ello dirigido por la clase burguesa emergente, consciente de que su hora política ha llegado y por eso mismo dispuesta a controlar los mecanismos económicos y sociales. Este control se pretende mantener mediante la implantación de una serie de conceptos nuevos, de los cuales, entre otros, destacaba el papel del mercado para la configuración de una sociedad de clases. En esa sociedad, el mercado es el regulador de las relaciones laborales. El trabajador necesita de un salario

para acceder al mercado, para consumir los productos que él fabrica y que de este modo, además de con la plusvalía que el burgués adquiere de su trabajo, va a generar la acumulación que la clase burguesa recibe.

Naturalmente, esto entraba en contradicción con el modelo colonial cubano de aquella época, en el cual el 56 % de la población no era libre. El mundo esclavista señalaba todo lo opuesto a la ideología surgida en el liberalismo español. En Cuba resultaba difícil luchar por los derechos del ciudadano, cuando más de la mitad de la población no era ni siquiera reconocida como persona libre. En ella era inútil vertebrar una sociedad sobre el modelo de clases, cuando la única división existente era entre libres y esclavos. Tremenda contradicción para una sociedad como la cubana inmersa, por su fuerte presencia en el mercado internacional, en un mundo donde el capitalismo cada vez se configuraba más como principal sistema económico y al tiempo manteniendo en su interior un régimen esclavista. Tremenda contradicción entre una Europa controlada por la clase burguesa y Cuba donde la oligarquía azucarera, dueña de los medios de producción, era, por definición, lo opuesto al pensamiento político, económico y social de la burguesía. El hacendado cubano nunca llegó a ser burgués. Su visión de los problemas sociales estaba tan encorsetada por su dependencia a la esclavitud que le impidió tener una acepción burguesa en cuanto a lo político. Esa mentalidad también influyó negativamente, castRANDO el proceso descolonizador de una España, alejada de la industrialización y de las nuevas corrientes económicas por la incapacidad estructural del tejido económico hispano. Todo en aras de seguir manteniendo la esclavitud. El ha-

<sup>24</sup> Archivo General de Indias. Santo Domingo 1287. El Consulado de La Habana al Rey. La Habana, 3 de octubre de 1814.

<sup>25</sup> Archivo General de Indias. Santo Domingo 1072. Alejandro Ramírez al Rey. La Habana, 27 de febrero de 1820.

<sup>26</sup> Archivo General de Indias. Santo Domingo 1290. La Habana, 12 de diciembre de 1816.

cendado se sentía tan atado en sus intereses de grupo al esclavismo que, mediocrementemente, prefirió depender de España, de sus políticos, que le garantizaban el orden esclavista. Así, durante toda la primera mitad del XIX, no fue capaz o no le interesó hacer uso de su libertad. Al lado del miedo al negro estaba el miedo a la libertad, que le pareció un camino peligroso y una responsabilidad demasiado elevada para un grupo que dominaba todo y temía perder sus privilegios.

Esta actitud llevó a los criollos del azúcar a enquistarse en lo más reaccionario de la política española del momento: “Perdonemos V.M., perdóneme que le recordemos, con la sumisión más profunda que la mayoría absoluta de votos y aún la determinada de un solo Congreso —por más luces que reúna, por más numerosa que sea— rara, rarísima vez proporcionó buenas leyes. La historia de los aciertos y desvaríos de los pueblos y la uniforme conducta de sus legisladores venerables nos enseña esta verdad, y cuando de las tristes resultas que su olvido ha producido no tuviésemos más pruebas que las de la Revolución Francesa”.<sup>27</sup> De hecho, no hay movimiento político en la España del XIX en el cual no tenga participación el “lobby” cubano.<sup>28</sup>

En el fondo, con su actuación, con su temor o su incapacidad de adaptarse a las nuevas circunstancias económicas y políticas, los plantadores cubanos estaban desarrollando su propia crisis. Debido a la nueva coyuntura productiva y financiera, al propio cambio de operatividad y funcionamiento del sistema, sobre todo en lo referente a la financiación y posterior comercialización de los excedentes, esta vieja clase plantacionista tuvo que ceder terreno y presenciar el ascenso social en su área de poder de una generación compuesta, sobre todo, por comer-

ciantes refaccionistas, en su mayoría peninsulares que consiguieron también intervenir decisivamente en la esfera de la producción azucarera, controlando de esa manera colonialista el poder criollo con todas las consecuencias posteriores en el orden político. En virtud de ello y del apoyo a éstos de la administración española desde la época de Tacón, la correlación de fuerzas para el control de la sociedad cubana sufre un importante giro al tener la vieja oligarquía criolla que aceptar la presencia en sus tradicionales esferas de poder del elemento peninsular, ahora mucho más fortalecido. Pueden citarse los casos de Santiago de la Cuesta Manzanal, conde de la Reunión de Cuba, director del Banco Real de San Fernando, dueño de los ingenios: Nuestra Señora de Begoña, San José, San Felipe, Dolores, Merceditas, Concepción y Nuestra Señora del Pilar y que al casarse con la hija de otro gran negociante azucarero, Bonifacio González Larrinaga, todavía aumentó más su patrimonio. Ingenios, potreros, cafetales, además de fincas urbanas, participaciones en empresas de seguros, ferrocarriles, navieras, entidades de crédito, etcétera, permitieron que acumulase un capital de 3 238 723 pesos. Santiago de la Cuesta, desde su palco en el teatro Tacón, veía muy bien el escenario de Cuba.<sup>29</sup> Como no referir también el caso de Julián de Zulueta, marqués de Álava, uno de los personajes más acaudalados de la Isla, capitales obtenidos, en parte, a través de sus negocios en la trata de negros. Propietario de los ingenios: Álava, Habana, Vizcaya, España, de la sociedad Zulueta y Cía., dueño de acciones en diferentes empresas mercantiles, de ferrocarril y de crédito. Con almacenes y muelles en Cárdenas, fincas urbanas y solares en La Habana. La manzana número 16 de los terrenos llamados

<sup>27</sup> Francisco de Arango y Parreño: *Obras completas*, La Habana, 1888, t. I, p. 219; María del Carmen Barcia: “Algunas cuestiones teóricas necesarias para el análisis del surgimiento y la crisis de la plantación y el sistema esclavista”, en *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, La Habana, 1980.

<sup>28</sup> Elena Hernández Sandoica: *Pensamiento burgués y problemas coloniales en la España de la restauración*, Madrid, 1982, 2 vols.; Inés Roldán de Montaud: “La Unión constitucional y la política colonial de España en Cuba”, Madrid, 1991. Tesis doctoral reprografiada.

<sup>29</sup> Archivo Nacional de Cuba. Escribanía Cayetano y Eugenio Pontón. Leg. 318, no. 13. Testamentaria del conde de la Reunión de Cuba, D. Santiago de la Cuesta Manzanal. Habana, 29 de enero de 1847.

de las Murallas. Con una flota mercante propia constituida por vapores y goletas. Zulueta que fue cónsul primero del Real Tribunal del Comercio, consejero de administración de Hacienda, coronel de Milicias, regidor y alcalde municipal de La Habana en 1860, 70, 74 y 76. Senador vitalicio del Reino y electo a las Cortes de 1876 por la provincia de Álava, de donde era natural y gobernador político interino de la isla de Cuba. Esto hace ver su relevancia política tanto en España como en Cuba. Para eso mismo estuvo presente como accionista en el periódico *Diario de la Marina* de La Habana y en el de Madrid, *La Época*. Su hija, Josefa de Zulueta y Samá, era esposa de Francisco Romero Robledo, ministro de la Gobernación. Él mismo estaba casado con la hija del marqués de Mariana, Salvador Samá, un emigrante catalán que como Zulueta participó en la trata negrera.

Zulueta fue distinguido por la Corona con las cruces de Carlos III y de Isabel *la Católica*, además de otorgársele los títulos de marqués de Álava y vizconde de Casa Blanca. Invirtió capitales en España y consta en su testamentaria que poseía la fábrica de harinas Río Yodorra en Álava, en el pueblo de Manzanos, valorado en 100 000 pesos oro y de la industria de tejidos La Guipuzcuana en Andoain, valorado en 436 874 pesos oro. Zulueta le debía a la plantación azucarera esclavista el haber conseguido al final de su vida un capital, verdaderamente extraordinario para su época, de 12 322 571 pesos.<sup>30</sup>

La subida de los liberales al poder en España, la llegada del capitán general Tacón y la concurrencia de nuevos factores económicos en las relaciones de producción, tanto en el ámbito interno como externo, provocan un nuevo conflicto dialéctico en las relaciones entre burguesía española y oligarquía criolla,<sup>31</sup> de las que sur-

gen voces con nuevas ideas y planteamientos y que a la postre llevarán a la guerra de 1868.

Sin embargo, el tema de la esclavitud y el racismo siguieron presentes. También este nuevo grupo plantador miraba la descolonización con miedo, con reservas, por lo que supondría en el terreno de la esclavitud. Por eso se acercaron a Estados Unidos de la esclavitud y desarrollaron un anexionismo que tenía sus bases en el mantenimiento del modo de producción esclavista. Su liberalismo era racista, su idea de nación pasaba obligadamente por “su solución” al tema del negro. En este sentido, Cepero Bonilla sigue siendo el punto de referencia obligado: “Es necesario esclarecer el pasado para facilitar la transformación del presente, que surgió del mismo (...) Si la revolución de 1868 no liquidó el trabajo forzado hasta 1871, por qué decir que Céspedes decretó en la Demajagua la abolición de la esclavitud? Si muchos próceres del 68 como Céspedes, Agramonte, Cisneros Betancourt, etc. se manifestaban por la incorporación de Cuba a los Estados Unidos, en los primeros tiempos de la Revolución, por qué afirmar que la revolución del 68 era un movimiento que buscaba, desde el mismo 10 de Octubre, la independencia como meta única y exclusiva? (...) Luz y Caballero se desenvolvió en una sociedad esclavista, fue maestro de los herederos de dueños de ingenios y de dotaciones de esclavos (...) el liberalismo de aquella época estaba influido por la estructura económica de la sociedad colonial. Liberal era Aldama y poseía miles de esclavos y se espantaba de que éstos se rebelaran contra los amos”,<sup>32</sup> y confirma este autor: “Al comenzar la revolución del 68 la tesis favorita de la clase de los hacendados esclavistas y sus voceros anexionistas y reformistas: primero la libertad para los blancos, para la minoría blanca dueña de

<sup>30</sup> Archivo Nacional de Cuba. Escribanía de González Álvarez. Leg. 39, no. 10. Inventario y avalúo de los bienes que constituyen el caudal de la testamentaria de Julián de Zulueta, marqués de Álava. La Habana, 10 de abril de 1878. A este respecto consúltese: Ángel Bahamonde y José Cayuela: *Hacer las Américas. Las élites coloniales españolas en el siglo XIX*, Madrid, 1992;

Fe Iglesias: “Las finanzas de Cuba en el ocaso colonial”, en *Revista de Indias*, vol. LVIII, enero-abril de 1998, no. 212, pp. 163-195.

<sup>31</sup> *Historia de Cuba. La Colonia*, Instituto de Historia de Cuba, La Habana, t. I, 1994.

<sup>32</sup> Raúl Cepero Bonilla: *Azúcar y abolición*, La Habana, 1971, p. 20.

ingenios y negradas; después se consideraría la situación de las masas desposeídas y esclavizadas que explotaban esos mismos propietarios”.<sup>33</sup>

En definitiva, hasta ese momento, todo el proceso descolonizador estuvo marcado por la esclavitud y el racismo. Hubo que esperar la culminación de dos procesos: el uno, que la esclavitud resultase cada vez más difícil de mantener como teoría económica sostenedora de un modelo, y el otro, la aparición de un progresismo político que culmina en Martí, Maceo o Gómez.

De ahí las palabras de Martí: “La Revolución lo sabe, y lo proclama: la emigración lo proclama también. Allí no tiene el cubano negro escuelas de ira, como no tuvo en la guerra una sola culpa de ensoberbecimiento indebido o de insubordinación. En sus hombros anduvo segura la república a que no atentó jamás. Sólo los que odian al negro ven en el negro odio; y los que con semejante miedo injusto traficasen, para sujetar, con inapetecible oficio, las manos que pudieran

erguirse a expulsar de la tierra, tierra cubana al ocupante corruptor”.<sup>34</sup> Este proyecto, en fin, tuvo que ser llevado a cabo por hombres de fuera de los circuitos financieros que engendró la plantación azucarera, que sí entendieron que Cuba podía ser libre para configurar un ideario colectivo de nación, y de integración en una sociedad nueva.

• • • • •

---

<sup>33</sup> Raúl Cepero Bonilla: *Azúcar y abolición*, ed. cit, p. 145.

<sup>34</sup> José Martí: “Manifiesto de Montecristi”, en *Obras completas*, La Habana, 1975, t. 4, p. 97.

# ¿Áreas de cultivo precolombinas? El caso de Pueblo Viejo

**Roberto Rodríguez, Lourdes Pérez y Pedro Cruz** Desde una perspectiva de prospección arqueológica, el resultado expuesto en este texto propicia el alcanzar la **sistematización de los estudios** en el “campo de la **química aplicada** a los **sitios precolombinos**, con vistas a profundizar en los aspectos composicionales y estructurales del **suelo arqueológico** para la inferencia de posibles **áreas de actividades**”.

● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ●

*Es preferible mantener una hipótesis que en el futuro pueda ser errónea, a no mantener ninguna.*

**D. Mendeleiev**

## ► **Introducción**

Los datos arqueológicos y la información escrita dejada por los cronistas de Indias nos sugieren que las fuerzas productivas habían alcanzado cierto grado de desarrollo entre las comunidades agroalfareras antillanas.

Es incuestionable que lo precederо de aquellas evidencias directas de los cultivos y algunos medios de producción, dadas las condiciones climatológicas de las Antillas Mayores, sólo ofrecen a los arqueólogos la posibilidad de disponer de algunas huellas indirectas. Ello, unido a las comparaciones etnográficas, permite una aproximación a la reconstrucción de estas actividades. Sin embargo, el aporte de otras ramas de la ciencia a las necesidades de la investigación arqueológica en los últimos años, ha abierto nuevas perspectivas para lograr una mayor precisión del

cuadro general que describe el proceso de ocupación de las Antillas por los grupos agroalfareros. Así, la contribución de ecólogos, botánicos, pedólogos, climatólogos, químicos, etnólogos y arqueólogos, arrojará nueva luz sobre los conocimientos de que se disponía acerca de las prácticas agrícolas aborígenes.

En el caso particular de Cuba resulta relativamente reciente el interés de algunos investigadores por encontrar nuevos datos a partir del empleo de instrumentos analíticos que se encargan de arrancar al suelo arqueológico la información intrínseca que almacena; es decir, aquella que el investigador no aprecia a simple vista, pero que, a la par de las evidencias materiales tradicionales, conforman un conjunto más completo acerca de las actividades realizadas en el pasado por nuestras comunidades aborígenes en sus asentamientos.

El presente trabajo constituye un intento inicial de sistematizar los estudios dentro del campo de la química aplicada a los sitios precolombinos, con vistas a profundizar en los aspectos composicionales y estructurales del suelo arqueológico para la inferencia de posibles áreas de actividades.

**ROBERTO RODRÍGUEZ SUÁREZ,**  
**LOURDES PÉREZ IGLESIAS**  
**y PEDRO CRUZ RAMÍREZ**  
Investigadores arqueológicos, en los últimos años han desarrollado diversos trabajos de campo y teóricos acerca de los aborígenes de Cuba. Investigador Agregado en el Museo Antropológico "Montané", de la Facultad de Biología de la Universidad de La Habana, el primero; Investigadora Agregada del Departamento Centro Oriental de Arqueología CISAT, del CITMA en Holguín, la segunda, han colaborado en varias publicaciones especializadas en esta disciplina.

Todo ello, desde la perspectiva de la prospección arqueológica en su más amplia y moderna concepción, partiendo de nuestras posibilidades en el orden material y de las características específicas de estos grupos humanos.

La aplicación de la metodología prevista formó parte de los objetivos de la campaña de excavaciones planificada por el Departamento Centro Oriental de Arqueología del Centro de Antropología del CITMA, Holguín, para ser ejecutada en marzo de 1989

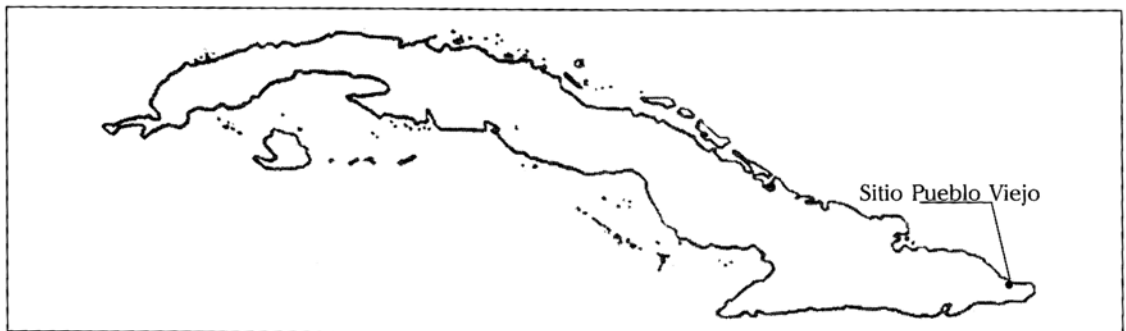
en el sitio Pueblo Viejo, en Maisí, provincia de Guantánamo, bajo la dirección del doctor J. M. Guarch.

### ► El sitio Pueblo Viejo

Se encuentra situado en la tercera terraza emergida de Maisí, a unos 9 km al WSW del faro de Punta de Maisí, en la finca Ceja del Negro, barrio de Quemado, Guantánamo. El sitio arqueológico se halla ubicado en el lugar que ocupa actualmente el pequeño caserío del mismo nombre (Fig. 1).<sup>1</sup>

Este asiento de población ya había sido descrito por Rodríguez Ferrer en su obra de 1876 y por Cullin,<sup>2</sup> quien lo presenta como "una cons-

Fig. 1. Ubicación del sitio agroalfarero Pueblo Viejo, Maisí, Guantánamo.



<sup>1</sup> J. M. Guarch: *El taíno en Cuba*, Academia de Ciencias de Cuba, Dirección de Publicaciones, La Habana, 1978.

<sup>2</sup> S. Cullin: "The indians of Cuba", en *Bulletin of the Free Museum of Science and Art of the University of Pennsylvania*, 1902, vol. III, no. 4, p. 218.

trucción de unos 12 a 15 pies de anchura en su base, 10 de altura y 668 de longitud, que con otros terraplenes laterales de unos 300 pies forman una especie de espacio cercado. Construidos los terraplenes con grava llevada desde lejos del lugar, con el recinto cubierto de tierra oscura, distinta de la rojiza del terreno circundante y mezclada con fragmentos de tosca cerámica, rojiza y negra, algunos con adornos de figuras de animal; era pues evidente, que aquella era obra humana y no de la naturaleza".<sup>3</sup>

Durante los trabajos de exploración realizados por Guarch en 1968, se confeccionó un plano general del rectángulo amurallado, determinando que "tiene un largo total (NS) de 250 m y su ancho máximo (EW) es de 135 m. La altura de los muros es del orden de los 3 m, su ancho en la base es de 15m".<sup>4</sup>

### ► Trabajos realizados

Como parte de las labores de exploración y recogida de superficie en el área WNW del terraplén que conforma el cercado térreo del sitio, se recorrió un espacio que comprende un terreno arado, donde se siembra actualmente maíz y frijoles, el cual está delimitado por una cerca de maya, arbusto espinoso. La observación de diferencias muy marcadas en la coloración del suelo, sugirió la realización de un paquete de pruebas químicas establecidas para ello que determina fosfatos, carbonatos y pH.

Todo ello con la finalidad de determinar el porqué de esas diferencias y la hipótesis de que podían haberse producido por el hombre aborigen.

*Análisis de fosfatos:* Las concentraciones de fosfatos proporcionan evidencia de actividades en las que intervinieron acumulaciones de de-

sechos orgánicos. Las determinaciones se hicieron mediante la técnica descrita por Eidt.<sup>5</sup>

*Prueba de carbonatos:* Los carbonatos se relacionan con el trabajo de la cal, la presencia de acumulaciones de concha y el uso del fuego. Se empleó el procedimiento descrito por Dent y Young.<sup>6</sup>

*Determinación de pH:* Se utilizó el método de tiras colorimétricas. Altos valores de pH pueden indicar la presencia de fuego y en general es un parámetro muy relacionado con las pruebas anteriores, pues permite tener una idea de las distintas formas de combinaciones químicas presentes y el estado de conservación de los vestigios arqueológicos.

El muestreo se realizó mediante un nucleador manual de suelos que se introduce por rotación, extrayendo un volumen constante de tierra. Los análisis se efectuaron sobre porciones de suelo tomadas a 0,30 m de profundidad en la sima de los surcos, por ser la zona de menor acción destructiva del arado.

Las muestras se colectaron a intervalos de 3 m entre sí y separación de los laterales por 2 m, siguiendo líneas de transecto EW. En la práctica, dada la extensión del área a muestrear, se decidió ampliar la separación entre líneas a 5 metros.

### ► Distribución de las marcas de suelo

La inspección ocular del área cercada permitió definir perfectamente cuatro zonas posteriormente plasmadas en el plano confeccionado, y como ya se había planteado anteriormente, sugerían la existencia de anomalías causadas por la actividad aborigen, según referencias de fenómenos similares en otras partes del mundo, así como por las observaciones realizadas en tiempos pasados por otros investigadores de nuestro país.

Lo que más llamó la atención desde un inicio era la presencia de una zona que se denominó (I), de tierra negra y que contrastaba respecto del resto. La número (II) es de un color pardo, si bien hacia el centro se intensifica. La zona número (III) resulta algo más oscura que la anterior, pero más clara que la primera (Fig. 2).

<sup>3</sup> F. Royo Guardia: "Túmulos ciboneyes". Tesis de doctorado en Ciencias Naturales, Universidad de La Habana, 1937, p. 31 (inédito).

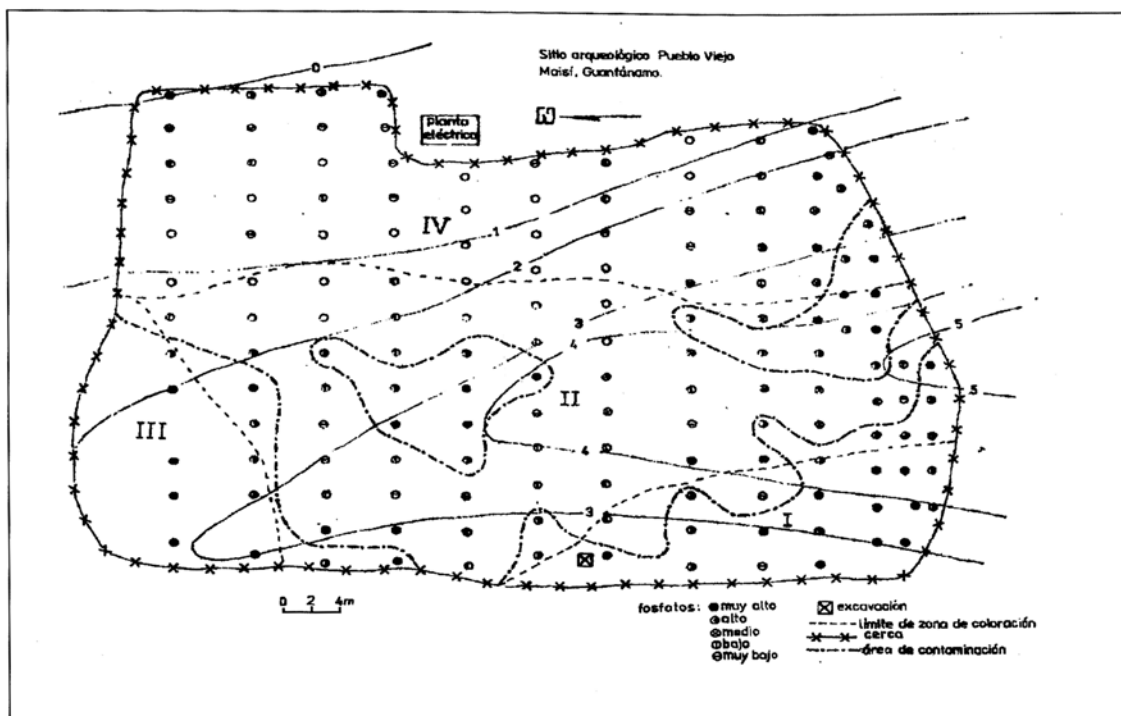
<sup>4</sup> J. M. Guarch, ob. cit., p. 64.

<sup>5</sup> R. C. Eidt: "Detection and examination of antrosoils by phosphate analysis", en *Science*, 1977, vol. 197.

<sup>6</sup> D. Dent y A. Young: *Soil survey and land evaluation*, George Allen and Unwin, Londres, 1981.

**Fig. 2. Plano del área estudiada correspondiente al sitio Pueblo Viejo.**

Se observan los puntos de muestreo y las zonas de coloración con número romano, así como las áreas de "contaminación" antropogénica.



En nuestra opinión, la coloración observada en la zona (II), un área de suelo que cubre una buena parte del terreno y con una orientación NS, se debe a la mezcla de la tierra negra de la zona (I) y la menos oscura de la (III) —que ha originado la acción del arado— con la tierra más rojiza, que caracteriza en general a la localidad. No obstante, hacia el lado sur se observa un fenómeno similar que hacia el centro, en cuanto a la existencia de un área difusa más intensa.

La marca del suelo número (IV) tiene una orientación paralela a la (II), pero ya es definitivamente más natural, aunque mucho más clara, por la presencia de fragmentos superficiales de roca caliza muy triturada, cuyo color blanco condiciona este comportamiento.

En resumen, puede apreciarse que las áreas más oscuras están distribuidas precisamente en los puntos más elevados del muro oeste del cercado de Pueblo Viejo, disminuyendo su intensidad progresivamente hacia su talud y en sentido E, hasta fundirse con la tierra rojiza original.

Resulta importante señalar el aumento del número de fragmentos cerámicos en superficie hacia el punto más elevado del muro y concentrados más densamente en las zonas de suelo más oscuras, si bien originalmente éstos debieron ser mucho más numerosos. El paso de otros investigadores por el lugar, que también han hecho recogidas de superficie, así como las realizadas por el propio campesino dueño del terreno, conocedor de la importancia del sitio, han contribuido a que estos fragmentos hayan disminuido de manera considerable.

## ► Resultados

**Fosfatos:** No hay antecedentes de la utilización de fertilizantes fosfatados en este terreno, lo cual podría introducir alteraciones; no obstante, existe el consenso<sup>7</sup> que aun cuando esto hubiera

<sup>7</sup> R. C. Eidt: "A rapid chemical field test for archaeological site surveying", en *American Antiquity*, 1973, vol. 38, no. 2.



ocurrido, esos compuestos tienen poca movilidad vertical, de ahí que, a la profundidad en que se tomaron las muestras para los análisis, no debe esperarse esta influencia negativa que enmascararía los resultados. De ello se colige que los datos obtenidos en cuanto a las lecturas altas de fosfatos (valores 4 y 5 de la escala que los evalúa) responden a desechos orgánicos aportados por el aborigen. Éstos quedan ubicados en cuatro zonas bien definidas, en correspondencia con las marcas de suelo más oscuras, destacándose como la más intensamente “contaminada”, aquella que se superpone con la zona (I), de tierra negra. Esta variación y la respuesta ante los análisis indican que existen diferencias en los niveles de intensidad en el uso del suelo por el aborigen de Pueblo Viejo, a la vez que descarta la posibilidad del empleo de compuestos de fósforo como fertilizantes, por cuanto su distribución hubiera sido más uniforme en toda la extensión de este terreno arado.

Respecto del área de tierra negra, más rica en desechos orgánicos, es importante comentar con detenimiento este fenómeno, que se presenta en otros sitios arqueológicos del mundo.

Estudios detallados de este tipo de suelo se han realizado por Andrade,<sup>8</sup> en la localidad de Aracuara, situada sobre la margen izquierda del río Caquetá, Colombia, quien abunda, en general, acerca de la particularidad que le atribuyen a estos suelos un origen antrópico, a partir de observaciones e investigaciones hechas por distintos autores.

En el sitio Pueblo Viejo se cuenta con la presencia de tierra negra, cuyas características coinciden, en lo esencial, con la información dada por Andrade,<sup>9</sup> por lo cual resulta oportuno plasmarla, a los efectos comparativos y por la riqueza de los datos aportados.

Las tierras negras se presentan tanto en suelos arcillosos como arenosos de sedimentación

natural. Se sugiere que se forman por el enriquecimiento del suelo con materia orgánica adicional, la cual da el color oscuro, considerándose como especie de *Kitchen-midden*, que han adquirido su fertilidad debido a la incorporación de desperdicios domésticos, desechos y restos de caza y pesca.

Estudios posteriores han corroborado la idea de que estos suelos son antrópicos y podrían clasificarse como suelos *Plaggfen*, específicamente como *Epipedón Plaggen*. Éstos se caracterizan por estar constituidos por una capa superficial hecha por el hombre, de 50 cm o más de espesor, producida por un abonamiento orgánico durante largo período de tiempo. Las sustancias minerales aportadas por esta clase de abono produjeron un horizonte A engrosado. El color y contenido de carbono depende de la fuente de materiales orgánicos utilizados. Si proviene de arbustos, la tendencia es a ser de un gris muy oscuro a negro. Si proviene de residuos forestales, éste tiende a ser pardo.

Contiene artefactos tales como pedazos de ladrillo o tuestos en toda su profundidad.

### ► Características generales de estos suelos

Se destacan por ser muy fértiles y su color oscila entre el negro y el pardo grisáceo oscuro (10YR 3/2 y 2/2), por lo cual se han determinado dos tipos de suelos antrópicos: tierras negras y tierras pardas, atribuyéndoseles esta diferencia a las distintas formas de manejo y al tiempo de ocupación. El color del suelo contrasta con el de los suelos adyacentes y se considera debido a la formación de materia orgánica e iones de calcio que originan revestimiento sobre las partículas de tierra, así como por la alta presencia de residuos de fuego que eran esparcidos en el perímetro de los asentamientos.

La formación de estos suelos no parece tener relación con la naturaleza del suelo subyacente, es así como se han reportado tierras negras, tanto sobre latosoles como sobre suelos podzólicos. Su textura puede resultar arenosa hasta arcillo-limosa y generalmente descansan sobre otros de texturas más gruesa.

<sup>8</sup> A. Andrade: *Investigación arqueológica de los antrosolis de Aracuara*. Publicación de la Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, no. 31, Banco de la República, Bogotá, 1986.

<sup>9</sup> A. Andrade, ob. cit.

En cuanto a sus características químicas, el fósforo considerado como uno de los principales elementos para detectar ocupaciones humanas, se encuentra notablemente engrosado, en comparación con los suelos adyacentes. En general, existe una diferencia en el contenido de fósforo, calcio y magnesio entre estos suelos y el resto, debido a los diversos grados de acumulación del desecho doméstico, así como a las variaciones en el tiempo de ocupación.

Con toda esta información, y de acuerdo con nuestras observaciones, el suelo arqueológico de Pueblo Viejo queda enmarcado dentro de la categoría de las tierras negras, al menos en el área correspondiente a la zona (I). En ella se realizó una excavación de un metro cuadrado en un espacio no afectado por el arado.

Se observó que a 0,40 m de profundidad se producía un cambio brusco en la coloración del suelo, que en este caso es el local, con un basamento de grava caliza muy gruesa sobre el que descansa, y estéril arqueológicamente. No se apreciaron diferencias estratigráficas, ni resultó muy abundante el material cerámico. Aparecen algunas conchas de moluscos terrestres.

Tanto en la zona (I) como en la (III), que difieren un tanto en el fono de coloración, se observa una coincidencia entre la delimitación determinada por los análisis de fosfatos y el espacio que ocupan. Lo mismo ocurre en las otras dos manchas presentes hacia el centro y el sur de la zona (II).

*Carbonatos:* La medida de este parámetro, de acuerdo con el método semicuantitativo de Dent y Young,<sup>10</sup> no mostró variaciones de consideración como para que su comportamiento nos indique anomalías originadas por la actividad humana. En general, el contenido de carbonatos es muy alto (lectura 5). Inicialmente podría estimarse como causa de este fenómeno, la presencia de calizas con diferentes grados de trituration, que entran a formar parte del suelo. Mas, hasta tanto no se realcen investigaciones más profundas en el área, no puede determinarse otras posibles fuentes de carbonatos que justifiquen estas altas lecturas.

*Análisis de pH:* Tampoco respecto del pH pudo establecerse posibles diferencias en toda el área examinada; no obstante, debe señalarse la presencia de un medio alcalino (pH=8), que tiene que ver, por una parte, con la existencia de una alta concentración de carbonatos y, por otra, probablemente con la contribución que han hecho en este sentido los desechos aportados por el hombre para la modificación del suelo. Un estudio más exhaustivo, tanto vertical como horizontalmente, empleando métodos potenciométricos, permitirá definir mejor esta situación.

## ► Conclusiones

De acuerdo con los resultados anteriores, todo parece indicar que ésta es un área donde los aborígenes de Pueblo Viejo desarrollaron sus principales actividades, posiblemente de vivienda y cultivo, en lo fundamental en la porción más elevada del muro térreo correspondiente a este cercado. La distribución de los fosfatos, coincidente con áreas específicas de coloración diferencial, indica la existencia de zonas de actividad antropogénica; ello apoyado, además, por una distribución más densa del material cerámico superficial colectado en ellas.

Esta localidad de Guantánamo se caracteriza por presentar un clima tropical relativamente seco, con pocas lluvias, suelos fersialíticos y ferralíticos rojos, considerados medianamente productivos, por lo que resulta contrastante la existencia de estas pequeñas áreas de suelo preparadas por el aborigen. En nuestra opinión, éstas pudieran ser las huellas de los "montones" que los cronistas describieron muy bien y que, por sus características, compensarían posibles deficiencias del suelo local que impedirían una alta productividad de los cultivos. En lo esencial, lo observado por nosotros, además de los resultados obtenidos por las técnicas de prospección empleadas, apunta hacia el empleo, por parte del hombre de Pueblo Viejo, de este sistema, sin que estimemos como definitivas nuestras conclusiones en ese sentido, hasta tanto no se profundice en los estudios sobre el sitio.

Sin embargo, resulta oportuno puntualizar aquellos aspectos que pueden apoyar lo anteriormente señalado:

Primero: Los análisis de fosfatos definen cuatro zonas de contaminación antropogénica, donde los desechos orgánicos se han esparcido en forma particularmente intensa con un objetivo determinado.

Segundo: En cuanto a composición, estructura y características del suelo subyacente, se aprecian semejanzas con los *Plaggen* europeos mencionados por Andrade,<sup>11</sup> que son de factura humana.

Tercero: La existencia de diferencias tonales en estas áreas de actividades sugiere distintas formas de manejo del suelo y, probablemente, diferencias en el tiempo de ocupación.

En ello pudiera incidir la manera de distribuir de forma desigual los desechos, compuestos por restos de comida, de pesca y caza, cáscaras de tubérculos, cenizas, hojas, restos de hojarasca, y los propios fragmentos de cerámica, así como heces fecales y la orina de sus habitantes, en las huertas cercanas a las viviendas con el fin de mejorar las condiciones de la tierra.

De acuerdo con lo anterior, en términos hipotéticos, parece que el aborigen de este sitio, conocedor de las mejores tradiciones agrícolas, enriqueció el suelo, según R. Cassá, y los "terrenos o conucos cultivados con el sistema de montones eran explotados intensivamente. El montón tiene varias ventajas evidentes sobre el cultivo en terreno plano que se practica con la roza. Permite mantener duraderamente la humedad de la tierra, evita la erosión y reúne el humus para mejor provecho. Equivale al arado de la tierra, pues en el montón, entre cosechas, esta es cómodamente removible, facilitándose

así la siembra y la cosecha. Permite, además, concentrar materias fertilizantes y mantener la tierra aireada.

"Esta técnica lograba tales rendimientos favorables sin la utilización del riego, porque resulta muy apropiada al clima antillano, ya que está sometido a un régimen de corrientes de aire que excluye una larga temporada de sequía, bastando la humedad que conserva el montón para el crecimiento de los frutos, máximamente tratándose de tubérculos".<sup>12</sup>

Cuarto: La posibilidad de que los aborígenes de Pueblo Viejo hayan practicado este sistema de cultivo, parece guardar relación con los estilos cerámicos allí presentes. Con el inicio de estas nuevas técnicas de producción, tienen lugar nuevas formas de decoración en la cerámica que se transmiten desde Santo Domingo a Cuba, Jamaica, Bahamas y las demás Antillas. Con los estilos denominados Meillac y Boca Chica se difunde también la técnica del montículo. El estilo chicoide está representado en Pueblo Viejo.<sup>13</sup>

## ► Recomendaciones

Dado el carácter preliminar de este estudio, los autores estiman oportuno sistematizar las investigaciones sobre el tema, teniendo en cuenta que este fenómeno se repite en otras localidades. Al respecto, Harrington describe su exploración realizada en 1921 en la hacienda Buena Vista, a 4 o 5 millas al W de Boca Jauco, en un sitio arqueológico. A un cuarto de milla de él, vio en el suelo, entre la vegetación "como manchas negras ovaladas, de una extensión media de 30 pies por 20 de ancho...".<sup>14</sup>

A los efectos de concebir un plan de investigaciones relacionado con esta problemática, deberán tenerse en cuenta los siguientes aspectos:

Primero: Realizar una indagación, tanto bibliográfica como de campo, acerca de los sitios arqueológicos donde se presenten situaciones similares para abordar de forma escalonada su estudio.

Segundo: En el plano específico será necesario el muestreo de suelo en estos sitios a profundidad controlada, mediante sondeos con

<sup>11</sup> A. Andrade, ob. cit.

<sup>12</sup> R. Cassá: *Los taínos de la Española*, Editora de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, República Dominicana, 1974, pp. 35-36.

<sup>13</sup> M. Veloz Maggiolo: *Arqueología prehistórica de Santo Domingo*, Mc Graw-Hill, Singapur, 1972 y 1977; E. Tabío Palma: "Sobre la agricultura aborigen antillana", Instituto de Ciencias Históricas, Academia de Ciencias de Cuba, 1980 (mimeografiado).

<sup>14</sup> J. M. Guarch, ob. cit. p. 46.

barrena manual para realizar los análisis físico-químico-biológicos correspondientes.

Tercero: En el caso del contenido de fósforo, el volumen de información a obtener sería mucho más rico y preciso, si se emplea el método cuantitativo de fraccionamiento propuesto por Eidt,<sup>15</sup> que parte del siguiente principio: los fosfatos en condiciones naturales se concentran en una de sus tres fracciones, dependiendo de la textura del suelo y su edad. Cuando existe intervención humana, el contenido total de fósforo aumenta de manera considerable y se distribuye en patrones reconocibles que están directamente relacionados con las variaciones de intensidad o tipo de uso de la tierra; así, para el

caso de áreas de vivienda, el fosfato se distribuye en tres fracciones paralelas y para la agricultura, éste se concentra en la primera fracción.

Estas y otras proposiciones darán la posibilidad de acumular una mayor cantidad de datos acerca de los patrones de contaminación orgánica de estas comunidades, interpretando las concentraciones de una variedad de componentes químicos en función de las actividades humanas realizadas.

• • • •

---

<sup>15</sup> R. C. Eidt: "Detection and examination of antrosoils by phosphate analysis", art. cit.



## IMAGEN CONTEMPORANEA

En septiembre del 2000 se cumplieron los cuatro primeros años de las publicaciones de estas Ediciones IC de la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz, en su colección temática paralela a la de Biblioteca de Clásicos Cubanos. Durante estos años, sus libros acumulan la cifra de 9 títulos con igual número de tomos, con una cifra de 2 260 páginas.

Obras como *La Historia y el oficio de historiador* y *Utopía y experiencia en la idea americana*, resultados de encuentros teóricos entre intelectuales cubanos y franceses especialistas de la Historia y la Filosofía, respectivamente, conforman propuestas editoriales importantes, junto a la publicación de las memorias del *Coloquio Internacional Félix Varela: Ética y anticipación del pensamiento de la emancipación cubana*, al que precediera un texto al conmemorarse el 86 aniversario del traslado de los restos de Varela al Aula Magna universitaria: *Félix Varela. Retorno y presencia*.

*Y volverá el tiempo de los mayas, Lo que nos corresponde. La lucha de los negros y mulatos por la igualdad en Cuba. 1886-1912, Braudel a debate y La emigración cubana en Yucatán. 1868-1898,* devienen significativas colaboraciones historiográficas con **Ediciones IC** por parte de destacados autores extranjeros.

Al concluir este cuatrienio editorial se publica *Gente del llano*, de Enrique Oltuski, con el cual se proyectan hacia el 2001 nuevas ediciones como *Che, el camino del fuego* de Orlando Borrego, *Cuando reinaba su majestad el azúcar*, de Roland T. Ely y un tema biográfico acerca del pintor francés Jean Baptiste Vermay, de Savine Faivre D'Arcier, así como otras obras perspectivas acerca de la Iglesia católica en Cuba y también sobre estudios de la masonería en nuestro país, por citar algunos ejemplos.



IC

IMAGEN CONTEMPORANEA

# La revolución en la historia de América Latina: los aportes de Manfred Kossok

**sergio Guerra Vilaboy** Algo más de 70 años después de su natalicio, el importante artículo que se expone en estas páginas sirve de **valoración exhaustiva** acerca de los indiscutibles **aportes historiográficos** de **Manfred Kossok**, en particular a los estudios de las revoluciones en la **historia latinoamericana**. El intenso trabajo intelectual de este historiador alemán propició una **visión integral comparada**, sistematizando los análisis referentes a la revolución en los procesos históricos que permitieran ubicar a **América Latina** en el **contexto de la historia mundial moderna**. ● ● ● ● ● ●

Desde 1959 circuló profusamente en América Latina un libro publicado por la Editorial Futuro de Buenos Aires titulado *El Virreinato del Río de la Plata. Su estructura económica y social*.<sup>1</sup> La temprana edición en lengua española —la versión original en alemán databa sólo de tres años antes— de esta *opera prima* del joven historiador alemán Manfred Kossok (1930-1993) lo dio rápidamente a conocer en el campo de la historiografía latinoamericana. Ya Kossok se había interesado anteriormente en Leipzig —ciu-

dad donde se radicó después de terminada la Segunda Guerra Mundial— sobre el sistema colonial español, en colaboración con su maestro Walter Markov, línea de especialización que desarrolló a partir de sus posteriores estudios en Colonia, bajo la orientación del conocido latinoamericanista Richard Konetzke.

<sup>1</sup> En esta valoración sobre la repercusión de la obra de Kossok en la historiografía latinoamericana sólo tomamos en cuenta los textos suyos traducidos al castellano y difundidos internacionalmente.

## SERGIO GUERRA VILABOY

**Doctor en Ciencias Históricas (La Habana) y Doctor en Filosofía (Ph. D., Leipzig), Profesor titular y Jefe del Departamento de Historia en la Facultad de Filosofía e Historia de la Universidad de La Habana, en la actualidad también preside la Cátedra Eloy Alfaro y la Sección Cubana de la Asociación de Historiadores de América Latina y el Caribe. Su amplia actividad académica e intelectual, en Cuba y en el exterior, también permite que contemos con una amplia producción de textos especializados sobre la historia latinoamericana en ensayos, artículos, folletos y libros.**

*El Virreynato del Río de la Plata...* sobresalió de inmediato no sólo por la rigurosidad de la investigación —su enjundioso aparato crítico se basaba en una prolija lista de documentos y fuentes secundarias: desde los bandos de los gobernadores y virreyes hasta libros de historia de las más diversas corrientes de pensamiento—, sino también por ofrecer un cuadro novedoso, desde el ángulo marxista, de las conexiones sociales y económicas entre la época colonial y la emancipación. Ya en este texto —que sigue siendo hoy una de sus obras más citadas en América Latina—, Kossok da a conocer algunas de las tesis fundamentales que luego desarrollaría: “Hasta qué punto, y más allá de la existencia de series causales de orden político y espiritual, la rebelión de Hispanoamérica formó una parte orgánica del movimiento universal de emancipación burguesa de los siglos XVIII y XIX”.<sup>2</sup> En su concepto, la independencia de las colonias españolas, alcanzada en 1825-1826, fue la culminación política de una transformación socioeconómica que había echado profundas raíces en la etapa colonial y estaba relacionada con la aparición de una clase (la burguesía) destinada a hacer una revolución en Iberoamérica. Quizá vista desde la perspectiva actual, algunas de estas afirmaciones puedan parecer demasiado rotundas, pero el propio autor se encargaría en trabajos posteriores de matizar y precisar muchas de sus propias conclusiones iniciales.

Para comprender la significación que tuvo en América Latina *El Virreynato del Río de la Plata...*, conviene recordar las enormes limitacio-

nes teóricas y metodológicas que lastraban a fines de los 50 la producción sobre la historia de este continente, dominada casi de manera absoluta por una historiografía positivista de corte academicista, dedicada a hacer la historia de los hombres excepcionales, de los hechos políticos de gran espectacularidad o repercusión, de las instituciones, las luchas por el poder, la sucesión de gobiernos. Para confeccionar esta historia “heroica”, los historiadores ofrecían una simple acumulación de información heterogénea, sin jerarquización, acompañada de poca o ninguna interpretación y brindando vi-

siones idealizadas de la historia de los países latinoamericanos.

En aquellas condiciones, la historiografía marxista constituía, en rigor, la única corriente interesada en renovar sustancialmente la investigación histórica de este continente, para develar las reales contradicciones ocultas en las versiones tradicionales. Pero la obra de los primeros historiadores marxistas latinoamericanos, no era capaz de ofrecer una completa reinterpretación de la historia y tampoco aportar nuevos elementos informativos, atrapada por la aplicación mecánica y esquemática de los criterios más elementales del materialismo histórico y el uso casi exclusivo de fuentes secundarias. Por eso, *El Virreynato del Río de la Plata...* vino a demostrar la validez de combinar de manera creadora el análisis marxista, crítico y reivindicativo, con una rigurosa investigación ampliamente documentada en archivos, para lograr comprender, en toda su riqueza y matices, el proceso histórico en su integralidad, más allá de la simple descripción de hechos o de una exégesis superficial y estereotipada. Con ello, Kossok se anticipaba en varios años a las posiciones de la moderna historiografía latinoamericana —lo que se ha llamado la Nueva Historia de América

<sup>2</sup> Manfred Kossok: *El Virreynato del Río de la Plata. Su estructura económica y social*, Editorial Futuro, Buenos Aires, 1959, p. 8.



Latina<sup>3</sup>—, logros que para aquella época sólo pueden parangonarse a las aportaciones que en el campo de la historia económico-social comparada de este continente realizó, casi simultáneamente, el historiador norteamericano Charles Griffin.<sup>4</sup>

Durante los años 60 y 70, Kossok se consolidó como uno de los más lúcidos representantes de la más avanzada historiografía marxista dedicada a la temática latinoamericana —con especial énfasis en el período revolucionario de 1790 a 1826—, como se confirmó en 1968 con la aparición en español, por primera vez, de su libro *Historia de la Santa Alianza y la emancipación americana*.<sup>5</sup> Sobre la base de una meticulosa investigación en archivos alemanes, austríacos, ingleses e italianos, Kossok indaga aquí sobre las relaciones y rejugos diplomáticos de las potencias europeas y sus proyecciones hacia el Nuevo Mundo, enfrascado entonces en la lucha independentista.

A esos años corresponde también su incursión en la polémica sobre los modos de producción en América Latina, suscitada a partir de los cuestionamientos conceptuales de Maurice Godelier (1964) y de las posiciones extremas asumidas por la llamada teoría de la dependencia. Hay que tener presente que en sus orígenes esta corriente sociológica estaba asociada a las tendencias circulacionistas en boga, surgidas dentro del marxismo, las cuales consideraban las estructuras económicas y sociales como parte de un “capitalismo comercial”. El debate internacional había cobrado fuerza después que aparecieron los trabajos de Luis Vitale: “América

Latina ¿feudal o capitalista?” (1966) y de André Gunder Frank: *Capitalism and underdevelopment in Latin America* (New York, 1967) —que en cierta forma retomaban la vieja idea del historiador argentino Sergio Bagú acerca de un “capitalismo colonial”<sup>6</sup>—, en que se argumentaba que el atraso de este continente era resultado directo del desarrollo metropolitano, pues la conquista ibérica había incorporado las colonias españolas y Brasil a la órbita capitalista, en una situación de dependencia colonial primero y neocolonial después.

Frente a estos planteos unilaterales, Kossok respondió con un sólido ensayo que tituló “Feudalismo y capitalismo en la historia colonial de América Latina”.<sup>7</sup> En su respuesta, parte de manifestar su desacuerdo con el impreciso uso que se estaba haciendo de las categorías “feudalismo” y “capitalismo”, reducida la primera por los dependientistas a una economía de trueque (“cerrada”) y la otra a una monetaria (“abierta”). Para el historiador alemán, “la esencia del feudalismo es la base agraria, el papel de la tierra como medio más importante de producción y el carácter específico de las condiciones de dependencia y de subordinación entre los señores feudales y los campesinos”.<sup>8</sup> A renglón seguido advierte sobre la desproporción existente entre la multiplicidad de teorías generales acerca del tema y las pocas investigaciones empíricas.

Entre los aspectos medulares que Kossok analiza en este importante texto se encuentran su definición de los cinco sectores básicos de las formas de producción colonial —economía natural campesina, producción mercantil simple,

<sup>3</sup> Véanse dos ejemplos en Enrique Ayala (editor): *Nueva Historia del Ecuador*, Grijalbo, Quito, 1989 (varios tomos), y Wilfredo Kapsoli: *Ensayos de Nueva Historia*, J. Navach E.I.R. Ltd., Lima, 1983.

<sup>4</sup> Nos referimos a *Los temas sociales y económicos de la época de la independencia*, Fundación John Bulton y Fundación Eugenio Mendoza, Caracas, 1962.

<sup>5</sup> La edición más reciente que conocemos en castellano es la de Ediciones Sílabas, México, 1983.

<sup>6</sup> Véanse sus obras *Economía de la sociedad colonial. Ensayo de historia comparada de América Latina*, El

Ateneo, Buenos Aires, 1949, y *Estructura social de la colonia. Ensayo de historia comparada*, El Ateneo, Buenos Aires, 1952.

<sup>7</sup> Hasta donde sabemos, la primera edición en castellano se publicó por la revista *Comunidad*, México, 1973, no. 46, aunque aquí utilizamos la que apareció en *Estudios Marxistas, Revista Colombiana de Ciencias Sociales*, Bogotá, 1975, no. 8.

<sup>8</sup> *Ibíd.*, pp. 114-115.

esclavitud (patriarcal y de plantación), producción agraria feudal o semifeudal en forma de latifundios y los núcleos embrionarios de producción capitalista—, su valoración de la expansión colonial ibérica como “colonización por poblamiento de tipo feudal tardío”<sup>9</sup> y sus consideraciones sobre la estructura y funciones de la hacienda en la economía colonial. Uno de los aspectos que más llamó la atención en este artículo fue su propuesta de una fórmula para un ordenamiento histórico de los sistemas coloniales: “Si bien es correcto y necesario hablar de la función decisiva de las fuerzas motrices de la expansión que reflejan el grado de desarrollo de la metrópoli (componente A), no debe perderse de vista el papel relativamente importante de las condiciones dadas en las colonias antes de la penetración europea (componente B). En el caso particular tanto de España como de Portugal es preciso tomar siempre en consideración el factor de los intereses internacionales, constituido por la concurrencia holandesa, inglesa y francesa (componente C). La estructura definitiva de un sistema colonial es por consiguiente el resultado (resultante D), de una complicada interacción de los elementos A, B y C esquemáticamente definidos”.<sup>10</sup>

Otros dos ensayos de Kossok que tuvieron una excelente acogida en el continente americano, fueron “El contenido burgués de las revoluciones de independencia en América Latina” y “La sal de la revolución. El jacobinismo en Hispanoamérica. Intento de una determinación de posiciones”, publicados ambos, por primera vez en español (1974 y 1977, respectivamente), en una prestigiosa revista mexicana de ciencias sociales de gran circulación: *Historia y Sociedad*.<sup>11</sup> En el primero de estos dos trabajos, su autor expone criterios y recomendaciones sobre la aplicación del método comparativo de las revoluciones con vistas a determinar el carácter y la clasificación histórica de la independencia latinoamericana: “El punto de partida —escribe Kossok— para la formulación de una respuesta, es la determinación de las fuerzas sociales motrices y hegemónicas del proceso revolucionario en una muy estrecha relación dialéctica con el carácter de la época, es decir, la determinación de

las potencias económicas, sociales, político-institucionales y cultural-espirituales determinantes de todo el movimiento histórico”.<sup>12</sup>

En este polémico texto, cuyas líneas interpretativas esenciales mantienen su vigencia, Kossok desarrolla ampliamente una serie de observaciones metodológicas y teóricas para entender, en toda su complejidad, los problemas de la independencia latinoamericana. Utilizando la concepción leninista de ciclo revolucionario establece una periodización de la emancipación que arranca, a diferencia de las fases ya establecidas por la historiografía tradicional, de fines del siglo XVIII (1789-1808; 1808-1809; 1810-1815 y 1815-1824) y divide a las fuerzas sociales actuantes en cuatro grandes corrientes: revolucionaria democrática, criolla republicana, liberal criolla y conservadora.<sup>13</sup> Para poder delimitar estas tendencias debió valorar previamente el contenido histórico-social de la independencia latinoamericana —“revolución burguesa no consumada”<sup>14</sup> o como precisaría mejor después: “revolución burguesa incompleta que, si bien ha alcanzado sus objetivos político-nacionales, no ha podido hacer lo mismo con los económico-sociales”<sup>15</sup>—, en un contrapunteo con las revoluciones burguesas “clásicas”, tras dejar sentadas las enormes dificultades existentes para precisar las fuerzas motrices en las peculiares

<sup>9</sup> *Ibíd.*, p. 114.

<sup>10</sup> *Ibíd.*, pp. 110-111.

<sup>11</sup> Véanse los números 4 y 8 de la segunda época de *Historia y Sociedad* de México. Estos dos ensayos están incluidos en Manfred Kossok: *La revolución en la historia de América Latina, estudios comparativos*. Selección y presentación de Sergio Guerra Vilaboy, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1989; libro del cual proceden las citas de estos artículos que aquí se emplean.

<sup>12</sup> *Ibíd.*, p. 159.

<sup>13</sup> *Ibíd.*, p. 169.

<sup>14</sup> *Ibíd.*, p. 175.

<sup>15</sup> *Ibíd.*, p. 132. Este ensayo también contiene un original gráfico, confeccionado por el propio Kossok, que correlaciona las estructuras de clases y castas en Hispanoamérica colonial, pero que lamentablemente no aparece en la edición cubana.

condiciones de este continente —rígida estructura feudal, incapacidad del nascente elemento burgués (básicamente comercial) para asumir la hegemonía y llevar adelante la transformación, etc.—. Este valioso análisis, imposible comentar aquí en todas sus múltiples facetas, resulta mucho más rico y sugerente que el de sus primeros trabajos, y lo lleva a concluir que se requiere de otra diferenciación tipológica de la categoría “revolución burguesa”, convertida en *leitmotiv* de futuras investigaciones personales y de sus colaboradores.

Una íntima relación con este significativo texto guarda el dedicado a los elementos jacobinos en la independencia latinoamericana. Está consagrado a valorar la participación de las “masas populares” —concepto que Kossok relativiza y cuestiona— en la emancipación y a su presión permanente para radicalizar su curso en todo el escenario continental. En muchas partes de América Latina —explica el artículo—, los alcances sociales sobrepasaron los objetivos políticos al obligar a incluir un programa de transformación revolucionaria de la sociedad, del cual fueron exponentes una serie de figuras radicales o “jacobinas”. De ahí que, continúa Kossok, la contienda se desarrolla en dos niveles: por parte de las clases populares contra el poder colonial y la aristocracia criolla, y de ésta contra las metrópolis europeas y el peligro de un incontrolado levantamiento de masas. Valiéndose de la definición leninista de “jacobino con el pueblo”, clasifica a los representantes de la corriente radical de la independencia latinoamericana en dos vertientes —“con el pueblo” o “para el pueblo”—, tomando en cuenta que la importancia histórica del jacobinismo se mide siempre por la capacidad y decisión para contar con las masas populares.<sup>16</sup>

Estas tesis son ejemplificadas con lujo de detalles al considerar los movimientos radicales de América Latina entre 1790 y 1826, en los cuales Kossok incluye a Toussaint Louverture y la Revolución Haitiana, las conspiraciones “de los franceses” en Buenos Aires (1795) y de Gual y España en Venezuela (1797-1799), la Revolución Mexicana de Hidalgo y Morelos y los procesos rioplatenses encabezados por Mariano Moreno

(Buenos Aires), Artigas en la banda oriental y el doctor Francia en Paraguay. Dentro de esta misma línea interpretativa, aunque introduciendo ligeros matices y ampliando algunas ideas, pueden ubicarse otros de sus trabajos publicados en castellano: “Alejandro de Humboldt y el lugar histórico de la revolución de independencia latinoamericana”; “La imagen de Robespierre en Latinoamérica” y “Unidad y diversidad en la historia de la América Española: el caso de la independencia”.<sup>17</sup>

En todos estos textos puede apreciarse también otra de las singulares características de la producción intelectual de Kossok: su permanente preocupación por la crítica historiográfica. Así, por ejemplo, en el último de los ensayos mencionados, el enjuiciamiento de los trabajos de diversos autores aparece inserto en su análisis de la formación de los Estados nacionales en América Latina, el cual se cataloga por él como un complejo proceso de unidad y diversidad. En este sentido comenta: “La corriente ‘nacional’ (o nacionalista) del pensamiento histórico durante el siglo XIX y hasta los primeros decenios del XX, típica tanto para el positivismo liberal como para los representantes conservadores, se critica desde dos lados diferentes: de parte del revisionismo histórico, cuyos partidarios tienden a una rehabilitación casi total del régimen español (habiendo conducido a la tesis ‘Las Indias no eran colonias’) como de parte de una historiografía de orientación ‘ultra’ que encuentra sus resultados más consecuentes en el Americo-centrismo”.<sup>18</sup>

Los originales aportes teóricos y metodológicos de Kossok al estudio y la comprensión cien-

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 222.

<sup>17</sup> Todos se publicaron originalmente en diversas revistas de América Latina y también se encuentran en la edición citada de *La revolución en la historia de América Latina*. Otro texto semejante, aunque no recogido en esta selección cubana de los trabajos de Kossok, es “La ilustración en América Latina ¿Mito o realidad?”, en *Semestre Histórico*, junio-diciembre de 1975, no. 2.

<sup>18</sup> *La revolución en la historia de América Latina*, ed. cit., pp. 255-256.

tífica de la historia latinoamericana, no sólo fueron posibles gracias a sus serias investigaciones factuales, sino, sobre todo, a que durante muchos años se enfrascó en forma tesonera y sistemática al análisis comparativo de las revoluciones burguesas, a partir de los lineamientos y esbozos generales dejados en sus obras por Marx, Engels y Lenin. Así, sin caer en mimetismo alguno o modelos rígidos, el relevante trabajo de Kossok en la historia comparativa ha contribuido a enriquecer la teoría marxista sobre las revoluciones burguesas, con énfasis particular en lo referido a su comportamiento en las llamadas áreas “periféricas” del capitalismo, como demuestran los siguientes libros cuya valoración excede los límites de este trabajo: *Estudios sobre la revolución* (Berlín, 1969); *Estudios sobre la historia comparada de las revoluciones* (Berlín, 1974); *Función y forma de los movimientos populares en el ciclo revolucionario burgués* (Berlín, 1976); *Revoluciones de la era moderna* (Berlín, 1982); *Los campesinos y la revolución burguesa* (Berlín, 1985); *Las revoluciones burguesas: de los husitas a la Comuna de París* (Leipzig, 1987); *El proletariado y la revolución burguesa* (Berlín, 1989) y *Europa en el umbral de la Edad Moderna* (Leipzig, 1992). Lamentablemente, estas obras no han sido traducidas al español, salvo algunas de sus partes incluidas en dos pequeñas selecciones publicadas en España y Cuba tituladas, respectivamente, *Las revoluciones burguesas* (Barcelona, 1983) —que cuenta con un magnífico prólogo de Joseph Fontana— y la ya mencionada *La revolución en la historia de América Latina* (La Habana, 1989).

Otra muestra de los resultados alcanzados en esta materia, aplicados a la evaluación histórica del Nuevo Mundo, aparece en el texto “La revolución y la reforma en la historia de América Latina (1808-1917)”, confeccionado en colaboración con sus colegas Max Zeuske y Jürgen Kubler. Se trata de toda una propuesta interpretativa del devenir latinoamericano en ese período a la luz del método comparativo. La aplicación creadora del concepto leninista sobre el ciclo nacional revolucionario a América Latina, le permite comprender el carácter gradual y oscilante de la imposición del capitalismo en este continente a

través de sucesivas revoluciones, contrarrevoluciones y reformas. Según se expresa en este ensayo, para Kossok este proceso comenzó aquí en 1789 o en 1810, según el caso, y determinó el contenido esencial de los enfrentamientos sociales hasta el presente, aunque por supuesto en cada época en una muy diferente situación histórico-universal.<sup>19</sup> Ello resulta posible porque la culminación de cada revolución particular no significa que hayan desaparecido todas las causas que la originaron o, incluso, no exime de retrocesos coyunturales posteriores, tal como ocurrió en Hispanoamérica después de 1826 con el auge registrado por la reacción clerical-terrateniente de corte conservador. En este caso específico, en el mismo trabajo se dice que la consecuencia del carácter incompleto de la revolución de independencia, desde la perspectiva de la cuestión del poder, fue “llevar a la dirección criolla latifundista de la revolución a poseer el monopolio del poder político, mientras que los elementos auténticamente capitalistas y burgueses salen de ella relativamente debilitados”.<sup>20</sup> Siguiendo estos principios metodológicos, en el mismo texto se señalan diferentes momentos cumbres del proceso de imposición del capitalismo en América Latina. Probablemente, en ninguna otra parte de este hemisferio, el ciclo nacional revolucionario pueda seguirse con tanta claridad como en México desde 1810: iniciado con la incontrolada insurrección campesino-indígena de Hidalgo y Morelos, fue continuada después con la reforma anticlerical y antifeudal de Juárez y coronada finalmente con la Revolución campesina y antimperialista de 1910-1917. Con ello, Kossok concluye que más de un siglo demoró en México la penosa y larga transición del por él denominado “feudalismo colonial” al capitalismo dependiente.

Este sugerente ensayo también contiene una de las temáticas recurrentes en su labor científica. Me refiero al problema de las vías del desarrollo capitalista en América Latina, que el profesor alemán construye teóricamente a partir de

<sup>19</sup> *Ibíd.*, p. 134.

<sup>20</sup> *Ibíd.*, p. 139.

los planteamientos de Lenin acerca del camino "prusiano" (reformista o conservador) y el camino "norteamericano" (revolucionario o democrático).<sup>21</sup> Aquí Kossok demuestra cómo el desarrollo capitalista al sur del río Bravo siguió en general una variante de la vía oligárquica o "prusiana", aunque advierte que, a diferencia de lo ocurrido en Prusia, no generó un crecimiento industrial, sino un capitalismo deforme y dependiente de las potencias imperialistas. Pero como muy bien aclara más adelante, este "resultado no estaba de ninguna manera determinado de antemano de modo fatalista, tal como lo muestran el desarrollo de la revolución de los esclavos de Haití, la revolución popular dirigida por Hidalgo y Morelos en México y los planteos más o menos democrático-revolucionarios aparecidos en Uruguay con Artigas, en Paraguay con Francia y en Colombia con Nariño".<sup>22</sup>

Para propiciar investigaciones comparativas en esta dirección, Kossok impulsó la formación de equipos de historiadores dedicados al estudio de diferentes casos. Uno de ellos fue el vertebrado a fines de los 80 entre investigadores alemanes y cubanos para el análisis de las principales revoluciones latinoamericanas del período 1790-1917, partiendo del supuesto de que los procesos seleccionados presentaban, entre otras dificultades para el análisis comparativo, que se habían desarrollado en la "periferia" de los centros mundiales del capitalismo y en medios socioeconómicos muy inmaduros desde el punto de vista socioclasista, lo que sin duda determinaba apreciables variaciones en la naturaleza de las fuerzas motrices, la hegemonía y muchos otros aspectos. Un punto insoslayable a tomar

en cuenta en las valoraciones de esas revoluciones latinoamericanas, lo constituyó la periodización en diferentes fases y el cambio en la correlación de fuerzas motrices y directrices, elementos determinantes para establecer el curso de cada revolución en un sentido ascendente o descendente, siguiendo la sugerente idea de Marx.<sup>23</sup>

Además, en el desarrollo de la exposición de cada una de las revoluciones escogidas, siguiendo la propuesta de Kossok, fue necesario que los autores respondieran las mismas interrogantes: situación económica y social del país; causa y fuerzas motrices; el problema de la hegemonía; dialéctica entre las fuerzas dirigentes y las masas populares; personalidad y factor subjetivo; periodización; carácter histórico-tipológico y resultados de la revolución. El propio Kossok se encargó de fundamentar los criterios comparativos y dirigir todo el proyecto conjunto —incluso, él mismo elaboró varios estudios de caso; entre ellos, el dedicado a la independencia de la América española (1810-1826)—, cuyos resultados se recogieron en un grueso volumen que testimonia cuánto pudo avanzarse en esta dirección.<sup>24</sup>

De esta manera, Kossok nos ha dejado, entre otros aportes significativos, su decisiva contribución para intentar resolver una visible y persistente limitación de la historiografía latinoamericana: la casi total ausencia de una visión global comparada de la evolución de los países de este continente. Gracias a estos sistemáticos estudios comparativos sobre el papel de la revolución en el proceso histórico, Kossok logró componer toda una sustanciosa propuesta para ubi-

<sup>21</sup> Desde mediados de la década del 50, Kossok sostenía que la implantación del capitalismo en América Latina exhibía muchos de los rasgos destacados por Lenin como característicos de la "vía prusiana". Véase "Konspekt Über das spanische Kolonialsystem", en *Wissenschaftliche Zeitschrift der Karl-Marx-Universität, Leipzig*, 1955-1956, no. 2, p.262.

<sup>22</sup> *La revolución en la historia de América Latina*, ed. cit., p. 138.

<sup>23</sup> Carlos Marx: *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, Imprenta Nacional de Cuba, La Habana, 1962, p. 45.

<sup>24</sup> Los esquemas preliminares pueden hallarse en *Historia del ciclo de las revoluciones de España y América Latina (1790-1917)*, Universidad de La Habana, La Habana, 1990, aunque los textos terminados nunca se publicaron. Parece justo consignar aquí la sobresaliente contribución de Kossok al desarrollo de los estudios comparativos en Cuba mediante sus brillantes conferencias y cursos de posgrado, así como en la dirección de seminarios, coloquios, intercambios científicos e investigaciones conjuntas y tutorías de doctorados.

car a América Latina en la historia mundial moderna, así como de la interrelación dialéctica entre los procesos universales y particulares en sus correspondientes épocas históricas.

Los indiscutibles aportes realizados por este gran historiador alemán, durante casi 40 años, a los estudios historiográficos y, muy en particular, al tema de las revoluciones en la historia de América Latina, que breve y esquemáticamente hemos tratado de reseñar, no pueden desligarse de su permanente compromiso con las mejores causas del planeta y de su ineludible defensa de los movimientos democráticos y progresistas.<sup>25</sup>

Esta posición vertical, junto a su probada fidelidad a una concepción del mundo revolucionaria y antidogmática, la supo sostener hasta en la adversa e inesperada coyuntura política que le tocó vivir al final de su existencia, tras la crisis del socialismo europeo y la desaparición de la República Democrática Alemana (RDA).<sup>26</sup> Mues-

tra de ese optimismo que nunca abandonó, y de su confianza en un futuro mejor para toda la humanidad, aparece en uno de sus últimos textos publicados en español, a propósito de la conmemoración del V Centenario del llamado descubrimiento de América: “Recordarse del año 1492 puede tener sólo el sentido de que en los umbrales hacia el siglo XXI la historia mundial en la comprensión tradicional, es decir como historia hegemónica de una minoría sobre una mayoría del mundo, ya pertenece al pasado. Se debería comprender en el futuro la historia de la humanidad como historia global abierta, que ofrezca a todos los pueblos y regiones la posibilidad de vivir como hombres según su dignidad y sus tradiciones”.<sup>27</sup>

• • • •

---

<sup>25</sup> La huella de esta faceta de la labor intelectual de Kossok puede seguirse, entre otros textos, en *José Carlos Mariátegui. Obra y efecto* (Leipzig, 1980) y en “La función política de los ejércitos de América Latina. Aspectos actuales e históricos”, publicado en español por Ricaurte Soler en la revista *Tareas* de Panamá. Por cierto, en este último trabajo desarrolla la idea de Marx acerca de las circunstancias en que el ejército puede asumir la “iniciativa revolucionaria” o malograr la revolución con su “carácter pretoriano”. Cfr. Carlos Marx: “La España revolucionaria”, en *La revolución española*, Editorial Progreso, Moscú (s.f.), p. 40.

<sup>26</sup> Prueba de ello fueron sus dignos artículos, publicados en la prensa alemana de principios de los 90, en defensa de la Revolución Cubana. En uno de ellos, aparecido el 22 de mayo de 1990 en *Der Weltbühne* 85 de Berlín, Kossok escribió:

“Quien critique la intransigente posición de Cuba, con la intención de darle lecciones, ante lo que considera traición al desarrollo del socialismo —los alemanes que han cambiado de posición creen tener el monopolio de la verdad—, eluden el hecho sencillo de que Castro no es un político que echa por la borda en menos de tres meses los principios defendidos toda una vida, ni vende su integridad al precio de la cotización del mercado. Creo que tiene que ver con la diferencia existente entre revolucionario y socialista real”.

<sup>27</sup> Tomado de “¿Ha inventado Cristóbal Colón al tercer mundo?”, en *Boletín para la Formación del Historiador*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, México, invierno de 1992-1993, no. 6., p. 4.

# La mentalidad revolucionaria

**Michel Vovelle** El presente artículo ha sido

enviado a la redacción de **Debates Americanos** por su autor, quien conoce el interés de nuestra publicación por los temas vinculados a la **historia de la Revolución Francesa** y la **historia de las mentalidades**. Hemos considerado necesario hacer algunos reajustes en la traducción para que se gane en claridad respecto de las ideas expuestas del texto en francés. ● ● ●

**E**speranza y miedo serían las pulsaciones antagónicas que permiten comprender la mentalidad revolucionaria. En la encrucijada de la aventura revolucionaria se reencuentran, en el pleno de las mentalidades, estos dos componentes. Uno de ellos se vincula al pasado, poniendo en movimiento toda la herencia de las antiguas actitudes; el otro abre las vías del porvenir. Ambos elementos deben tomarse como un par y, a nivel de las mentalidades, la Revolución Francesa también puede verse como vio-

lencia y fraternidad, creando una tensión que fue notada incluso por los contemporáneos de la Revolución. A su vez, la Revolución ha dejado la doble herencia: a unos el miedo, a quienes ven en ella el mal absoluto, la degradación de la violencia; a los otros les ha dejado la esperanza, la idea de que el mundo puede cambiarse.

Al interrogarme, a lo largo de mis obras, sobre la dialéctica de las dos descristianizaciones, aquélla del tiempo corto y aquélla del tiempo largo, la descristianización brutal, voluntaria del

año II, y la otra espontánea, avanzando sordamente a lo largo del Siglo del Iluminismo; así como al confrontar en “las metamorfosis de la fiesta”, la fiesta de la larga duración, de lejana tradición, ya parte del folclor, con la intromisión de la fiesta revolucionaria, me enfrenté a una serie de preguntas, tal vez ingenuas, pero, de todos modos, esenciales según mi opinión: ¿Es posible cambiar a los hombres en diez años? ¿Existen dentro de las mentalidades colectivas crisis, sin duda preparadas, pero susceptibles de expresarse, al transformarse en el seno de una sacudida revolucionaria?

La Revolución Francesa, lugar gigantesco de experimentación, tema de reflexión siempre nuevo, es la primera tentativa voluntaria y asumida por cambiar el mundo de modo radical. Bajo el tema *leit motiv* de la Regeneración, ella ha querido dar a luz un hombre nuevo. ¿Ilusión prometeica, generadora de recaídas maléficas, como ya se ha escrito, ayer y hoy? ¿O alimento tónico de una esperanza en la cual todos nos podemos reencontrar?

¿Ha realizado la Revolución las promesas del Iluminismo, de una humanidad mejor, o las ha pervertido o traicionado? La pregunta no es pequeña, el desvío por la historia de las mentalidades nos permite abordarla de frente.

### ► Una pareja antagónica: la esperanza y el miedo

Georges Lefebvre abrió por vez primera, hace más de medio siglo, las vías de una historia de las mentalidades revolucionarias a través de obras de una asombrosa modernidad. *El Gran Miedo*, o el célebre artículo sobre las “muchedumbres revolucionarias”, definían esta mentalidad como dividida entre dos pulsaciones antagónicas: la esperanza y el miedo. Tal visión puede

MICHEL VOVELLE

Catedrático de Historia, durante años Profesor Titular de la Cátedra de Historia de la Revolución Francesa en la Sorbona (París I), ha dirigido el Instituto de la Historia de la Revolución y desarrollado amplia actividad académica como especialista de Historia Social y de las Mentalidades del siglo XVIII y de la Revolución. Autor de numerosos artículos y libros, este destacado intelectual francés ha participado junto a otros especialistas de su país en encuentros internacionales en la Universidad de La Habana, como *La Historia y el oficio de historiador* (1966) y *Félix Varela, ética y anticipación del pensamiento de la emancipación cubana* (1977).

parecer exageradamente simplificada o antigua: creo, por el contrario, que el par dialéctico en el cual ella nos introduce suministra una de las aproximaciones más pertinentes de nuestra problemática. En la gran encrucijada de la aventura revolucionaria se encuentran, a través de las mentalidades, estos dos componentes: uno que se vincula al pasado poniendo en movimiento toda la herencia de las antiguas actitudes, otro que abre las vías del porvenir. Se ha querido, en una reciente relectura del fenómeno revo-

lucionario, oponer sobre estas bases dos imágenes de la Revolución: por un lado, aquélla de las elites —aristocracia y burguesía mezcladas— listas a reencontrarse sobre las bases del consenso del Iluminismo, en el seno de una Revolución sin revolución, transición reformista hacia la modernidad; otra, aquélla de los grupos populares, campesinos y urbanos, movilizados alrededor de reivindicaciones del pasado, poniendo su esperanza en un sueño milenarista muy antiguo, aplicando a ese sueño de justicia arcaica los gestos y ritos de la violencia. La intromisión no deseada de estos grupos populares en 1793 constituirá el vuelco de la Revolución y el esbozo de su deriva.

Georges Lefebvre no se habría reconocido, ciertamente, en esta lectura. Y creo, por mi parte, que hace falta tomar juntos ambos elementos del par —la esperanza y el miedo— en su complementariedad. La Revolución Francesa no sólo es, al nivel de las mentalidades, la esperanza y el miedo, sino la violencia y la fraternidad; la tabla rasa o el tiempo abolido del Antiguo Régimen y el tiempo reencontrado o reconstruido; la venida del Iluminismo y su superación. Los contemporáneos han sentido muy profundamente esta tensión que se halla en el corazón de la mentalidad del tiempo, y Marat escribía en



1790: “La filosofía ha preparado, comenzado, favorecido la Revolución actual, esto no se puede discutir; pero los escritos no bastan, hacen falta las acciones, pues ¿a qué debemos nosotros la libertad si no es a los levantamientos populares?” Robespierre le hará eco, al plantear la pregunta: “¿Quieren ustedes una Revolución sin revolución?”

Para esto no hace falta hacer de la Revolución un bloque, de la cual abría que aceptar todo con reverencia, la violencia hija del miedo, el Terror en sus propios excesos en nombre de una necesidad. No es éste el camino del historiador, quien rechaza tanto la devoción incondicional como el anatema. Pero importa *comprender, sin ocultar nada*, y por esto partiré a gusto, en este recorrido, de aquello que puede chocarnos más que nada, del primer componente el miedo y, su compañera, la violencia.

### ► El fin del miedo y la fuerza de las cosas

¿Una revolución defensiva, movilizada contra el temor, en fin de cuentas del todo real de sus adversarios, contra el complot, el pacto de hambre, luego el complot aristocrático? Este componente de la mentalidad revolucionaria se afirma desde los primeros días, en las reacciones parisinas de julio de 1789 y aún más en ese fenómeno, tanto tiempo incomprendido del Gran Miedo al campo en la segunda quincena de ese mes, eco representado en el mundo rural de la toma de la Bastilla. He aquí claramente, a una escala espectacular —pues tres cuartas partes del espacio francés se encuentran allí englobadas—, el último gran pánico de antiguo estilo de la Francia Moderna, pues se ve allí a los campesinos armarse por miedo de salteadores o invasores ilusorios, en verdad con el riesgo de, una vez disipada la ilusión, hallarse con realidades bien tangibles, llegando hasta el castillo vecino para quemar allí los documentos que fundan el derecho feudal y señorial.

Toda la ambigüedad de ese miedo que sale, como se dice, del fondo del tiempo y que, por un vuelco espectacular, se halla en los orígenes directos de la noche del 4 de agosto, cuando se

funda el porvenir mediante la abolición del Antiguo Régimen social, se encuentra sin dudas allí.

Por otra parte, si el Gran Miedo es el mayor pánico de la historia de Francia, también es el último. Sé que habría que matizar: los miedos regresaron, en el 90 y sobre todo en el 91, cuando la crisis de Varennes, pero puntuales, residuales se diría, así como en los pánicos resulta posible hallar en la historia nacional hasta la víspera de 1848. Conservando el temor al complot del pacto de hambre, al complot aristocrático, a aquél del extranjero o más tarde al anarquismo, la Revolución no ha dejado de exorcizar el miedo. Ella lo ha hecho por medio de la violencia, y creo que así como el miedo, este otro componente de la mentalidad revolucionaria no debe ocultarse.

Como tampoco resulta legítimo ni defendible históricamente oponer dos revoluciones, una generosa y no violenta, quizá la de 1789, otra sanguinaria en 1793. Tal hipocresía enmascara la presencia de la violencia en el seno mismo de la crisis inicial del verano de 1789, que culmina con el acto de subversión heroico y sangriento de la toma de la Bastilla. En el 89, la violencia está presente en ambos campos, recordémoslo: la sangrienta carta de los dragones de Lambesc en los jardines de las Tullerías el 12 de julio, la represión homicida de las insurrecciones campesinas de la primavera hasta el verano —de las regiones de Normandía a las de Maçon—. Exacerbada por la crisis, la violencia popular se afirma, retoma los viejos gestos e inventa una nueva simbólica, la del poste de luz [usada como horca. *N. del T.*]; no obstante, ella designa a sus enemigos, el aristócrata, figura real y fantástica a la vez, redefinida sin cesar a lo largo de la lucha.

Esta violencia callejera, de la ciudad y del campo, perdida a través de las revoluciones municipales, se incrusta en los focos de la lucha más ardiente —de Nancy a los puntos calientes de Nimes, Avignon, Arle, Marsella, de la revolución meridional, se vuelve crónica a través de los enfrentamientos de las campañas de 1790 a las grandes revueltas campesinas de la primavera y del otoño de 1792—. Puede decirse que el punto culminante y más espectacular de esta

violencia espontánea luego asumida, se encuentra en las masacres parisinas de septiembre de 1792, cuando la masa llega hasta las prisiones para masacrar allí a los centenares de sacerdotes refractarios y sospechosos de aristocratismo. En un suceso de este tipo se halla una de las últimas manifestaciones del miedo, en el momento mismo cuando Francia es invadida, y aquella pulsión defensiva o punitiva de la cual hablaba Lefebvre, busca una justicia directa y sin intermediario, encuentra entonces los gestos antiguos de la ejecución pública.

Esta violencia nos interroga por el exceso mismo de tales manifestaciones. ¿Se trata, tal vez de la expresión de una brutalidad popular llegada de las profundidades? Pero la burguesía revolucionaria, por la voz autorizada de un Bernave, ha dado su garantía (“la sangre derramada ¿era tan pura?”) al día siguiente del asesinato de Bertier de Sauvigny. Y las violencias contrarrevolucionarias de las bandas de muscardinos de la reacción terrorista en el año III, no se justifican únicamente por la venganza. Más allá de esta garantía burguesa, la cuestión fundamental radica, sin dudas, en la necesidad de esa violencia en un combate sin piedad entre Revolución y contra Revolución.

Una pregunta que vuelve en forma de eco cuando uno se interroga sobre el Terror, de cierto modo el medio de tener controlado y de dominar, a partir de 1793, el ejercicio de la violencia espontánea de las masas.

¿La mentalidad revolucionaria ha exagerado acaso el peligro de la contra Revolución, haciendo de ésta una criatura fantástica o un tigre de papel, como afirman aquellos que creen en la deriva, o en el vuelco violento de la Revolución, o esos sacrificios terribles constituían el fruto de las circunstancias? La violencia de la lucha era por cierto real y los revolucionarios no soñaron el peligro de ésta.

Pasando por encima del miedo, pasando por la violencia, la mentalidad revolucionaria no deja de soñar con la tabla rasa y con la erradicación de lo que constituye para ella el Antiguo Régimen: adormeciendo el cuerpo y la coherencia es como puede juzgarse a través de los discursos,

la canción o la imagen de sus adversarios colectivos: la aristocracia, el refractario o el fanático; saliendo al ataque de los ídolos, procediendo a dar muerte al padre, en la persona del rey, antes de atacar en el año II al dios castigador de la religión cristiana.

Cuando se reflexiona, hay allí —al meditar sobre los discursos de los convencionales a raíz del proceso de Luis XVI— toda una aventura colectiva de la cual aún no se ha calculado la verdadera magnitud. Los lenguajes, o los gestos de la mascarada o del auto de fe en la llamada descristianizadora, traducen las expresiones de esta liberación en caliente, vuelven a encontrar la simbólica carnavalesca del mundo dando vuelta. Era necesario pasar sin duda por esta etapa, por los subterráneos del templo de Sarastro a riesgo de hallar allí a la legión de la Reina de la Noche para ver mejor otra faceta de la mentalidad revolucionaria, henchida de esperanza, proclamando sus nuevos valores.

### ► Proclamaciones sobre un fondo de esperanza

“Fiat, fiat, sí todo va a salir bien... nos hemos vuelto invencibles”. Es Camille Desmoullins quien escribe esto, desde las primeras semanas de la Revolución; al hacerlo, él se hace eco en su lenguaje de esa campesina todavía joven y ya desgastada con que se había encontrado Arthur Young sobre un camino en Champagne y que le había confiado su esperanza de que el mundo iba a cambiar.

La primera de estas proclamaciones por la cual se expresaba esta mentalidad revolucionaria, es sin dudas un acto de confianza en la propia Revolución y en la irreversibilidad del proceso que ha conducido a ella: “hemos desembarcado en la isla de la libertad —declara Cambon—, poco lírico sin embargo, y hemos quemado las naves que nos han traído a ella”. Esta confianza inquebrantable coexiste paradójicamente con el pesimismo o la soledad heroica de más de uno de los voceros de la Revolución, de un Marat que multiplica los llamamientos a mantener viva la movilización revolucionaria, de un Saint Just o de un Robespierre compro-

metidos en una aventura concebida desde muy temprano como mortal.

¿Qué esperan ellos de esta Revolución por la cual están listos a sacrificarlo todo? La felicidad sin dudas, esta “idea nueva en Europa”, como lo dirá Saint Just. Y también desde los primeros tiempos siguen a la toma de la Bastilla, en ocasión del servicio fúnebre en honor de las víctimas, que el abad Fauchet, oficiando en Notre Dame de París exclama: “¡Hermanos dentro de esta nave consagrada a la eternidad, juremos que nosotros seremos felices!”

Pero la felicidad, meta y fin último, no se concibe sin la victoria de los valores y conquistas fundamentales que constituyen todo un sistema de referencia. En la lista de laureados de estas conquistas, la libertad está a la cabeza, tal como puede establecerse según el repertorio iconográfico. El imaginario de la Bastilla se vuelve el símbolo de referencia como el gorro frigio que cubre la cabeza del *sans culotte*, llevado sobre todo después de la fiesta por la liberación de los suizos patriotas de Chateaufieux, es la expresión individual de esto. Una hermosa imagen, de gran simpleza ilustra esta idea: una mujer vestida a la antigua usanza vista de costado, ¿se trata de la República o de la Libertad? Importa poco, ella se dirige a un hombre de pueblo que se inclina sobre la tierra: “Recoge tu gorro”.

Tal vez, esta lección de dignidad conquistada hará la adhesión irreversible de muchos, en los grupos populares, en la ciudad y en el campo, a esta emancipación, quizá tanto como las conquistas materiales ligadas a la abolición del Antiguo Régimen social. Se desea transmitir esta libertad conquistada: otra espléndida imagen —pero ellas son legión— presenta una robusta mujer del pueblo, que, de pie, separando las piernas y levantándose un poco la falda, abre el paso a un muchachito bastante robusto para ser un recién nacido. Pero la inscripción lo esclarece: “Francés nacido libre”. Porque se desea transmitir esa libertad a aquellos que todavía no gozan de ella, a los hombres de color, hasta entonces esclavos: haciendo un inventario, a todo lo largo del año II, de los petitorios llegados de todo el país reunidos en los Archivos Parlamentarios, me sorprendí al encontrar llegados

de algún pueblo perdido del Yonne o de Calvados, textos que celebran el decreto de emancipación de los negros; en términos que no son en absoluto este-reotipos, se sueña sobre lo que ellos podrán hacer con su libertad, y se deberían, agregan, repartirles las plantaciones.

Esta libertad reivindicada se la vuelve a hablar en un nivel que ya no tiene nada de encantador en la práctica política de cada sección en 1793, tal como Albert Soboul la ha analizado a partir del caso parisino. La reivindicación exigente y en última instancia irreal de la democracia directa que quiere que allí donde se reúnan los *sans culotte* en su sección, allí esté el soberano, es el extremo máximo pero significativo de esta aspiración libertaria. Igualitaria al mismo tiempo: pues, junto con la libertad, la igualdad representa, sin duda, dentro de los nuevos valores vividos, la reivindicación fundamental. “Tu igual por derecho” firma el *sans culotte*, que en su propio atuendo —pantalón y chaleco corto (*carmagnole*)— manifiesta la abolición de los prestigios y las falsas apariencias de la antigua moda.

Él no se queda en esas formas simbólicas: también se conocen, a partir de Soboul, las reivindicaciones concretas de estos pequeños productores independientes que forman el núcleo de la Sans Culotterie, en materia de subsistencia —el pan de la igualdad— del derecho a la vida y al trabajo.

La imagen, así como la fiesta, subrayan y acentúan el rasgo. La imagen que retoma un símbolo de herencia masónica. El nivel para evocar por alegoría o la caricatura, está puesta a nivel nacional que canta por otra parte: “Todo saldrá bien”, “Hace falta achicar los gigantes/ y hacer a los pequeños más grandes./ Todos a la misma altura./ He aquí la verdadera felicidad”. Las crónicas de las fiestas de los villorrios, en su creatividad evocan, en cierto burgo de la Haute Garonne, un banquete en que los ricos son puestos a servir a los pobres, mientras que en Fontvieille, cerca de Arles, en ocasión de la fiesta del Ser Supremo, los habitantes del pueblo suben a contemplar la salida del sol sobre la colina, desfilando en orden alfabético para no ofender a la igualdad.

Aun así, dentro de esta tríada, la fraternidad, entre las más laureadas de las ocurrencias en el discurso o en las imágenes, se hace desear; sólo más tarde, ella llega a reemplazar a la limpieza o la seguridad en que la burguesía integrante se encontraba más a gusto. Ella no sólo conserva su lugar en las últimas fraternizaciones de las cuales las fiestas y los reencuentros son los escenarios, sino también en los banquetes fraternales, en los cuales se vio, especialmente en el *messidor* (décimo mes del calendario republicano, del 20 de junio al 19 de julio. *N. del T.*) del año II, sacar las mesas a la calle para las comidas republicanas.

Podría hacer desfilar a los personajes de este nuevo panteón de los valores republicanos que la alegoría se complace en representar, para intentar pintar el retrato tipo de ese *Homo novus* del cual la Revolución ha intentado proponer el modelo, un punto simplemente ideal.

Pero tal idea supone una tensión continua y una entrega sin pausas de la vida misma de un lado o del otro, no sólo de los más grandes sino también la de una multitud de militantes y personajes más oscuros; a través de memorias, confesiones o interrogatorios es posible saber de su magnitud. Este mundo vive, por un tiempo al menos, en un clima de heroísmo en la cotidianidad y sobre el fondo de destrucción de los ídolos —o de los héroes de ayer— se comprende a qué necesidad ha podido responder un proceso en parte espontáneo de heroicización colectiva, al proponer modelos más próximos, más humanos que las alegorías morales.

Desconfiada respecto de los vivos, la Revolución reverencia a los héroes muertos. Así la tríada de los mártires de la Libertad, Marat, Chalier, Lepeletier: el primero sobre todo, en quien la gente común revolucionaria se reconoce, en sus miserias y en su pasión. Y se escucha en las esquinas de las calles a las mujeres salmodiar letanías del corazón de Marat “*O cor Jesu, O cor Marat...*”.

Que una verdadera religiosidad revolucionaria se inscriba en continuidad de estos rasgos de mentalidad no puede sorprendernos, por paradójico que parezca, en el momento mismo en que la campaña descristianizadora del año II se

dedica de manera encarnizada a la erradicación del fanatismo y la superstición. ¿Es ésta una religiosidad sustitutiva? Tal vez. Pero así puede entenderse por qué camino la proclamación robespieriana de la creencia en la inmortalidad del alma y en el Ser Supremo —(necesidad, según él, de orden moral, como única garantía de este reino de la virtud que se identificaba para él con la Revolución)—, se haya acogido en el contexto de la celebración del día 20 de *prairial* (noventa mes del calendario republicano, del 20 de mayo al 18 de junio. *N. del T.*) del año II de un modo mucho más favorable y menos exterior de lo que se ha dicho. En esta memoria colectiva de los contemporáneos, la fiesta del Ser Supremo ha permanecido junto con la de la Federación, como uno de los recuerdos más sobresalientes del período.

Al haber partido de las proclamaciones para intentar buscar el impacto de éstas en la práctica y en las mentalidades cotidianas, nos arriesgamos sin dudas a caer en un retrato ideal o idealizado. No desconocemos las realidades, o las contradicciones vividas, las medimos. Cuando se contraponen el retrato tipo del *sans culotte* parisino del año II, tal como lo proponen en términos muy distintos Albert Soboul y Richard Cobb, uno insiste sobre los aspectos positivos de esta experiencia colectiva; el otro, sobre la intolerancia, una violencia a decir verdad sobre todo verbal, cierto arribismo y una real versatilidad, aparece la dificultad de definir una mentalidad colectiva en el seno mismo de la gran sacudida revolucionaria.

## ► Las vías del cambio

En medio de la proliferación de aventuras individuales se percibe, sin embargo, un cambio profundo en el cual se inscribe en forma duradera el impacto revolucionario. Puede hablarse de una invención de la política, si se desea conservar en la mente el hecho de que los hombres del Iluminismo y sus predecesores también han hecho política a su manera, a través de las últimas convulsiones de la crisis jansenista o de las llamaradas de las emociones populares; es decir, con los instrumentos mentales o ideológicos de su tiempo. Pero respecto de esta reserva

comparto gustosamente la observación de Maurice Agulhon en su contribución a la historia de la Francia rural, que toda una parte de las actitudes colectivas que puede concebirse anteriormente en término de mentalidades, son a partir de entonces concebibles en términos de política. Una observación que vale mucho más allá del mundo rural. Del sujeto al ciudadano, para plagiar el título de un ensayo anglosajón, se ha realizado toda una educación de la cual la evocación de la práctica seccional nos ha dado la idea.

Pero a la vez, surge una sociabilidad nueva a través de los clubes y las sociedades populares, de las cuales pueden medirse las diferencias respecto de las estructuras precedentes: sociabilidad tradicional de las cofradías de devoción meridionales, o sociabilidad nueva de las elites en los recintos masónicos y en las sociedades de pensamiento o académicas. De las unas a las otras, si ciertas herencias son evidentes tanto en la forma como en el fondo, queda en pie el hecho de que ha tenido lugar una difusión masiva, pues las encuestas en curso contabilizan en Francia más de 5 000 sociedades populares, en el momento de apogeo en el año II.

Esta penetración hasta los propios tejidos de la villa, especialmente espectacular en ciertas regiones como las meridionales, va acompañada de un cambio sociológico evidente. En el reclutamiento, toda una capa de la población, que excede en mucho los límites de las minorías esclarecidas, se encontró involucrada. La masonería se desvanece por un tiempo, desmintiendo así las leyendas forjadas en esa época, retomadas luego bajo las formas diferentes, del complot en los orígenes de la Revolución o del jefe máximo clandestino... Pero ella continúa presente tanto por el lugar que tienen sus miembros adherentes en todos los niveles —y en todos los campos— en la aventura revolucionaria, así como por todo lo que se encuentra del discurso en la simbólica revolucionaria de las ideas del Iluminismo del cual ella era un vector privilegiado. Herencia y mutación todo a la vez: a través de toda una pedagogía nacen nuevos lenguajes, que

es posible percibir por el ejemplo de la prensa y de su difusión, como por el de la imagen, que de la caricatura a la alegoría o a la crónica de los sucesos también contribuye ella a hacer nacer las estructuras de una opinión de tipo moderno.

La fiesta, apoyo privilegiado, busca sus lenguajes, y a partir de la fiesta de la Federación, el 14 de julio de 1790, escande las etapas de una Revolución que ilumina su propia historia, al mismo tiempo que ella exalta el nuevo sistema de valores. A partir de estos nuevos lenguajes puede formularse la pregunta esencial en la perspectiva que nos interesa, de la parte de espontaneidad y de un condicionamiento desde arriba de la mentalidad revolucionaria, que se ha gustado en presentar a la vez como manipulada y como difícil de manejar —a veces, los dos en pareja—. Una dialéctica mucho más sutil queda así revelada, de hecho una que asocia u opone las creaciones de la base al esfuerzo voluntario del poder, asegurando su éxito o su fracaso. Sin multiplicar los ejemplos puede juzgarse a partir de la doble tentativa —ambición inmensa si uno se detiene a pensar en ello— de remodelar las estructuras del tiempo y del espacio.

La Revolución deja su marca profunda e irreversible sobre esta última área, legándonos el sistema métrico y esa reforma global del espacio francés de la cual nuestros departamentos son la herencia. Ella ha fracasado en el segundo dominio, y el calendario revolucionario no le ha sobrevivido: sin dudas, el peso de la tradición, especialmente religiosa, era aquí demasiado grande. He aquí lo que nos reconduce, por fin, a nuestra pregunta inicial, en verdad central: *¿Es posible cambiar a los hombres en diez años?*

### ► **Los límites del cambio: la vida al margen**

Se espera una objeción, no es pequeña. Estos rasgos de la mentalidad revolucionaria, tal como hemos creído poder presentarlos, ¿a quiénes se aplican? A aquellos que hicieron o vivieron la Revolución, entendiéndola bien que existen varios grados de compromiso, desde la participación ocasional en una multitud, a la militancia que pasa por las sociedades popula-

res, o las asambleas de secciones. De París a Marsella, de los estudios de Arbert Soboul a aquellos que he conducido sobre Provenza, puede estimarse con toda la aproximación que conlleva este tipo de magnitud, pero en términos realmente convergentes de 10 % a 15 % como la cifra de los hombres adultos (urbanos) que hicieron acto de presencia, aun modestamente militante a lo largo de la Revolución.

¿Fue esto mucho, o poco? A riesgo de pecar de optimista, diría que dentro de estos mismos límites, este aprendizaje de la política resulta impresionante, dando testimonio de una nueva aculturación dentro de un contexto que hace estallar ampliamente las antiguas fronteras de las elites.

Queda sin dudas esa inmensa masa de los otros —que no son en absoluto todos contrarrevolucionarios—, primero por hastío, pero cuya mayoría está sin duda conformada por aquellos que no han vivido la Revolución, sino *bajo* la Revolución. Viene al recuerdo el diario de esa burguesa de Nantes, madame Hamel, que permanece imperturbable en el interior de su casa, mientras la guerra civil está en las puertas de la ciudad, el federalismo o el Terror dentro de los muros. ¿Cuántas madame Hamel, cuántos hombres y mujeres semejantes a ella? Aunque Richard Cobb haya cargado las tintas cuando lanzó el lema de “la vida al margen” que sería aquella de la otra mayoría de los franceses, él da cuenta de una realidad importante. ¿Podemos esbozar un balance sobre un área tan ampliamente abierta y que suscita tantas interrogantes?

Me gusta citar la fórmula de un periodista que escribía bajo el Directorio, la víspera del regreso al orden; él decía a sus contemporáneos: “Nosotros somos todos del Antiguo Régimen (*des ci-devant*)”, queriendo decir con esto que nadie podía pretender haber salido del suceso idéntico a sí mismo. No importa cuál haya sido el fracaso parcial de la Revolución en cambiar a los hombres —lo hemos visto respecto del ejemplo de las estructuraciones del espacio y aún más del tiempo—, la humanidad que sale de ella es una humanidad diferente.

Ella lo es primero, porque en 1789, toda una evolución precedente había preparado a los con-

temporáneos a acoger el cambio. Desde 1750, al menos, las visiones del mundo habían cambiado; la difusión del Iluminismo, agente y reflejo al mismo tiempo, había abierto el camino a esta toma de conciencia en caliente, de la cual el hecho revolucionario, poderoso catalizador, modifica el proceso.

Ella lo es, en segundo lugar, porque esta conmoción global no deja a nadie indiferente, hasta aquellos de los que podrá decirse que no han aprendido nada u olvidado nada. En el exilio de la emigración, los aristócratas, a su manera, han avanzado al descubrir en Alemania o en otros sitios nuevos horizontes. En cada lugar, las más contundentes de las sensibilidades colectivas —ante la muerte, ante el matrimonio, ante la vida— dan testimonio de que para muchos de aquellos para quienes la Revolución no ha tocado sino indirectamente, la apariencia del mundo también ha cambiado.

Ella lo es por fin, pues en las mentalidades hay cambios ocultos o diferidos. El retorno al orden imperial, la regresión aparente de la Restauración, enmascaran, por un lado, todo un aspecto de las novedades revolucionarias que no por ello dejan de proseguir su marcha subterránea. Así, por ejemplo, la fiesta revolucionaria se vuelve en apariencia un recuerdo incongruente de una extraña época que se quiere olvidar, pero la transferencia de sociabilidad de la cual ella ha sido el lugar, según la acertada expresión de Mona Ozouf, va a revelar toda su magnitud en la segunda parte del siglo, cuando se establezcan las reglas de los nuevos cultos cívicos.

De las dos pulsiones fundamentales evocadas al inicio de este recorrido, la esperanza y el temor, puede afirmarse que la Revolución ha dejado la doble herencia. A unos les ha dejado el miedo —a aquellos que aún hoy ven en la calle el mal absoluto, la insoportable subversión de los órdenes regulados y de la continuidad histórica, la degradación de la violencia—. A otros, les ha dejado la esperanza, la idea de que puede cambiarse el mundo.

Mistral, en sus *memori aconté*, retrata para nosotros la historia de la vieja Riquelle, aquella campesina de Maillane, quien en la víspera de

1848 interrogaba al padre para saber "cuándo volvería el tiempo de las manzanas rojas". Para ella, la Revolución era un recuerdo, un sueño, una esperanza. Así se arraiga y perdura el recuerdo de los sucesos fundadores.

Entonces; aun si hoy se asiste al regreso agresivo de un discurso muy antiguo, viejo, como la contra Revolución, apenas modernizado mediante el agregado de un vocabulario actual, pero fijado al nivel del exorcismo del anatema, resulta importante, creo, continuar con serenidad, lucidez y respeto la investigación de esos nuevos terrenos que procura apreciar lo que ha re-

presentado en profundidad la experiencia revolucionaria para aquellos que han sido sus actores.

Y si se le permite al historiador, sin abdicar nada de las exigencias del método, salir de sus reservas, espero que podamos conservar, a imagen, a aquella vieja de Maillane, en sus zonas de sombra como en su resplandeciente luz, el recuerdo de la Gran Revolución.

***Traductor: Fernando Andacht***

• • • •

# Hacia un nuevo paradigma historiográfico **carlos**

**Barros** Nuevamente, este destacado **académico, profesor y especialista** en Historia Medieval de la Universidad de Santiago de Compostela, **nos hace llegar** uno de sus **reflexivos trabajos** referidos a la contemporaneidad de los **estudios de la historia** como **ciencia social**; análisis referidos a la **historia y la historiografía de un siglo XXI** que permitan construir una nueva generación, en su **perspectiva social y científica.** ● ●

A finales del siglo xx se habla,\* y con razón, de la crisis de la historia. El diccionario de la Real Academia Española dice que la palabra "crisis" viene a significar dos cosas juntamente: una mutación importante y una situación difícil. Es decir, hay crisis cuando hay dificultades, pero se está produciendo un cambio, y seguramente lo segundo explica lo primero. No suele verse así: cuando se alude a una crisis se piensa más en problemas y complicaciones que en soluciones y facilidades, lo cual dificulta la salida.

## ► La historia en crisis

Pero cuando hablamos de la crisis de la historia, algunos pueden estar pensando, también con razón, que hay quien cree en la crisis de la historia y quien no. Sin embargo, nuestra disciplina

---

\* Versión escrita de las conferencias dictadas, con este mismo título, el 23 de abril de 1998 en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma de Chiapas (San Cristóbal de las Casas), y el 24 de junio de 1998 en la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad de Rosario (Argentina).



vive su crisis con independencia del grado de conocimiento que cada colega tenga de ella. Cuando en octubre de 1917 explotó la revolución en la Rusia zarista, podía haber gente que estaba haciendo calceta mientras sucedían esos hechos, que no dejaban por ello de ser históricamente extraordinarios. ¿No estamos acaso los científicos sociales para eso, para ir más allá de la apariencia y de la cotidianidad de las cosas, tratando de ver lo que pasa en las profundidades de los momentos históricos, y en las profundidades de nuestra disciplina doblemente histórica?

La crisis de la historia como disciplina forma parte de una crisis general, ideológica, política, de valores, que afecta al conjunto de las ciencias sociales y humanas. Mucho de lo que vamos a hablar de crisis y salidas podría aplicarse, *mutatis mutandis*, a la antropología o a la sociología, pero nos vamos a referir a aquello que conocemos y que nos interesa más: la historia como oficio en la transición entre los dos siglos.

El carácter general de esta crisis deriva de la simultaneidad de la crisis de la historia y la crisis de la escritura de la historia, y atañe a todas las dimensiones de la profesión de historiador, y de su relación con la sociedad. Vivimos, por consiguiente, una crisis, una dificultad/mutación que es global, porque afecta a la práctica de la historia (la manera de investigar y escribir la historia), a la teoría de la historia (los conceptos y planteamientos teóricos que subyacen en nuestro trabajo), y a la función social de la historia (devaluada en un mundo futuro que todavía algunos quieren sin alma, tecnocrático).

La primera víctima de la crisis historiográfica ha sido el paradigma economicista, determinista y estructuralista que ha identificado a los nuevos historiadores a partir de la Segunda Guerra Mundial.<sup>2</sup> Pero no se ha parado ahí, como ha puesto en evidencia Georg Iggers,<sup>3</sup> concierne también a la propia definición científica de nuestra disciplina, cuyo origen se remonta al positivismo decimonónico. Críticos de la historia-ciencia propugnan la equiparación de la historia con la literatura por la vía de su emparentamiento con la ficción, la narración, la hermenéutica o el

“giro lingüístico”, propuesto desde Estados Unidos. Relaciones epistemológicas productivas en su versión moderada pero destructivas cuando nos retrotraen, lo quieran o no sus defensores más extremistas, al siglo XIX, cuando la historia era una disciplina pre-paradigmática, anulando buena parte del capital acumulado por nuestra disciplina durante más de un siglo. Por este camino, la vertiente de dificultad que tiene nuestra crisis toca fondo, y entonces tiende a imponerse la vertiente del cambio paradigmático, imprescindible para proporcionar respuestas a las anomalías que cuestionan nuestra vieja identidad (la nueva historia).

Vamos a explicar en tres fases cómo se fue manifestando esta crisis finisecular de la historia,<sup>4</sup> tomando como referencia los años 70, 80 y 90 (las tendencias que analizamos se muestran con claridad en el final de cada período cronológico). Paralelamente, debemos dejar claro que nos estamos refiriendo a la evolución de la historiografía internacional, en general, más que a un país en concreto, salvo que el argumento lo precise. Todos sabemos que España y América Latina han recibido el impacto de las historiografías más avanzadas con un desfase cronológico que nos obligaría a introducir variaciones temporales en el supuesto de nuestras historiografías nacionales. Desfase que, hay que decirlo, cada vez es menor. En la última década del siglo, la globalización historiográfica está acor-

<sup>1</sup> En una película inglesa, *Two Deaths* (1995), varios comensales celebran un banquete, en casa del médico de Ceaucescu, mientras tiene lugar en la calle la revolución democrática rumana, aparentando una indiferencia hacia unos hechos que, sin embargo, van, antes incluso de finalizar el filme, a cambiar radicalmente sus vidas individuales.

<sup>2</sup> “El paradigma común de los historiadores del siglo XX”, en *La formación del historiador*, Michoacán, no. 14, invierno de 1994-95, pp. 4-25; *Estudios Sociales*, Santa Fe, no. 10, 1996, pp. 21-44; *Medievalismo*, Madrid, no. 7, 1997, pp. 235-262.

<sup>3</sup> Georg Iggers: *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales*, Barcelona, 1995.

<sup>4</sup> Crisis de fin del siglo que es simétrica de la que vivió la historiografía positivista a principios de siglo XX.

tando las distancias entre las historiografías nacionales, se transmiten más rápidamente los cambios: en el siglo XXI viviremos todavía de manera más simultánea las evoluciones de la historia y de la historiografía.

### ► Primer retorno del sujeto

El contexto sociopolítico e ideológico que caracteriza los años 70 está marcado por el retroceso de todo lo que supuso mayo del 68 en la historia, y en su escritura. En ese contexto de repliegue acusa su primer golpe el paradigma estructuralista, economicista y determinista, imperante en nuestra disciplina, y en otras ciencias sociales, durante los años 60. La primera reacción historiográfica al objetivismo rampante, que nos auguraba un futuro feliz merced al desenvolvimiento ineluctable de las contradicciones estructurales, fue el retorno del sujeto inscrito virtualmente, pero jamás desarrollado, en las matrices de la nueva historia, sea *annaliste* sea marxista. La historia descubre, pues, el sujeto antes que la sociología y que la filosofía:<sup>5</sup> casi 20 años antes de que los sociólogos se pongan a investigar y reflexionar sobre el actor social, la elección racional o la acción colectiva, o de que se pusiera de moda la filosofía del sujeto...

De manera que la historiografía europea avanza, en los años 70, más allá de la historia económica y estructural: la historiografía francesa, desarrollando lo que se llamó la historia de las mentalidades, y que desplegó después como historia del imaginario, antropología histórica, nueva historia cultural...,<sup>6</sup> y la historiografía inglesa, impulsando un nuevo tipo de historia social, no estructuralista.

En el primer caso hablamos del paso de los segundos a los terceros *Annales*, del redescubrimiento del *sujeto mental* ya presente en la obra y la reflexión de los fundadores de esta escuela. En el segundo caso se trata de un desarrollo original del materialismo histórico, con una buena base empírica y antropológica, centrado en el estudio histórico de las revueltas y del cambio social.

Empero, el redescubrimiento inglés del *sujeto social* tuvo lugar demasiado tarde y dema-

siado pronto. Nos explicamos. Demasiado tarde, porque el paradigma común, esos consensos que compartían los historiadores en las décadas centrales del siglo, había evolucionado claramente, en los años 60, hacia un planteamiento economista, estructuralista y determinista, que dominó también la lectura académica (y no académica) del marxismo. Hay que recordar que la reacción de los historiadores marxistas frente a los excesos del estructuralismo marxista es muy tardía. El año 1978 es la fecha de edición de ese magnífico libro —aunque a su vez criticable como demostró Perry Anderson, entre otros— de E. P. Thompson, *Miseria de la teoría*, en el cual se defiende un marxismo con sujeto frente al marxismo objetivista, sin conciencia y sin historia, de los seguidores del estructuralismo althusseriano. Y también demasiado tarde, porque, cuando se manifiesta en Gran Bretaña esta lectura cultural y humanista de Marx que entendía la historia como la historia de la lucha de clases, el contexto ideológico y político había cambiado tanto, que el marxismo, cualquiera que fuese su versión, había dejado de interesar, lo cual arrastró consigo a las tesis doctorales sobre conflictos, revueltas y revoluciones, que dejaron de hacerse. Y, por último, llegaba demasiado pronto si consideramos que el interés por la historia social “dura” se reproduce en los años 90, según hemos analizado en otro lugar,<sup>7</sup> y sólo ahora se empiezan a darse las condiciones para el tránsito a un nuevo paradigma que pueda incorporar el sujeto (social y mental).

<sup>5</sup> Con frecuencia, pendientes de la evolución de otras disciplinas más fuertes en lo teórico, infravaloramos los hallazgos de nuestras historiografías para luego recibir con entusiasmo ideas parecidas de otras ciencias sociales: un efecto perverso de una versión de la interdisciplinarietà que ignora la propia tradición.

<sup>6</sup> “La contribución de los terceros *Annales* y la historia de las mentalidades. 1969-1989”, en *La otra historia: sociedad, cultura y mentalidades*, Bilbao, 1993, pp. 87-118.

<sup>7</sup> “El retorno del sujeto social en la historiografía española”, en *Estado, protesta y movimientos sociales*, III Congreso de Historia Social, Vitoria, julio de 1997.

Estos avances historiográficos que han devuelto hace 20 años el sujeto al centro de la historia, constituyen, por tanto, una referencia indispensable para las discusiones en curso sobre el nuevo paradigma que tiene como reto capital la integración, en un solo enfoque, de la historia objetiva y de la historia subjetiva (tanto nos referimos al agente histórico como al mismo historiador): entre ambas osciló pendularmente la historiografía del siglo xx. El futuro de la historia de las mentalidades y de la historia del cambio social, está, en consecuencia, en el cambio global de paradigmas.

### ► La fragmentación

En los años 80 cambia de raíz el contexto político-ideológico en el mundo, principalmente en Estados Unidos y en Gran Bretaña. Son los años del neoconservadurismo, lo que después se llamó neoliberalismo o pensamiento único, y los años de la difusión del posmodernismo como propuesta filosófica de moda. La historiografía occidental se fragmenta entonces en temas, métodos y escuelas, hasta un límite antes inimaginable; colegas franceses llamaron a eso el desmigajamiento de la historia.<sup>8</sup>

La primera gran fisura fue el retorno del sujeto en los años 70, mental y/o social, porque hasta ese momento importaban mayormente la historia económica y la historia de las estructuras sociales.<sup>9</sup> Desde entonces tenemos una historia objetiva y una historia subjetiva, y ahí se inicia la diversificación y el alejamiento de unas especialidades de otras: raramente, la historia económica contempla el sujeto; raramente, la historia de las mentalidades incluye lo socioeconómico.

Otros dicen, no sin razón, que la fragmentación de la historia y la inevitable especialización no es más que una crisis de crecimiento, una prueba de la madurez de nuestra disciplina. Es evidente que pasar del monocultivo de la historia económico-social a la heterogeneidad actual, en la cual interesan para la investigación todos los aspectos del pasado, supone un gran avance, pero al tiempo un gran problema, porque nos aleja de la visión global del pasado humano que nos exigen la ciencia y la sociedad.

En los años 80 tiene lugar el segundo gran retorno del sujeto. En este caso se trata del sujeto tradicional —la biografía, la narración, la historia política—, cuyo regreso arroja un notorio mentís a la revolución historiográfica del siglo xx, animada por la escuela de *Annales*, el marxismo y los sectores reciclados de la historiografía tradicional. Se produce, paralelamente, una implosión, una explosión desde dentro, del paradigma común de los nuevos historiadores: una crisis global de las tres grandes corrientes que renovaron la manera de escribir la historia en el siglo que acaba. Se habló por separado de la crisis de *Annales*, de la crisis de la historia social, de la crisis de la cliometría:<sup>10</sup> viendo cada uno la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio, sin comprender —hasta hoy mismo cuando resulta, si cabe, más evidente— el carácter global de la crisis de la historia, y aún menos el subyacente cambio de paradigmas.

T. S. Kuhn, el autor de la *Estructura de las revoluciones científicas*, ha descubierto que los paradigmas compartidos que unifican una disciplina siguen vigentes, mientras no exista un paradigma común que los sustituya. Esto justifica que en los años 80, y aun en los 90, se siga diciendo en muchas clases de historiografía lo mismo que hace 20 años, y en muchas memorias de oposición: la única ocasión en que el profesor universitario está obligado —en España— a definir su concepto de la historia, y donde es habitual dedicar una parte del proyecto al positivismo, otra al marxismo y otra a *Annales*, calculando quizás el concursante que, siendo tres de los

<sup>8</sup> François Dosse: *La historia en migajas. De "Annales" a la "nueva historia"*, Valencia, 1989 (París, 1987); uno de los errores de este libro, que tanto animó el debate, está en no haberse percatado de que la fragmentación no sólo afectaba a la escuela de *Annales*, sino a todas las corrientes historiográficas y a las relaciones entre ellas.

<sup>9</sup> En España hay que añadir al menos una década más para notar estos cambios subjetivistas en la manera de investigar la historia.

<sup>10</sup> La historia cuantitativa ha constituido la aportación más importante de la corriente neopositivista al paradigma común.

cinco miembros del tribunal elegidos por sorteo, mal será que no se consideren próximos a una o a varias de esas corrientes. Así se vinieron haciendo las memorias de oposición, excelente fuente para estudiar los paradigmas compartidos de una disciplina, hasta hace bien poco,<sup>11</sup> donde se demuestra la fuerza de inercia de un paradigma que sobrevive, a pesar de la crisis, mientras no se perfila su alternativa.

### ► La filosofía contra la historia

En 1989 alcanza su clímax una década marcada por el neoliberalismo y el posmodernismo, la fragmentación historiográfica y la crisis de la idea de progreso, que constituye la filosofía base de los tres movimientos historiográficos más importantes del siglo xx, y, en general, de las ciencias sociales, las cuales se han alimentado, desde sus orígenes, como la historia científica, de la filosofía de la Ilustración.

Los “ataques” desde la filosofía política a la idea de progreso<sup>12</sup> —por un lado, la tesis de Francis Fukuyama y, por el otro, la posmodernidad— tocan de lleno a uno de los paradigmas compartidos más importantes de los historiadores del siglo xx: la relación pasado/presente/futuro. Conceptos que hasta no hace mucho estaban bien imbricados: estudiamos el pasado para comprender el presente y construir un futuro mejor; un futuro socialista se decía incluso desde el marxismo...

La proclamación del “final de la Historia” partió de un artículo inteligente e intuitivo del neoconservador Fukuyama escrito en el verano de 1989, cuando no podía saber el autor que a fines

de se mismo año caería el muro de Berlín y se iniciaría la transición del socialismo real al capitalismo (que luego resultó frustrante, salvaje, mafioso) en los países de la órbita soviética. Para Fukuyama, intérprete mediato de Hegel, la historia había llegado al final del trayecto y todos los países del mundo se unificarían alrededor del sistema político democrático y de lo que eufemísticamente se denomina “economía de mercado”. La reacción de los historiadores fue de hostilidad y desprecio, se mató, en suma, al mensajero de las malas noticias, descalificando su proclama como una argucia política imperialista. Algunos, sin leer los trabajos de Fukuyama, entendieron inclusive que pretendía finiquitar la disciplina que nos da de comer, confundiendo la “h” minúscula, de la historia como sucesión de acontecimientos, con la “H” mayúscula de la Historia universal.<sup>13</sup> Hay que decir que el propio Fukuyama en trabajos posteriores ha ido matizando y autorrectificando su planteamiento inicial, hasta desmentirlo, reconociendo su equivocación, en una entrevista al *New York Times* (30 de agosto de 1998), una vez conocido el fracaso de las transiciones en el Este de Europa, especialmente en Rusia, y la crisis de las economías emergentes del Extremo Oriente; acontecimientos económicos que amenazan con una recesión económica mundial.

Con todo, ¿qué hemos aprendido del debate Fukuyama? Pues que la historia no tiene una meta prefijada;<sup>14</sup> conclusión realmente revolucionaria porque venimos de la tradición judeocristiana, cuya lectura providencialista de la historia hace terminar ésta en el Juicio Final;

<sup>11</sup> Desde 1995 es cada vez más frecuente el uso de las Actas del I Congreso Historia a Debate para la redacción de los proyectos docentes como medio de asegurar una visión más actualizada y problematizada de nuestra disciplina.

<sup>12</sup> “Ataques” entrecomillas porque no son gratuitos, disponen de una base objetiva que nos obliga por higiene intelectual a su toma en consideración.

<sup>13</sup> Israel Sanmartín: *La Historia según Fukuyama, 1989-1995*, Santiago, tesis de licenciatura, 1997; el lector puede comprobar que lo que sí desaparecería con la tesis de Fukuyama, es la Historia entendida también

como reflexión teórica y como compromiso con el progreso de la humanidad, dimensiones a las cuales siempre se resistió, y resiste, el positivismo historiográfico.

<sup>14</sup> *La historia de la humanidad no avanza hacia una meta fijada de antemano, pero tampoco tiene vuelta atrás*, tesis 5 de “La historia que viene”, en *Historia a Debate, I*, Santiago, 1995, p. 101; la caída del comunismo confirma la primera parte, y el desastre que supuso, posteriormente, en el Este de Europa, el desmantelamiento del Estado de bienestar construido por los comunistas, ratifica la segunda parte.

teleologismo que la filosofía alemana del siglo XIX continuó, reemplazando la resurrección de los muertos y la segunda venida de Jesús por el Estado liberal hegeliano, primero, y por la sociedad comunista de Marx y Engels, después. La filosofía occidental más influyente ha sido finalista, aceptar ahora que el futuro está abierto ¿no justifica, aunque no hubiese más motivos, que los hay, hablar de un nuevo paradigma de la historia, que nos hace más libres, porque nos sabemos más responsables de nuestro destino?: los futuros son varios, y la función del historiador, dando a conocer las encrucijadas de la historia, consiste en hacer ver —a nuestros contemporáneos— que existen futuros alternativos, contingentes.

Si la humanidad no marcha de manera ineluctable hacia un final feliz, ¿quiere esto decir que hay que resignarse con lo que tenemos y renunciar a “transformar el mundo”? Evidentemente, no, renunciando a una historia determinista —hoy es reivindicada, curiosamente, por el pensamiento único— recuperamos una libertad para el sujeto, sin mesianismos que no excluye grandes objetivos, incluso revolucionarios, como lo demuestra el neozapatismo mexicano.

Decíamos que ha habido asimismo un “ataque” desde el posmodernismo a la relación pasado/presente/futuro. Aclarar primero que, cuando hablamos de posmodernismo, nos referimos, primordialmente, a las obras de Jean-François Lyotard y de Gianni Vattimo, por su claridad expositiva, la consecuencia de su contenido y su difusión; sobre todo, en Europa. En Estados Unidos, sin embargo, se suele incluir, de una manera inapropiada, a postestructuralistas como Michel Foucault y deconstruccionistas como Jacques Derrida, bajo la etiqueta de una posmodernidad cuyo posicionamiento contra el compromiso intelectual choca con la ejecutoria de esos autores.<sup>15</sup>

Los filósofos posmodernos y Fukuyama parten en efecto de presupuestos opuestos, los primeros niegan la modernidad y el segundo dice que ésta ha llegado a su plenitud, pero ambos coinciden en una cosa: nos dejan sin futuro. Ambos enfoques desubican a los historiadores, acometiendo contra el paradigma clásico pasa-

do/presente/futuro, porque si no tenemos nada que decir sobre el futuro, tampoco tenemos nada que decir del pasado.

Fukuyama niega un porvenir alternativo porque asegura que la historia ha llegado al fin, y, por tanto, el futuro como algo esencialmente distinto del presente desaparece; su futuro es, pues, un presente continuo. Y el posmodernismo reniega de la conquista de un futuro mejor, desde el conocimiento del pasado y la crítica del presente, al aseverar que el fracaso de la modernidad arrastra a la idea de progreso. Desde uno u otro sitio se nos sugiere, en una palabra, que no tenemos futuro como historiadores, salvo como eruditos, sabios marginales y aislados, sumergidos en un pasado cuya investigación no interesa socialmente.

Cuando hablamos de posmodernidad historiográfica no queremos asegurar que los historiadores estén al día en la corriente filosófica en sí: el historiador no lee por lo regular filosofía, pero sí comparte —compartimos— con el filósofo de fin de siglo un posmodernismo ambiental que afecta de lleno a la metodología de la historia y a la filosofía que, queramos o no, subyace en nuestro trabajo:<sup>16</sup> la disgregación de la disciplina y el “todo vale”, el desinterés del historiador —como tal— hacia el mundo que nos rodea y sus problemas, cierto nihilismo existencial surgido del desencanto pos-68, el individualismo exacerbado, la oposición anarquista a todo paradigma, etcétera.

Lo que nos lleva a contemplar el posmodernismo desde su lado ambiguo y negativo. El rasgo vital que define al historiador posmoderno —que con frecuencia recita esa prosa sin sa-

<sup>15</sup> Sobre el compromiso de Foucault, a finales de los años 70 y principios de los 80, con los derechos del hombre, a la manera de Sartre, véase François Dosse: *Histoire du structuralisme*, II, París, 1992, pp. 424-426; Derrida ha sido uno de los científicos sociales franceses que se han unido, recientemente, a los cineastas en la defensa de los inmigrados.

<sup>16</sup> El reduccionismo lingüístico, difundido desde Estados Unidos, también se reclama como historia posmoderna, pero su influencia es bastante menor, entre los historiadores, que el mencionado posmodernismo ambiental.

berlo— es que se instala cómodamente en la fragmentación y en la crisis de la disciplina sin voluntad —ni interés— por superar ambas anomalías, que naturalmente no se contemplan como tales. Esta instalación en la crisis genera tres posiciones:

La primera posición es la de quienes argumentan que si se han hundido los paradigmas historiográficos del siglo xx, ¿para qué buscar otros? Vienen a decir: estamos bien sin paradigmas compartidos (que algunos, sin leer a Kuhn, “inventando al adversario”, equiparan a vulgares ortodoxias), todo vale, “se acabaron las certezas”, “que cada uno haga lo que quiera”... Aplican así, muchos sin conocerla, la propuesta de Feyerabend de sustituir el racionalismo por el anarquismo en la teoría del conocimiento.<sup>17</sup> Se trata, en el fondo, de una posición conservadora que, como ya dijimos, perpetúa el presente.

La segunda posición, y la más consecuente, es mantenida por quienes defienden que el nuevo paradigma es la propia fragmentación con todo lo que supone de libertad para el investigador, pluralismo y garantía contra toda “ortodoxia” académica y/o política. Es decir, la acracia metodológica hasta sus últimas consecuencias: paradójicamente elevada a categoría institucional.

La tercera posición es propugnada por aquellos que reducen la historia posmoderna a la nueva historia o, con más propiedad, a la novísima historia: “giro lingüístico”, microhistoria o nueva historia cultural; forzando en ocasiones la intención de sus promotores que casi nunca pretenden prescindir en bloque del discurso de la modernidad.<sup>18</sup>

Los tres supuestos (posmodernidad anarquista, “consecuente” o neopositivista) tienen en común el abandono, en menor o mayor grado, de la función crítica de la historia y, en el

peor de los casos, la renuncia a toda definición de la historia como ciencia, condicionando gravemente el futuro de nuestra disciplina en la sociedad y en la academia.

La puntilla del proceso de disgregación y desubicación de la historia como oficio, a lo largo de los años 80, ha sido oír declamar —y dejar el exabrupto sin respuesta— que el mercado sustituye a los hombres como sujetos de la historia, en un alucinante giro de la historia intelectual (y económica) que nos ha devuelto a un objetivismo, economicismo y estructuralismo de distinto signo que en los años 60 y 70, pero si cabe más dañino, epistemológicamente, porque coincide con un retroceso histórico-social de los valores humanistas que han informado las ciencias humanas y sociales desde su creación.

Y con esto nos acercamos a los años 90, que de manera sorprendente están resultando decisivos en varios sentidos, también para el cambio de paradigmas en nuestra disciplina, puesto que, inadvertidamente, se están poniendo ya las bases de los paradigmas del siglo xxi.

### ► Nuevo siglo, nuevo paradigma

El contexto de los años 90 constituye la propia crisis del neoliberalismo y del posmodernismo: se está poniendo de moda hablar de “terceras vías”, también entre la modernidad y la posmodernidad. Es la hora, pues, de buscar una nueva modernidad: más autocrítica, local y global, social y cultural, estatal y librecambista, más compleja y difícil, que no abandone el criticismo, pero que tampoco renuncie a la transformación de la sociedad con la guía de la razón...

Nuestra disciplina está, ciertamente, en crisis, pero ha conservado —incluso incrementado— su dinamismo, y existe una base estable de la comunidad de historiadores (funcionarios en bastantes países), que mediante consensos tácitos va reemplazando, o intentando reemplazar, los paradigmas en crisis. Unos insisten en la situación de crisis, y otros, en el crecimiento de los estudios de historia. Se llega a decir que nunca se han producido tantas obras de historia como en estos tiempos. Algunos sostienen que no hay crisis porque se sigue publicando... En realidad, ambos diagnósticos tienen base, y su

<sup>17</sup> Paul Feyerabend: *Tratado contra el método. Esquema de una teoría anarquista del conocimiento*, Madrid, 1992 (Londres, 1975).

<sup>18</sup> El problema mayor aquí es caer en la ilusión de pensar que la actual crisis de la historia puede resolverse cambiando líneas de investigación, apostando por la innovación; factor necesario pero desde luego para nada suficiente dado el carácter global —metodológico, epistemológico y social— de la crisis historiográfica.

confluencia está dando como resultado una transición entre los paradigmas del siglo xx y los paradigmas del xxi, que va engendrando nuevos consensos, percibidos aun con dificultad, que están cambiando la manera de escribir la historia, y no siempre en el mejor de los sentidos. Los nuevos consensos tienen, en nuestra opinión, aspectos positivos y negativos. Lo peor radica en que este cambio de paradigmas se ha desarrollado, inicialmente, sin el suficiente grado de autoconciencia, de debate y de reflexión. Para combatir este defecto organizamos, en 1993, el I Congreso Internacional Historia a Debate, tratando de aprehender y comprender los cambios en marcha, cuya segunda edición estamos preparando para los días 14-18 de julio de 1999, con la meta de contribuir ahora al proceso de formación de los nuevos paradigmas, es decir, la escritura de la historia en el siglo xxi, uno de cuyos rasgos será, está siendo ya, un mayor interés por la reflexión historiográfica: son cada vez más los colegas que combinan, que intentamos combinar, los trabajos empíricos con la reflexión historiográfica y el debate.

La pregunta que se impone, por ende, es: ¿cómo se cambia de paradigma? ¿Existe alguna autoridad mundial o nacional que dicte los paradigmas por los que debe regirse una disciplina? En rigor, no. Los motores de los cambios paradigmáticos no suelen estar a la luz, y actúan más por la vía del consenso y de la comunicación que por la vía de la fuerza. Verificamos que tres resultan los caminos que nos han llevado, usualmente, a cambiar la línea de investigación: 1) *La ley de rendimientos decrecientes*. Tanto individual como colectivamente, cuando se agota una línea de investigación suele buscarse otra. Más investigaciones sobre una temática o metodología en la cual se lleva trabajando a veces muchos años no añade más conocimiento histórico, y entonces se produce el cambio, por ejemplo: el tránsito (en el cual inciden además otros factores) de la historia económica a la historia de las mentalidades, cultural, antropológica. 2) *El mimetismo con historiografías de vanguardia*. Las historiografías del ámbito hispano, tradicionalmente dependientes de Europa, o de Norteamérica, son un buen ejemplo (a superar).

3) *La influencia de la sociedad*. Factor hoy clave: estamos ante un fin de siglo que coincide con un cambio de civilización que, no podía ser de otro modo, afecta a todas las ciencias sociales.

Y la historiografía no siempre va por delante de la historia. A nuestras 16 tesis de “La historia que viene” (en realidad, una conclusión del I Congreso Historia a Debate) añadiríamos hoy otra, con el número 17, haciendo hincapié en que “el futuro de nuestra disciplina depende de nuestra capacidad para adaptarnos a los profundos, vertiginosos y paradójicos cambios que se están dando entre el siglo xx y el xxi”. Parece una obviedad, pero la verdad es que demasiado a menudo nos hacemos la ilusión de que la academia gira al margen del mundo (o peor todavía, que el mundo gira alrededor de la academia).

Veamos algunos desafíos que plantea el nuevo siglo, según nuestro punto de vista, al nuevo paradigma de la escritura de la historia:

1. *Exigencias sociales derivadas de la globalización*. Entendemos por globalización el fenómeno de mundialización de la economía (previsto por Marx en el *Manifiesto del Partido Comunista*) y de la comunicación (la aldea global anunciada por Mac Luhan), proceso objetivo sólo parcialmente identificable con las (transitorias) políticas neoliberales.<sup>19</sup> ¿En qué puede afectar, o está afectando, la unificación del mundo, informativa y cultural, social y económica, a la historia que se escribe? ¿Cuáles son los retos que la mundialización plantea a la historiografía?

• *La historia fragmentada de los años 80 no sirve para el mundo globalizado que viene*. Urge retomar el concepto de la historia global, buscar nuevas formas de llevarlo a la práctica y estudiar, en suma, por qué fracasó el paradigma de “historia total” de la historiografía del siglo xx.

• *El nuevo paradigma de la historia como todo será digital*. El ordenador no sólo repercute, o va a repercutir, en el acceso a las fuentes

<sup>19</sup> Reducir globalización a capitalismo sería caer en un error parecido al que cometió la izquierda política y académica cuando identificó —y combatió— en el pasado la democracia como un fenómeno burgués.

(CD-ROM, archivos digitalizados), en el método de trabajo (tratamientos de texto y bases de datos) o en el proceso de divulgación, sino que, y esto es lo más importante, va a cambiar el resultado final de nuestro trabajo, nos conduce a la construcción de otro objeto (el medio es el mensaje), naturalmente más global. La posibilidad de introducir, juntamente con texto, elementos sonoros y visuales (fijos y en movimiento) en un CD-ROM, o en un DVD-ROM, altera tanto la forma de exponer como la forma de investigar: la simultaneidad de la evidencia escrita, oral y visual, ¿no hacen posible una reconstrucción más global de nuestro objeto? Es el caso, asimismo, del hipertexto (que utilizamos de manera habitual navegando en las páginas Web): desborda ampliamente las posibilidades del libro, hasta hoy medio casi único para la instrumentación de nuestras investigaciones, en el cual podemos interpolar algunas citas en el texto y notas a pie de página, a condición de no salirnos del discurso lineal (cada libro tiene un principio y un final). Con el hipertexto, mediante enlaces podrá accederse a mucha más información colateral, a otro libro, que a su vez puede llevarnos a otros enlaces, de manera que ya no hay un principio y un final únicos sino diversas lecturas, como la misma realidad siempre multidimensional y que de este modo se reconstruirá más fielmente. La historia podrá ser así más global desde el punto de vista empírico, no sólo teórico. Habría que añadir las posibilidades que nos ofrecen la realidad virtual<sup>20</sup> o la inteligencia artificial... En resumen: las nuevas tecnologías van a permitirnos empezar a rebasar las limitaciones técnicas y epistemológicas que nos han impedido en la práctica dar cuenta de la realidad histórica en su globalidad.

• *Con Internet nace una nueva comunidad internacional de historiadores.* La red digital varía las reglas de la sociabilidad en la comunidad de historiadores. Las comunidades nacionales de historiadores seguirán teniendo su importancia, pero la comunidad internacional estará más próxima, resultará más decisiva, porque el debate y la comunicación global serán más fáciles y libres, en cada especialidad y para el conjunto de los historiadores. La formación en curso de nuevos

paradigmas se verá favorecida por la red de redes (correo electrónico, páginas Web, grupos de noticias y chats) conforme la distribución de los usuarios (y de los idiomas usados) se internacionalice de verdad.

• *Con la globalización la historiografía mundial deviene más policéntrica.* Las historiografías occidentales de los siglos XIX y XX siempre han tenido un centro focal (Alemania, Francia, Inglaterra...). En 1993, en el I Congreso HaD, Peter Burke decía que, en estos momentos, la renovación pasa por la periferia; cierto, y añadimos nosotros que lo vital ahora es que cada historiografía desarrolle su capacidad de pensar por sí misma, sin ataduras “coloniales”, pero, eso sí, con un conocimiento cercano de lo que sucede en el mundo (más asequible hoy gracias a las nuevas tecnologías). Ya no hay un gran centro promotor de los cambios: todas las historiografías pueden ser centro de iniciativa. Desde Estados Unidos se intenta, de alguna forma, reproducir viejas dependencias, pero no va a resultar sencillo trasladar la hegemonía mundial norteamericana del mundo del cine al mundo académico, y aún menos en el campo de las ciencias humanas y sociales, una vez sobrepasada la “guerra fría” y en tiempos tan sensibles a toda identidad nacionalitaria, como demuestran las historiografías poscoloniales y los “estudios subalternos” en la India, y en otros países, que acreditan hasta qué punto la descentralización y la descolonización historiográficas son parte ya del nuevo paradigma global.

2. *Exigencias culturales y educativas que condicionarán el siglo XXI: la respuesta de los historiadores.* Estamos viviendo una vuelta —todavía

<sup>20</sup> La modelización informática y la simulación han hecho ya posible la reconstrucción virtual, en tres dimensiones y con animación, sobre la base de los resultados de las excavaciones arqueológicas, de ciudades neolíticas, antiguas o medievales, y de otros monumentos.

<sup>21</sup> Algunos reaccionarios pretenden todavía ir en dirección contraria a la historia (nunca mejor dicho): una perla encontrada en una reciente estancia académica en la Universidad Nacional del Sur (Argentina): es *superfluo que el Estado siga pagando la formación*



tímida— a los valores humanísticos<sup>21</sup> y formativos que no debería de pasar desapercibida, como consecuencia del repliegue del economicismo y del tecnocratismo neoliberal que marcó los años 80 y parte de los 90. En algunos países, como España, se empieza a relanzar el papel de la historia y las humanidades en la enseñanza.<sup>22</sup> Los adalides de la “tercera vía” entre neoliberalismo y socialismo, M. Blair y M. Clinton, ya hicieron de la educación el eje de sus últimas (y exitosas) campañas electorales en Gran Bretaña y en Estados Unidos. Se imponen, pues, nuevos valores y nuevos retos para el papel de la historia en el nuevo siglo. ¿Cómo investigar y enseñar historia en el siglo multicultural, multirracial y multinacional, de la globalización?

3. *Exigencias políticas y sociales de los nuevos (y viejos) sujetos políticos y sociales.* Los nuevos (y viejos) sujetos políticos buscan su identidad en la historia a nivel local, regional, nacional, macronacional. La mitificación de la historia por parte de los nuevos (y viejos) nacionalismos, reaviva la función crítica del historiador, como bien ha señalado E. J. Hobsbawm. Los nuevos (y viejos) sujetos colectivos persiguen asimismo el compromiso del intelectual, y del historiador, para elaborar su discurso y su práctica. Es el caso de los nuevos movimientos sociales derivados de las etnias, los géneros, los grupos de edad, las opciones sexuales... Y es el caso de los conflictos, las revueltas y las revoluciones que, en la última década del siglo, retornan<sup>23</sup> a la arena de la historia en el Este de Europa (1989-1991), en Chiapas (1994), en Francia (1995-1998), en Bélgica contra los pederastas y sus cómpli-

ces, en Estados Unidos movilizando “un millón” de hombres negros, en España (6 millones de personas, en julio de 1997, contra el asesinato de Miguel Ángel Blanco: motivo gráfico del cartel de Historia a Debate II.

Los movimientos sociales cuando son verdaderamente significativos y autónomos acaban arrastrando a los académicos. Por vez primera, desde los años 60 y 70, el intelectual vuelve en algunos países a cierto compromiso político y social (lo que está provocando un agrio pero muy necesario debate). Aquí mismo, en México, se está dando el mejor ejemplo, particularmente en la Universidad Nacional Autónoma de México, donde los académicos están trabajando desde 1994 a favor del compromiso social, ético y democrático con la situación en Chiapas. No se trata de una dinámica “tercermundista”, sino de un fenómeno tendencialmente global, también en Francia se está dando una vuelta al compromiso intelectual, desde las movilizaciones sociales de 1995, en especial en solidaridad con los inmigrantes ilegales, protagonizado originalmente por cineastas, artistas y escritores, pero en el cual participan científicos sociales como Pierre Bourdieu, que ha generado la polémica más importante en las ciencias sociales francesas —a través del grupo *Raisons d'Agir*— sobre el compromiso intelectual desde Zola y Sartre, y como Jacques Derrida, que con su libro *Spectres de Marx* resucitó el debate sobre el marxismo, tema tabú en la inteligencia francesa desde los tiempos de Althusser. Estamos, obviamente, ante una militancia bien diferente de la que conocimos en los años 60 y 70:<sup>24</sup> menos partidista, menos unidimensional y absorbente, desde la es-

---

*de literatos, filósofos, sociólogos y psicólogos*, nota editorial en la primera página de *La Nueva Provincia* (Bahía Blanca, 6 de julio de 1998); otros lo piensan, son demócratas y hasta izquierdistas, pero no lo dicen, por vergüenza, claro.

<sup>22</sup> Le sigue, en este camino, Francia, donde el gobierno de Lionel Jospin, después de la movilización el 15 de octubre de 1998 de medio millón de estudiantes de enseñanza media, ha prometido volver a la formación ética y cívica de los estudiantes, incrementando el peso de la filosofía y la literatura (a diferencia de

España, la historia no ha dejado de desempeñar su papel educativo en la Francia socialista) en los programas, junto con la informática y las matemáticas.

<sup>23</sup> Se trata del tercer retorno del sujeto (colectivo, social): el primer retorno tuvo lugar en los años 70 (mental, social), y el segundo, en los años 80 (individual, político).

<sup>24</sup> Una manera inevitable de “manipular” el debate es afirmar, naturalmente, lo contrario.

pecialización académica más que desde la militancia política, al margen de la televisión (impermeable al debate y la crítica, al contrario que Internet). Resultaba previsible, ¿cómo poner límites a los “retornos”? Las síntesis que estamos viviendo entre modernidad y posmodernidad dan lugar a paradojas como la curiosa desconexión entre historiador y ciudadano que sufren algunos colegas, comprometidos en su vida civil, pero que mantienen por inercia posiciones academicistas en su trabajo, como investigadores y como docentes, cuando resulta que el principal desafío político y social del nuevo siglo a la historia profesional es la búsqueda de un pasado para los sujetos que bullen para determinar el futuro.

3. *Exigencias científicas: la redefinición de la historia como ciencia.* Hoy resulta insostenible la definición positivista decimonónica de la historia (conocer el pasado “tal como fue”), que tanto eco tiene todavía en nuestra disciplina, porque es inconcebible una “ciencia sin conciencia” (Edgar Morin), un objeto sin sujeto: las teorías del caos y la complejidad están abundando en esa dirección. La nueva física es, de nuevo, la referencia más segura para redefinir científicamente nuestra disciplina cara al futuro. En la tesis no. 3, de “La historia que viene”,\* decíamos que “es una falsa alternativa decir que la historia, como no puede ser una ciencia ‘objetiva’ y ‘exacta’, no es una ciencia”, porque hoy sabemos que la tarea de la ciencia no es averiguar una inexistente verdad absoluta, que la única verdad científica son las verdades relativas. Tal es nuestro porvenir: no abandonar la identidad de la historia como ciencia, sino volver a definirla echando mano del concepto de ciencia, de paradigma y de revolución científica, que hoy aplican la física y que elabora la filosofía de la ciencia. De hecho, la noción de nuevo paradigma que venimos utilizando historiográficamente, desde hace años, está sacada de la epistemología y de la historia de la ciencia.

### ► Después de la crisis

Las últimas tendencias historiográficas apuntan la vía adecuada para salir de la crisis: avanzan sintetizando lo más viejo y lo más nuevo.<sup>25</sup>

El nuevo paradigma no puede ser —es decir, que no responde a las exigencias del contexto y al consenso de la comunidad— la simple vuelta a la historia tradicional, individualista, de las grandes batallas, pero tampoco la huida hacia adelante de la fragmentación posmoderna, sin perjuicio de que se asuman los aspectos positivos de ambos planteamientos (que tan pronto convergen como divergen).

La historia y la historiografía del nuevo siglo no pueden hacer tabla rasa de la historia y de la historiografía del siglo xx, con sus formidables enseñanzas y errores, y menos todavía puede volver al siglo xix: queremos ayudar a nacer un siglo xxi mejor, posposmoderno, posneoliberal, contribuyendo desde la historia a construir otra modernidad, otra ilustración, otra racionalidad, otra historia... y otra generación: ustedes.

Entre el año 2010 y el año 2020 se va a producir, por razones biológicas, un gran relevo generacional que incumbe a los puestos de investigación y de enseñanza. Como es sabido, lo nuevo y lo joven no tiene, automáticamente, porque ser mejor, más progresista o más eficaz, que lo viejo: el último servicio que debe prestar una parte de la generación del 68, la más autocrítica y menos arrepentida, antes de desaparecer de los grandes y pequeños puestos de decisión, es hacer de puente para que la nueva generación, que ignora en demasía —y, por tanto, mitifica en exceso— la historia reciente, aprenda de nuestro pasado más inmediato y pueda abrir nuevas avenidas para la historia, que así sea y que el “espíritu” de Marc Bloch nos ayude.

• • • •

\* Ver en esta revista *Debates Americanos*, no. 2, La Habana, julio-diciembre de 1996, p. 44 y ss. (*N. de los E.*)

<sup>25</sup> En esto rectificamos a Kuhn que tiene una visión demasiado simple de la revolución (científica) como ruptura neta entre lo viejo y lo nuevo (paradigmas).

# La sociología histórica: ¿entre la identidad y las redes disciplinares?

**Alain Basail Rodríguez** Interrogantes tales como ¿invadió la sociología a la historia? o ¿claudicó la sociología ante la historia? son **planteadas** en este reflexivo artículo a manera de “**cómo superar las respuestas** alarmadas y estrechamente defensivas... **que preocupan a los oficios de historiador y sociólogo**”, en un planteo de análisis centrado en la **sociología histórica**, sus objetivos, contenidos y principales limitaciones. ● ● ● ●

Robert Graves enfrentó en una de sus obras a los historiadores romanos Tito Livio y Cayo Asinio Polión en torno al modo apropiado de escribir la historia. La discusión suscitada en las páginas del *Yo, Claudio*,<sup>1</sup> entre el énfasis discursivo en la “elegancia literaria” o la “exactitud y la diligencia”, recreó las polémicas historiográficas contemporáneas con agudo sentido crítico.

No nos interesa insistir en los conflictos entre los historiadores que sólo atienden a las evidencias empíricas para registrar lo acontecido y

aquellos que retoman un tema épico para hacer hablar y comportarse a la gente como si vivieran hoy. En esos encuentros entre dos modos diferentes de entender y hacer la historia se expresa la naturaleza de las tendencias que han abrazado los historiadores en este siglo. Sin embargo, lo más crítico y valioso de la historiografía con-

<sup>1</sup> Robert Graves: *Yo, Claudio*, Editora Arte y Literatura, La Habana, 1980, cap. IX, pp. 151-167.

temporánea ha demostrado que no son irreconciliables la verdad y la virtud.

Un buen ejemplo de ello fue la práctica de *Les Annales*; es decir, la historia social preconizada por un grupo de historiadores franceses desde finales de los años 20. A ese movimiento intelectual debemos unir la propia sociología histórica y la historia social marxista británica.<sup>2</sup> Ellos tres constituyeron proyectos alternativos al paradigma histórico-evolutivo al restaurar a la sociedad como unidad originaria de la reflexión teórica e histórica.

No obstante, a la renovación de los estudios históricos no puede explicarse sólo como el resultado de las transformaciones internas del campo historiográfico por el cambio de la problemática histórica, también lo fue del intento de reconstruir la unidad o, al menos, una íntima relación entre la historia y la sociología y, en sentido general, del reencuentro de la historia con las ciencias sociales.

Pensar la sociedad en términos históricos con el objetivo de entender y explicar los grandes cambios del presente, es un descubrimiento anterior a la constitución de las ciencias sociales, como ámbito específico de reflexión, con la doble revolución política e industrial que acompañó la formación de la sociedad capitalista en Europa. No puede decirse que la reflexión histórica de la sociedad resultara patrimonio de enfoques diferenciados de sociología e historia. Pensar la sociedad siempre supuso un contenido histórico más o menos explícito, porque se trataba de estudiar el presente en tanto resultado de un largo proceso histórico-evolutivo en el

cual se conquistaban progresos en el desarrollo de la humanidad. La sociedad se concebía como una totalidad histórica, como relaciones estructuradas, pero, siempre, cambiantes en el tiempo.

Ambos enfoques se “dieron las espaldas” para comenzar un “diálogo de sordos”, cuando los procesos de profesionalización convergieron con la aspiración de las disciplinas —como ciencias empíricas— a la legitimidad académica de sus conocimientos y de sus posiciones institucionales amparadas en los rigores del método científico. La más seria de estas polémicas fue quizás la instaurada entre el célebre sociólogo francés Émile Durkheim y el profesor de metodología histórica de la Sorbona, de orientación positivista, Charles Seignobos sobre la explicación en historia y sociología en 1908.<sup>3</sup>

Esa disputa evidenció las limitaciones de dos disciplinas cuyos caminos divergían. En la historia resultó hegemónica, desde finales del siglo XIX, una concepción científica que privilegió el acontecimiento y la acción individual en dos versiones: la “rankeana” y la “whig”. La historia historizante estaba preocupada por la narración de acontecimientos relacionados con la formación de los Estados nacionales y perdió su interés por interpretar grandes procesos históricos o establecer comparaciones entre ellos. Por su parte, la sociología se dedicó al estudio intemporal de las estructuras y el funcionamiento de los sistemas sociales bajo la hegemonía del pensamiento estructural-funcionalista en su estilo parsoniano. Desembocó en una ciencia meramente formal, carente de referencia a cualquier sociedad histórica y de toda preocupación nor-

---

<sup>2</sup> Desde 1945, estos historiadores han creado una de las más interesantes obras historiográficas del siglo XX. Este otro intento se define por el esfuerzo en establecer en el trabajo histórico una relación interpretativa entre estructura social y sentido de la acción. La significativa tradición teórica del marxismo británico cristalizó con el desarrollo de una historiografía alejada de todo determinismo materialista o mecanicista, cuyo objeto central de investigación fue el proceso de formación y desarrollo del capitalismo y las luchas de clases que lo han acompañado o determinado; es decir, los orígenes y la expansión del sistema capitalista entendido como cambio de

sociedad. Entre los más conocidos encontramos a Maurice Dobb, Rodney Hilton, Christopher Hill, Edward P. Thompson, Eric Hobsbawm. Algunos de ellos fundaron la influyente revista *Past and Present* con un marcado énfasis en las transformaciones de la sociedad por la propia acción humana, lo que la diferencia de la más estructural revista francesa de *Les Annales*.

<sup>3</sup> Ver Émile Durkheim: *Las reglas elementales del método sociológico y otros escritos sobre filosofía de las ciencias sociales*, Editorial Alianza, Madrid, 1988, pp. 292-312.

mativa, por lo que se convirtió en un modelo inútil para explicar e indicar el cambio social.

Con la crisis del positivismo se acuñaron una serie de definiciones que hoy sirven de poco para caracterizar las diferencias entre la historia y la sociología. Entre las distinciones que han dejado de tener sentido están: la de terrenos propios —pasados o contemporáneos—, los métodos distintivos —inductivo o deductivo—, el tipo de fuentes —primarias o secundarias—, la naturaleza misma de la disciplina —empírica/ideográfica o teórica/nomotética—, etc. Por ello, proponemos, en cuestión, atender a esas relaciones entre la historia y la sociología porque: primero, el olvido de cada una de la otra las condujo a ambas al “vaciamiento” de sus contenidos y formas, y, segundo, la difuminación de sus fronteras ha apropiado el desarrollo de innovadores proyectos intelectuales, al margen de los cuales no puede permanecerse.

Nos centraremos en la sociología histórica como resultado híbrido de esas relaciones para comprender el porqué de su desarrollo, cuestionarnos su naturaleza como proyecto o estrategia disciplinar a través de un análisis de sus objetivos, contenidos —aportes teóricos y propuestas metodológicas— y principales limitaciones. Nos ocupa cómo superar las respuestas alarmadas y estrechamente defensivas a las interrogantes que preocupan a los oficios de historiador y sociólogo, a saber ¿invadió la socio-

**ALAIN BASAIL RODRÍGUEZ**  
Profesor de Sociología de la Cultura en el Departamento de Sociología de la Universidad de La Habana; realizó Pasantía Académica en Sociología Histórica en la Universidad de Buenos Aires; Master en Sociología en la Universidad Autónoma de Barcelona, tiene Diploma de Estudios Avanzados, Programa de Doctorado “Sociedad, política y economía en América Latina” en Universidad del País Vasco. Con participación en encuentros académicos en Cuba y el extranjero, ha publicado diversos artículos especializados en el país, América Latina y España.

logía a la historia? o ¿claudicó la sociología ante la historia?

### ► **Naturaleza e identidad disciplinar**

El proyecto de la sociología histórica tiene como antecedentes inmediatos algunas obras producidas en el contexto cultural de los años 50 y 60 que criticaban, a partir de una vocación histórica, al parsonianismo dominante en el seno de la vida intelectual norteamericana. En los 50, Reinhard Bendix publicó *Work and Authority in Industry* (1956) y Neil Smelser, *Social Change in the Industrial Revolution* (1959). Los 60 fueron realmen-

te los años en que se comenzó a denominar con el término de “sociología histórica” las obras de los fundadores de este nuevo tipo de investigación: Barrington Moore, Reinhard Bendix y Samuel N. Eisenstand.<sup>4</sup> El más conocido fue, sin dudas, Barrington Moore, por la influencia de su obra y porque inauguró un cambio en las ciencias sociales, marcado por el interés en los estudios históricos comparados de las transformaciones “macroestructurales”. Moore desarrolló, además, una amplia actividad docente en la Universidad de Harvard —la misma donde trabajaba T. Parsons—, y entre sus discípulos más conocidos estaban quienes han sido, décadas más tarde, los máximos impulsores de los estudios sociohistóricos: Theda Skocpol y Charles Tilly.

No podemos olvidar que en ese intento por subvertir el formalismo abstraccionista y el reduccionismo del empirismo en el pensamiento sociológico, tuvo un lugar destacadísimo el pensador crítico Charles Wright Mills con las sentencias de su *Imaginación sociológica* (1959).<sup>5</sup>

Sin embargo, el verdadero reconocimiento de la sociología histórica vino dado por tres obras que rápidamente se convirtieron en sus símbolos, a saber: los dos volúmenes de *El moderno sistema mundial* (1974 y 1980) de Immanuel

<sup>4</sup> Sus obras más importantes del período fueron, por su orden: *Orígenes sociales de la dictadura y de la democracia* (1966), *Estado nacional y ciudadanía* (1964) y *El sistema político de los imperios* (1963).

<sup>5</sup> Para algunos comentarios de su obra, ver Teresa Muñoz, Aymara Hernández y Alain Basail: *Historia y Sociología: (des)encuentros*, Departamento de Sociología, Universidad de la Habana, 1997.

Wallerstein, *El Estado absolutista* (1974) de Perry Anderson y *Estados y revoluciones sociales* (1979) de Theda Skocpol.

La condición epistemológica fundamental de la que se partió fue que toda vida social es histórica. Sólo podemos observar lo que ha sucedido y lo que sucedió antes determina en importante medida lo que puede ocurrir hoy, aunque, como con claridad nos advierte Tilly, los procesos sociales además de repetirse con arreglo a las mismas secuencias, se suelen apartar del camino seguido.<sup>6</sup>

### ► La “invención” de la tradición

La búsqueda de legitimidad del nuevo proyecto intelectual condujo a los distintos promotores a la reconstrucción de los usos de la historia dentro de la tradición sociológica de pensamiento. Los antecedentes que cada autor creyó pertinentes en el trazado de sus rutas críticas fueron heterogéneos y contradictorios. A pesar de la diversidad, se recuperó la impregnación histórica de algunos de los mejores estudios sociológicos clásicos y la necesidad que ha tenido la sociología —como ciencia joven— de abrirse a otras, para fecundar sus preocupaciones y propuestas. Aunque este último rasgo le haya costado el calificativo, de “Ciencia imperialista” en lucha por el reconocimiento intelectual y los recelos naturales de las disciplinas “invadidas”.

Esta voluntad por el reencuentro con la tradición perdida condujo a relecturas de las explicaciones de la historia y el empleo de los materiales históricos en los autores de la tradición clásica. Así, estuvieron en el centro de las discusiones las obras de lo que según la Skocpol resultó un “caudaloso río”, principalmente: Alexis de Tocqueville, Karl Marx, Émile Durkheim y Max Weber.

El aliento histórico fundamental también se complementó con una profunda admiración por *Les Annales* y, en particular, por las obras de M. Bloch y F. Braudel.<sup>7</sup> Interesó *Les Annales* como un producto del fecundado diálogo de la historiografía con la escuela francesa de sociología, fuertemente marcada por la tradición durkheimiana. Durheim realizó enérgicas críticas

a la historia “historizante”, fundamentadas en el rechazo al determinismo y al evolucionismo. No es su obra clásica por ofrecer una teoría general de la dinámica social, aunque sí hay tesis o principios dentro de sus análisis de la evolución de los fenómenos sociales y, por tanto, de la relación con la evolución social y la historia. Los efectos de su obra propiciaron, sin entrar en detalles, nuevas actitudes en cuanto al tratamiento de los documentos históricos, a la escritura de la historia y a la defensa del espíritu sociológico en el seno de disciplinas especializadas. Por ejemplo, Charles Tilly se reconoce deudor, entre otros, de Durkheim por sus alusiones, el uso metodológico de técnicas de investigación, el formato estilístico, el análisis pormenorizado de los diferentes factores que modelan los actores sociales y la búsqueda de pruebas y refutaciones.<sup>8</sup>

La herencia más significativa de la tradición clásica que recibieron los sociólogos historiadores fue la de las matrices teóricas marxista y weberiana. A partir de ambas se han trazado en las ciencias sociales rutas de investigación aparentemente divergentes, que nos permiten mapear las temáticas, las preocupaciones teóricas y los compromisos políticos de sus animadores. Sin embargo, la naturaleza del proyecto que nos interesa no puede explicarse por esas diferencias, porque ambas rutas convergen en él, de lo que se trata es de preguntarse cómo.<sup>9</sup>

El marxismo confluyó en los esfuerzos por lograr un distanciamiento con el funcionalismo, porque atendía a la principal carencia de este último, a la explicación del cambio social e histórico. Marx propuso una interpretación de la

<sup>6</sup> Charles Tilly: “Prisioneros del Estado” en *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, UNESCO, París, no. 133, 1992.

<sup>7</sup> No olvidemos que Braudel argumentó, adelantándose a muchos, que la historia y la sociología eran en realidad una “aventura intelectual única”.

<sup>8</sup> Las similitudes resultan evidentes si se comparan las obras de Durkheim, *El suicidio*, y de Tilly, *Las huelgas en Francia (1830-1968)*.

<sup>9</sup> Donde mejor puede percibirse un intento de síntesis del legado de Marx y Weber y la combinación del

historia como algo producido por los hombres mediante el entrelazamiento de las acciones humanas y de las condiciones estructurales —las divisiones de clase y las formaciones socioeconómicas—. Aunque creía que había un destino histórico, siempre sostuvo que éste era modelado por los hombres. Por ello, y al decir de P. Sztompka: “Uno de los pies de Marx permanece firmemente asentado en el siglo XIX, pero otro se adentra bien en el XX. El materialismo histórico que Marx anticipó y preparó el campo intelectual sobre el que los dos influyentes enfoques del cambio histórico dominarán al final del siglo XX: la sociología histórica y las teorías de la agencia”.<sup>10</sup>

Son continuadores de esta tradición: Anderson, Wallerstein, la más crítica Skocpol y, con más reparos e intensiones dismistificadoras de los planteamientos sociales marxistas, el propio Tilly. Una obra símbolo del estudio marxista sobre la emergencia de la sociedad capitalista británica del siglo XIX y la crisis de la economía de mercado en el primer cuarto del siglo XX, es *La gran transformación* de K. Polanyi. En esta obra, Polanyi se centró en la comprensión del movimiento histórico que condujo a particulares relaciones sociales: la modernidad. En sentido general, todos los trabajos que pudiesen citarse sobre el industrialismo, las revueltas populares, las estructuras familiares y otros temas sociológicos, realizados bajo las influencias del marxis-

mo, nos permiten subrayar el compromiso de izquierda de los sociólogos históricos.

Max Weber significa otra alternativa de gran vigencia actual, como centro legitimador del proyecto sociológico-histórico en comunicación con la tradición marxista. Por ser Weber el hombre que más se empeñó en profundizar en la historia con voluntad sociológica, fue un híbrido desde el punto de vista de la ciencia histórica de su tiempo, pero un generalista en relación con la sociología.

A partir de una crítica aguda de la idea de progreso dominante y a las implicaciones teleológicas de la perspectiva evolucionista en sociología, se acercó con reservas al materialismo histórico. Afirmó que los enfoques que interpretaban el cambio histórico como determinado por un solo tipo de factores, estaban condenados al fracaso. Consideró la trascendencia de las influencias de los factores últimos, pero no le concedió sentido alguno, desde el punto de vista científico, a su absolutización como explicación única del cambio social.<sup>11</sup> R. Bendix insistió en que Weber habló, para explicar el cambio, de las “constelaciones de intereses materiales e ideales” que lo hacían posible. Por ende, su énfasis radicó en el carácter histórico y singular de los procesos de desarrollo; es decir, en una comprensión histórica de los procesos que originan el cambio social y en una concepción de la historia como construcción humana.

---

discurso histórico con las teorías sociológicas es en el estudio comparado de las revoluciones. La sociología de las revoluciones se ha interesado por la pregunta por qué ciertos cambios en la estructura de las sociedades acontecen de forma revolucionaria. Se ha comprobado que a esa pregunta no hay ninguna explicación general, que, a partir de la singularidad de cada proceso histórico, pueden continuamente reformularse las vertientes teóricas del cambio social.

<sup>10</sup> Piotr Sztompka: *Sociología del cambio social*, Editorial Alianza, Madrid, 1995, p. 204. Marx creía que la historia, como otras disciplinas, debía ser una ciencia nomológica porque la aproximación científica haría posible descubrir el significado, los modelos, las tendencias de los sucesos históricos, incluso en su máxima escala histórico-mundial, y ello contribuiría a que la especie humana controlara su destino. El fin últi-

mo de Marx era especificar esas “leyes” de la historia humana y, al mismo tiempo, modelarlas en dirección progresista. Para un desarrollo más amplio de las ideas que con relación a Marx y a Weber aquí reproduzco, ver Alain Basail Rodríguez: *Metáforas de la historia. La teoría sociológica clásica del cambio social*, Departamento de Sociología, Universidad de La Habana, 1997.

<sup>11</sup> Dar cuentas del desarrollo social humano en el programa weberiano significó explicar la naturaleza del cambio social a partir de: primero, la identificación de algunos de los factores que tienen una influencia coherente y general sobre el cambio social en muchos contextos —ya sea su raíz económica, la ética religiosa o los valores sociales— y, segundo, desarrollar algunas teorías que brinden explicaciones sobre ciertas fases de cambio.

En sus escritos metodológicos, Weber criticó la sucesión necesaria en virtud de una ley histórica que fijara una(s) secuencia(s) obligada(s). Como expositor de una historia universal tipológico-comparativa combinó un método hipotético-constructivo y uno histórico. El propósito del estudio histórico comparativo era desarrollar conceptos históricos que contribuyeran a definir y dilucidar la especificidad histórica de formaciones sociales particulares o, dicho de otro modo, al análisis de los procesos en desarrollo. Mostró un doble interés por la síntesis histórico-teórica y por la especificidad histórica, y, por ello, creía que la sociología proporcionaba los medios para comprender la sociedad moderna tanto en su totalidad como en su diferenciación histórica.<sup>12</sup>

Muchos intentos por justificar a la sociología histórica marcan el fin de los estudios sociológicos de la historia con el cierre de la teoría clásica. Realmente, el modelo paradigmático de la sociología giró hacia otros dominios, hasta expresarse en la teoría estructural-funcionalista de Parsons. Pero no puede afirmarse que los sociólogos dejaron de estudiar la historia completamente. Algunos ejemplos lo demuestran: en los años 20, Karl Mannheim empleó el método histórico en su sociología del conocimiento; en los 30, Robert Merton estudió las relaciones entre el puritanismo y la ciencia en la Inglaterra del siglo XVII; George Homans escribió sobre *Los campesinos ingleses en el siglo XIII*; y, desde los años

30 hasta la década del 80, Norbert Elias, como último discípulo de algunos de los clásicos, propuso una singular interpretación sociológica de la historia europea en *El proceso civilizatorio*.<sup>13</sup> Esta tendencia de la tradición sociológica se mantuvo, desde la marginalidad, opuesta a lo que el propio Elias llamó “la retirada de los sociólogos hacia el presente” y contraria a las explicaciones de la historia caracterizadas por los amplios procesos teleológicos, los esquemas evolutivos y las tipologías generalizadoras.

Otra tradición que ha influido en la historiografía y la sociología moderna es la llamada filosofía de la historia que estableció el concepto de períodos históricos y, a diferencia de los historiadores narrativos, trabajó con ideas y preocupaciones teóricas. Además, legó la noción de tipos históricos de sociedad y los primeros elementos para una clasificación de las sociedades. Podríamos incluir a un grupo de filósofos que, a partir del reagrupamiento y la reinterpretación de materiales históricos, tomaron y aplicaron la imagen del desarrollo cíclico al lapso completo de la historia humana, al surgimiento y la caída de las civilizaciones: el ruso Nikolai Danilevsky, el alemán Oswald Spengler y el inglés Arnold Toynbee. También podríamos incluir a los representantes de las teorías sociológicas del cambio cíclico: Vilfredo Pareto, Gaetano Mosca, Robert Michels<sup>14</sup> y, con una lectura más sociocultural, Pitirim Sorokin.

---

<sup>12</sup> Weber presentó una peculiar lógica de la evolución. La teoría de la evolución weberiana tiene que asociarse a un interés por estudiar las secuencias típico-ideales de imágenes del mundo y las diferenciaciones institucionales que llevan aparejadas. Éstas sirven a la vez para “permitir la imputación causal de fenómenos de importancia cultural” y para proveer el contexto conceptual que nos da acceso al análisis de las posibles alternativas.

<sup>13</sup> Esta obra la subtítulo *Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Otras obras suyas son: *La sociedad cortesana* y *Sociología fundamental*. Cuando en 1977 se le entregó el premio Adorno de la ciudad de Frankfurt, en el texto justificativo se añadió: “Norbert Elias ha creado, con sus investigaciones, los trabajos clásicos para una teoría del cambio social altamente

diferenciada y con un fundamento cultural e histórico. Con ello se muestra de manera especialmente insistente la relación entre las estructuras individuales y psicológicas y los procesos de carácter objetivo-histórico. Norbert Elias está emparentado con la postura intelectual y con la obra exhaustiva de Adorno, sobre todo, por la capacidad de percibir y analizar hechos sociales, libre, tanto de límites específicos de la profesión como de doctrinarios esmerados”. Ver contracubierta de Norbert Elias: *La sociedad cortesana*, Editorial Fondo de Cultura Económica, México, 1982.

<sup>14</sup> Los tres, junto a Weber, impulsaron a la sociología como materia académica desde la perspectiva de los estudios históricos, el derecho constitucional o la economía política.



## ► Para entender algo de lo que hacen

Theda Skocpol ha insistido en que la sociología histórica tiene lógica y contenidos propios.<sup>15</sup> En cuanto a sus contenidos, la sociología histórica ha girado entorno a las temáticas delimitadas por la revolución industrial, la formación del Estado moderno y sus precondiciones o sus fuentes sociales, la democracia, la formación y la acción de la clase obrera, los movimientos sociales y las revoluciones políticas. La preocupación básicamente compartida por sus practicantes ha consistido en conceptualizar o interpretar teóricamente los orígenes y las consecuencias de la implantación del capitalismo industrial y del Estado democrático, así como su naturaleza. Por su propia dinámica, esta temática se ha ampliado hasta considerar sociedades antiguas y sociedades y Estados distintos a los europeos, casi siempre con el objetivo de proceder a comparaciones entre sí o con la moderna sociedad capitalista.

Uno de los rasgos que contribuye a su mejor definición es el de ocuparse del estudio de las sociedades desde una perspectiva diacrónica; es decir, privilegiando como objetos de estudio, los procesos de estructuración de los entramados de relaciones sociales en el tiempo. Más que atender a las sociedades como totalidades estructuradas o praxis heredadas desde una perspectiva convencionalmente sincrónica, se trata casi siempre de dar cuentas de los *procesos históricos y la dinámica social*. Como quiera que la sociología histórica acepta la reivindicación de los historiadores de que el tiempo constituye una dimensión fundamental de toda interpretación teórica de la sociedad, ésta podría definirse como la orientación hacia el entendimiento de la relación entre la acción social —personal o colectiva— y la estructura social —o duraciones—, como algo que se construye en el tiempo continuamente. La investigación sociológica de temas históricos puede entenderse según su alcance como: la investigación de tiempos y lugares en el pasado o la investigación de procesos de cambios que comenzaron en el pasado y que todavía continúan presentes.

Los sociólogos históricos siguieron el legado weberiano de comprender el sentido de la acción en cada caso. El conjunto de acciones y las estructuras que las determinan son propias de unas relaciones sociales específicas, tienen sentido en cada espacio y tiempo particulares y no en modelos teóricos generales que pretendan agotar esas relaciones. Teniendo en cuenta estas razones, los investigadores proceden a comparaciones más o menos pertinentes con otros tiempos y espacios diferentes, para facilitar la comprensión de la singularidad de las relaciones dadas en cada contexto.

La problemática histórica e, incluso, teórica de la sociología histórica proviene de Weber. Los sociólogos históricos comparten el interés weberiano por determinado tipo de procesos y, también, su preocupación por la explicación causal. Una de las características que definen a la disciplina es el intento de llegar a un análisis macro y pluricausal en el tiempo.

Que la sociología histórica gire entorno a problemáticas weberianas, no quiere decir que los sociólogos históricos sean todos weberianos. Resulta casi obligado referirse a Weber cuando se emprende algún trabajo de investigación, no tanto por la respuesta que dio a los problemas, sino por el aliento de sus planteamientos y el modo particular de problematizar una serie de aspectos teóricos e históricos sumamente significativos. Aunque la sociología histórica sigue otras orientaciones epistemológicas o metodológicas, propone temáticas de amplio alcance, con el fin de investigar y teorizar sobre problemas sustantivos, como en los casos de: Tilly, para describir y explicar históricamente las formas cambiantes de acción colectiva en la historia europea; y Wallerstein, para analizar el modelo del sistema capitalista mundial con unas estructuras y dinámicas particulares.

---

Se consideran los padres de la sociología política desde cuyas categorías emprendieron lecturas de los cambios políticos más significativos del período y sus reelaboraciones del liberalismo.

<sup>15</sup> Ver Theda Skocpol: "*Temas emergentes y estrategias recurrentes en sociología histórica*", en *Revista Historia Social*, Madrid, 1991, no. 10, pp. 103-125.

Las problematizaciones históricas en el campo sociológico encuentran su identidad lógica, según entiende la Skocpol, en la tradición de investigación sobre la naturaleza y los efectos de estructuras en gran escala y los procesos de cambio a largo plazo. El interés de la sociología histórica se centra en las tendencias de duración considerable y, por lo general, no en aquellas que la podrían llevar a discutir desde cierto “provincialismo histórico”. Si se ocupa del estudio de las tendencias relacionadas con la transición histórica de una época a otra y con lo que se ha llamado “estructura de una época”, entonces se dirige a saber: ¿en virtud de qué mecanismos han tenido lugar esas tendencias y está cambiando la estructura de la sociedad?

La sociología histórica pretende un ensanchamiento de la base contextual de investigación histórica, a partir de métodos de análisis más eficaces que permitan obtener datos más sólidos para construir explicaciones causales convincentes y un mejor entendimiento de las relaciones sociales actuales. Las búsquedas se realizan en el ámbito de un eclecticismo fructífero. Éstas se definen sustancialmente por problemas y perspectivas en vez de por una metodología y epistemología preconcebidas que es, por demás, una situación en su conjunto similar a la de fines de siglo pasado. En el terreno de la metodología, y aunque la sociología histórica resulte proclive a la contrastación de múltiples variables, los sociólogos históricos se diferencian de manera notable entre sí por el estatuto de la *comparación* en la explicación de resultados y procesos y las implicaciones teóricas que comporta ese diferente uso.

La recurrencia a la comparación responde a una doble necesidad, a pesar de la desconfianza de los historiadores sobre las estructuras comparadas que se extienden sobre períodos históricos, naciones o culturas particularmente distintas. Por una parte, el estudio comparativo de las sociedades es el resultado de la consecución lógica del punto de vista histórico, de la formulación de problemas históricos y sociológicos de una estructura social en contraste con otras sociedades. Por otra, es un recurso heurístico de gran utilidad para el examen de disímiles mate-

riales históricos primarios y secundarios, una herramienta para la comprobación de la validez de las hipótesis.

Para alcanzar el mayor conocimiento de una estructura y preservar un sentido de particularidad histórica, al tiempo que se transparentan sus divergencias y correlaciones con causas potenciales, se recurre a la historia comparada. Las comparaciones pueden servir, además, para rechazar explicaciones históricas aceptadas y para conducir a nuevas generalizaciones históricas. Éstas son de contraste cuando se apela a las comparaciones para iluminar descripciones particularistas y adecuar los enunciados de las inquietudes y problemas de los ambientes limitados y, macroanalíticas, si comparar conlleva explorar o establecer generalizaciones causales.

A partir de esas diferentes metodologías, Theda Skocpol distinguió tres estrategias de investigación en el ámbito de los estudios macrosociales y macrohistóricos que pueden aplicarse a diferentes casos históricos a través de investigaciones históricas comparativas: la primera, se caracteriza por la aplicación de un modelo teórico —único— a uno o más casos empíricos;<sup>16</sup> la segunda, aquella que utiliza conceptos para desarrollar interpretaciones históricas significativas de grandes procesos históricos;<sup>17</sup> y la tercera, que pretende descubrir regularidades causales capaces de explicar procesos históri-

---

<sup>16</sup> En ella, la Skocpol sitúa a autores como: Neil Smelser, Kai Erikson, Michael Scawartz, Gerhard Lenski, David Willer y E. Wallerstein. Charles, Louise y Richard Tilly, en *The rebellious century (1830-1930)*, aplican un modelo general del “conflicto político” para explicar los procesos de conflicto colectivo en Francia, Italia y Alemania. Confrontan las pautas históricas singulares de estos tres casos con hipótesis causales procedentes de su propio modelo y del modelo durkhemiano, como rivales usuales para explicar violencia colectiva.

<sup>17</sup> Ejemplifica con: Reinhard Bendix, E. P. Thompson, Paul Starr, Charles Bidwell, Perry Anderson, Alvin Gouldner, George Fredrickson. Responden a una mirada escéptica sobre la utilidad de aplicar los modelos teóricos generales a la historia y de usar un método de comprobación de las hipótesis causales sobre estructuras en gran escala y procesos de cambio.

cos definidos específicamente a la vez que explora hipótesis alternativas.<sup>18</sup>

Con la primera estrategia se trató de demostrar el valor interpretativo de los sistemas teóricos o, para decirlo como Mills, de “la gran teoría”. Se pretendió aplicar a las diferentes realidades empíricas, unos modelos universales contruidos con el fin de agotarlas y, realmente, constreñirlas. Con esta metodología no se lograron avances sustanciales en el conocimiento sociohistórico, pero sí, actitudes críticas en el movimiento intelectual tercermundista y, en particular, latinoamericano ante la naturaleza distinta de sus realidades sociales.

Las otras dos estrategias también se conocen como la sociología histórica interpretativa y la analítica. La primera opone a la sociología histórica basada en la elaboración de un modelo, interpretaciones con ayuda de conceptos explícitamente definidos. Se eligen como objetos de estudio casos particulares —uno o varios—, los cuales se comparan en tanto procesos históricos significativos en el sentido weberiano.

Cuando se estudia un caso, los conceptos se utilizan para establecer las características particulares de cada uno de los procesos que se comparan, para defender su particularidad histórica. Si son varios casos, lo importante radica en la reconstrucción del proceso singular que se investiga y los conceptos son ejes discursivos, con lo cual se pretende una mayor intelección del proceso sin afectar a la propia estructura de la narración. Se emplea la historia comparada con el objetivo de alcanzar clarificaciones a través de los contrastes.

Ambos diseños de investigación cuidan la narración de la complejidad del tiempo y el espacio de los procesos, pero, al determinar el alcance de la investigación considerando un número de casos u otro, están decidiendo el uso

diferenciado del tipo de fuentes. Para el estudio de un solo caso, se recurre más a fuentes primarias; mientras, para varios casos, resulta indispensable disponer de estudios previos y rara vez se acude a las fuentes documentales y a testimonios de época.

Skocpol deja ver claro en este trazado de estrategias, cuán difícil es distinguir entre una buena obra de historia social que no prescinde del uso de conceptos y matizaciones teóricas y otra de sociología histórica que atiende a un caso particular. Skocpol incluye, por ejemplo, en esta categoría de la sociología histórica a la obra de Edward P. Thompson, aunque para muchos él es uno de los mejores ejemplos de historia social británica.

La segunda de las metodologías, la analítica, atiende a procesos similares a los que interesan en la anterior, pero se diferencia en que no se centra en “cómo” sucedió tal hecho, sino en “por qué” ocurrió. Por cuanto pretende establecer regularidades causales en los procesos históricos, la consideramos la más estrechamente sociológica de las citadas. Resulta importante no tener dudas sobre las pretensiones de universalidad de la sociología histórica analítica. No se trata de una búsqueda de causas que expliquen el proceso universal de devenir de la(s) sociedad(s) sino, más bien, de las causas que explican determinado proceso histórico, modestamente planteado en lo referente a su validez, como pueden ser: el de la transición del feudalismo al capitalismo, el de las revoluciones políticas modernas, de las manifestaciones de la conducta colectiva o de la autonomización del poder estatal.

La sociología histórica analítica pretende manejar múltiples variables e hipótesis alternativas que hagan posible un análisis pluricausal y multivariante. Para establecer esas conexiones causales, el requisito básico es la comparación de casos. No puede pasar por alto que en ese empeño por mapear configuraciones causales, se descuidan y/o rechazan aspectos particulares de los casos históricos estudiados, con los que la unidad espacio-tiempo no sólo se rompe, sino que se reconstruye en varios sentidos.

<sup>18</sup> Referencia a las obras de Marc Bloch, B. Moore, Ch. Tilly —en *La Vendée*— y la suya propia.

La Skocpol ha utilizado los métodos de comparación, el de la concordancia y el de la diferencia, en su clásica obra *Estados y revoluciones sociales*, en la cual con su empleo intenta encontrar regularidades causales entre las revoluciones francesa, rusa y china.

Estas dos últimas vías proponen, de alguna forma, un estudio de los sistemas sociales o formas de sociedad entendidas como unas realidades históricas; es decir, situadas en un espacio y un tiempo determinados, en el cual predomina cierto eclecticismo. Las explicaciones se pretenden dar valiéndose de conceptos tomados de diversas teorías. Debe cuidarse la reunión, en el plano de la metodología para el análisis, de elementos formalmente similares de teorías dispares —y aun enfrentadas—, y propiciar el acuerdo por verdaderas síntesis y no por la mezcla de teorías. Las teorías proporcionan criterios para delimitar los objetos, seleccionar los datos relevantes y, además, hipótesis para relacionar las distintas dimensiones y complejidades de los fenómenos.

El objeto específico y la metodología están aún por elaborar con más detalle. En este terreno, parece indudable que la sociología histórica, en cualquiera de sus modalidades, puede ofrecer explicaciones de fenómenos significativos que se sitúen en un plano intermedio y, por tanto, diferente: primero, al de los modelos generales abstractos sin ninguna preocupación por sus variantes efectivas y, después, al de la exploración de casos locales concretos sin ninguna referencia a sus implicaciones o interconexiones recíprocas.

En sentido general, los sociólogos históricos han procurado un fecundo equilibrio entre lo teórico y lo empírico. Las obras de Moore, Bendix, Wallerstein, Skocpol y Anderson se caracterizan por un intento de conceptualizar determinado sistema o proceso histórico, manteniendo su análisis de la conexión dinámica entre la acción humana y la estructura social, en un plano situado en algún punto intermedio entre la generalización abstracta y la descripción empírica de los hechos.

La obra de Perry Anderson ofrece, en particular, un buen ejemplo de un tipo de sociología histórica que busca la interpretación de procesos significativos por medio del análisis de sus causas generales, pero estudiándolas a la vez en sus diversas variantes empíricas y comparándolas con otros procesos. Anderson está interesado específicamente por la génesis del Estado

absolutista y del capitalismo industrial en Europa Occidental. La obra de Anderson debe ser una de las más atractivas para la exploración de la sociología histórica o la historia teórica en nuestro contexto, tanto por su ambición renovadora de la historiografía marxista y sus raíces weberianas, como por su escritura y sus construcciones.<sup>19</sup>

### ► Para entender por qué lo hacen

El creciente movimiento de sociólogos interesados por la investigación histórica se debe a razones tanto estratégicas y teóricas, pero más, a las primeras. Principalmente, se trata del rechazo de aquellos usos de la historia en la sociología que funcionaban para contrariar a las formas de análisis históricos más que para abarcarlos, para negar la contingencia y la singularidad de los eventos y procesos y, en resumen, despreciar el tiempo histórico o, parafraseando a F. Braudel, reprimir su “violencia”.

Pocas veces se señala la importancia de la sociología histórica como proyecto al interior de la misma sociología. La reforma estratégica de las relaciones entre sociología e historia constituye, en gran medida, una condición de existencia de la primera como disciplina en el sentido más académico que científico. La institucionalización de la sociología la condujo inevitablemente, como a otras especialidades, hacia especializaciones y formalismos. Hoy las transformaciones en ciencias sociales y humanísticas proponen la complementación de saberes que

---

<sup>19</sup> Para definir el proceso y analizar sus causas, Anderson procede elaborando un modelo conceptual de las diversas estructuras y dinámicas de cambio de totalidades históricas que le interesan, a saber: el modo de producción antiguo o el feudalismo. Estos conceptos definen totalidades únicas y están específicamente destinadas a captar la singularidad de un proceso, pero no tienen ninguna pretensión de validez universal. Una vez definida la totalidad histórica de la que se trata, Anderson procede a un análisis de los diferentes casos, contrastándolos entre sí y con el modelo conceptual. Un estudio de su obra debe considerar el contexto intelectual británico y las polémicas en que Anderson ha participado con lo más activo de la sociología de su país: A. Giddens, E. Gellner y, los más interesados por la sociología histórica, M. Mann y W. G. Ruciman.

comparten objetos particulares de estudio cada vez más complejos. En sociología son buenas las relaciones con, por ejemplo, la economía y el derecho. Estos proyectos forman parte de un conjunto de esfuerzos importantes en sociología que intentan desbloquear su formalización disciplinaria y propiciar espacios interdisciplinarios de intercambio y creación intelectual.

El realineamiento de orden histórico también está relacionado con debates epocales y puntualmente con el de la modernidad-posmodernidad. Si el objeto de estudio de la sociología seguía definiéndose históricamente en función de los tiempos modernos, resulta evidente que se estaba asistiendo al agotamiento de sus posibilidades discursivas ante el devenir de sociedades cada vez menos modernas o extremadamente modernas. Por ello, ante los cambios de forma y contenido de la sociedad y la cultura contemporánea, cambia la forma de entender la naturaleza del tiempo social e histórico, y se recupera la voluntad del análisis histórico a partir de nuevas preguntas y dudas. Estos proyectos, a la vez que intentan acabar con las restricciones de estudiar sólo sociedades contemporáneas, procuran devolver o reorientar el grado de flexibilidad que la ciencia necesita; es decir, recuperar la posibilidad de la sociología de intervenir en la vida social y de potenciar la transformación de las relaciones sociales existentes.

No hay dudas en considerar a la sociología histórica como parte de las salidas, a lo que Alvin Gouldner llamó en los años 70, “la crisis de la sociología occidental”. Crisis expresada, entre muchas características, en el divorcio entre las perspectivas micro/macro, empírico/teórico y la estructura/acción. Era necesario cuestionarse o romper con una sociología que sólo se interesaba por el estudio de las estructuras de la sociedad independientemente de su momento histórico y sin atender, de manera preferente, a su cambio en el tiempo, caracterizada por el análisis casi estático, sincrónico.

Ése es el contexto de la emergencia de los estudios histórico-sociológicos como superación de los extremos teóricos y metodológicos, de particularización y universalización. En ellos se ha de entender a las teorías como programas

activos de investigación y no como letras memorizadas para ser reproducidas. Decimos programas activos porque ayudan a la formulación de preguntas, atribuir significado a objetos de investigación, y hasta para decidir criterios de periodización.<sup>20</sup>

La proyección contemporánea de la sociología histórica resulta innegable y obedece, como otra de sus características distintivas, al problema de la “relevancia de sentido”. Siguiendo el legado weberiano interesan los hechos históricos significativos porque se presta atención cuidadosa a las intenciones —explícitas o no— de los actores sociales del escenario histórico y a las mediaciones culturales que las determinan. Además, los temas de investigación son fenómenos cargados de sentido para el investigador, interesan porque ponen en perspectiva los problemas sociales contemporáneos. En esos términos podríamos hasta hablar de “historia del presente”. Precisamente, sus éxitos dependen en buena medida de tocar el nervio de la sensibilidad contemporánea, de las tendencias intelectuales y las percepciones actuales de cómo funciona el mundo. La actual centralidad del pensamiento sociológico está muy relacionada con el encuentro de su campo de investigación en la historia y por la profundización de los aspectos de la explicación sociológica.

### ► Límites y debates de la sociología histórica

Los debates que hemos querido presentarles no han estado exentos de ambigüedades y descentramientos. Ellos se deben a que la sociología histórica parte, en primera instancia, de reconocerse en los fenómenos de su tiempo para tratar de enriquecer sus perspectivas aprendiendo del pasado y, al mismo tiempo, de esti-

---

<sup>20</sup> En las funciones de las teorías en los estudios históricos han insistido los historiadores sociales alemanes de la Escuela de Bielefeld. Ver Julián Casanova: “La salida del túnel o el cruce de caminos: sociología histórica e historia teórica”, en *La historia social y los historiadores*, Editorial Crítica, Barcelona, 1991, pp. 146-149.

mularlas con la sabia plural de otras reflexiones aledañas.

Las disputas sobre su *status* disciplinar aún no se han zanjado: Santos Juliá la entiende como una disciplina independiente; Luis Saavedra, como corriente teórica en la sociología; algunos, hasta, como una subdisciplina institucionalizada para la interpretación de otros tantos dominios menores, aunque la Skocpol no cree que sea un subcampo especializado. Esta discusión tiene cierta importancia en la definición futura de su identidad y para juzgar los posibles equívocos y malas interpretaciones, aunque es, al mismo tiempo, un tanto estéril porque un proyecto tan importante y renovador, aun no agotado, provoca muchas y más interesantes interrogantes e incertidumbres que la disputa sobre las formas de “territorialización” de un saber.

La sociología histórica ha tratado de salirse de la indefinición situando sus propuestas en lo que hemos presentado a partir de dos planos, a saber: de una atención esmerada a los contenidos fundamentales que la distinguen y en la búsqueda de los orígenes propios o, lo que llamamos, la “invención de su tradición”.

Algunos sociólogos, por lo general los más aferrados a convencionalismos y posiciones institucionales, observan alarmados la tendencia de su ciencia a “evolucionar” desde el imperialismo de fines del siglo XIX, hasta la dispersión en vísperas del XXI. Aunque aquí las cosas no parecen, realmente, tan claras, la sociología es una de las ciencias sociales que más ha propiciado encuentros e intercambios innovadores, reconociendo las complejidades de sus objetos de estudios y el saber producido por otras ciencias. Por su parte, la historia es de por sí una ciencia muy fragmentada, tanto o más que la sociología, por lo cual de hecho constituye otro de los terrenos de mayor desarrollo en cuanto a encuentros disciplinarios se refiere.

Hoy hay menos dudas de que la interdisciplinariedad resulta una noción engañosa. Por eso, entendemos a la sociología histórica como una estrategia de investigación viable en virtud de una nueva especialización, de una especialización realizada en la intersección de estas dos

disciplinas. Más que reducirla a la historia comparada o a una nueva disciplina híbrida formalmente instituida, es un intento reflexivo de desarrollo y elaboración de conceptos teórico-sociales dentro de un campo de análisis histórico-positivo.

El intercambio de los patrimonios de las ciencias siempre ha sido relevante para fecundar la creación intelectual, a constatar en el préstamo de conceptos, metodologías y teorías. Un papel importante en el establecimiento de puentes entre disciplinas lo tienen, sobre todo, los conceptos, pero éstos deben inventarse y definirse su uso científico en cada proyecto. La sociología histórica y la historia social constituyen trazos fuertes de un dibujo más amplio, que indican caminos comunes entre conocimientos cercanos, aunque sucede, a veces, que algunos se metan en otro terreno sin demasiada cautela.

Algunos historiadores han creído que haciendo una historiografía más teórica y asimilando definiciones como las que propone Tilly sobre las ciencias sociales históricas, incluyen a la sociología como una parcela de sus estudios, cuando la historia, hasta ahora, “no alcanza necesariamente a los contenidos sociológicos más que para detenerse en ellos y manejarlos con soltura...”.<sup>21</sup> A esta engañosa creencia hay que responder con un rigor epistemológico que puede pecar de reticente: la sociología histórica es, generalmente, historia social, pero no toda historia social es sociología.

La relación entre historia y sociología necesita estar siempre delimitada por el hecho fundamental de que la perspectiva histórica precisa del elemento esencial sociológico: la relación entre individuos, el protagonismo humano, las formas de asociación; es decir, la estructuración de las relaciones sociales. Atender responsable-

---

<sup>21</sup> Para un inventario de esos criterios ver Luis Saavedra: “El marco histórico”, capítulo V, en Emilio Lamo de Espinosa y José Enrique Rodríguez Ibáñez: *Problemas de la teoría social contemporánea*, Editorial CIS, Madrid, 1993, pp. 515-516.

mente a estos argumentos evitaría extravíos y colisiones entre los dos saberes complementarios.

Las relaciones entre ambas disciplinas resultan complejas y diversas porque existen diferentes tipos de historiografías y otros tantos de sociologías. La sociología y la historia no pueden presentarse como unos conceptos prescriptivos, sus alientos proponen la amplitud necesaria para el desarrollo de nuevos proyectos a través de métodos intelectuales, estilos, escuelas, tradiciones y subdisciplinas disímiles.

Sus principales puntos de conflicto radican en el uso de las fuentes y los conceptos. Por una parte, los historiadores les reprochan a los sociólogos sus usos de los productos historiográficos sobre casos particulares, como materia prima que sustituye a las fuentes primarias. Los historiadores se resisten a brindar con sus trabajos, los materiales y datos de fuentes originales “cocinados” que se requieren para un ejercicio de comparación de la sociología histórica. En importante medida, los historiadores fueron sorprendidos por la sociología, porque creían que sus obras eran monumentos para la posteridad y que, por tanto, sólo en el futuro podrían ser objetos de crítica historiográfica, de superación o tenidas como otras fuentes bibliográficas sustitutas de documentales. También tienen razón, cada sociólogo debe ser su propio historiador y evitar comportarse como magos, que sacan del doble piso de su baúl informaciones, sin las debidas declaraciones de aduana. Mas, los sociólogos también son muy celosos cuando los historiadores usan sus conceptos y teorías para la comprensión de problemas históricos limitados y la construcción de más o menos amplias síntesis históricas. De cualquier forma, ambas están de acuerdo, por insatisfechas con una sociología sin historia y una historia sin teoría, en valorar a las teorías por sus usos sociales —funciones y tareas—, a satisfacer en los estudios históricos.

El cruce de fronteras no quiere decir que cada disciplina disuelva su objeto y su metodología en una nueva ciencia universal de la sociedad y de la historia. La idea de la unidad originaria resulta imposible e indeseable y, por ende, la división del trabajo, inevitable. Por las divergencias entre estrategias y programas de investigación,

el uso de conceptos y procedimientos, por su misma consolidación académica, las disciplinas de la sociología y la historia permanecerán como tales, se trata de que sus investigaciones empíricas particulares estén enriquecidas por cuestiones más teóricas y más históricas acerca de la naturaleza de la sociedad y los procesos de la evolución social.

Las contribuciones del cambiante sentido histórico de la sociología pueden inventariarse a partir de su concepción de los procesos cronológica y lógicamente —secuencia empírica y forma abstracta—, de la complementariedad de los esquemas teóricos y del reconocimiento de una ontología de la historia. Pero su más importante aporte ha sido recuperar una historia crítica y efectiva, enfrentarse al escepticismo filosófico de la producción histórica y, en general, de las ciencias sociales a partir de la comparación de procesos, acontecimientos o estructuras para encontrar uniformidades y la búsqueda de relaciones causales.

El tema principal de la sociología histórica es el de las agrupaciones o configuraciones reales de diferentes factores causales o lo que también se ha entendido como los modos de causación. Durkheim había entendido a la historia como un instrumento privilegiado para trazar la génesis de los hechos sociales desde su origen. Éste es el sentido instrumental de la realidad histórica del cual la sociología no se ha despojado, porque, en resumen, parafraseando la idea durkheimiana: “la historia para ver realidades sociales es igual que el microscopio para realidades físicas”. Sólo ella permite dar cuenta de los elementos diversos que forman los hechos sociales, mostrar sus causas y sus razones de ser.

La sociología histórica pretende construir nuevos “mapas históricos” a través de lo que Tilly llamó “comparaciones comprensivas” o, según Althur Stiehlcombe, las “interpretaciones de época”. Para esas prácticas posibilitadoras del diálogo entre hipótesis teóricas e investigaciones concretas de objetos históricos, que se someten al empleo de la comparación —como la herramienta de trabajo largamente reivindicada por la sociología histórica—, es decir, al ir y venir en el espacio y el tiempo, el sociólogo histórico

necesita mirar más los oficios del trapezista que los del mago. Su arte no puede pretender capturar el tiempo histórico —los procesos y sus elementos esenciales—, en contra de los particularismos y ajeno a su naturaleza. Debe enfrentar su debilidad metodológica para definir un método, con una fuerte crítica historiográfica y el desarrollo de una perspectiva sociohistórica basada en la construcción de sus objetos de investigación, a partir de la interrogación, la problematización y con respuestas tentativas.

La macrosociología atiende a cuestiones fundamentales como la relación entre estructura e historia, entre ellas y la acción humana, y entre cultura y estructuras sociales. Mas, nos parece acertado el criterio de S. N. Eisenstadt<sup>22</sup> que centra las principales diferencias teóricas o analíticas entre los trabajos de sociología histórica en la relación existente entre cultura y sociedad. Las investigaciones sociohistóricas no han profundizado en el uso de los recursos culturales; es decir, en la indagación sobre la transformación de los componentes ideológicos o simbólicos. A los temas culturales se les deben brindar más atención.

La sociología histórica se enraíza: primero, en el movimiento de historización de las ciencias sociales en que una amplia comunidad interdisciplinar trabaja desde una perspectiva histórica —ciencia política, antropología y, en particular, la sociología— y, después, en la reformulación del principal problema de la teoría social contemporánea, la relación entre estructura y acción. Por ello, en la carpa especular de las ciencias históricas, resulta muy difícil distinguir la buena sociología de la buena historia.

La sociología histórica ha estado combinando su empeño por revivir la sensibilidad por las preocupaciones históricas de la tradición clásica de la sociología, con la necesidad de gestar investigaciones de tipo significativo, potencialmente innovadoras, que actualicen la agenda teórica de la disciplina. Ha demostrado que la narración de los hechos puede acompañarse de los argumentos y las teorías. No obstante, se debate entre la formalización y la marginalidad creadora.

La sociología histórica corre el riesgo de perder el equilibrio al que hasta ahora ha propendido por errar en la construcción de una identidad disciplinar y caer, como un intento más de renovación y disidencia intelectual, en las redes disciplinares. De todos modos, esa misma red la salva de su caída de esa especie de trapezista que ha pretendido ser. Si bien las redes disciplinares resultan de los esfuerzos por la cooperación y la complementación de saberes, también lo son de la búsqueda de elementos de control para sus excesos o límites discursivos. Sin dudas, el control es una de las funciones más importantes de las redes disciplinares, aunque se hable poco del costo de esos límites y presiones.

• • • •

---

<sup>22</sup> Eisenstadt es profesor de la Universidad Hebrea de Jerusalén. S. M. Eisenstadt: "El marco de las grandes revoluciones: cultura, estructura social, historia e intervención humana", en *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, UNESCO, 1993, pp. 411-428.



# Biblioteca de Clásicos Cubanos

# Felipe Poey y Aloy

## Ictiología cubana, 3 vols.



Corría el primer trimestre de 1998 cuando, por esta Biblioteca de Clásicos Cubanos de Ediciones Imagen Contemporánea, su equipo de dirección coordinaba con el doctor Darío Guitart Manday los inicios, en toda su dimensión y por vez primera de la edición, tras largos 116 años, de la monumental *Ictiología cubana* del sabio Felipe Poey y Aloy.

Después de paciente, erudita y cuidadosa tarea del doctor Guitart —a quien siempre agradeceremos la transcripción, conjunción y, por último, edición científica de la obra—, empeza-

mos un proceso materializador de esta publicación en el bicentenario del nacimiento del naturalista más eminente de Cuba; así, los dos volúmenes contentivos de la *Ictiología* en sus textos, han quedado correspondidos con el *Atlas*, en gran formato, de los peces estudiados por el sabio en sus 572 láminas. En un lapso de dos años nos acompañó la pasión científica y la amistosa sonrisa del doctor Guitart Manday; por ello, en tan poco tiempo pudo el equipo editorial designado para la realización de esta obra, calibrar la magnitud de la empresa y considerar su históri-

co significado. Él logró sensibilizar con su modestia de hombre de ciencias, la superación de empeños anteriores de laboriosos científicos y académicos cubanos.

El editor —quien ya contaba con otras experiencias editoriales con Guitart—, en estrecha relación con el director artístico, emplanadores y técnicos de computación, desarrollaron los trabajos que posibilitaron durante esos meses el cumplimiento de esta ardua y compleja labor editorial. Tanto los textos como las láminas, explicados al detalle en líneas introductorias del propio Guitart en el primer volumen de esta obra y en las páginas que presentan el *Atlas*, sólo serán aquilatados en toda su magnitud, cuando el lector lo compruebe al tener estos tres volúmenes en sus manos.

No se podía imaginar, en los momentos de clausura del coloquio *Cuba. Cultura de la Emancipación. Las ideas de Varela a Martí*, y el simposio *Felipe Poey y Aloy*, el 27 de enero del 2000 en el Aula Magna universitaria, que apenas semanas después, el 18 de marzo, el doctor

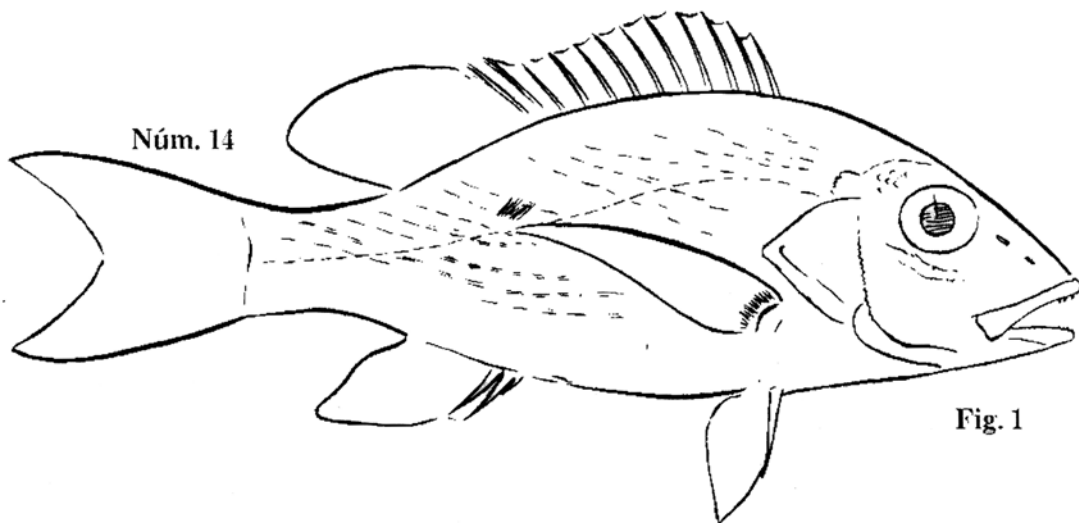
Darío Guitart Manday dejara sin terminar un empeño científico de tal envergadura. Al morir, nos legó en la recta final, la confianza de concluirlo, para lo cual agradecemos el apoyo inmediato, dedicado y amoroso de su hija Beatriz, quien compartió con su padre tiempo de su trabajo científico.

Por último, en estas líneas, apuntamos que el texto introductorio al *Atlas* resultan las últimas anotaciones del doctor Guitart, quien no podrá estar junto a nosotros en la presentación de su obra, en acto solemne en el Aula Magna de la Universidad de La Habana y en el cual también se le otorgará *post mortem* los grados de Doctor por la Academia de Ciencias de Cuba y de Profesor de Mérito por la Universidad habanera. Queda así, el agradecido recuerdo de quienes, de

una u otra manera, pudimos compartir este sueño editorial, ahora impreso por siempre para el conocimiento de la ciencia y la cultura cubanas al concluir el 2000 y en los inicios del siglo xxi.

Consejo Editorial  
Ediciones  
*Imagen Contemporánea*  
Casa de Altos Estudios  
Don Fernando Ortiz

• • • •



**Palabras del doctor Ismael Clark,  
Presidente de la Academia de Ciencias  
de Cuba, en la presentación de la  
*Ictiología cubana***



**A**nte todo expreso mi agradecimiento a la Universidad de La Habana y a su Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz, por esta nueva oportunidad de compartir afanes y labores. Este día compartimos pesar, pero sobre todo elevado regocijo. La obra de la cual dispondremos a partir de hoy constituye, sin duda, uno de los monumentos de la bibliografía científica cubana. Su edición por la Casa de Altos Estudios de la Universidad de La Habana no podría encontrar mejor ámbito para su presentación que este día en que rendimos merecido, aunque póstumo, homenaje al profesor Darío Guitart Manday.

Un volumen previo de esta Colección ya se dedicó a las obras completas de Felipe Poey, incluida una presentación biográfica del autor, debido a la investigadora Rosa Ma. González, a quien quedamos agradecidos. Ahora se nos presentan, como parte de la Colección Biblioteca de Clásicos Cubanos, los dos volúmenes de textos y el *Atlas*, nunca antes publicados, correspondientes a su obra más trascendente.

Hoy sabemos que Poey comenzó a enfrascarse en el estudio de los peces cubanos a partir de la década del 20 del siglo XIX, que era apenas la segunda de su larga vida, inclinado por sus

maestros Félix Varela y Justo Vélez hacia el interés por la ciencia.

Sus aportes, como resultado de aquella juvenil afición a las ciencias naturales, serían objeto de temprano reconocimiento, al citársele de manera reiterada por el gran Cuvier y su cercano colaborador Valenciennes en su voluminosa e igualmente famosa *Historia natural de los peces*, publicada en 22 volúmenes entre 1828 y 1849.

Pese a la conocida y evidente multiplicidad de intereses intelectuales de Poey, sin duda, la Ictiología fue el objeto principal de su paciente y minuciosa labor de naturalista, y a través de sucesivos artículos abordó con singular rigor la clasificación, descripción e ilustración gráfica de nuestros peces. En esos trabajos introdujo acotaciones y adaptaciones al lenguaje utilizado hasta entonces por la sistemática clásica, poniendo interés por igual en su rigor descriptivo y en su utilidad y comprensibilidad para la generalidad de los lectores no especialistas. Estas características están presentes desde los primeros trabajos publicados en sus *Memorias sobre la Historia Natural de la Isla de Cuba*, que comenzaron a ver la luz hacia 1851.

Igualmente abundaron los trabajos sobre peces en la revista *Repertorio Físico-Natural de la Isla de Cuba*, fundada y dirigida por él con el objetivo de agrupar en torno a ella a los estudiosos de la época interesados en la investigación de los recursos naturales del país. Uno de sus trabajos ictiológicos cerró el ciclo editorial del citado *Repertorio* en 1868: su opúsculo “Sinopsis de los peces cubanos” y a la razón el propio Poey explicó su intención de abordar la edición de una obra mayor, cuyas características describió a sus futuros lectores con peculiar precisión: “Espero más tarde dar con el título de *Historia de los Peces de la Isla de Cuba*, en el orden metódico observado en el catálogo, una descripción extensa del animal, y una sinonimia completa, cerrando el artículo correspondiente a cada especie con notas críticas y relación prolija de las costumbres y tamaño, utilidad, etc. Ésta es obra que debe ir acompañada de láminas delineadas, y que por su magnitud sale de los límites del presente *Repertorio*...”.

Apenas tres años después de esa advertencia, ya Poey tenía terminada la primera versión del texto de su *Ictiología* y uno de los volúmenes de las ilustraciones, por lo cual se sintió en condiciones de comenzar la ardua gestión —a la edad de 72 años— de promover su obra en busca de un editor para ella.

A esas gestiones cuyas sobrevivieron diversas iniciativas, de colegas y admiradores, terminadas todas, no obstante, en el mayor de los fracasos. En ello influía por igual, al menos, la complejidad editorial de una obra de esas características y la carencia de solvencia financiera en los medios accesibles al sabio para afrontar tamaña empresa. Por cierto, que entre las corporaciones que intentaron infructuosamente ayudarlo se contaron la Real Academia de Ciencias de La Habana y la Sociedad de Amigos del País, cuyos sucesores están hoy presentes en este acto, junto a la Sociedad Antropológica, de la cual había sido también fundador el propio Felipe Poey.

Paradójicamente, la convocatoria a la Exposición Internacional Colonial y de Exportación General que habría de celebrarse en 1883 en la ciudad de Amsterdam, Holanda, lograría concitar el interés del Gobierno español por adquirir el manuscrito de la obra, llamado a ser expuesto en esa exposición como muestra de los logros alcanzados en el comercio, las ciencias y las artes por las colonias de España.

En definitiva, la obra manuscrita, compuesta por 80 páginas de texto y diez tomos de *Atlas* contentivos de más de 1 000 láminas, fue adquirida por el gobierno de Madrid al costo de 4 000 pesos y enviada hacia Amsterdam en 1883.

Al conocerse que esa obra estaría entre los exponentes en Amsterdam, aparecería en la revista *La América*, editada en Nueva York, un artículo firmado por el joven José Martí en el que anunciaba con entusiasmo patriótico: “Ya ha salvado los mares la noticia del libro monumental que se prepara a presentar al público el naturalista cubano don Felipe Poey. No hay periódico de Europa que no alabe afectuosamente al sabio ictiólogo. Por los Estados Unidos corre ahora, con igual celebración, un extracto de esta

obra mayor de análisis y paciencia, que ha requerido para llevarse a cabo todo el vigor de clasificación de un severo filósofo, y toda la bondad que atesora el alma de un sabio”.

Como resultado de la mencionada Exposición de Amsterdam, el rey de los Países Bajos Guillermo III otorgaría a Poey la condecoración del León Holandés. Escasa o ninguna consideración mostrarían, en cambio, a su autor, las autoridades coloniales en Cuba.

Hoy tenemos la dicha de saber salvada definitivamente esa deuda moral con el más grande naturalista cubano, de talla universal, del siglo XIX y poner a disposición del mundo científico esta obra, llamada justamente inigualable para su tiempo.

Sólo lamentamos que no se encuentre ya entre nosotros el doctor Darío Guitart, continua-

dor distinguido de la Ictiología cubana, a cuya sensibilidad, erudición y amorosa dedicación debemos la minuciosa revisión, comparación y aclaración de manuscritos en la preparación editorial de esta preciosa pieza del patrimonio científico y cultural de nuestro país.

Permítaseme concluir expresando de nuevo nuestro profundo reconocimiento, en nombre de la Academia de Ciencias de Cuba, de cuya predecesora fuera Felipe Poey y Aloy fundador y miembro de mérito, a la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz de la Universidad de La Habana por hacer posible este momento de histórico júbilo para la ciencia cubana.

(Aula Magna, 23 de febrero del 2001)

• • • •

**E**sta Biblioteca de Clásicos Cubanos de la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz ha unido, en su proceso editorial, a la obra monumental de don Felipe Poey y Aloy: *Ictiología cubana*, en sus dos volúmenes de texto (vol. I, 532 pp. y vol. II, 512 pp.), junto al *Atlas* (592 pp.), otros libros que van conformando su etapa inicial de "Clásicos de los orígenes del pensamiento emancipador y de las ciencias hasta 1868", los cuales también se encuentran al alcance de todo lector interesado en estas disciplinas sociales: *Obispo de Espada. Papeles* (332 pp.), *José Agustín Caballero. Obras* (580 pp.), *Felipe Poey y Aloy. Obras* (628 pp.) y *La polémica filosófica cubana. 1838-1840* (vol. I, 496 pp. y vol. II, 560 pp.).

En proceso de edición y para su puesta en circulación en los próximos meses, la Biblioteca de Clásicos Cubanos prepara las obras de *José Antonio Saco* (5 volúmenes), *José de la Luz y Caballero* (5 volúmenes), así como los primeros volúmenes de la *Historia de la esclavitud* de Saco, el *Centón epistolario* de Domingo del Monte, y los textos de *Francisco de Arango y Parreño*. También, de sumo valor, una nueva edición de *Félix Varela. Obras* (3 volúmenes) siguiendo la ya publicada en 1997. Por último, y no menos importante, esta Biblioteca inició otros proyectos que cumplimentarán esta etapa, a la cual continuarán con sus obras de "Clásicos de la liberación y del cambio, desde 1869 hasta 1920", como su segunda etapa editorial.

# BICENTENARIO DEL NATALICIO DE **José de la Luz y Caballero**

Los días 24 al 27 de enero del 2000 sesionó en la Universidad de La Habana el *Coloquio Cuba, cultura de la emancipación. Las ideas de Varela a Martí*, en conmemoración del bicentenario del natalicio de *José de la Luz y Caballero*, convocado por la *Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz*. Destacados especialistas cubanos e invitados extranjeros expusieron sus estudios e investigaciones acerca del pensamiento cubano en su singularidad y universalidad, humanista y americanista en el conjunto del proyecto de realización nacional, encuentro académico que devino actual para pensar el mañana desde las raíces del ayer.

Este Coloquio centró sus objetivos en las reflexiones acerca de los tres hombres que conformaron el pensamiento de la emancipación cubana, el cual, a su vez, constituyó la emancipación del pensamiento para crear sólidas bases

## COLOQUIO INTERNACIONAL

### CUBA CULTURA DE LA EMANCIPACIÓN LAS IDEAS DE VARELA A MARTÍ

del accionar social, político, científico, cultural e intelectual cubanos: *Félix Varela*, “el que nos enseñó primero en pensar”; *José de la Luz y Caballero*, “el que nos enseñó como conocer” y *José Martí*, “el que nos enseñó a actuar”.

En la perspectiva central de la formación de un pensamiento crítico de la emancipación cubana, el Coloquio estudió la obra de Luz y Caballero, hombre que defendió, pensó y creó, no sólo una pedagogía nacional, sino también, a quien en la profundidad y el entramado de ideas, produjo la crítica del pensamiento de una época para liberar mentes y hacerlas capaces de crear y recrear las ideas de un pensamiento y una sociedad nuevas y cubanas; a nuestro *Luz*, vínculo entre el ideario fundador de *Varela* y la cumbre de *Martí*.

• • • •

# Algunas claves del ideario pedagógico de José de la Luz y Caballero y de José Martí

para el enfoque profesional de la docencia en la formación de profesores\*

Horacio Díaz Pendás



**HORACIO DÍAZ PENDÁS**

Asesor para la enseñanza de la Historia en el Ministerio de Educación, como pedagogo ha publicado diversos trabajos relacionados con la enseñanza de la Historia y sus medios, esquemas lógicos, sus ciencias auxiliares, así como las pautas en el conocimiento martiano en el quehacer de la experiencia de un profesor de Historia.

**E**stimados colegas:

En la tarde de ayer el doctor Eduardo Torres-Cuevas abordó las esencias del ideario emancipador de nuestros padres fundadores.

Ellos fueron hombres de una sola pieza por la integralidad cultural que poseyeron y su magisterio mayor es haber asumido la cultura como factor de liberación y perfeccionamiento humano.

Otra de sus lecciones permanentes es haber interpretado la cultura como expresión de vasos comunicantes entre diferentes ramas del saber y haber sido capaces de plantearse la búsqueda de soluciones a los problemas de su país y su

tiempo. No fueron eruditos repetidores de un saber enciclopédico, sino, ante todo, expresión del ejercicio del pensar desde raíces y problemas muy nuestros en los cuales se inserta lo universal. Porque conocían el vasto acervo cultural de la humanidad, pudieron ser tan auténticamente cubanos, al asumir la búsqueda de soluciones propias desde lo universal. Dominaron con profundidad los nexos entre los saberes, lo cual les permitió abordar con coherencia los problemas filosóficos y pedagógicos de su tiempo, y en el ejercicio educacional aportaron ideas que nos siguen acompañando en la actualidad como paradigmas a alcanzar.

---

\* Sobre estas notas se desarrolló la conferencia del profesor Díaz Pendás, el miércoles 9 de febrero del 2000, en el *III Simposio Internacional sobre Pensamiento Cubano y Latinoamericano*, Instituto Superior Pedagógico "Juan Marinello" de Matanzas.



Somos herederos de un pensamiento pedagógico que se planteó contribuir a formar hombres, una pedagogía que se concibe como factor de mejoramiento humano y desarrollo. Ser continuadores implica seguir repensándonos en nuestro tiempo; ante todo, a partir de la posición que debemos asumir ante la dirección del aprendizaje y la educación.

En este espacio únicamente puedo referirme tan sólo a algunas muestras del vasto ideario de Luz y Caballero y Martí, quienes nos siguen trazando pautas en esta labor. El propósito tan sólo es llamar la atención sobre una herencia de la cual somos depositarios y continuadores, y ella obliga a nuevas lecturas y modos de actuación ante las formas y métodos de dirigir la formación profesional pedagógica en nuestros días, porque la formación de maestros y profesores es formación de multiplicadores de ideas, y en esta sensible labor docente, tanto los aciertos como los errores tendrán siempre repercusión estratégica.

Para Luz y Caballero, continuador de su maestro Varela, la formación moral constituye la piedra angular de la educación; así, el esfuerzo educativo, lo que se seleccione como materia de enseñanza, lo que sea objeto de trabajo didáctico, tiene un fin esencial: formar hombres.

Ya lo dice en sus artículos acerca de educación secundaria: “La parte moral de un instituto de educación es no sólo la más importante que en sí puede ofrecer, sino que lo es también para el logro del objeto literario”.<sup>1</sup>

Y en su enjundioso *Informe sobre la Escuela Náutica*, texto que constituye todavía hoy día una referencia obligada para entender un pensamiento pedagógico de avanzada que sigue aportando a nuestra contemporaneidad, declara: “Ni en la substancia ni el modo debe concebirse un plan científico para la Habana como se concebiría para Londres o para Berlín. Trátase de presentar el proyecto más aplicable al país, con arreglo a lo que se pide y con los elementos con que se cuenta. No aspira la Comisión a la originalidad; y si algún mérito alcanzase este humilde trabajo, antes se cifraría en lo *practicable* que en lo *grandioso* de la empresa”.<sup>2</sup>

Éste es punto de partida de una pedagogía de la emancipación; una pedagogía que, al buscar soluciones propias a problemas propios, no admite colonialismos culturales de ninguna índole. Pero, a su vez, constituye una pedagogía que está al tanto de lo universal —Luz fue uno de los hombres mejor informados y con más dominio del pensamiento universal de su tiempo—, pero que reclama una lectura y praxis buscadoras de respuestas a los problemas cubanos. Y con visión de maestro de escuela añade que sea *practicable*; como enseñándonos también que hay que tener los pies muy bien puestos sobre la tierra al proponernos esfuerzos de desarrollo educativo. No se ha reparado suficientemente en uno de sus consejos contenidos en este mismo *Informe*, pletórico de sabiduría y de realismo (por ello también era tan sabio), cuando apunta que “corriendo a veces en pos de lo mejor, pasamos por alto lo hacedero y fracasamos en lo imposible”.<sup>3</sup>

“Hombres más bien que académicos es lo que trata de formar el Instituto; ved aquí, señores, lo que reclama el siglo de todos los planes de instrucción”.<sup>4</sup>

Todo esfuerzo de instrucción tiene un fin para este padre fundador: el aspecto moral del hombre, la calidad de la persona. Mas, su concepción de la instrucción forma parte de una cultura liberadora, pues su criterio didáctico no es otro que salir de una pedagogía tradicional de corte exclusivamente trasmisivo, repetitivo y, en última instancia, autoritario, que constituye una barrera para esa emancipación.

Ejemplaridad profesoral, método y reconocimiento de las posibilidades del alumno para

<sup>1</sup> “Sobre educación secundaria”, en *Diario de la Habana*, 6 de noviembre de 1832. En José de la Luz y Caballero: *Escritos educativos*, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1991, p. 83.

<sup>2</sup> “Informe sobre la Escuela Náutica presentado a la Real Junta de Fomento de Agricultura y Comercio el 11 de diciembre de 1833”, en Luz y Caballero, ob. cit., p. 224.

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 184.

<sup>4</sup> *Ibidem*, p. 184.

su propia instrucción y formación, están en los clamores de Luz: “desengañémonos: ni hay otro medio eficaz de predicar costumbres que el ejemplo, ni los mejores planes de enseñanza pasan de meros pliegos de papel sin honrados y hábiles preceptores”.<sup>5</sup>

Para ello defiende una concepción de enseñar y educar. Él, que tiene en el método una cuestión clave, deja muy claro que la ejemplaridad es condición inexcusable para llevar adelante todo esfuerzo de formación, muy en especial si se trata de algo tan sensible como lo moral.

Al aconsejar aspectos principales a tomar en consideración para la formación del pensamiento y la conducta de los futuros maestros, nos formula que se necesita entrenarlos en “cuanto pertenece a la teoría y práctica de la educación moral, a la dirección del entendimiento y a la enseñanza del método”.<sup>6</sup>

Se trata de una concepción educativa que tiene al ser humano en el centro de su atención: el ser humano alumno y el ser humano maestro. Luz no tiene como lo primario ni el plan de estudio, ni los programas. Ésos tan sólo son medios. Lo básico tiene que ver con las personas, con su calidad moral y con las maneras en que se resuelve el enseñar y el aprender. Por ello deja bien claro que “no se trata solo de *saber* sino de *saber enseñar*, que es un arte más raro y difícil de lo que comúnmente se cree”,<sup>7</sup> con lo cual nos precisa que estamos ante un saber específico, algo que hay que enseñar a quienes se confía esta responsabilidad.

Mas, como veremos después en Martí, en Luz, lo metodológico imprescindible no puede entenderse al margen del dominio de los contenidos objeto de enseñanza y aprendizaje. No en balde añade: “La idoneidad para enseñar, no la idoneidad para lucir o deslumbrar: he aquí lo que ardientemente buscamos. Desengañémonos: si bien es verdad que no todo el que sabe, sabe enseñar, tampoco es menos cierto que para enseñar se necesita saber bien”.<sup>8</sup>

Como hombre de una sola pieza que asume la cultura como un todo, no cayó en la trampa de establecer la dicotomía entre el qué y el

cómo. En Luz no existe una separación de lo metodológico y didáctico, por un lado, y el contenido, por otro; asunto, por demás, en el cual subsistiría tanta discusión estéril en el siglo posterior. Lo dice bien claro: no es lo mismo saber que saber enseñar, pero para enseñar, se necesita saber bien.

Entonces, desde esta integralidad, nos vuelve a defender el método y la independencia y el esfuerzo del alumno en el proceso de formación.

“(…) no se concurre a los establecimientos para aprender todo lo aprendible, sino muy singularmente para aprender a estudiar y para aprender a enseñar”.

“Que todo alumno debe ser maestro de sí mismo o de lo contrario nada será”.

“He aquí el antídoto contra esos falaces sistemas de enseñanza que aspiran a prescindir del trabajo de los educandos. Bueno, útil, laudable es todo plan que se proponga mejorar, simplificar, facilitar la adquisición de los conocimientos; pero pretender que no sean necesarios los esfuerzos del que aprende para conseguir el fin deseado, pudiendo descansar en la excelencia del método y en el celo del instituto, es la señal segura de la charlatanería, o cuando menos de la inexperiencia y superficialidad”.<sup>9</sup>

Cuando nos dice que no se concurre a los establecimientos para aprender todo lo aprendible, sino para aprender a estudiar y aprender a enseñar, toma partido por un tipo de docencia que no concibe al alumno como mero depósito de información y se adscribe a la necesidad de enseñar a adquirir esa información, de preparar a los alumnos con un método que les propicie aprender por sí mismos. Ya esta concepción rompe con la magnificación de lo tradicionalmente trasmisivo. No por casualidad en este excelente *Informe sobre la Escuela Náutica*, Luz cita lo que él llama el “aúreo principio” de que todo alum-

<sup>5</sup> *Ibidem*, p. 191.

<sup>6</sup> *Ibidem*, p. 194.

<sup>7</sup> *Ibidem*, pp. 290-291.

<sup>8</sup> *Ibidem*, pp. 291-292.

<sup>9</sup> *Ibidem*, pp. 196-197.

no sea maestro de sí mismo o de lo contrario nada será. Un alumno está en condiciones de ser maestro de sí mismo, cuando se aparta de lo repetitivo, cuando por lo que hace y cómo lo hace, produce, crece en desarrollo cultural y, sobre todo, espiritual con su modesta cuota de originalidad. Como condición inseparable de este componente que es el método, aquel venerable fundador se pronuncia por una pedagogía del esfuerzo; esfuerzo que considerará Martí, posteriormente, como parte del conocimiento mismo.

Estamos entonces ante una escuela de la laboriosidad y del respeto al magisterio del alumno sobre sí mismo. Aprender a estudiar y aprender a enseñar, *para que se estudie* a la vez que se aprenda a enseñar. Es el esfuerzo como factor de emancipación, como motor del desarrollo de la inteligencia y la formación moral. Nada inadvertida debe pasar esta concepción.

Como todo perfeccionamiento moral, educa en la exigencia. Muy coherente resulta entonces su definición de los exámenes, cuando sentencia: "Se tratará pues, de que los exámenes, tanto públicos como privados sean el galardón de los aplicados, el estímulo de los adormecidos, el reclamo de los perezosos y el desengaño y desahucio de los empedernidos e incurables".<sup>10</sup>

No se trata, no, de una posición elitista con respecto a la evaluación. Esta posición no está en contradicción con lo que debe ser el propósito de todo educador, en relación con lo cual apuntó: "la excelencia de un maestro no tanto debe vincularse en lograr un corto número de alumnos sobresalientes, cuanto en sacar todo el partido posible de la generalidad de sus discípulos; fin que tampoco puede conseguirse sin la cuali-

dad de hacerse respetable el maestro a los ojos de la juventud".<sup>11</sup>

Estamos ante una pedagogía del respeto, del esfuerzo y de la exigencia, en la cual no faltan la sensibilidad humana y el trato amoroso como base, ingredientes imprescindibles si el ser humano resulta el centro de la obra educativa. Dice entonces el "silencioso fundador": "El elogio discretamente manejado, dispensado con parsimonia y oportunidad es la mejor de todas las armas para conquistar la juventud. Más vale una palabra de aplauso para los alumnos que todo el oro del Perú. Esta sería la oportunidad de manifestar nuestras ideas acerca del resorte de la *emulación*, por ser algo diversas de las que reinan en la materia".<sup>12</sup> A lo que añadirá: "La dulzura unida con la constancia y la justicia, es siempre medio más seguro de alcanzar este objeto que no el rigor excesivo, o acompañarlo de la inconstancia y la desigualdad en el manejo de los alumnos".<sup>13</sup>

El educador que ha dicho que el mejor sistema de instrucción popular es el que alcanza a mayor número de individuos,<sup>14</sup> reclama, al mismo tiempo, un sello cualitativo para ese alcance al mayor número de personas. Así, dirá en su artículo "Sobre el método de enseñanza de las Escuelas Lancasterianas de Regla" en el *Diario de la Habana*, el 31 de diciembre de 1834: "La divisa de todo buen plan de educación debería reducirse a esta máxima: más vale una cabeza muy bien formada que una cabeza muy henchida".<sup>15</sup>

Y reiterará un mes después en el mismo diario, el 21 de enero de 1835: "No huyamos, no, no huyamos nunca el cuerpo a la discusión, que también al choque de las opiniones suelen saltar las preciosas chispas de la verdad".<sup>16</sup>

"¿No ve usted que fortificando el juicio de los niños desde la tierna edad con la continua explicación, se les acostumbra a que usen naturalmente de su propia cabeza, a que prefieran el saber bien al saber mucho, y a que no se metan en lo que no entienden? Así se les hace palpar que el hombre vale más por sus propias observaciones que por las ajenas aprendidas".<sup>17</sup>

<sup>10</sup> *Ibídem*, pp. 285-286.

<sup>11</sup> *Ibídem*, p. 292.

<sup>12</sup> *Ibídem*, p. 288.

<sup>13</sup> *Ibídem*, p. 293.

<sup>14</sup> *Ibídem*, p. 107.

<sup>15</sup> *Ibídem*, p. 112.

<sup>16</sup> *Ibídem*, p. 133.

<sup>17</sup> *Ibídem*, p. 141.

Obsérvese que está defendiendo la discusión, el contrapunteo de opiniones, a partir del cual “suelen saltar las preciosas chispas de la verdad”. Una pedagogía que se propone una emancipación, tiene que preparar al hombre para ejercer el criterio, para arribar a sus conclusiones, para pensar por sí. Aquí está de nuevo el método, el método que se aparta de lo dogmático, de lo establecido, de lo repetitivo, y en el choque de opiniones ve la diversidad de la vida misma y la educación del hombre en pensar, a lo que añadirá el juicio de valor, la del hombre que vale por sus propias observaciones más que por lo ajeno aprendido sin nexo con su realidad.

Apreciemos, desde un simple esbozo de algunas ideas de Luz y Caballero, cuántas claves nos asisten para el trabajo en la escuela y muy en especial para el proceso de formar a nuestros maestros.

Veamos a continuación algunas ideas de José Martí que nos trazan pautas fundamentales para los problemas de la dirección del proceso docente-educativo. Tomemos como ejemplos cinco tópicos de incuestionable actualidad:

1. La necesidad de tomar en cuenta la realidad y particularidades de los alumnos a quienes va dirigida la enseñanza.
2. La exposición oral en la clase.
3. El diálogo.
4. La labor de indagación por parte del alumno.
5. “Enseñar como sin querer”.

En su trabajo “Los indios en los Estados Unidos”, publicado en *La Nación* de Buenos Aires el 4 de diciembre de 1885, Martí habla sobre la necesidad de la educación del indio, reclamando atención para sus particularidades culturales. Al fundamentar la necesidad de diseñar esa educación en contenido y forma apropiados, dijo, para su tiempo y todos los tiempos: “Todo esfuerzo por difundir la instrucción es vano cuando no se acomoda la enseñanza a las necesidades, naturaleza y porvenir del que la recibe”.<sup>18</sup>

Aquí radica una clave trascendente en el pensamiento pedagógico del Apóstol. Obsérvese que no está hablando de diseñar planes de

instrucción; su planteamiento tiene que ver con el ser humano como centro de la atención. De ahí que concibe la necesidad de “acomodar” —adecuar, diríamos hoy día nosotros— la idea de la instrucción a las realidades, raíces y proyección de futuro de los seres humanos a quienes va dirigida.

Cuando en el pórtico del siglo *xxi* se habla con tanta naturalidad de que la aplicación de toda propuesta pedagógica debe partir de un *diagnóstico* de la realidad de los educandos, de lo que saben o no saben, de lo que piensan, de sus logros y limitaciones, de las características de su medio familiar y demás elementos que nos propician una confiable caracterización como punto de partida para la labor a desarrollar y como proceso que nos sigue acompañando a través del itinerario de la formación de esos educandos, no estamos haciendo otra cosa que poner al ser humano en el centro de nuestra atención como educadores, despojándonos de definiciones apriorísticas o esquemas pre-establecidos. La diversidad es la realidad de todo universo pedagógico. Reconocer diferencias, particularidades, necesidades para diseñar una labor educativa constituye el reclamo martiano a más de un siglo. Apréciense qué claridad y alcance el de José Martí en esta su concepción de partida.

Veamos a continuación algunas otras consideraciones suyas relacionadas con las *maneras de enseñar*.

En su trabajo “Clases orales”, correspondiente a los excelentes boletines que con el seudónimo de Orestes publicó en la *Revista Universal* de México en noviembre de 1875, nos entrega medulares recomendaciones para el uso de la exposición oral en la docencia.

Al respecto dice el joven Martí: “La variedad debe ser una ley en la enseñanza de materias áridas. La atención se cansa de fijarse durante largo tiempo en una materia misma y el oído gusta de que distintos tonos de voz lo sorpren-

<sup>18</sup> “Los indios en los Estados Unidos”, en *La Nación*, Buenos Aires, 4 de diciembre de 1885. En *Obras completas*, t. 10, p. 321.

dan y lo cautiven en el curso de la peroración. La manera de decir realza el valor de lo que se dice: tanto que algunas veces suple a esto.

"(...) la naturaleza humana y sobre todo, las naturalezas americanas necesitan que lo que se presente a su razón tenga algún carácter imaginativo; gustan de una locución vivaz y accidentada; han menester que cierta forma brillante envuelva lo que es en su esencia árido y grave. No es que las naturalezas americanas rechacen la profundidad; es que necesitan ir por un camino brillante hacia ella.

"(...) Los conocimientos se fijan más en tanto se les da una forma amena.

"(...) Viven las clases de la animación y el incidente. Necesita a veces la atención cansada un recurso accidental que la sacuda y reanime.

"(...) Frecuente es en las tierras americanas el don de la palabra, y antes es aquí difícil hallar quien la tenga penosa; la exuberancia de estos pueblos vírgenes se manifiesta poderosamente en todas las formas. Es a más cosa cierta que no se habla mal de aquello que se conoce bien".<sup>19</sup>

Absoluta vigencia tienen estas consideraciones martianas, que bien pueden estimarse clásicas para este método que él comenta. La exposición oral que por nuevas y variadas técnicas que se empleen, no ha perdido ni debe perder el justo lugar que le corresponde en la labor pedagógica; exposición oral que no puede confundirse en ningún momento con el verbalismo estéril; exposición oral que, sin absolutizarse, tiene una utilización imprescindible. ¿Podiera alguien negar que una buena utilización de los métodos de exposición oral pueda no hacer pensar a los alumnos, aun cuando no se manifiesten de forma externa?

Martí nos explica la significación didáctica que tienen los distintos tonos y matices de la voz en lo que se quiere expresar. Saben los profesores cómo los diferentes tonos de la voz indican al alumno lo más significativo e importante de lo que quiere tratar. Esos matices y tonos ayudan a distinguir lo esencial de lo secundario, a desta-

car las cuestiones más importantes, a precisar resúmenes parciales, mientras se intercambia con los alumnos; a dejar expresadas con claridad las ideas que deben quedar como conclusiones de la clase.

Se pronuncia por la animación y el entusiasmo como cualidad de las clases orales, lo que nos debe llevar a pensar con sentido crítico o como alerta contra el aburrimiento, la monotonía y las maneras de exponer poco atractivas que conducen al cansancio y la desmotivación de los alumnos; problema no siempre resuelto a más de cien años de estas palabras y cuya solución no es sólo el dominio que se posea del contenido y de los fundamentos teóricos de los métodos de enseñanza.

Cuando Martí nos dice que la manera de decir resulta tan importante como lo que se dice, no niega que contenido y método constituyan una unidad, por eso no nos dejará de precisar que *nadie habla mal de lo que conoce bien*. La hiperbolización de cualquiera de estos dos componentes o la subestimación de uno de los dos, ha llevado a serios errores en el campo didáctico.

Por otra parte, resulta aleccionador que este maestro mayor de la exposición oral, que cautivó a sus alumnos y diferentes auditorios con su elocuencia y belleza en las maneras de decir, no hiperbolizó ese método. Él, que tuvo la misión de aunar voluntades, de convencer, de movilizar, de fomentar patriotismo que después se tradujo en la conducta masiva de los buenos cubanos que abrazaron la causa de la independencia, prestó siempre privilegiada atención a la opinión del interlocutor, porque consideraba mucho la participación de quienes compartían con él lo que se enseñaba o discutía. Así, en los tiempos fundadores del Partido Revolucionario Cubano, cuando intensificaba de manera marcada su labor educativa, cuando orientaba que había que reunir a los patriotas de la emigración para explicar, razonar, esclarecer, decía: "La conferencia es monólogo y estamos en tiempos de diálogo. Uno hablará sobre un tema y luego preguntarán y responderán sobre él. Unas veces por lo alto del asunto, será la conferencia sola. Otras será el

<sup>19</sup> "Clases orales", en *Revista Universal*, México, 18 de junio de 1875. En *Obras completas*, t. 6, pp. 235-236.

*trato en junto* de nuestras ideas esenciales, para acallar una duda, para entender una institución política, para conocer el alcance de un programa social...”<sup>20</sup>

Aquí se está pronunciando por un método que incorpora la opinión, la pregunta, el razonamiento del otro al asunto que quiere aprenderse, a la idea que quiere estudiarse, al concepto que se desea aclarar y consolidar. Él nos habla del “trato en junto de nuestras ideas”. A esto, los tratadistas de didáctica del siglo xx le llamarían método de elaboración conjunta. Bajo cualquier denominación o matices de ella, estamos ante una concepción pedagógica que reconoce y reclama la participación del alumno que pregunta, interviene, opina, participa en la elaboración del conocimiento y de su propia formación. Ésta fue una característica de su labor pedagógica.

Este orador brillante, el defensor del diálogo y la participación del auditorio, también expresa una consideración sobre el papel de la indagación y el descubrimiento. Así, el 2 de febrero de 1895, en una de las bellísimas cartas a la niña María Mantilla le entrega consejos sobre el estudio y le dice, a propósito de una consulta en libros que le recomienda: “tú hallarás, no se sabe bien sino lo que se descubre”.<sup>21</sup>

Aquí tenemos una idea martiana que constituye esencia de una pedagogía que se plantea el desarrollo del alumno a partir de su propio esfuerzo intelectual. Cuando en nuestros días nos pronunciamos por un tipo de clase que no tenga que “decirlo todo” al estudiante, sino que privilegie espacio a la orientación de su actividad independiente para que busque, indague, investigue a su nivel, descubra —lo que para él puede

ser perfectamente un “descubrimiento”, aunque no lo sea para la ciencia—, estamos ante una concepción didáctica que confía en las posibilidades del alumno como ser pensante, como sujeto y activo agente de su aprendizaje.

José Martí, quien nos aporta una clara, útil y vigente concepción de la exposición oral, del diálogo y de la necesidad de que nuestros alumnos indaguen y descubran, también nos entrega una clave para el proceso de siembra de ideas.

Al respecto dice a los niños en la revista *La Edad de Oro* en la lectura titulada “La *Ilíada* de Homero”: “En la *Ilíada*, aunque no lo parece, hay mucha filosofía y mucha ciencia, y mucha política, y se enseña a los hombres *como sin querer...*”<sup>22</sup>

Ésta es una de sus estupendas claves metodológicas: inculcar ideas como indirectamente, sin necesidad de proclamar, sino confiando en la inteligencia de los niños, de los jóvenes, en su capacidad para sacar sus propias conclusiones en un encuentro con hermosas maneras de decir que ponen a pensar y que motivan a hacerlo y que contribuyen, sin dudas, a lo más importante: el mejoramiento humano.

• • • •

<sup>20</sup> “Los clubs”, en *Patria*, 11 de junio de 1892. En *Obras completas*, t. 2, pp. 16-17.

<sup>21</sup> Carta a María Mantilla del 2 de febrero de 1895. En *Obras completas*, t. 20, pp. 212-213.

<sup>22</sup> “La *Ilíada* de Homero”, en *La Edad de Oro*, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1994, pp. 31-32.

# José de la Luz Caballero y el ambientalismo

Mariana Serra García



Recientemente, en varios países latinoamericanos ha surgido el interés de repensar y reconstruir sus respectivas historias desde una perspectiva ambiental, valiéndose, en principio, de diversas fuentes informativas y de herramientas y métodos provenientes de diferentes disciplinas. Se ha considerado, asimismo, que los textos de un grupo de autores dan cuenta de la existencia de un pensamiento ambiental en el contexto latinoamericano, a pesar de que éste todavía “es un planteamiento en formación que, para consolidarse, encuentra en su camino muchos obstáculos epistemológicos”.<sup>1</sup>

En opinión del colombiano Augusto Ángel Maya —uno de los teóricos del ambientalismo latinoamericano—, esa situación se debe, en parte, a la propia formación del pensamiento moderno, argumentando que “el pensamiento ambiental incipiente, presente en Spinoza y en algunos pensadores de la Ilustración fue sepultado por la filosofía kantiana”,<sup>2</sup> con ella “se instala en la ciencia moderna la separación tajante entre ciencias de la naturaleza y ciencias del ‘espíritu’, que no se refieren como podría sugerirlo

MARIANA SERRA GARCÍA

Profesora de Literatura y Cultura Cubanas en la Facultad de Artes y Letras de la Universidad de La Habana, licenciada en Lengua y Literatura Hispánicas, ha publicado diversos ensayos y artículos referidos a la ciencia y la técnica en *La Edad de Oro* y otros referidos a textos de obras de Eugenio María de Hostos, *La Auroa* y *El Productor*, así como acerca de Carlos Baliño y las universidades en el Caribe. Su Doctorado, en preparación, se basa en la tesis: José Martí y la educación ambiental.

su nombre a la teología o a las ciencias del más allá, sino a las disciplinas que estudian al hombre”.<sup>3</sup> Afirma asimismo que con el predominio del positivismo y su estrategia básica de la especialización en el desarrollo del conocimiento, “la

<sup>1</sup> Augusto Ángel Maya: “Desarrollo sustentable o cambio cultural. Una reflexión sobre el desarrollo agrario”, en *La gallina de los huevos de oro. Debate sobre el concepto de desarrollo sostenible*, CEREC/Ecofondo, Santafé de Bogotá (Colombia), 1998, p.102.

<sup>2</sup> Ídem.

<sup>3</sup> Ídem.

consecuencia ha sido la incapacidad de la ciencia moderna para entender y manejar sistemas y, por supuesto, para ubicar al hombre dentro del sistema de la naturaleza".<sup>4</sup> De ahí las dificultades afrontadas en este período en que se transita hacia un nuevo paradigma y la multiplicidad de perspectivas—incluso contradictorias—"que se ventilan en las discusiones de la endogamia ambiental".<sup>5</sup>

Aunque hay dos variantes fundamentales en el entendimiento de lo ambiental. Una, la que pone énfasis en la "naturaleza" (conjunto de elementos y sistemas bióticos y abióticos, bien con la exclusión del hombre o con su inclusión, pero restringida a lo biológico); la otra, intenta adentrarse en las interrelaciones de los seres humanos y su entorno biótico y abiótico. Hoy día tiende a imponerse el criterio de que el ambiente—entendido como sistema de interrelaciones entre procesos ecológicos, socioeconómicos y culturales—"debe ser estudiado con un enfoque sistémico y una metodología interdisciplinaria para ser comprendido cabalmente".<sup>6</sup>

A propósito de estas cuestiones y al calor del bicentenario de José de la Luz Caballero (1800-1862), es dable preguntarse si éste pudiera ser incluido en los antecedentes del pensamiento y la educación ambientalistas en el contexto latinoamericano. Recuérdese, de inicio, que "los quince años que median entre 1835 y 1850 constituyen uno de los períodos más importantes del proceso espiritual de los pueblos latinoamericanos"<sup>7</sup> y que el destacado pedagogo cubano "es

el punto culminante de la filosofía y otras ramas del pensamiento que en aquella época se produjo en América Latina",<sup>8</sup> como indica A. Dessau, quien agrega que "si los conceptos de José de la Luz y Caballero se despojan del ropaje de antaño en que andan presentados, suenan tremendamente actuales".<sup>9</sup> Mucho antes, Enrique José Varona—en la "Lección inaugural" de sus *Conferencias filosóficas*, 1880—ya había afirmado que fue "un verdadero precursor de doctrinas que hoy se predicán con aplauso en los centros de la cultura humana".<sup>10</sup> Entonces, ¿qué elementos pudieran validar la extensión de esa condición precursora respecto de las teorías ambientalistas en los umbrales del siglo XXI?

## I. La vinculación naturaleza-hombre-sociedad

En varios de sus textos, Luz actualiza el término *naturaleza* en su acepción más corriente—y a la vez más antigua—de principio de vida y movimiento de todas las cosas existentes. Se ha estimado que todos los significados de este término quedaron resumidos en la definición de Aristóteles, según la cual es "la sustancia de las cosas que tiene el principio del movimiento en sí mismas".<sup>11</sup> Al excluir Aristóteles la accidentalidad en su definición de naturaleza quedaba fuera la acción del hombre. "Tal concepto, que es, en suma, la síntesis de los dos conceptos fundamentales de la metafísica aristotélica, los de sustancia y de causa, dominó por mucho tiem-

<sup>4</sup> Ídem.

<sup>5</sup> Ídem. Con la citada apreciación concuerda Germán Palacio, para quien "la preocupación por la relación entre 'naturaleza' y 'convención' está presente desde la filosofía griega, antes de Sócrates", pero ahora "vivimos un período de transición paradigmática", "todavía distante de ser aceptado por las corrientes predominantes basadas en ciencias y disciplinas escindidas tajantemente desde la separación propuesta por Kant entre la 'razón pura' y la 'razón práctica'". "La naturaleza en disputa. Tierra, territorio y biodiversidad", en *La manzana de la discordia*, segunda edición, Ecofondo, Colombia, 1998, p. 2.

<sup>6</sup> CIDEA/CITMA/UNESCO: *Estrategia Nacional de Educación Ambiental*, La Habana, 1997, p. 25.

<sup>7</sup> Adalbert Dessau: "Conceptos de José de la Luz y Caballero sobre el arte literario", en *Letras. Cultura en Cuba*. Prefacio y compilación de Ana Cairo Ballester, La Habana, 1989, t. 6, p. 303.

<sup>8</sup> *Ibidem*, p. 305.

<sup>9</sup> *Ibidem*, p. 309.

<sup>10</sup> Enrique José Varona: "Lección inaugural", en *Conferencias filosóficas* (Primera serie). Lógica, La Habana, 1880. Citado en *Obras de Don José de la Luz Caballero*. Coleccionadas y publicadas por Alfredo Zayas Alfonso, La Habana, 1890, p. 19.

<sup>11</sup> Nicola Abbagnano: *Diccionario de Filosofía*, La Habana, 1966, p. 837.



po en la especulación occidental y nunca ha sido abandonado del todo...".<sup>12</sup>

Para nuestro pensador decimonónico, "todo está animado en la naturaleza. Siempre el espíritu en la materia, hasta en el último guijarro./ ¿No está la atracción en todos los cuerpos? ¿Y las fuerzas hasta en los más inertes?/ ¿Dónde deja de estar la vida en la naturaleza? ¿Y qué es la vida sino el resultado del alma, o del espíritu, o fuerza, o causa que viene a parar en substancia?...".<sup>13</sup> De esta cita pudiera inferirse cierta cercanía con las concepciones que propugnó Spinoza en su *Ética*. Con este y otros filósofos, Luz tiene en común la identificación de la causalidad en la naturaleza con la omnipotencia creadora de Dios (causa primera o eficiente). En un aforismo suyo de 1845 expresaba: "¡Ah Naturaleza! ¡Naturaleza! por mejor decir ¡Oh Dios! ¡Oh Dios! que hasta en los *matices* de los olores nos ofreces el infinito y la idea, el plan preconcebido por excelencia...".<sup>14</sup> Y en otro del mismo año: "la realidad excede a la imaginación, pero cede a la idea, que se pierde en la mente del Altísimo, donde nos perdemos nosotros, pobres riachuelos del inmenso piélagos...".<sup>15</sup> Como puede observarse, el sentido de movimiento queda enfatizado por la similitud entre la *creación* y un piélagos inmenso. La imagen del mar —tan del gusto romántico— tiene, además, un gran poder de sugerencia asociativa con las interpretaciones míticas de diferentes culturas, así como con teorías científicas en relación con el origen de la vida.

Manuel Sanguily —en su conocido libro sobre Luz, de 1890— apreció una mezcla de panteísmo y deísmo en el *Texto de lectura graduada para ejercitar el método explicativo* (La Habana, 1833), que le pareció incongruente "en un pensador que tanto recomendó desde temprano el estudio de las ciencias naturales, que tanta importancia dio luego al de la física y que llegó a ser un preconizador apasionado de la observación y de la experiencia",<sup>16</sup> al punto de considerarlo un hombre diferente del impugnador de V. Cousin: "el uno no es más que un creyente, el otro es un pensador superior".<sup>17</sup> Es cierto que en ese texto escolar para niños, y aun después, Luz representó la naturaleza como obra de un plan preconcebido por un ser sobrenatural, debido a lo cual "todos los que se mueven sobre la tierra, son suyos", pero eso no resultaba óbice para que transmitiera, al mismo tiempo, una noción de naturaleza como totalidad de las cosas creadas, a las cuales resultaban inherente su propia causalidad. De modo que, tanto la totalidad como las partes estaban dotadas de movimiento, o de "alma" (que proviene del latín *ánima*), vocablo al que Luz dio, entre otros, el significado de energía que impulsa la existencia.<sup>18</sup> Precisamente del hecho mismo de la existencia, como semejanza esencial entre todas las cosas, dependerá la articulación de una ética del sujeto con su entorno, siendo, en definitiva, componentes necesarios para la armonía del gran todo, en la cual tiene gran responsabilidad el

<sup>12</sup> Ídem.

<sup>13</sup> José de la Luz Caballero: *Obras...*, ed. cit., p. 42.

<sup>14</sup> Ídem.

<sup>15</sup> Ídem.

<sup>16</sup> Manuel Sanguily: *José de la Luz y Caballero (Estudio crítico)*, La Habana, 1962, p. 47.

<sup>17</sup> *Ibidem*, p. 82. Carlos Rafael Rodríguez abordó esta cuestión —en su ensayo sobre Luz de 1947— citando literalmente a C. Marx: "El deísmo no es, por lo menos para los materialistas, más que un modo cómodo e indolente de deshacerse de la religión". El juicio de Marx sobre Bacon y Locke —"los más cercanos inspiradores" confesados por Luz— sirvió de apoyatura a C. R. Rodríguez para establecer una semejanza en las tentativas de conciliar religión y ciencia. ("José

de la Luz y Caballero", en *Letras. Cultura en Cuba*, ed. cit., p. 293).

<sup>18</sup> Al referirse a otra de las acepciones con que aparece el término *alma* en Luz, Isabel Monal concluye que "hay una desmixtificación del concepto religioso e idealista del alma al verla como un fenómeno psíquico natural cuyo órgano de funcionamiento es el cerebro". ("Tres filósofos del Centenario", en *Letras. Cultura en Cuba*, ed. cit., p. 230.) A. Dessau indica que alma aparece empleada como sinónimo de conciencia. (Ob. cit., pp. 306-307.) Ambos autores parecen remitirse a la definición dada por el propio Luz: "Sepamos que, para nosotros la palabra *alma* no representa más que la causa de los efectos que llamamos ideas...". (Continúa la réplica de Filolézes a la Res-

(continúa)

propio hombre. Según Luz, “el hombre no puede ser el término entre Dios y la creación”,<sup>19</sup> conducía a pensar en si “¿no es quizás una pieza del gran todo, destinada a desempeñar un movimiento especial o parcial, pero sin embargo, o por lo mismo, armonizador (sic)?”<sup>20</sup> Es decir, por su racionalidad, al hombre corresponde la tarea de garantizar la armonía en el concierto de ese gran todo en que está inmerso, lo cual no equivale exactamente a colocarlo por encima y mucho menos a divorciarlo de los demás seres, debido a esa singular facultad.

Porque, en efecto, Luz concibió la naturaleza como orden y necesidad, pudo afirmar que “no hay reino animal contrario al reino vegetal, sino un reino vegetal subordinado al reino animal; así como un linaje humano que contiene todo lo que hay en el animal, con el agregado importante de la racionalidad que lo sublima sobre los demás seres”.<sup>21</sup> El admitir relaciones de enlace y dependencia entre los variados componentes de la unidad del mundo —que luego explicaría la biología, por ejemplo, como interdependencias en la cadena trófica<sup>22</sup>— ubica a nuestro ideólogo del siglo XIX en la corriente que reconoce leyes y regularidades en la naturaleza que la ciencia puede descubrir, describir y comprobar. Esa noción está asociada —como bien se sabe— con la de la ley natural (jusnaturalismo), de gran importancia en lo moral y el derecho desde la Antigüedad hasta el siglo XIX.

Según Luz, la “justicia” e “inteligencia” que se intuyen en las leyes de la naturaleza benefician a la totalidad (llámese predominio de la especie sobre el individuo, bien común o utilidad del mayor número) y el sistema de la sociedad

no puede obrar de modo diferente; por tanto, aquel que se oponga a la ventaja de la comunidad estará faltando a su deber. Puesto que veía una correspondencia entre el grado de conocimiento de las leyes de la naturaleza y la axiología, si bien existía uniformidad en determinados principios fundamentales del comportamiento, basado en hechos o impresiones comunes a toda la humanidad, la moralidad se manifestaba de modo diverso en los pueblos conforme con su cultura.

Asimismo, Luz reparó en la existencia de contrarios como luna ley de la naturaleza. Al referirse en una de sucintas reflexiones a que la vida no es sólo placer, sino que ella también produce desengaños y dolores expresó: “¿No es esta la ley de la naturaleza? Rosas y espinas claro y oscuro. ¿De qué se queja, pues [el hombre]? Si se cierra una puerta suelen abrirse dos...”<sup>23</sup> Esa percepción está vinculada a que es la propia naturaleza la forjadora de la identidad como de la diversidad; legitimando así esta última en cualquiera de sus manifestaciones.

Las diferencias en la religión y en las teorías filosóficas constituyen para Luz una expresión de la propia diversidad del mundo y de las tentativas para comprenderlo en su totalidad. Opinó que “por eso estas cuestiones jamás podrán resolverse de un modo *absoluto*, tiene unas mismas y diversas necesidades el alma humana, y modos diversos de satisfacer las mismas necesidades morales”.<sup>24</sup>

Nuestro criollo liberal —ideología a la que creyó inherentes la tolerancia y la imparcialidad en los juicios— insistió en el asunto de la diversidad de expresiones y fenómenos que puede

---

*(viene de la página anterior)*

puesta del Dr. D. Manuel González del Valle”, en *Diario de la Habana*, 11 de abril de 1840.)

<sup>19</sup> José de la Luz Caballero: *Obras...*, ed. cit., p. 28.

<sup>20</sup> *Ibidem*, p. 41.

<sup>21</sup> José de la Luz Caballero: *Elencos y discursos académicos*. Estudio preliminar por Roberto Agramonte, La Habana, 1950, p. 160.

<sup>22</sup> La solidaridad entre todos los organismos que conforman el sistema vivo se patentiza en los niveles tróficos,

red compleja, en la que se trasmite la energía a través de la alimentación, en dirección ascendente: los herbívoros se nutren de la energía acumulada en las plantas y algas mediante la fotosíntesis y los diversos niveles de carnívoros van superponiéndose, incluido el hombre, el cual —aunque omnívoro— no ocupa el pináculo sino los grandes carnívoros, algunos de los cuales han sido bautizados como “reyes” de la naturaleza.

<sup>23</sup> José de la Luz Caballero: *Obras...*, ed. cit., p. 43.

<sup>24</sup> *Ibidem*, p. 34.

generar una misma causa, insinuando o subrayando los factores que pueden influir en ello: "Las mismas doctrinas no producen el mismo resultado en diversos pueblos. Este fenómeno no ha escapado a los buenos observadores (...)

"Yo, sin tenerlos presentes, he tenido oportunidad de hacer igual observación con motivo del panteísmo que se echa en cara a la filosofía moderna, en Alemania.

"La raza septentrional nunca se despoja completamente de su carácter religioso, reverente, metafísico, y esencialmente grave y contemplativo (...)

"Es forzoso ser justos e imparciales. Sin esto no hay filosofía posible: no hay juicio superior y tranquilo ánimo que se cierne, y mira sobre el conjunto de las cosas, no hay síntesis".<sup>25</sup>

Con arreglo a la interrelación de lo uno y lo diverso, y de lo general y lo particular, Luz tomó en cuenta varios factores —además de la raza, mencionada en la cita anterior— para explicar la pluralidad de cosmovisiones o interpretaciones del mundo, siendo todas ellas una necesidad natural del espíritu humano. Entre esos factores incluyó el momento histórico, el medio geográfico y sociocultural, el desarrollo de los conocimientos y las psicologías individuales, acercándose a la par que distanciándose de las interpretaciones positivistas.

El mundo —aunque sujeto a un orden o sistema— no permanece inmutable; noción que asoma en los textos de Luz asociada al concepto de movimiento, al de transformación de la materia y a la idea de progreso. Por ejemplo, apareció peculiarmente expresada en un aforismo, en el cual comentaba acerca del dogma de la resurrección de la carne y la metempsicosis, considerándolos profundos porque satisfacían las ansias de la humanidad por goces corporales perdurables, "como representación de las transformaciones en el mundo físico" y "como reemplazo de unas razas por otras".<sup>26</sup> Esta última apreciación, en particular, prefiguraba las teorías de la evolución de las especies, aun cuando estimó que, siendo el origen del mundo y del hombre, así como el destino de éste, los gérmenes de toda filosofía y de muchas religiones todavía se mantenían envueltos en una oscuridad que

—antitéticamente— "alumbra nuestro entendimiento y temple nuestro corazón!"<sup>27</sup> El pensador cubano soslayó la superficialidad y el mecanicismo del materialismo dieciochesco, al igual que refutó las interpretaciones metafísicas, en sus tentativas de explicar el origen o la causa de seres, cosas y fenómenos, en lo que creyó pertinente indagar, teniendo la evolución del conocimiento como premisa; por consiguiente, "si cambian nuestras ideas acerca del mundo y sus fenómenos, por virtud de los nuevos descubrimientos, cambian igualmente nuestras ideas acerca de la causa primera y de todas las cuestiones ontológicas", criterio que Sanguily transcribió,<sup>28</sup> a colación del entendimiento lucista de las relaciones entre física y metafísica. Sobre el mismo aspecto volvió Carlos Rafael Rodríguez, destacando que Luz "veía a Dios como una concepción relativa, producto de las diversas ideas a que llega el hombre sobre el mundo y sus fenómenos".<sup>29</sup>

También resaltó Sanguily que su maestro "tenía al hombre por una unidad resultante del cuerpo y de aquella *energía* a que comúnmente apellida también *alma*; pero soldados ambos por tan íntima manera, que sería difícil no ya separarlos, sino distinguirlos en su superior unificación".<sup>30</sup> Consecuentemente, para Luz el estudio del hombre representaba no sólo su atención en tanto ser biológico, sino también en el aspecto moral y social, como correlato de la unidad y diversidad del mundo. Y, aunque expresó que "el filósofo debe impacientarse, no desesperarse, en la causa de la humanidad",<sup>31</sup> no creía que el estudio del hombre fuera objeto exclusivo de los filósofos. Cuestionaba si "será posible que el hombre pueda ganar por una parte sin perder por otra? / ¿Cuáles son las verdaderas pérdidas y cuáles las verdaderas ganancias? / Para contestar

<sup>25</sup> *Ibíd.*, p. 52.

<sup>26</sup> *Ibíd.*, p. 34.

<sup>27</sup> *Ídem.*

<sup>28</sup> Manuel Sanguily, *ob. cit.*, p. 117.

<sup>29</sup> Carlos Rafael Rodríguez, *ob. cit.*, p. 294.

<sup>30</sup> Manuel Sanguily, *ob. cit.*, p. 95.

<sup>31</sup> José de la Luz Caballero: *Obras...*, ed. cit., p. 51.

debidamente es necesario que todos los dogmas comparezcan ante el tribunal de la razón, con audiencia de la humanidad./ ¿Deberá ésta ser exclusivamente representada por los filósofos?...”<sup>32</sup>

Hablando de los filósofos de la Antigüedad, distinguió a Aristóteles por ser quien más se acercó a la construcción de un sistema teórico integrador, pero, a su juicio, en cuanto al “... *ideal*, esto es, las aspiraciones, se llevó la palma Platón”.<sup>33</sup> Una de las tareas primordiales del filósofo —y, por ende, de la filosofía— debía ser la creación de ideales, que condujeran al género humano hacia su autorrealización. Por tanto, la misión del hombre es una perenne lucha en la vida y por la vida, y no sólo una eterna aspiración de remontar el mundo terrenal (al que caracteriza como lodazal y podredumbre), alzándose hacia un cielo, que no es su elemento. Esa lucha constante —de la cual es parte su propia autorrealización— entraña compromiso y deber. En relación con el concepto del deber dice en un aforismo: “este empeño de la Providencia por darnos a conocer nuestros deberes, así por la luz de la inteligencia como por los avisos del corazón, dice mucho, o dice todo, a favor de la excelencia de nuestro ser; o por lo menos en abono de la responsabilidad humana./Ante estos hechos calla todo lo demás”.<sup>34</sup>

De ahí su patente desacuerdo con cualquier manifestación de un sentido de posesión personal, aunque se tratara de cualidades del individuo por naturaleza: “Sería siempre más exacto que el hombre dijera, ‘hay en mí’, que *no tengo yo*, tal o cual facultad”.<sup>35</sup> En el discurso ético y humanista de Luz aparecen las marcas de la inclusión del sujeto en la totalidad. No sólo la modestia retórica influye en el frecuente empleo de la primera persona del plural (*nosotros*) en lugar de la primera (*yo*), enaltecida por el romanticismo. Pero, como romántico al fin, expuso su creencia de que el sentimiento es una facultad esencial en la relación entre los seres del mundo y lo que hace grande a la humanidad. Una de las más completas de sus definiciones es la siguiente: “el sentimiento, base de la ciencia, de la religión y del arte, vínculo del linaje humano, origen y padre del ideal: fuente de la seme-

janza y de la diferencia entre los hombres: él es quien los hace yo, él es quien los hace nosotros”.<sup>36</sup>

La amistad, el amor conyugal, el amor paterno, son —a juicio de Luz— manifestaciones concretas del amor al prójimo —concepto que desborda el precepto cristiano—, de una entrega y una disolución del yo en el *otro*. Así, enunció: “creo (a puño cerrado) en la virtud y amistad, más que nadie”.<sup>37</sup> Y, en otro momento: “ellas y siempre ellas, esposa e hija, en mi mente y en mi corazón, para consolarlos y contristarlos. Por aquí estoy unido a la humanidad, y por el amor al prójimo; más nunca por el amor a mí mismo, que es nulo”.<sup>38</sup> En cuanto a la idea de la unidad del género humano —valorizada por la Ilustración— y la de la sociedad como asociación de hombres libres, vale citar estas palabras de Luz: “a cada paso se tropieza con la falta de amor entre los hombres: reunidos no asociados; hombres, no hermanos!”<sup>39</sup> La falta de amor entre los hombres es tomada como muestra de la irreligiosidad que cunde en la sociedad moderna. Pensaba asimismo que “es menester, pues, no separar la inteligencia del corazón: el hombre no nació para el egoísmo, sino para la expansión: la necesidad de una síntesis le atormenta incesantemente, y no encontrándola en lo que le rodea... se lanza hasta otra vida en pos de su destino”.<sup>40</sup> El cristianismo ofrecía una síntesis omnicompreensiva, pero, al mismo tiempo, “los moralistas cristianos son los que más han *confiado en y desconfiado de* la naturaleza humana, verdaderos conciliadores”.<sup>41</sup>

A tenor de esas concepciones, denunció la moral doble e hipócrita en la sociedad cubana

<sup>32</sup> *Ibíd.*, p. 43.

<sup>33</sup> *Ibíd.*, p. 44.

<sup>34</sup> *Ibíd.*, p. 33.

<sup>35</sup> *Ibíd.*, p. 41.

<sup>36</sup> José de la Luz Caballero: *Elencos...*, ed. cit., p. 161.

<sup>37</sup> José de la Luz Caballero: *Obras...*, ed. cit., p. 28.

<sup>38</sup> *Ibíd.*, p. 29.

<sup>39</sup> *Ibíd.*, p. 31.

<sup>40</sup> José de la Luz Caballero: *Elencos...*, ed. cit., p. 183.

<sup>41</sup> José de la Luz Caballero: *Obras...*, ed. cit., p. 43.

de su momento. Así, cuando se refirió a la “la inteligencia del precepto ‘amar al prójimo como a sí mismo’”: “Y qué escandalosa disonancia con ese precepto fue el cumplido que con aire festivo y adulón le hizo un San Antoniero a J., sobre darle un bocabajo (mancha el estamparlo!) al negro con quien iba cuando cayó del caballo; fuera de que no hubo culpa en el negro. Y a la cuenta era hombre de aspecto dulce y amable, pero me hizo daño, y se necesita todo el amor cristiano para compadecer a estas alimañas que producen los suelos esclavos”.<sup>42</sup>

Obviamente, el razonamiento de Luz se basa en que si la hermandad entre los hombres proviene de que todos son “hijos de Dios” (lo cual está asociado, por demás, a la idea de la igualdad por naturaleza), una sociedad colonial y esclavista resulta contraria tanto a los mandamientos del Evangelio como a la armonía que se deriva de las leyes de la naturaleza. En fin, el conocimiento de la naturaleza induce el amor y el respeto hacia todos los seres —humanos o no—, porque todos cumplen una función precisa y necesaria en la propia existencia de la totalidad del mundo.

## II. La búsqueda de una aprehensión y una interpretación sistémica y multidisciplinaria de la unidad y diversidad del mundo

“Estudiar directamente la naturaleza y el hombre, el universo y la humanidad, ni más ni menos que como lo hace en su esfera un físico, por medio de la *observación* y la *experiencia*, era en resumen lo que, siguiendo preceptos baconianos, recomendaba aquel cubano eminente desde 1838...”.<sup>43</sup> Para Luz, la naturaleza tiene existencia objetiva y constituye estímulo del conocimiento, así como criterio de verdad. Afirmó que “el espacio está para el sentido, el tiempo para la memoria./ No los ponemos en el entendimiento, sino que *están en la naturaleza para el entendimiento, de lo contrario todo sería subjetivo*”.<sup>44</sup>

La aproximación a la verdad de los seres y las cosas era —a juicio de Luz— una resultante de la relación entre el sujeto y el objeto, y de un cotejo de semejanzas y desemejanzas. En uno

de sus textos enuncia: “La conciencia es el campo en que se encuentran el yo con el no-yo: aquí la diferencia y la identificación”.<sup>45</sup> En el análisis de Sanguily sobre estas concepciones de Luz, indicó su originalidad respecto de la denominada filosofía de lo absoluto y particularmente a Kant.<sup>46</sup>

También se ha dicho que escapó a la contraposición de sensualismo y racionalismo; inclinándose hacia un método de conocimiento que aunara la inducción y la deducción, a la que emparentó con la intuición. Con una imagen un tanto “erótica” describió una vía de conocimiento aparentemente no sensorial, ni racional o intuitiva, y que aún menos se trata del innatismo o de la revelación de la teología, a la cual denominó “*aparición por el efecto, y elaboración virtual e inconscia por la causa y el procedimiento*”.<sup>47</sup> De esa manera aludía a la condición inicial del estímulo y a la relación objeto-sujeto en el proceso del pensamiento, sobre lo que fue insistente: “llega el espíritu a ser hermafrodita en la producción de las ideas; pues no ha menester más que pensar sobre lo que ya tiene concebido, para engendrar y dar a luz nuevos hijos./ El mundo sólo le sirve de ocasión, de motivo...”.<sup>48</sup> Ésta es una de las veces en que espíritu viene a ser equivalente de conciencia, la cual “considera como factor activo de la apropiación del mundo —y, con este de sí mismos— por los hombres, efectuada por la totalidad de los sentidos como órganos ‘externos’ y las diferentes formas de conciencia como órganos ‘internos’”.<sup>49</sup> Eso significa que —como estima A. Dessau con razón— “Luz Caballero resulta inmensamente superior tanto al eclecticismo, como al positivis-

<sup>42</sup> *Ibidem*, p. 35.

<sup>43</sup> Manuel Sanguily, *ob. cit.*, p. 91.

<sup>44</sup> José de la Luz Caballero: *Obras...*, ed. cit., p. 53. (El subrayado es mío, *M. S.*)

<sup>45</sup> *Ibidem*, p. 40.

<sup>46</sup> Manuel Sanguily, *ob. cit.*, p. 99.

<sup>47</sup> José de la Luz Caballero: *Obras...*, ed. cit., p. 45.

<sup>48</sup> José de la Luz Caballero: *Obras...*, ed. cit., p. 40.

<sup>49</sup> Adalbert Dessau, *ob. cit.*, p. 307.

mo, que ya estaba generándose así en América Latina como en la escala internacional”.<sup>50</sup>

Para el eminente pensador cubano de la primera mitad del XIX, “todos los sistemas filosóficos ‘desnudan a un santo para vestir a otro’./ La gracia estaría en vestir a todos sin desnudar a nadie...”,<sup>51</sup> y amplía esa conclusión diciendo: “funesto divorcio entre las ciencias. Aquí es donde debe cifrarse la gran conciliación”.<sup>52</sup> Sostuvo que, tal como la naturaleza, la ciencia no es más que una; por consiguiente, su división resultaba solamente un procedimiento *artificial*, para entender las diversas leyes que obran simultáneamente en el sistema.

En relación con las diferencias entre la percepción común de la naturaleza y la que se alcanza por medio del conocimiento científico, Luz se aproximó a una concepción que —como ha indicado N. Abbagnano— “se puede entrever como presupuesta o implícita en las operaciones efectivas de la investigación científica y en algunos análisis de la metodología científica contemporánea”.<sup>53</sup>

Como bien han señalado los críticos, Luz había declarado la dificultad de que no en todas las ciencias particulares pudieran obtenerse resultados y avanzar mediante la experimentación, desde la perspectiva de los procedimientos y herramientas al alcance de su época. Una de las ciencias que tomó como ejemplo fue la medici-

na, porque —a su juicio— experimentar en el campo de la fisiología suponía la destrucción del propio objeto de estudio. Se conoce que todavía hoy la experimentación en seres humanos vivos, entre otras importantes cuestiones de parecido carácter, son fuertemente debatidas en el ámbito de la bioética, tanto en el sentido de ética ambientalista y ciencia de la supervivencia, como de la manera en que se comprende dentro de la práctica médica, en la cual aún es palmario el divorcio de paradigma entre tecnologismo y biologismo; del cual tampoco escapó Luz, si memorizamos su recomendación de que se utilizaran, amén de la observación como método no agresivo por excelencia, otros medios similares para la etiología de las enfermedades, en función más que de curar, de preservar y elevar la calidad de vida del hombre sano.

Aún más, al emplear el mencionado ejemplo dentro de su argumentación contra el eclecticismo cousiniano, Luz hacía evidente que al diseccionar un organismo vivo, sus partes ya no son las mismas, dado que se ha producido un cambio sustancial de sus propiedades en el funcionamiento conjunto. De modo que tampoco estuvo muy alejado del concepto de *sinergia* empleado luego por la descripción científica, y de que la complejidad del sistema del mundo no era una simple suma en una relación mecánica, sino una intrincada interacción dinámica de todos sus componentes.

Esas concepciones epistemológicas tuvieron correspondencia con su práctica docente y su ideario pedagógico. El testimonio de la intelectualidad coetánea y de sus discípulos, así como el imaginario popular, lo inscribieron en la historia de la cultura cubana como “maestro de todas las ciencias”. La dimensión de esa trascendencia resulta mayor, al ser partidario de una integración de saberes que posibilite no sólo conocer de manera acertada el mundo, sino que, respetando las leyes de la naturaleza, contribuyera a hacerlo mejor para beneficio de toda la humanidad. De gran importancia, en ese sentido, es el énfasis que puso en la responsabilidad del hombre para garantizar el equilibrio en la naturaleza —a la cual está integrado— y de su

---

<sup>50</sup> Ídem.

<sup>51</sup> José de la Luz Caballero: *Obras...*, ed. cit., p. 44.

<sup>52</sup> Ídem.

<sup>53</sup> Nicola Abbagnano, ob. cit., p. 840. Agrega que, en este caso, el concepto de naturaleza, no se identifica con un principio o con una apariencia metafísica ni con determinado sistema de relaciones necesarias, sino que puede ser determinada, en cualquier fase del desarrollo cultural de la humanidad, como la esfera de los objetos posibles de referencia con las técnicas de observación que la humanidad posee. Se trata, como es obvio, de una concepción funcional y no dogmática, que hasta ahora no ha sido objeto de indagaciones metodológicas suficientes para su clarificación, pero que parece, sin embargo, ser requerida para la fase actual de la metodología científica. (Ídem.)

recreación —como trasunto— en la sociedad, e igualmente en que una de las primordiales tareas de la educación, de la ciencia y otras formas de la cultura era construir valores y mentalidades proclives a la tolerancia y el respeto hacia la diversidad en que se manifiesta todo el sistema del mundo. Porque quizás intuyó, acorde con el conjunto y el curso de sus reflexiones, que la desestimación del “orden” de la naturaleza en la sociedad moderna y la actitud egoísta del hombre, podrían acarrear cambios esenciales en las propiedades del todo en que se encuentra in-

merso. Estos aspectos de su legado avalan la imagen martiana del sembrador, que en el presente legitima el pensamiento, la ética y la educación ambiental, desde la perspectiva latinoamericana.

• • • •

# XXXI CONFERENCIA ANUAL DE LA ASOCIACIÓN DE BIBLIOTECAS UNIVERSITARIAS, DE INVESTIGACIÓN E INSTITUCIONALES DEL CARIBE (ACURIL)

Con la asistencia de más de 200 representantes de casi una veintena de países de la región caribeña, junto a especialistas internacionales, esta Conferencia con sede en La Habana, del 27 de mayo al 2 de junio del 2001, presenta un tema central:

*La ciencia de la información frente a los paradigmas del nuevo milenio: la revolución del conocimiento y las tecnologías de la información.*

En el contexto de esta importante reunión, también se desarrollarán las conmemoraciones por el *centenario de la Biblioteca Nacional José Martí*, cuya fecha fundacional, gracias al empeño de personalidades de la cultura cubana y el independentismo, data del 18 de octubre de 1901.



# ENTRE EL Autor Y EL Lector

## ***Gente del Llano***

***Enrique Oltuski***

Ediciones Imagen Contemporánea,  
Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortíz,  
La Habana, Cuba, 2000,  
284 pp, 10,5 x 17,5 cm, rústica cromada.

**JOYA HISTÓRICA, TESTIMONIAL** y literaria cubana de este siglo es, desde su aparición, esta obra que nos entrega Oltuski, un libro, según su autor, para todos los integrantes del pueblo: obreros, campesinos, intelectuales y, muy en especial, para los menores de 40 años, para los más jóvenes, quienes no conocieron ni padecieron la Cuba neocolonizada, con su carga predominante de pobreza, miseria, incultura, corrupción y terrorismo de Estado; con sus carencias de soberanía y autodeterminación. Un libro para todos, pero, en primer lugar, para las generaciones que no pudieron ser actoras, colaboradoras o testigos del bregar patriótico, ético, heroico y abnegado de quienes empuñaron las armas para barrer con la ignominia y construir, desde 1959,

una sociedad plenamente independiente, libre, justa, participativa y humana.

El Movimiento Revolucionario 26 de Julio —fundado, organizado y dirigido por Fidel Castro— fue protagonista principal de nuestra última y definitiva gesta libertadora. En ella, también combatieron contra la tiranía de Fulgencio Batista, el Directorio Revolucionario 13 de Marzo y el Partido Socialista Popular, con participación en tono menor y con disímil signo político, de otras organizaciones.

La estrategia original y certera, elaborada por Fidel, como su gradual implementación, determinaron la existencia de dos escenarios de lucha: el urbano, las ciudades y poblaciones, el Llano; las montañas y campos, la Sierra. En ambos, sus respectivos combatientes ganaron experiencias diversas, las cuales influyeron de manera profunda en sus conciencias, mientras derrochaban coraje.

Enrique Oltuski brinda, con honestidad, sentidos crítico y autocrítico enormes, un lúcido muestrario de vivencias personales como un recuento de sus experiencias en la vida clandestina y la de sus compañeros del Llano, así como recuerdos y reflexiones sobre las fraternales y complejas relaciones existentes entre los combatientes urbanos y sus hermanos de la Sierra. En el libro también se ilustran encuentros y desencuentros entre el Movimiento Revolucionario 26 de Julio y las demás organizaciones opuestas a la dictadura, hechos que constituyeron hitos insoslayables en el proceso gestor de la unidad revolucionaria siempre promovida por Fidel.

A su vez, el autor ofrece una vívida descripción de cómo un joven de clase media junto con sus compañeros se convirtieron, por obra y gracia de la lucha y propias motivaciones morales —entre dudas, tensiones, arrojadas acciones, sobresaltos, miedos y discusiones—, en revolucionarios cabales. Oltuski apela, una y otra vez, a sus recuerdos y meditaciones para presentarnos, en toda su dimensión humana, el ambiente de la universidad norteamericana donde estudio, los anhelos de sus discípulos estadouni-

denses, así como los criterios de éstos acerca de la América Nuestra, y la unidad de acción y esperanzas que se desenvolvía como algo raigal, natural y espontáneo, en medio de los educandos latinoamericanos de la Universidad de Miami, encabezados por el propio Oltuski. Él nos narra en estas páginas su incorporación a la lucha revolucionaria y despliega su visión muy terrenal, crítica, amorosa y admirativa —en uno u otro grado— con relación a Fidel Castro y el Che, Armando Hart y Faustino Pérez, Marcelo Fernández y Luis Buch, Rafael García Bárcena y otros mambises del siglo xx; pero no excluye, de este numeroso grupo que lo acompañó en el enfrentamiento al régimen batistiano, a personajes que con posterioridad traicionaron a Cuba, porque no desearon o no comprendieron una verdadera Revolución, como Carlos Franqui; ni a oportunistas amorales, ambiciosos y sin escrúpulos, como Orlando Bosch.

*Gente del llano* nos aporta datos esclarecedores de acontecimientos de suma importancia en la historia de Cuba, como la fallida huelga general revolucionaria del 9 de abril de 1958; la necesaria primacía de las tesis y la estrategia de la Sierra, de las tesis y la estrategia de Fidel para la consecución de la victoria revolucionaria, y por qué éstas se impusieron como resultado de los avatares de la guerra civil revolucionaria; la Reunión de la Rinconada en la Sierra Maestra por la Dirección Nacional del Movimiento Revolucionario 26 de Julio (diciembre de 1958), cuando la ofensiva rebelde hacía inminente el triunfo del 1° de enero del 59; así como la reacción fidelista, fervorosa, espontánea, masiva de todo un pueblo al producirse el colapso del batistato.

En los finales de su obra, Oltuski cuenta las sorpresas, los desconciertos y pasos preliminares de un joven revolucionario que, sin haberlo deseado nunca, se viera súbitamente convertido en ministro del Gobierno; la ineficiencia y contradicciones al interior del gabinete presidido por Manuel Urrutia con José Miró Cardona como premier, y algo que quiero resaltar: cómo y por qué Fidel Castro asume el cargo de primer ministro en febrero del 59, consolidando así el carácter revolucionario del proceso cubano.



En *Gente del llano* se nos descubre una destacada faceta de la personalidad soñadora, firme, enérgica, tenaz, valiente, cubana... muy cubana y patriota de Enrique Oltuski, hasta hoy desconocida por nosotros: la de escritor. Ahora sabemos que el dirigente insurreccional, el eficaz cuadro de la administración revolucionaria, es también el dueño de una pluma elegante, con sabor, ritmo, mucho criollismo y originalidad.

Recomendamos, por todo lo expuesto, no dejen nuestros lectores de contar con esta obra; advirtiendo que se trata de un texto polémico, por su tema y lo carente de censuras y autocensuras; de un documento novedoso y ameno, el cual nos ofrece información y criterios inéditos o poco conocidos, útiles y necesarios para poseer una imagen y un juicio más completos acerca de los combatientes, combates y éxitos, las insuficiencias y deficiencias; en fin, una comprensión más humana y cabal del Movimiento Revolucionario 26 de Julio y sus bravos militantes.

*José A. Tabares del Real*

## ***Crónica de un fracaso imperial***

**Carlos Alzugaray Treto**

Editorial de Ciencias Sociales,  
Instituto Cubano del Libro,  
*Colección Política*,  
La Habana, Cuba, 2000,  
208 pp., 14 x 21 cm, rústica cromada.

**DURANTE MÁS DE CUATRO DÉCADAS** de acciones hostiles hacia la Revolución Cubana, la política norteamericana ha sufrido una sucesión de descabros. El estudiado en este libro tiene, sin embargo, una significación especial, pues constituye la inauguración de la serie: el fracaso de los esfuerzos de Washington por impedir el triunfo del movimiento revolucionario en 1959.

El objeto fundamental de la obra es, por tanto, la relación de Estados Unidos con la dictadura de Fulgencio Batista, en particular durante los años finales de ese régimen, pero de manera atinada,

el autor ofrece también los antecedentes indispensables para comprender ese proceso, plasmados brevemente en los dos capítulos iniciales. El primero traza los lineamientos básicos de las relaciones cubano-norteamericanas en la primera mitad del siglo xx, mientras el segundo hace una precisa y enjundiosa caracterización de la administración de Dwight D. Eisenhower. Sobre esta base se desarrolla un minucioso estudio de los hechos históricos en su secuencia, lo cual justifica, hasta cierto punto, el enunciado de “crónica” adoptado en el título. No obstante, el lector no debe llamarse a engaño, pues la profundidad analítica del texto supera con creces el habitual contenido narrativo de ese género historiográfico.

Con muy notable riqueza factual, Alzugaray va reconstruyendo las acciones y reacciones del gobierno norteamericano frente a una situación que progresivamente se le escapaba de las manos. Es posible así seguir con precisión las evaluaciones que del dinámico curso de los acontecimientos en Cuba realizaron las distintas instancias de la administración Eisenhower; en especial, después de iniciada la guerra revolucionaria en la Sierra Maestra: sus propuestas a menudo incoherentes, el doble juego desplegado para encubrir el apoyo a la dictadura, las maniobras de Batista con el propósito de involucrar directamente a Estados Unidos en el conflicto, la firme y serena postura de la dirigencia revolucionaria ante los riesgos de una intervención, las gestiones de los diplomáticos yanquis para manipular las distintas fuerzas políticas inmersas en la crisis cubana, hasta finalizar con el desesperado intento de Washington por encontrar alternativas a la victoria revolucionaria, cuando ésta ya parecía inevitable; momento excepcionalmente ilustrativo de lo que W. A. Williams calificara como “la tragedia de la diplomacia norteamericana”.

El análisis hace gala de un abundante y explícito apoyo documental. Dentro del rico caudal de fuentes empleadas figura, en primer término, la documentación publicada por el Departamento de Estado sobre las relaciones con Cuba durante estos años, así como las memorias de embajadores y otros funcionarios de la adminis-

tración norteamericana, enriquecidas con diversos artículos y despachos de la prensa de la época. También se utilizan documentos de la cancillería cubana, los cuales ofrecen una perspectiva de las gestiones diplomáticas de la dictadura batistiana y algunos documentos o testimonios de personalidades del movimiento revolucionario. Las fuentes del lado cubano resultan, sin embargo, comparativamente inferiores, buen indicio de que aún “queda tela por donde cortar” en el estudio de este importante proceso.

La relevancia historiográfica del libro que comentamos debe evaluarse en dos planos que, aunque relacionados, poseen una importancia específica. Uno es el de la historia de las relaciones cubano-norteamericanas, para la cual esta obra aporta singulares evidencias sobre las raíces del histórico “diferendo”, en particular las relativas a la predisposición de las autoridades norteamericanas frente a la revolución triunfante en 1959; circunstancia que permite comprender mejor las razones del conflictivo curso posterior de los acontecimientos. En ese terreno de estudios, la historiografía norteamericana ha ofrecido algunos textos de indiscutible valor, como *Contesting Castro: The United States and the Triumph of the Cuban Revolution*, de Thomas G. Patterson, pero por mucho tiempo se ha dejado sentir un vacío de contribuciones cubanas que con este trabajo de Alzugaray comienza a llenarse. Otro plano es el de la historia de la Revolución Cubana, en especial durante su etapa insurreccional, espacio historiográfico cubierto ya por un buen número de monografías y testimonios, pero que por tratar casi siempre asuntos más o menos particulares, se ha ido construyendo como si se tratase de un inmenso rompecabezas, aún pendiente de una cada día más imprescindible obra de síntesis.

A la definitiva imagen de esa etapa crucial de nuestro pasado, *Crónica de un fracaso imperial* aporta una pieza indispensable. Por ambas razones ha de saludarse su publicación.

**Oscar Zanetti Lecuona**



## **La emigración cubana en Yucatán. 1868-1898**

**Carlos E. Bojórquez Urzaiz**

Ediciones Imagen Contemporánea,  
Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz,  
La Habana, Cuba, 2000,  
impreso Cía. Editorial  
de la Península, S.A.  
de C.V., Mérida,  
Yucatán,

200 pp. 14 x 21 cm, rústica cromada.

**MÉXICO Y CUBA** son dos naciones ligadas por los lazos de la geografía y la historia, como ninguna otra en América Latina. Los vínculos entre los dos países se remontan a los albores de la dominación española, cuando el entonces llamado Virreinato de Nueva España desarrolló unas muy intensas y amplias relaciones con la Mayor de las Antillas, al extremo de que la plata mexicana (“situados”) nutrió hasta principios del si-



glo XIX la débil economía de la isla caribeña y permitió el sostenimiento del aparato gubernamental colonial, la edificación de monumentales fortificaciones y la construcción de buques. En esa época, cada vez que Cuba es-

tuvo amenazada por piratas, corsarios o flotas de conquista de otras potencias europeas, llegaron armamentos y fuerzas militares procedentes de México, así como trabajadores forzados para las monumentales construcciones defensivas y otras labores. Muchos de ellos procedían de Yucatán, arribados en tan alto número que incluso dieron su nombre a un céntrico barrio de La Habana: Campeche. Todavía en 1847, a raíz de la represión de la llamada Guerra de las Castas (1847), decenas de miles de indios mayas fueron deportados desde la península yucateca para trabajar cómo esclavos en las plantaciones azucareras del occidente de la Isla.

México desempeñó también un destacado papel en las primeras conspiraciones destinadas a conseguir la independencia de Cuba. En 1824, como parte de estos proyectos germinales, el general veracruzano Antonio López de Santa

Anna preparó en Yucatán una expedición destinada a liberar la isla caribeña en la cual estuvieron involucrados decenas de emigrados antillanos que poco después vertebrarían en la capital mexicana la Junta Promotora de la Libertad Cubana. Se sabe incluso que el propio Santa Anna llegó a tener listos en la propia península yucateca varios batallones del ejército y la milicia y cientos de escalas para asaltar las fortalezas habaneras de El Morro y la Cabaña.

A lo largo del siglo XIX, las relaciones entre Cuba y México continuaron fortaleciéndose no sólo con la participación de destacadas personalidades cubanas en la lucha contra los franceses que habían invadido el territorio mexicano —de la que fue exponente el general Manuel de Quesada y Loynaz, organizador del temible cuerpo de caballería los Lanceros de Quesada—, sino también por el apoyo brindado por el gobierno de Benito Juárez a los patriotas que luchaban por la independencia de Cuba durante la Guerra de los Diez Años, contienda incluso en la cual tres mexicanos —José Inclán Risco, José Lino Fernández Coca y Gabriel González Galbán— alcanzaron el grado de generales. Durante la gesta emancipadora iniciada por José Martí en 1895, Mérida, la capital de Yucatán, fue la ciudad de México más comprometida con los patriotas de la Mayor de las Antillas, al convertirse en un verdadero hervidero de propaganda y conspiraciones, prestado, como en la contienda de 1868-1878, una invaluable contribución a la causa de la independencia cubana.

Precisamente al tema de los vínculos cubano-mexicanos desarrollados en tierra yucateca en esa convulsa etapa, se extiende desde el alzamiento de Carlos Manuel de Céspedes en La Demajagua en octubre de 1868 hasta la intervención norteamericana de 1898 en la guerra independentista de Cuba, está dedicado el libro de Carlos E. Bojórquez Urzaiz titulado: *La emigración cubana en Yucatán (1868-1898)*, publicado en el año 2000 por Ediciones Imagen Contemporánea de la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz. Este enjundioso trabajo, basado en una acuciosa investigación bibliográfica,

hemerográfica y de archivos, permitió a su autor obtener, con merecidos elogios, el doctorado en Ciencias Históricas en la Universidad de La Habana. En este libro, ampliado y enriquecido con nuevos documentos, informaciones y análisis en relación con el texto que presentara originalmente como tesis doctoral, Bojórquez narra con lujo de detalles un crucial trayecto de la historia compartida por Cuba y México, no estudiado con anterioridad. La cercanía de Yucatán a La Habana y las expeditas comunicaciones marítimas —que la ligaba entonces más a la Isla que al propio México central y su capital—, junto al favorable clima político existente entonces en México con la consolidación de la reforma liberal juarista tras la derrota del efímero Imperio de Maximiliano, determinaron que muchos cubanos, perseguidos por las autoridades coloniales o huyendo de las tragedias y penalidades provocadas por las cruentas guerras independentistas, se asentaran en la vecina península mexicana. A solidificar esta presencia cubana en Yucatán contribuyó también el *boom* económico producido con el espectacular crecimiento de la producción henequenera, que devino, con sus atractivas ofertas de trabajo y negocios de toda índole, un estímulo adicional a la emigración antillana. Eso explica que en la antigua tierra maya se nucleara una numerosa y activa colonia cubana de orientación patriótica y que por ese territorio pasaran en la segunda mitad del siglo XIX destacadas personalidades de la Isla como José Martí (1877) y Antonio Maceo (1885).

El interés de Bojórquez Urzaiz por esta temática no resulta algo nuevo y tiene que ver no sólo con la sangre cubana que le viene sobre todo por la rama materna —y que incluye a varios patriotas—, sino también con su definida postura política al lado de la Revolución Cubana. Por eso no es de extrañar que desde fines de los años 80, como director de la Facultad de Ciencias Antropológicas de la Universidad Autónoma de Yucatán, Bojórquez impulsara decisivamente los intercambios de colaboración y de trabajo conjunto con la Facultad de Filosofía e Historia de la Universidad de La Habana, a la vez que diera a conocer libros con títulos tan elocuentes

en su relación con Cuba como *Marxismo en Yucatán* (1983), *Cubanos patriotas en Yucatán* (1988), *Cartas de un exiliado* (1990) —en que agrupó la correspondencia de sus ancestros cubanos Fernando Urzaiz Rodríguez y Arritola y Eduardo Urzaiz Rodríguez— y *Habanero campechano* (1991), este último en colaboración con Enrique Sosa y Luis Millet Cámara.

Redactada con gran rigor conceptual, claridad y fluidez expositiva, junto a una depurada prosa, este libro de Carlos E. Bojórquez Urzaiz está respaldado, además, por un riguroso aparato crítico, que realza su valor científico y permite una mejor comprensión del texto. Por sus sustanciales aportaciones es ya una obra de consulta indispensable para entender, en su verdadera dimensión, el peso de la emigración en el proceso independentista cubano de 1868 a 1898. Sin lugar a dudas, la publicación de este nuevo libro, gracias a la gestión personal de su autor y al desinteresado apoyo de la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz, y en particular de su director, el doctor Eduardo Torres-Cuevas, constituye una valiosa contribución del historiador yucateco al estudio de la historia de las relaciones cubano-mexicanas, que servirá para un mejor conocimiento de una faceta prácticamente desconocida de la historia de Cuba y de los aportes cubanos al desarrollo de Yucatán.



*Sergio Guerra Vilaboy*

## ***Los culíes chinos en Cuba (1847-1880)***

***Juan Pérez de la Riva***

Editorial de Ciencias Sociales,  
Instituto Cubano del Libro,

*Colección Sociología*, La Habana, Cuba, 2000,  
480 pp., 15 x 23 cm, rústica cromada.

**DURANTE ALGUNOS AÑOS** esperamos pacientemente, en clara competencia con la milenaria tradición china, por la salida de un libro que de antemano sabíamos representaría un clásico de los



estudios migratorios: léase demográficos, geográficos, antropológicos e históricos, entre otros campos que estudian las ciencias sociales. Se encuentra relacionado

muy especialmente con la inmigración contratada en el Caribe y las múltiples vicisitudes de cientos de miles de personas que salían con la esperanza de regresar algún día y mejorar su vida personal y familiar, y en definitiva dieron lugar a nuevas naciones. Se convirtieron así en genitores de pueblos que se han venido mezclando día a día y durante muchas generaciones.

Nosotros los cubanos somos el fruto de esa mezcla y de las relaciones transculturales con el resto de los pueblos del Caribe y América. Los chinos son tan padres nuestros como el sustrato indígena que no pudo desaparecer, junto con las oleadas de inmigrantes hispánicos y africanos, fusionados entre sí para gestar uno de tantos pueblos nuevos de América.

Desde que busqué apoyo en Argeliers León, Isaac Barreal, Pedro Deschamps y Juan Pérez de la Riva, a principios de los años 70, para los cursos sobre Etnología de Cuba que impartimos a dirigentes y promotores del trabajo cultural, ya Juan había escrito en 1967 todo el texto de *Los culíes chinos en Cuba*. Sin embargo, el manuscrito durmió un sueño más allá de lo necesario, y tras otra historia de tribulaciones y desventuras, al fin lo tenemos ante el público como un significativo bien patrimonial. La Editorial de Ciencias Sociales se viste de gala por el contenido de una obra que, inteligentemente, su autor nos venía adelantando en pequeñas dosis a través de la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, en *Contribución a la historia de la gente sin historia* (1974) y en *El barracón y otros ensayos* (1975), para alimentar esa expectativa generada, y a la vez satisfecha, por el libro que ahora tengo el honor de volver a presentar.

Hace pocos meses nos vimos en la Casa de Artes y Tradiciones del Barrio Chino de La Habana cuando dimos a conocer esta obra que Juan

Pérez de la Riva venía amasando como el más celoso alfarero, a la vez que enseñaba sólo partes de sus piezas, mientras discutía en aulas, pasillos y cubículos sobre el vacío que representa desconocer la historia de los millones que la hacen, respecto de los pocos que la escriben de modo oficial, muchas veces para su autocomplacencia. Por eso prefirió “abollar” algunas imágenes de venerables patricios de la burguesía cubana, aunque luego vinieran otros a “chapis-tearlas” para la posteridad.

Recientemente, el Consejo Científico de la Fundación Fernando Ortiz otorgó por unanimidad el Premio Catauro Cubano a lo que consideramos la mejor obra de nuestro perfil de trabajo publicada en el año 2000 y recayó, precisamente, en *Los culíes chinos de Cuba*. Todas estas razones son motivo de regocijo que me permiten felicitar la cuidadosa edición de Ernesto Chávez Álvarez y Gladys Alonso González, dos amigos que prestigian cualquier publicación de las ciencias sociales en nuestro país.

Esta obra estudia las características históricas de Cuba colonial como esencial receptora de inmigrantes empleados como fuerza de trabajo fundamental y las condiciones ominosas de los hombres contratados en relación con la plantación esclavista moderna. Lo anterior le posibilita analizar el proceso de la “trata amarilla” y la fuerte implicación de la burguesía cubana y del gobierno colonial español.

Cuando evalúa las condiciones materiales de la inmigración china en Cuba considera la situación de ésta a nivel mundial a mediados del siglo xix, su acelerado crecimiento demográfico y las difíciles condiciones de vida, propiciadoras del éxodo masivo y la diversidad de su distribución internacional. Esto le sirve de precedente para valorar la significación social del culí en tanto contratado, pero en condiciones de servidumbre semejantes, en muchas ocasiones peores, que los africanos esclavizados y sus descendientes de esa misma condición social.

Su formación y ejercicio de geógrafo le facilitaron analizar el área territorial de Guangdong y

Fuchién, la composición étnica de los grupos y nacionalidades, así como las condiciones históricas en que se efectúa el proceso emigratorio hacia Cuba. De modo sincrónico evalúa la función que ejercieron Macao y Hong Kong en el financiamiento y ejecución del tráfico, así como el proceso inicial de los destinados a Cuba, para lo cual no sólo emplea la documentación de la época, sino los testimonios de los negociantes en el lugar de origen.

El estudio de la ruta de los culíes confirma que, respecto de todos los procesos migratorios hacia Cuba, éste fue sin duda, no sólo "el viaje más largo", sino el más difícil y riesgoso. Los clippers recorrían unas 13 000 millas náuticas de Macao a La Habana durante tres o cuatro meses. Esto explica el alto índice de mortalidad a bordo, los innumerables motines y las crueldades de la tripulación para no perder la preciada mercancía humana, que llegaba en condiciones peores a cualquier otro tráfico marítimo.

Este negocio altamente rentable generó rivalidades imperialistas de Inglaterra contra China en torno a la contratación de culíes para Cuba y Perú, pero el pueblo chino reaccionó contra la trata e influyó fuertemente en la abolición definitiva del tráfico interoceánico.

La presencia en Cuba de unos 150 000 culíes representó una importante masa humana que contribuyó a la crisis general de la esclavitud. Si bien las condiciones de trabajo significaron un impacto cultural profundamente regresivo que condujo a la pérdida de la condición humana y, por tanto, a un tipo de suicidio masivo (el mayor del mundo por millón de habitaciones en la década de 1850-1860), éste adquirió voz propia como elocuente denuncia social de lo que significa el tráfico humano. También la alta proporción de chinos en las guerras de independencia trasciende la liberación personal y envuelve toda la historia de la formación nacional cubana.

Este libro, que atrapa de modo brillante el tráfico desde el Río de las Perlas a la Perla de las Antillas, cuenta con un amplio anexo documental y una abundante referencia bibliográfica. Se convierte así en una de

las obras imprescindibles para conocer la historia de las gentes sin historia y una parte de los componentes étnicos asiáticos de la nación cubana.

*Los culíes chinos de Cuba* es, además, un espacio muy entrañable de la vida de Juan Pérez de la Riva, que muestra sus dotes de agudo investigador y entrenado polemista. Tras las vicisitudes del libro ya podemos decir, como en el *I Chín* (Yijing) o *Libro de los cambios* de Confucio, que la obra ha pasado del reino del silencio al de la buenaventura. La mítica tortuga sagrada que descubrió el emperador Fuxi hace más de 4 400 años, en la que descifró los ocho trigramas de su caparazón, ha propiciado un signo positivo que evoluciona hacia el conocimiento verdadero de esta larga historia compartida.

Jesús Guanche

### **Ensayos braudelianos. Itinerarios intelectuales y aportes historiográficos de Fernand Braudel**

**Carlos Antonio Aguirre Rojas**

Asociación Nacional de Profesores de Historia de México, Prehistoria & Manuel Suárez editor, Rosario, Argentina, 2000, 240 pp., 11 x 17 cm, rústica cromada.

**CUANDO HACE POCO MÁS O MENOS** un año a esta parte comenzáramos a manejar la posibilidad de editar los *Ensayos braudelianos* de Aguirre Rojas en Argentina, desde un esfuerzo editorial independiente, realizado por fuera de las estructuras académicas y editoriales consolidadas, resultó necesario hacerse una serie de preguntas, entre las cuales, la más importante y la que deseo compartir, fue la siguiente: ¿por qué editar en Argentina un libro sobre los itinerarios intelectuales y los aportes historiográficos de Fernand Braudel, escritos por un analista mexicano?

La respuesta no tardó en aparecer, pues estaba contenida en uno y cada uno de los ensayos que finalmente se compilaron en este libro.



Someter la obra de uno de los mayores historiadores del siglo xx a un nuevo y amplio debate intelectual, tal como lo expresa uno de los objetivos señalados por el autor en la presentación del libro, implica, cuando la óptica y la narrativa pertenecen a Aguirre Rojas, lanzarse a una empresa que, más allá de sus objetivos conscientes, termina constituyéndose en una puerta de entrada hacia un recorrido y hacia un programa que trasciende por completo la naturaleza de su mismo objeto que, de por sí, es ya importante.

Dicho en terminos quizás un poco provocativos, hubiese dado exactamente lo mismo que nuestro autor reflexionara sobre la obra de Fernand Braudel o sobre otra, pues lo que al final nos atrapa y resulta educativo, es la vía de la reflexión como medio, como camino hacia el planteo de una serie de problemáticas universales y pertinentes para nuestras sociedades.

Así, estos ensayos sobre la obra del autor de *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, tienen la virtud de plantearnos una serie de problemas de orden general que, como expondré a continuación, atravesando la totalidad del libro, superan la inflexión realizada sobre la obra, echando luz sobre cuestiones de metodología, de teoría social y sobre la reflexión histórica en general.

1. El examen de la construcción de la "arquitectura del Mediterraneo" nos pone sobre la pista de una historia descentrada. En efecto, la edificación del enorme bastimento historiográfico que significa *El Mediterráneo...* fue posible, sobre todo, a partir de la exhumación del archivo de Ragusa. Casi medio siglo después, historiadores dedicados a sociedades latinoamericanas durante la época "moderna", encontraron que el corazón del tráfico económico entre las Indias y Europa no estaba, como se pensaba, alojado en Sevilla, sino muchas veces en Amsterdam o Lisboa... La lección particular produjo sus efectos, consciente o inconscientemente, una manera de pensar la historia y de interrogarse aun antes de dirigirse al "archivo". Recuperar este problema es inducir hacia una reflexión en esta línea: gracias a este tipo de planteos, las imágenes mecánicas y empobrecedoras de las rela-



ciones entre supuestos centros y sus periferias ha cambiado para siempre, bajo el influjo de una historia cada vez más quisquillosa a la hora de formular las preguntas y el modo de redactar los cuestionarios que desde su presente formula al pasado. Esta tendencia, acaso, haya sido llevada hasta sus últimas consecuencias por la denominada "historia de escalas".

2. Los ensayos de Aguirre Rojas nos obligan a pensar en el proceso de construcción intelectual de la Europa Unificada. Fenómeno este de una complejidad enorme que, quizás ya esbozado y abordado en otras obras, exige todavía esfuerzos de crítica y reformulación por europeos y no europeos. La perspectiva de nuestro autor, en este caso verdaderamente ectópica, emerge con claridad e inteligencia.

3. Obligan, también, a repensar las producciones historiográficas en su contexto, concepto que ya no se concibe como un orden estático en cuyo ámbito la producción de conocimiento histórico sencillamente se desenvuelve, sino, por el contrario, contexto configuracional y dinámico que, al tiempo que provee de oportunidades y limitaciones a los actores, recibe de éstos sus aportes bajo la forma de acción constructiva. El historiador se nos presenta como un actor, actor constructivo, activo frente a esta realidad que le contiene y, frente a su óptica, se transforma de manera permanente.

4. Este libro puede contarse entre las pocas obras que se lanzan al estudio sistemático de la relación entre las políticas historiográficas europeas y el desarrollo de la profesionalización historiográfica latinoamericana. Sus estudios sobre las misiones francesas y la participación de Braudel en la creación de la Universidad de San Pablo en Brasil constituye, a guisa de ejemplo, un excelente punto de partida de lo que, en un futuro, podría devenir un eje programático abordable a escala continental.

5. El estudio detallado de una de las claves metodológicas más fuertes de todo el siglo xx, como lo es la "epistemología del Mediterráneo" y, sobre todo, la teoría de las múltiples temporalidades históricas, ofrece un modo de análisis para la discusión que carga las tintas so-



bre uno de los problemas más trascendentes y de más larga data en la reflexión de lo que podríamos denominar la búsqueda fundamental de las sociedades occidentales. De Aristóteles a Prigogine o Attali, pasando por Agustín, Einstein o Elias, la problemática del tiempo ha desvelado a pensadores religiosos y laicos, pensadores de lo total y de lo particular, en un intento continuo y esforzado por encontrar la que, sin duda, resulta una de las claves centrales de la experiencia de una vida en sociedad.

6. Aguirre Rojas recupera para la discusión, en este libro, la naturaleza de la legitimidad de las barreras interdisciplinarias que constituyen el sistema de saberes fraguado a fines del siglo XIX y canonizado durante el XX. Debo decir aquí que, a diferencia de nuestro autor, quien lanza la hipótesis de que esta división ha sido “definitivamente” cuestionada durante el siglo que acaba de terminar, en mi opinión, tanto los proyectos de una ciencia social unificada o el triunfante de la multidivisión del conocimiento en pequeñas ciencias sociales hiperespecializadas, no constituyen justamente un cuestionamiento “serio”. El orden del conocimiento, como el social, continúan a la espera de una crítica verdaderamente radical. En el primero de los ámbitos, objeto de este apartado, la verdadera radicalidad de un planteo diferenciado no puede pasar por otro carril que no sea el cuestionamiento mismo de la ciencia como modo hegemónico del conocimiento socialmente legitimado. Resulta central entonces recuperar esta discusión, cuyos últimos estertores más resonantes puedan quizás encontrarse incardinados en el advenimiento de la “tercera cultura”, o en las discusiones acerca de la “publicidad” del patrimonio científico, avances importantes pero, en esencia, todavía tampoco radicalmente críticos.

7. También se encuentra recuperada en este libro una línea de trabajo que pone en escena la discusión sobre la idea de “proyecto intelectual” y se aboca, en algunos de sus trabajos, a una elaborada explicación sobre la experiencia de un grupo de intelectuales con proyecto y con políticas para llevarlo adelan-

te. Una vez más, bajo la excusa de un estudio sobre los *Annales*, lo que resulta pedagógico es su exposición de una modalidad metodológica cuya importancia como elemento de investigación y discusión, para estudiantes y colegas, no debe pasarnos por alto.

Estos puntos ofician como un pequeño muestreo —entre muchos posibles de los que pudieran realizarse— acerca del panorama abierto por este libro. He dejado voluntariamente fuera de este comentario otras tantas líneas de lectura, acompañado por la convicción de que cada lector hablará las suyas propias.

Cuando una obra se edita, su recorrido está en pañales. Apenas comienza. Habiendo finalizado el fatigoso trabajo que involucra a ordenadores, papel, litros de tinta, impresoras, hilos, agujas, gomas, colores y artesanos, empieza recién a dejar pertenecer a su productor material para echarse a caminar y resultarle, por fin, inevitablemente ajena. Este proceso, que está ahora a poco de iniciado, crecerá allí en el terreno del debate, instancia que, como sin duda nuestro autor compartirá, es la más edificante y la más preciada del camino. Y si, como gustaba decir Marc Bloch —y como gustamos recordar muchos de sus lectores—, la historia es un viaje, podemos agregar, desde la más firme de las convicciones, que es un placer tomar conciencia de que somos los vivos viajeros de ese viaje. Viajeros que nos movemos, a veces camuflados en un libro, entre uno y cada uno de los puertos que estén dispuestos a recibirnos.

*Darío Barriera*

### ***Insurgent Cuba. Race, nation and revolution, 1868-1898***

*Ada Ferrer*

University of North Carolina Press, 1999,  
268 pp., 16 x 24 cm, rústica cromada,  
ilustrado.

EN LAS ÚLTIMAS DÉCADAS, los estudiosos sobre Cuba, las razas y el racismo, han ocupado un espacio notable en





la producción historiográfica, tanto de cubanos como de españoles y norteamericanos. De acuerdo con las publicaciones, todo indica que del triángulo expuesto, los estadounidenses mar-

chan a la vanguardia productiva en lo referente a esta línea temática. Interés que se concentra, en lo fundamental, en el tiempo histórico transcurrido desde el 10 de octubre de 1868, cuando se inicia la primera guerra independentista cubana, hasta los primeros años republicanos, cuyo epicentro lo encontramos en el levantamiento armado de 1912 de negros y mulatos agrupados en el partido de los Independientes de Color.

Recientemente, la historiografía se ha enriquecido con la edición de esta obra de Ada Ferrer puesta en circulación por la University of North Carolina Press, editorial que se ha caracterizado por dar a conocer investigaciones históricas acerca de Cuba y, en menor medida, de otros países caribeños de habla hispana.

Ada Ferrer, profesora de Historia Latinoamericana y Caribeña en la Universidad de Nueva York, aborda el complicado proceso independentista cubano, en el cual se relacionan nación, raza y revolución; proceso generado por múltiples conflictos, en el cual ocupó un lugar priorizado el problema racial. No olvidemos que los negros y mulatos constituyeron la base social fundamental del Ejército Libertador de Cuba en las tres guerras que libró contra el colonialismo español.

Apoyada por una amplia y novedosa documentación, así como por una bibliografía especializada, localizada en Cuba, España y Estados Unidos, la autora reconstruye y analiza en seis capítulos aspectos novedosos de su objeto de investigación. Nos resultaron muy atractivos, por el alto grado de complejidad del problema planteado, los dos primeros capítulos dedicados a "Slaves, insurgents, and citizens: The Early Ten Years War, 1868-1878" y "Region, Race, and Transformation in the Ten Years War, 1868-1878".

legó al pensamiento patriótico cubano que la conquista de la independencia tendría que acompañarse necesariamente con la abolición de la esclavitud. Pero las ideas de cómo llevarlo a vías de hecho, más los prejuicios raciales de muchos patriotas, originaron contradicciones. Por una parte, marchaba el ideal emancipador del esclavo a quien se le otorgaba categoría de ciudadano en la Constitución de Guáimaro de 1869 y, por la otra, el tratamiento y restricciones a su libertad teórica que lo convertía en un verdadero siervo. Discriminación, no sólo lo proveniente de algunos dirigentes político-militares pertenecientes a la clase más acaudalada y propietarios de esclavos, sino también de negros y mulatos libres que se resistían a aceptar la igualdad en el servicio militar y a departir en la vida cotidiana de la manigua con ellos. Situación que se disipará años después, cuando el esclavo, incorporado a la insurrección, gozó de más libertades y derechos, e, incluso, de optar por ascensos militares.

Basada en años de laboreo investigativo y reflexiones sustentadas por continuas lecturas en torno al siglo XIX cubano, Ada Ferrer nos conduce, de manera coherente y razonable, a lo largo de 30 años de insurgencia revolucionaria, período en el cual la problemática racial devino cardinal, para acercarnos con objetividad al proceso en el cual se perfila la nación y cuaja, definitivamente, la nacionalidad cubana.

Sin dudas, esta obra constituye una valiosa contribución no sólo por las novedosas informaciones y los renovadores enfoques referidos al tema, sino también porque nos ofrece la oportunidad de conocer la interpretación de una historiadora que ha acumulado experiencia, y quien ha comenzado a dejar hondas huellas en la historiografía de esta temática.

Resulta imposible exponer en unas pocas cuartillas una panorámica más integral del libro que nos ocupa. Al concluir su lectura quedamos persuadidos de que constituye una obra cuyos valores de rigurosidad investigativa, basamento teórico y metodológico, e hipótesis, bien avalan su traducción al castellano. Un estudio que contiene sustancia suficiente no sólo para enriquecer

el aspecto cognoscitivo, sino para estimular el debate científico.

*Francisco Pérez Guzmán*

## ***La ultraderecha cubano americana de Miami***

**Jesús Arboleya Cervera**

Editorial de Ciencias Sociales,  
Instituto Cubano del Libro,  
*Colección Política,*

La Habana, Cuba, 2000,  
128 pp., 10,5 x 17,5 cm, rústica cromada.

**UNA OBRA CONTEMPORÁNEA** de historia nacional nos ofrece en estas páginas Jesús Arboleya, no sólo en su reflexión dada en la amplia experiencia vivida en el acontecer revolucionario del pueblo cubano, sino en su aporte académico y autoral expuestos en páginas de obras como *Havana-Miami. The US-Cuba migration conflict* (Ocean Press, Melbourne, 1996) o *La contrarrevolución cubana*, que en dos ediciones (1997 y 2000), la Editorial de Ciencias Sociales ha publicado del texto que recibiera mención en el Concurso Casa de las Américas de 1996 y que pudieramos tiempo antes revisar en su primera versión original.

Este importante y actual "librito", el cual atrapa al lector desde su primera página, resulta continuidad de las investigaciones acerca del accionar político de la contemporaneidad universal en las relaciones de Cuba y Estados Unidos, así como aquellos puntos dados en los conflictos migratorios. Esta obra deviene básica interrelación de la naturaleza del fenómeno contrarrevolucionario desde el triunfo mismo de la Revolución Cubana en enero de 1959, no sólo en las condicionantes impuestas por la dinámica política interna, sino también en el andamiaje de dependencia al sistema norteamericano, sus posiciones con relación a Cuba y la transformación de una emigración constituida en base social de su estructura.

Los contenidos temáticos de esta obra resultan un panorama vivencial de los cubanos de Miami, con la magnitud que permite el mirar desde le-

jos; es, a su vez, una motivación al estudio a fondo de problemas tan complejos como la singularidad del fenómeno migratorio desde Cuba, la inserción de esas personas en la vida norteamericana y sus relaciones con la Isla. Aquí quedan atrapados "asuntos tan publicitados como el éxito económico de los inmigrantes cubanos y su influencia en la política estadounidense, el vínculo con la CIA y el narcotráfico, la corrupción política y el terrorismo", todo bajo el prisma de los cambios socioeconómicos y generacionales en las relaciones entre Estados Unidos y la Mayor de las Antillas.

La búsqueda de este historiar reflexivo sustentado por la corta duración de la historia transcurrida nos muestra, en su dimensión, lo inmenso de la reafirmación del pueblo en la Revolución Cubana; el lector agradecerá el recorrer las líneas de este libro en el cual se nos ofrece historia e inmediatez propios del reporte periodístico en su imbricación científico-promocional; sobre todo, en momentos que en Cuba se desarrolla una extraordinaria batalla, en nuestra larga lucha con vecino tan poderoso.

*Gladys Alonso González*

## ***Máximo Gómez frente al imperio (1898-1905)***

**JORGE IBARRA CUESTA**

Editorial de Ciencias Sociales,  
Instituto Cubano del Libro,  
*Colección Historia de Cuba,*  
La Habana, Cuba, 2000,

200 pp., 11 x 16,5 cm, rústica cromada.

**UNA CENTURIA DESPUÉS** de su acontecimiento, Ibarra reflexiona, en su último libro publicado, acerca de un decisivo proceso histórico que marcaría el devenir de la historia nacional republicana. Esta obra es, a su vez, un texto valorativo en el contexto nacional e internacional del acontecer de las posiciones del Generalísimo Máximo Gómez y de los patriotas cubanos ante la pre-



sencia creciente de la intervención de Estados Unidos, hasta la muerte del viejo caudillo dominicano en 1905.

En la continuidad de la lectura de este pequeño pero valioso libro, dado en sus interpretaciones autorales e información documental y bibliográfica, Ibarra puntualiza sobre la diferencia entre intervención y ocupación militar, las razones cubanas del licenciamiento, así como acerca de éste y el nuevo rumbo interventor; para de inmediato, profundizar con relación a la fórmula de “gobierno propio” —mecanismo que tenía por objetivo el sostenimiento indefinido del futuro *status* de la Isla, un encubrimiento de los propósitos imperialistas entre las variantes posibles de dependencia colonial— y la posición del Generalísimo ante el mandato de Estrada Palma.

Al acercarse a las páginas de esta obra, el lector podrá penetrar en el complejo proceso que en ellas se presenta y que conduciría, desde el 24 de febrero de 1899 con la entrada del Ejército Libertador bajo el mando del general en jefe Máximo Gómez —en medio del tronar de 21 cañonazos desde la Cabaña y la algarabía de unas 100 000 personas de la capital cubana— hasta los polémicos momentos que desarrollarían el licenciamiento de las tropas mambisas, las contradicciones planteadas entre los assembleístas de Marianao y el Cerro, y el Generalísimo, así como su posterior destitución y la disolución de la Asamblea de Representantes.

*Rafaela Amador*

## **Antonio Maceo. Diarios de campaña**

**Compilación, introducción y notas  
de Aisnara Perera Díaz**

Editorial de Ciencias Sociales  
y Ediciones Imagen Contemporánea,  
La Habana, Cuba, 2001,  
224 pp., 14 x 21 cm, rústica cromada.

**DESCRIBIR DOCUMENTOS** una vez encontrados, llevados al análisis detallado hasta en sus versiones caligráficas, resulta para el investigador, también

para el lector, reconstrucción veraz del devenir de los hechos. La obra que ahora comentamos es de esos proyectos editoriales que cumple con el objetivo de no dejar pasar más en el tiempo, la desaparición y el olvido de los documentos en ella compilados. La historiadora Aisnara Perera, tras largo y paciente proceso de búsqueda, estudio y montaje del conjunto documental que conforma los “Diario de la invasión”, “Diario de operaciones del Estado Mayor del lugarteniente general Antonio Maceo” y “Diario de operaciones de José Miró Argenter”, junto con “Fragmentos del manuscrito original de *Crónicas de la guerra*”, pone a nuestro alcance esa novedosa e imprescindible fuente manuscrita, la cual está depositada en los archivos del Museo de la Ciudad de La Habana.

Catalán de 43 años, Miró Argenter se identificó en carácter e ideario con Antonio Maceo, desde que se conocieran en 1878. Miró cumplió misiones como jefe del Estado Mayor del Titán en aquella marcha invasora de más de 1 700 kilómetros cabalgados que logró ocupar una veintena de poblados y pertrechos de todo tipo, luego de innumerables combates. El Ejército Libertador cubano, después de 92 días, arribó a Mantua, en lo más occidental de Cuba; en la tarde del 22 de enero de 1896, Maceo daba por cumplida la misión militar que constituía una de las proezas combativas del siglo XIX, iniciada un día 22, pero de octubre de 1895, desde Baraguá, en el oriente de la Isla.

Al concluir la contienda independentista, Miró conserva y organiza la papelería maceica e intenta dar concierto a sus vivencias de la guerra. En el “Prólogo” a este libro, el doctor Eduardo Torres-Cuevas señala: “Miró Argenter (...) revolucionario sincero desde su más temprana edad, fue sin dudas uno de los hombres quen más amó a Maceo y quien, además, se sintió obligado a rescatarlo de la imagen conscientemente reducida que una república racista y demagógica había elaborado. Se trataba —precisa el prologuista— de hacer entender al pueblo, a la intelectualidad cubana, quién era en realidad el Héroe de Baraguá. Miró como Piedra



Martell, como Enrique Loynaz del Castillo —el autor del ‘Himno a Maceo’, que por sugerencia de este último terminó llamándose ‘Himno Invasor’—, como el doctor Eusebio Hernández, todos vinculados a Antonio Maceo, trataban de ofrecer vivencias y recuer-



dos para que se tuviese la verdadera magnitud del líder independentista”. *Crónicas de la guerra* es, y seguirá siendo, la obra de mayor completamiento narrativo del período de la independencia; en su obra —editada en 1909 con sus tres tomos—, Miró acopia todo su conocimiento vivencial de la lucha, pero en su concepción apologética, no de crítica necesaria, cuando “respira por doquier ese dolor a frustración”. Las lagunas de las *Crónicas* pueden quedar salvadas desde ahora con la publicación de la investigación de la licenciada Aisnara Perera.

La épica batalla mambisa del 95, en particular la campaña invasora capitaneada por los grandes jefes militares Máximo Gómez y Antonio Maceo, y la desarrollada por el Titán en Pinar del Río hasta su caída en los campos de San Pedro el 7 de diciembre del 96, devinieron trascendentes para el futuro de la Gran Antilla; a su vez, instrumento de estudio para centros militares en diversos países y, sobre todo, su repercusión para América Latina. Como apunta Torres-Cuevas en su “Prólogo”: “Los diarios de Maceo, los cuales permiten ajustar, precisar y conocer en su cotidiano acontecer sus campañas militares, nos devuelven la imagen del genio militar sin aditamentos innecesarios; del hombre que enfrenta día a día una lucha con reveses y victorias. El poder contar con estos diarios nos permitirá completar lo que por sus memorias contaron sus más cercanos oficiales y amigos”. Y luego anota lo que constituye la importancia de la dimensión del general Antonio para líderes latinoamericanos desde los 80 de ese siglo, quienes varios “de ellos perdieron la vida en su compromiso con él. Otros, de retorno a sus países [concluida la lucha cubana], acompañados de su experiencia de la guerra de Cuba, participarían en acontecimientos destacados. Estos diarios, que hoy po-

demostramos leer, constituyen, también, las vivencias de hombres que como el general Rosa llevaron consigo y difundieron por nuestro continente. Quizás el más impresionante ejemplo es el manual de lucha guerrillera que el mencionado general colombiano publicó durante la Guerra de

los Mil Días en Colombia, el cual lleva el significativo título *Decálogo Maceo*”.

Los trabajos realizados para estructurar esta obra por parte de la investigadora Aisnara Perera resultan altamente importantes para la historiografía cubana. Este esfuerzo deviene un primer escalón de un proyecto mayor en esta dirección. Por ello, sus páginas son imprescindibles, pues los hechos compilados ofrecen veracidad, exactitud en su certeza y amplia autenticidad, mientras brindan lo novedoso en sus fuentes manuscritas, perdidas por décadas y, por tanto, no trabajadas por los estudiosos del período. Las notas que acompañan a estos documentos son de inestimable valor en sus aclaraciones constantes entre el cotejo preciso de los diarios y lo publicado en las *Crónicas de la guerra*. Así, el lector, especializado o no, puede conducirse en la reproducción diaria de aquella singular batalla de Occidente y en Pinar del Río dirigida por el Titán y que su Jefe de Estado Mayor se ocupara de que fuera escrita y cuidada en los diarios de campaña.

Esta publicación cumple el doble objetivo, autorial y editorial, de entregar tan valioso conjunto documental. La Editorial de Ciencias Sociales del Instituto Cubano del Libro editó en poco tiempo estos textos, una vez fueran entregados por la dirección de la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz en sus originales. Nosotros, que tuvimos la oportunidad de trabajar en su proceso de edición, pudimos calibrar la magnitud del empeño de la historiadora Aisnara Perera Díaz, de su investigación y análisis, de sus precisiones y cotejos en los manuscritos, y de su permanente disposición en el logro de la publicación de tan necesario libro.

**Luis M. de las Traviesas Moreno**

# DEBATES AMERICANOS

comunica a sus lectores que para suscribirse a esta publicación, debe remitir sus datos personales o insti-

tucionales, a: **Casa de Altos Estudios  
Don Fernando Ortiz**

L y 27, Vedado,  
Ciudad de La Habana, Cuba

Suscripción anual, para

Cuba ..... \$16,00 MN

América Latina

y el Caribe ..... \$20,00 USD

América del Norte,

Europa y otras regiones.... \$24,00 USD

...

y solicita a todo autor que ponga a nuestra consideración la publicación de su artículo o comentario bibliográfico que las versiones originales —textos, tablas y gráficos— se entreguen impresos en papel y en disquete, junto con dos o tres ilustraciones para su publicación. Al texto han de adjuntarse sus datos biobibliográficos y un breve resumen del tema del artículo.

Para los comentarios bibliográficos, las editoriales deberán entregar cada texto, acompañado —de ser posible— del libro comentado, el cual engrosará el centro de documentación de la Casa de Altos Estudios. Con el fin de propiciar una mejor calidad en la publicación,

nuestras normas técnicas aceptarán aquellos documentos procesados en MS Word 2.0 o superior, en letra Courier New / 12 puntos; de composición irregular a la derecha y en cuartillas de 30 líneas con 60 pulsaciones por renglón. Cada párrafo se distinguirá por sangría inicial y nunca dejando renglones blancos entre ellos o utilizando la tecla del tabulador a modo de sangría. Todas las notas se ubicarán al final del artículo, pero nunca enlazadas o vinculadas por *software* con la referencia numérica del texto. Las tablas y gráficos deben procesarse del modo más sencillo posible. La extensión de los textos no debe sobrepasar las 25 cuartillas para los artículos y 10 para los comentarios. Toda colaboración será devuelta si así se solicita. Para más información consúltenos en nuestra sede.



## **Cuba: expresión literaria oral y actualidad**

**María del Carmen Victori Ramos**

Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello y Editorial José Martí, La Habana, Cuba, 1998, 204 pp., 11 x 17,5 cm, rústica cromada.

UN UNIVERSO de tradiciones orales y su presencia en la Cuba de hoy, están expuestas en este pormenorizado estudio de sus fuentes y de la más completa información nacional obtenida acerca del tema. Cuentos, leyendas, mitos, fábulas, agüeros y refranes quedan atrapados en estas páginas, en las cuales la autora —especialista en estudios de literatura cubana, española, latinoamericana y oral— sienta bases teóricas para una mejor comprensión de los alcances de la oralidad en la Isla, establece normas para su clasificación y brinda una antología representativa de cada uno de los géneros, entre otras particularidades.

• • •

## **Forma y tradición en la artesanía popular cubana**

**Dennis Moreno**

Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello y Editorial José Martí, La Habana, Cuba, 1998, 190 pp., 11 x 17,5 cm, rústica cromada, ilustrado.

PACIENTE LABOR de investigación acerca de los principales géneros artesanales que en el decursar del tiempo han formado parte de la cultura material de ciertos sectores poblacionales de Cuba, en lo fundamental de las áreas rurales, se nos presenta en las páginas de esta obra. Su autor, especialista en artes plásticas y etnología, nos aproxima al universo de la producción artesanal cubana, a través de un conjunto de géneros y piezas, las cuales han servido para satisfacer múltiples y variadas necesidades que se le presentan al hombre en su cotidianidad. Aquí se aborda el objeto de estudio, a partir de una conceptualización más

ajustada a la realidad objetiva y a las características de la producción artesanal en nuestro país.

• • •

## **Esclavos, patriotas y poetas a la sombra de la cruz**

**Manuel P. Maza Miquel, S.J.**

Centro de Estudios Sociales Padre Juan Montalvo, S.J., Santo Domingo, República Dominicana, 1999, 266 pp., 15 x 23 cm, rústica cromada.

RECORRIDO panorámico de cinco siglos de vida eclesial cubana y de la relación de la Iglesia y la esclavitud en Cuba, se unen a otros capítulos de esta importante obra que el autor subtitula: *Cinco ensayos sobre catolicismo e historia cubana*. Así se presenta un estudio del poema «West Indies, Ltd.» de Nicolás Guillén, junto a un análisis de José Martí referido a la lucha del Padre McGlynn; Cuba, Iglesia y Máximo Gómez, así como luna presentación de la personalidad del sacerdote y patriota Desiderio Mesnier, conforman por último este libro que, como indica su autor, sacerdote jesuita cubano, licenciado en Teología Fundamental y Doctor en Historia, “reúne una serie de artículos escritos en diversas ocasiones entre 1987 y 1997 y publicados en la revista *Estudios Sociales*. Los comentarios favorables de colegas y entusiastas de esta temática me han llevado a pensar que estos escritos pudieran servir para que otros investigadores profundicen más en estos temas”.

• • •

## **Los silencios quebrados de San Lorenzo**

**Rafael Acosta de Arriba**

Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, Editorial José Martí y Ediciones Boloña, La Habana, Cuba, 1999, 220 pp., 13 x 18 cm, rústica cromada.

TEMA CENTRAL de esta valiosa obra, —la presencia de Carlos Manuel de Céspedes— resulta un conjunto de los textos de su autor —Doctor en Ciencias Históricas, Profesor e

Investigador Titular—quien nos vincula felizmente a una producción de múltiples textos relacionados con el Padre de la Patria publicados durante un lustro en varias revistas especializadas. En sus páginas, encontraremos una línea que guía hacia la personalidad histórica del gran bayamés, recepción historiográfica y literaria, como la reflexión de su pensamiento y acción, expuestos en ensayos y estudios críticos sobrios y amenos, ofreciendo en estas páginas una elocuencia que nos conduce a la lectura apasionada y vigorosa, como la propia vida del Iniciador del 10 de Octubre de 1868, que se nos refleja en ellas.

• • •

## ***Ecología y sociedad. Estudios***

**Editores científicos:**

**Carlos J. Delgado Díaz  
y Thalía M. Fung Riverón**

Editorial de Ciencias Sociales,  
Instituto Cubano del Libro

—S.S.A.G., S.L. Impresores, Madrid, España—,

*Colección Tierra y Espacio,*

La Habana, Cuba, 1999,

272 pp., 11 x 17,5 cm,  
rústica cromada.

**REFLEXIVA Y PROFUNDA**, esta obra es resultado de trabajos realizados por un equipo de estudiosos de diferentes disciplinas que en su ejercicio profesional se proyectan acerca de estas temáticas. En sus páginas se aborda los retos que enfrentamos y su vinculación no sólo con los fenómenos ecológicos, sino también con las medidas sociales, lo cual nos abre el camino para revertir tal desafío, ser capaces de medir las consecuencias de nuestros actos cotidianos, para así no condenar a las futuras generaciones a vivir en un planeta moribundo. Libro de actualidad, este que nos presenta el Centro Nacional de Investigaciones Científicas y la Sociedad Cubana de Investigaciones Filosóficas.



• • •

## ***Cultura popular tradicional cubana***

**Colectivo de autores**

Centro de Investigación  
y Desarrollo de la Cultura Cubana  
Juan Marinello y Centro de Antropología,  
La Habana, Cuba, 1999,  
208 pp., 11 x 17,5 cm,  
rústica cromada.

**MARAVILLOSO UNIVERSO** de la cultura popular tradicional y el devenir étnico cubano, expuestos en expresiones regionales con su dinámica histórica, quedan sintética pero profundamente mostrados en el conjunto de textos de esta obra. Su equipo de autores lo conforman especialistas del Centro Juan Marinello, el Centro de Antropología y el Centro de Investigación y Desarrollo de la Música Cubana; ellos nos transmiten esbozos acerca de las creaciones populares mantenidas, recreadas y transmitidas por el cubano, en proceso secular de satisfacción de necesidades materiales y espirituales.

• • •

## ***De Compostela a Espada. Vicisitudes de la Iglesia Católica en Cuba***

**Rigoberto Segreo Ricardo**

Editorial de Ciencias Sociales,  
Instituto Cubano del Libro

—S.S.A.G., S.L. Impresores, Madrid, España—,

*Colección Historia de Cuba,*

La Habana, 2000,

172 pp., 10,5 x 16,5,  
rústica cromada.

**UN LARGO PROCESO DE REORGANIZACIÓN** interna desarrolló la Iglesia Católica en nuestro país. En las precisiones reflexivas del autor — Doctor en Ciencias Históricas, Profesor Auxiliar en la Facultad de Humanidades del Instituto Superior Pedagógico de Holguín— se nos permite adentrar no en la historia de la Iglesia, sino en un período histórico que conduce desde los inicios plantacionistas y de formación nacional, hasta un hacer pensar en la liberación.

Diego Evelino de Compostela y Vélez, desde 1687, y Juan José Díaz de Espada y Fernández de Landa, con su arribo a la Isla en 1802, constituyen polos de todo un proceso de extensión de las instituciones eclesiásticas y su consolidación, hasta un quehacer ilustrado, con pensamiento de modernización y evolución social. . . .

***Lo que nos corresponde.  
La lucha de los negros  
y mulatos por la igualdad  
en Cuba. 1886-1912***

***Aline Helg***

Ediciones Imagen Contemporánea,  
Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz,  
La Habana, Cuba, 2000,  
382 pp., 15 x 23 cm, rústica cromada, ilustrado.

**EXHAUSTIVA INVESTIGACIÓN** de la profesora e investigadora suiza Aline Helg culmina con la publicación de esta obra —primera edición en inglés por University of North Carolina Press, USA, 1995— y cuya traducción y versión editorial en español es ahora realizada gracias a la colaboración del Gobierno de la Confederación Helvética. En sus páginas, la autora hurga en la importancia histórica de los mulatos y negros en Cuba, partícipes en la construcción de una nación independiente, como también agentes del proceso de cambio político y social en la transición que resultó período crítico en los finales del siglo XIX, de colonia española, a nación-Estado de la primera década del XX.

En sus reflexiones, la destacada intelectual suiza penetra en la dinámica ideológica y el accionar desarrollados en un proceso que tenía presentes a grupos dominantes y subordinados, en el contexto de lucha por la igualdad de mulatos y negros, en la teoría, práctica y vida cotidiana, así como el accionar de esta raza en aristas de las relaciones sociales, económicas y políticas de la mayor de las Antillas.

Esta importante obra ha recibido los premios Wesley Logan de la Asociación de Historiadores (norte) Americanos, 1995; Elsa Goveia de la Aso-

ciación de Historiadores del Caribe, 1997; Conmemorative Gordon K. Lewis de la Asociación de Estudios del Caribe, 1998. . . .

***Premios de la  
Crítica / 1999***



**EN TEMÁTICAS DE LAS CIENCIAS SOCIALES** para reconocer a los autores cubanos en esta esfera y destacar su significación cultural, aportes al desarrollo de la sociedad y estimular a las editoriales que trabajan en estas áreas del conocimiento, trabajó el *Jurado*, integrado por los especialistas *Estrella Rey Betancourt* (presidenta), *María del Carmen Barcia Zequeira*, *Justo Chávez Rodríguez*, *Ana Julia García Dally* y *Antonio Ravelo Nariño*, quienes decidieron premiar a los autores siguientes y sus obras:

***Fe Iglesias: Del ingenio al central***, Editorial de Ciencias Sociales

***Rosa María González López: Felipe Poey***, Editorial Academia

***Margarita Silvestre Oramas: Aprendizaje, educación y desarrollo***, Editorial Pueblo y Educación

***María Elena Benítez Pérez: Panorama sociodemográfico de la familia cubana***, Editorial de Ciencias Sociales

***Virgilio López Lemus: La décima constante***, Fundación Fernando Ortiz

***Luis García Pascual*** (compilación): *Destinatario José Martí*, Casa Editorial Abril



. . . . .



***Fe Iglesias:***  
**Del ingenio al central**

Editorial de la Universidad de Puerto Rico,  
San Juan, 1998;  
Editorial de Ciencias Sociales,  
La Habana, 1999.

**ESTA OBRA SIGUE EL CURSO** del proceso histórico cubano del siglo XIX en relación con el desarrollo de la industria azucarera. La autora aporta claves fundamentales para el mejor conocimiento de la compleja transformación por la que transitaron los ingenios azucareros cubanos al transformarse en centrales de moderna tecnología y eleva capacidad de producción, mediante el proceso conocido como de concentración azucarera. El estudio de la industria azucarera cubana del XIX en la obra de Manuel Moreno Fragonals *El ingenio*, estuvo limitado en su alcance temporal al período anterior al proceso de concentración azucarera y esta obra asume a plenitud el estudio de este proceso, a partir de la multiplicidad de factores que en él participan.

***Lázara Menéndez:***  
**Rodando el coco**

Tesis doctoral, Universidad de La Habana.

**LA PRESENTE INVESTIGACIÓN** aborda con un alcance transdisciplinario los cambios socioculturales propios de la santería cubana durante los años 90 y su trascendencia en los valores existenciales de los practicantes. Con un enfoque cultorológico, la autora logra desentrañar la problemática contradictoria del complejo proceso de identidad-diferencia, y la pervivencia de prejuicios condicionados por la situación subalterna de los creyentes, lo que hace posible determinar las regularidades existenciales de este universo. Estudia su mundo visual y el imaginario, como parte de la cultura nacional, lo que se relaciona con su actual proyección internacional. Este trabajo representa un significativo paso de avance como resultado de tres décadas de experiencia investigativa y docente.

***Rita María Buch Sánchez:***  
**José Agustín Caballero,  
el iniciador de la reforma  
filosófica en Cuba**

Tesis doctoral, Universidad de La Habana.

**RESULTADO DE VARIOS AÑOS** de investigación sobre la historia de las ideas en Cuba a fines del siglo XVIII y principios del XIX, el trabajo centra su atención en la obra de José Agustín Caballero, la influencia que tuvo la sociedad criolla desde fines del XVIII y, en particular, en la enseñanza de la filosofía en la Gran Antilla. El núcleo del trabajo es el análisis de la proyección social y del pensamiento de José Agustín Caballero a partir del quehacer del Seminario de San Carlos y San Ambrosio y de su obra *Philosophia Electiva*, junto con sus artículos, discursos e informes. La autora realiza un análisis integral de la obra de Caballero y esto se evidencia en su amplia bibliografía activa y pasiva. Estos textos constituyen un significativo aporte a la historia del pensamiento cubano.

***Adelaida de Juan:***  
**José Martí: imagen crítica  
y mercado de arte**

Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1997.

**EL LIBRO PRESENTA**, por primera vez, de forma coherente y sistematizada, un ordenamiento de las ideas de José Martí acerca de la obra de numerosos creadores en las artes plásticas y la arquitectura, en relación con sus apreciaciones sobre el mercado del arte —entonces naciente— y el papel de la crítica, ejercida brillantemente por el propio Martí. A diferencia de otros acercamientos parciales, la autora basa su análisis en cómo, dentro del ideario martiano, esos tres elementos (creación, arte y mercado) se relacionan entre sí para dar lugar al hecho artístico moderno. Lo anterior resulta una precoz concepción martiana que sólo se ha generalizado durante la segunda mitad del siglo XX.

**Amaury B. Carbón Sierra:**  
**El latín en Cuba**

Tesis doctoral, Universidad de La Habana.

**EL TRABAJO OFRECE** una valiosa y pormenorizada información sobre uno de los campos del conocimiento menos estudiados y más desconocidos en la historia de Cuba, en general, y de la lingüística en particular. El autor propone y fundamenta una nueva cronología en cuanto al desarrollo específico de la enseñanza del latín y de uso académico en Cuba, en oposición a la prevaleciente de Antonio Bachiller y Morales. La investigación permite determinar el alcance de los estudios de las lenguas clásicas en Cuba y, en particular, del latín. Sienta las bases que contribuyen al estudio sobre la presencia de autores clásicos latinos en autores cubanos y sus obras literarias, dramáticas, jurídicas y científicas en general.

**Urbano Martínez Carmenate:**  
**Domingo del Monte  
y su tiempo**

Ediciones Unión, La Habana, 1997.

**IMPORTANTE BIOGRAFÍA** de Domingo del Monte, una figura capital de la cultura cubana, a cuyo derredor se nuclearon dos generaciones de escritores y artistas durante las décadas del 20, 30 y parte del 40 del siglo XIX. Del Monte auspició publicaciones periódicas, tertulias, reuniones y traducciones de lo más actual de la literatura mundial de su tiempo. Permitió la agrupación y la consiguiente toma de conciencia sobre la identidad cubana en aquella intelectualidad insular y pese a ello nunca había sido biografiado. El autor ha trabajado ingentemente con múltiples fuentes cubanas y extranjeras para reconstruir la fructífera vida delmontina en todas sus facetas: familiar, intelectual y económica.



**Silvia Domenech Nieves:**  
**Cuba: ¿Capitalismo  
o socialismo?  
Hacia el tercer milenio**

Editora Política, La Habana, 1998.

**EL LIBRO ESTUDIA LA REALIDAD** económica cubana de los difíciles años 90; para ello, la economía se investiga a partir de una propuesta metodológica: el enfoque sistémico del equilibrio, que posibilita mostrarla en su íntima relación con el resto de las esferas sociales y, desde ella, profundizar en las características esenciales que delimitan y determinan el actual proceso de reconstrucción económica del país y brindar una visión global e integral de este proceso. En las conclusiones se destaca que la posición estratégica adoptada por la Revolución no es, por consiguiente, un regreso al capitalismo marginal, sino enfrentar un proceso extremadamente difícil, contradictorio y complejo, sin transformar la esencia del proyecto social y sin perder estabilidad.

**Olivia Miranda Francisco:**  
**Articulaciones  
de las tradiciones  
ideológicas culturales  
revolucionarias, el marxismo  
y el leninismo en Cuba**

Instituto de Filosofía, CITMA.

**SE TRATA DE UN TEMA** novedoso, tanto por el método de investigación que propone para el estudio del pensamiento cubano en los siglos XIX y XX, como por el contenido y la estructura del concepto *articulación*, que pone en primer plano la especificidad de la inserción del marxismo y el leninismo en las culturas nacionales de Cuba y de América Latina. Este enfoque se emplea consecuentemente en los análisis del pensamiento de hombres como Julio Antonio Mella, Rubén Martínez Villena, José Carlos Mariátegui y sus continuadores, desde Pablo de la Torriente Brau y Blas Roca, hasta Fidel Castro y Ernesto Che Guevara. La acuciosa y extensa bibliografía utilizada son parte del rigor del trabajo, así como su inmediata aplicabilidad en la docencia y en la propia investigación.

Esta revista *Debates Americanos* quiere dejar en sus páginas la memoria de dos importantes historiadores fallecidos a inicios del año 2000.

**Carlos del Toro González**, quien naciera en La Habana, el 18 de octubre de 1936, desde muy joven se vinculó a la lucha revolucionaria contra la dictadura batistiana; con el triunfo de enero de 1959 se incorporó al Estado Mayor del Ejército Rebelde, funda el semanario *Verde Olivo*, dirige la revista *Moncada*, y participa como corresponsal en eventos de trascendencia nacional como la firma de la Primera Ley de Reforma Agraria, así como en el Festival Mundial de la Juventud en Viena. Con posterioridad, desarrolló tareas culturales en la provincia de La Habana y como director de las Escuelas de Arte.

Durante aquellos años, nuestro inolvidable colega desempeñó diversas responsabilidades en la Misión Permanente de Cuba ante Naciones Unidas en Ginebra, profesor de Historia en la Universidad de La Habana y redactor especializado en asuntos históricos del diario *Granma*. Ya su interés por los estudios de la Historia le habían llevado a graduarse en la licenciatura de esa disciplina social en la Universidad capitalina, donde también fue director de la revista *Historia*. Desde 1989 hasta su fallecimiento, el 21 de enero del 2000, ocupó el cargo de Investigador Titular del Instituto de Historia de Cuba.

Como resultado de su amplia trayectoria intelectual recibió varios premios y reconocimientos, entre ellos el Premio Ensayo 26 de Julio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, 1973, y el Premio Ensayo en el concurso "El Arte por la Causa del Pueblo de la India después de su Inde-

pendencia"; por su trayectoria militante y revolucionaria, fue merecedor de varias distinciones. Decenas de artículos, ensayos y comentarios vieron la luz en publicaciones especializadas, mientras diversos fueron sus libros editados: *El movimiento obrero cubano*, *Fernando Ortiz y la Hispano-Cubana de Cultura*, *Diego Vicente Tejera. Textos escogidos*, *La muerte de Antonio Maceo*, *Personalidades cubanas en la obra de Juan Marinello*, y *El gobierno de Alfredo Zayas y el injerencismo imperialista*. Al morir, Carlos dejó una importante obra en proceso editorial: *La alta burguesía cubana. 1920-1958; fisonomía y dinámica socioclasistas*.

Su quehacer, de historiador y académico, tuvo presencia destacada en la Unión Nacional de Historiadores de Cuba y la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe, así como en la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba, la Unión de Periodistas de Cuba y la Sociedad Cubana de Historia de la Ciencia y la Técnica.

En sus palabras de despedida, el director del Instituto de Historia de Cuba, el licenciado Manuel López Díaz señaló: "Los que le conocimos y trabajamos junto a él, pudimos percatarnos de su modestia, sencillez y espíritu solidario, que lo distinguieron en sus relaciones fraternales con sus compañeros de trabajo y lucha. Al morir Carlos del Toro, perdemos un entrañable amigo, la ciencia histórica cubana, a un destacado profesional y, la Patria, a uno de sus mejores hijos".

**Federico Brito Figueroa**, destacado historiador venezolano, nació en el estado de Aragua, el 2 de noviembre de 1921. Al morir, en pleno quehacer

profesional, acababa de ser nombrado por el presidente de la República Hugo Chávez como rector de la Universidad José María Vargas. Brito Figueroa es considerado, junto con Miguel Acosta Saignes, uno de los fundadores de la historiografía marxista venezolana. Estudió en México, donde se graduó en la Escuela Nacional de Antropología e Historia como etnólogo y maestro en Ciencias Antropológicas con la tesis *Desarrollo económico y proceso demográfico en Venezuela* (1958). Aquí ya desarrolla algunos temas que luego ampliaría en su conocida *Historia económica y social de Venezuela* (1966), su obra concebida en cuatro enjundiosos volúmenes. A esa primera etapa corresponden sus trabajos *La liberación de los esclavos en Venezuela* (1949) y *El marxismo y la antropología* (México, 1957).

Con apenas 17 años de edad, Brito Figueroa se incorporó al Partido Comunista de Venezuela (1939) y fue organizador del movimiento campesino en el estado de Aragua, hasta que pasó en los años de 1945 a 1949 a estudiar en el Instituto Pedagógico Nacional, donde se graduó de profesor de Historia y Geografía. De 1950 a 1952 estuvo confinado al estado de Yaracuy por sus actividades políticas. En San Felipe ejerció la docencia y realizó una investigación que más tarde publicaría con el título de *Visión geográfica, económica y humana del Estado Yaracuy* (1951). Esta obra, junto a los folletos *Miranda, pasión de la libertad americana* (1950); *Ezequiel Zamora: Un capítulo de la historia nacional* (1951); *Humboldt y la estructura social de Nueva España* (México, 1956); *Panamá 1826-1956: Bolívar contra el colonialismo y el imperialismo* (México, 1956) fueron sus obras iniciales que lo inscriben entre los pioneros de la historiografía marxista en Venezuela y América Latina.

Posteriormente, Brito estudió en México, se puso en contacto con representantes de la escuela de los *Annales*, como el francés François Chevalier, y desde entonces se interesó por nuevos temas de la historia económica y social. Obtuvo en la Universidad Central de Venezuela también títulos de licenciado en Historia (1960), licenciado en Antropología (1961) y doctor en Antropología (1962). En esta segunda etapa de su fructífera vida impulsó los estudios sobre la formación de la propiedad territorial en Venezuela y dio a conocer *La estructura económica de Venezuela colonial* y nuevos tomos de su ya clásica *Historia económica y social de Venezuela*.

Federico Brito Figueroa, quien obtuviera el Premio Casa de las Américas en 1967 con *Venezuela siglo xx*, recibió otros muchos reconocimientos y se desempeñó como profesor universitario en varios centros de educación superior, formando a varias generaciones de historiadores venezolanos. En calidad de profesor visitante ofreció cursos en varias universidades extranjeras y estuvo en Cuba en diversas ocasiones. Fue autor de 65 libros y folletos, que constituyen una significativa contribución a la comprensión de la historia venezolana en el contexto latinoamericano y mundial. También publicó centenares de artículos y ensayos en periódicos y revistas especializadas. Entre otros reconocimientos había recibido la Medalla Lenin, otorgada por el Presídium del Sóviet Supremo de la URSS, así como las órdenes venezolanas Andrés Bello, Ezequiel Zamora y José María Vargas.



\* \* \*

La **Fundación Cultural y Científica Iberoamericana José Martí**, organización no gubernamental recién constituida en España, fue de manera oficial presentada en Cuba en noviembre del 2000, cuyos proyectos se encaminan al fomento de las relaciones en Iberoamérica y su integración, por la defensa de nuestras raíces culturales y la divulgación de la proyección de sus ideas, así como la difusión del pensamiento martiano y de otros grandes pensadores de la Península y Latinoamérica, en el destaque de figuras contemporáneas de la cultura, pensamiento y ciencia.

Esa Fundación la preside el doctor Rafael Portaencasa Baeza, ex rector de la Universidad Politécnica de Madrid y su vicepresidente primero el doctor Armando Hart Dávalos, director del Programa Martiano de Cuba; sus presidentes de honor lo son el premio Nobel de Literatura, José Saramago y el premio de la Paz, Adolfo Pérez Esquivel.

\* \* \*

Quedó convocado por el Ministerio de Cultura de Cuba el **II Congreso Internacional Cultura y Desarrollo** en junio del 2001, con el objetivo central de aunar las proyecciones no sólo de escritores y artistas, sino también a todos los sectores que trabajan por vincular, como una necesidad social, la cultura y el desarrollo, en un contexto reflexivo por el intercambio de ideas entre personalidades, grupos o instituciones, así como organizaciones no gubernamentales, organismos nacionales e internacionales.

\* \* \*

El **Centro de investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello** dio a conocer en septiembre los distintos premios otorgados por esta institución a todos los convocados en el país durante 1999. Estos premios anuales son referidos a *Investigaciones Culturales*, el *Memoria Viva* —por el rescate, revitalización y conservación de la cultura popular tradicional—, *Preservación de Tradiciones*, el de *Rescate y Revitalización*, *Categoría Proyección Artística*, *Ensayo Sociocultural* y el premio *Becas de Investigación Sociocultural*.

\* \* \*

También, en septiembre, se dio a conocer la entrega del **Premio Príncipe de Asturias a la Concordia** a las 22 Academias de la Lengua Española, por la constancia y tenacidad en pro del idioma y como instrumentos de entendimiento y concordia entre nuestros pueblos de lengua española, de unos 400 millones de personas en todo el planeta.

\* \* \*

**Premio Internacional Benito Juárez 1999-2000** le fue entregado el 26 de julio del 2000 al *Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz*, presidente de los Consejos de Estado y de Ministros de la República de Cuba, en reconocimiento a su destacada lucha a nivel mundial por la independencia, la autodeterminación de los pueblos, la no intervención en los asuntos internos de los Estados y la solución pacífica de los conflictos. En las palabras de entrega de este prestigioso galardón en su medalla de oro, con el rostro a relieve del Benemérito de las Américas, Benito Juárez, la antropóloga mexicana Berta Zapata Vela, presidenta-fundadora del Comité Organizador de este Premio expuso que éste resultó ampliamente apoyado por más de 230 organizaciones no gubernamentales y por diversos partidos políticos de México y de otros países. El Premio Internacional fue otorgado por vez primera, en 1989, al luchador sudafricano Nelson Mandela. Otras personalidades internacionales lo han recibido, como el Premio Nobel Rigoberta Menchú Tum, el ex presidente Daniel Ortega, el líder chicano César Chávez y al obispo de San Cristóbal de las Casas, Chiapas, Samuel Ruiz García.

\* \* \*

**Orden José Martí** a la mejor bailarina nacional de todos los tiempos y *prima ballerina assoluta* *Alicia Alonso*, le fue entregada por el Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz a fines de diciembre del 2000, decisión por parte del Consejo de Estado de la República de Cuba dados los singulares



méritos personales, profesionales y artísticos, y su infatigable trabajo como fundadora de la Escuela Cubana de Ballet, directora general y coreógrafa del Ballet Nacional de Cuba.

\* \* \*

**Orden Félix Varela de Primer Grado** en sus 80 cumpleaños a la doctora *María Teresa Linares*, otorgada por el Consejo de Estado de la República de Cuba; de un amplio y profundo quehacer investigativo y académico, directora de importantes centros nacionales como el Instituto de Etnología y Folclor de la Academia de Ciencias de Cuba y el Museo Nacional de la Música, también recibió el *Premio Nacional de Investigaciones Culturales 1999* en el conjunto de su obra científica en pro del desarrollo de la cultura cubana y por sus aportes de relevancia nacional e internacional en esa esfera.

\* \* \*

**Premio Tirso de Molina** uno de los certámenes de mayor importancia de los textos teatrales en el contexto hispanoamericano, le fue conferido al dramaturgo y guionista cubano *Julio Cid* por su comedia en ocho cuadros "Cabaiguán-La Habana-Madrid", seleccionada entre unas 276 piezas a concurso de autores de renombre españoles y de una decena de países latinoamericanos.

\* \* \*

**Premios Nacionales José Martí y Juan Gualberto Gómez.** del año 2000 fueron entregados en reconocimiento, el primero, a la obra de toda su vida, al conocido caricaturista *Manuel Hernández*, quien desde el diario *Girón* de Matanzas, continuó su quehacer artístico desde los años de trabajo en *Juventud Rebelde* y *DDT*; el segundo de periodismo anual se le confirió, en prensa escrita a *Juana Carrasco* de *Juventud Rebelde*; a *Ester Barroso* del sistema informativo de la TV cubana, en radio de la CMHW de Santa Clara a *Abel Falcón*, mientras en prensa gráfica y cine, respectivamente, los lauros recayeron en *Ahmed Velázquez*, fotorreportero de *Granma Internacional*, y el documentalista de fama internacional, *Juan Padrón*. Por el conjunto de su significación en la comunicación y orientación del pueblo, el Jurado entregó un reconocimiento especial a las *Mesas Redondas* informativas e instructivas.

\* \* \*

**Premio Nacional de Artes Plásticas** le fue conferido a *Ruperto Jay Matamoros*, quien desde 1937 trabaja como pieza principal en la historia de la pintura *naif* cubana (primitivo) y que desde la primera década revolucionaria conoció de los medios culturales del país. Nacido en San Luis, Santiago de Cuba en 1912, al decir de su premio, el maestro confesó: "me siento como un árbol viejo cuando recibe la lluvia para que siga produciendo".

\* \* \*

**Premio Anual de Música, UNEAC-2000** estimuló a dos de las glorias del quehacer musical contemporáneo en el país: *Jorge González Allué*, camagüeyano nacido en 1910, de amplia creación artística en piezas clásicas criollas como "Amorosa Guajira" y quien después de Amadeo Roldán, musicalizara versos de Nicolás Guillén, y *Jesús Ortega*, un genuino representante de la escuela cubana de guitarra, de virtuosismo en el dominio de tan encantador instrumento.

\* \* \*

**Premio Juan Rulfo 2000** al poeta argentino *Juan Gelman*, durante la Feria Internacional del Libro en la ciudad mexicana de Guadalajara; autor de unos 25 libros, difusor de cultura y activo trabajador en el periodismo, nacido en Buenos Aires en 1930, radica en México después que por su militancia política desde la izquierda marxista al movimiento peronista Montonero, ante el golpe militar en 1976, tomó el camino del exilio trágico, lo cual le hiciera exclamar en versos aquello que en su vida lo llevó al exilio, su amor por la libertad y la búsqueda.

Asesinados su hijo y nuera, logró encontrar, a su nieta en Uruguay tras penosa búsqueda, en abril de este año.

\* \* \*

**Premio Príncipe de Asturias** en el año 2000 al escritor  
—narrador y ensayista— *Augusto Monterroso*, nacido en Guatemala  
hace 79 años; de prosa brillante y alegre, uno de los mejores narradores de lengua hispana,  
resulta célebre por un cuento, el más corto del mundo: *El dinosaurio*, de sólo siete palabras.  
“Cuando desperté, el dinosaurio todavía estaba allí”.

\* \* \*

**Medalla de la Amistad** al Director General de la Editorial australiana Ocean Press,  
*David Deutschmann*, le fue entregada en la sede del Instituto Cubano  
de Amistad con los Pueblos, una prueba de gratitud como intelectual vinculado,  
desde hace años, al movimiento de solidaridad con Cuba. De sus palabras  
de agradecimiento, puntualizó: “Más que cualquier otra cosa, es la labor  
de la Editorial Ocean Press la que merece este reconocimiento de hoy”.

\* \* \*

**Premio Nacional del Humor**, y por primera vez,  
al humorista, escritor y periodista *Héctor Zumbado* quien alcanzó,  
entre otros muchos, este merecido galardón. En este arte, de por sí difícil,  
de hacer reír, su obra de manifiesta autoctonía y de aguda reflexión deviene, sin dudas,  
imbricadas a la trayectoria de la cultura nacional.

\* \* \*

En la Feria Internacional del Libro de La Habana, 2001,  
entre los **Premios Nacionales** anunciados para la nueva edición de esta fiesta  
del libro se encuentran el de **Literatura**, a uno de los grandes  
de las letras contemporáneas, *Antón Arrufat*  
y el de **Edición**, a uno de los fundadores del movimiento editorial  
cubano, *Ambrosio Fornet*, ambos figuras de primera línea en el quehacer  
de la cultura cubana. A ellos se unirán nuevos laureados en las esferas  
del **Diseño**, de la **Crítica Literaria** y de **Ciencia y Técnica**,  
así como los de las ediciones **Pinos Nuevos**, en sus diversas especialidades.

\* \* \*

Como parte de las actividades que vienen desarrollándose  
por el **150 aniversario del natalicio del Héroe Nacional cubano**,  
a conmemorarse el 28 de enero del 2003,  
en el Centro de Estudios Martianos (CEM) se presentó la edición conjunta  
del *Manifiesto de Montecristi* y *La historia me absolverá*,  
libro publicado por la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado  
y la Oficina del Programa Martiano. Otras obras del CEM  
verán la luz próximamente, centro de publicaciones que cuenta,  
desde 1977, con más de un centenar de títulos, no sólo de textos martianos  
o de autores referidos a la obra de José Martí, sino también  
materiales que se corresponden con la actualidad  
de su pensamiento. En este contexto editorial  
se destaca el inicio de la Edición Crítica de las *Obras completas*,  
ya en sus tomos I, II y III desde finales del 2000  
y con perspectiva inmediata en sus volúmenes IV y V.

\* \* \*

En los últimos días de diciembre del 2000 conocimos de la elección del **Premio Nacional de Ciencias Sociales** correspondiente a este año: al doctor Eduardo Torres-Cuevas, presidente de la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz de la Universidad de La Habana y director de sus Ediciones Imagen Contemporánea y de esta revista *Debates Americanos*, la cual hace una excepción al publicar estas notas previas al texto de elogio presentado por el doctor Eliades Acosta Matos, director de la Biblioteca Nacional José Martí y miembro del Jurado que otorgó el Premio, a entregarse en la Feria Internacional del Libro de La Habana-febrero 2001.

Graduado de Bachiller en Ciencias y Letras en 1962, desde 1969 desempeñó funciones como instructor de Filosofía en la Universidad habanera, donde se gradúa de Licenciado en Historia en 1973, para después obtener, en 1980, la categoría docente de Profesor Titular y el grado académico de Doctor en Ciencias Históricas en 1990, además de tener la categoría de Investigador Titular.

Durante años, como profesor universitario, ha impartido cursos en las escuelas de Historia, Filosofía, Periodismo, Ciencias Políticas, Sociología, Artes y Letras, Economía, Derecho y Psicología; también en el Instituto Superior Pedagógico Enrique José Varona, el Instituto Superior de Ciencias Médicas y en otros centros universitarios del país; en la actualidad, como docente en la Facultad de Filosofía e Historia. Trabajos de diploma, tutoría de tesis de doctorado y cursos de postgrado, en Cuba y en el exterior, constituyen a su vez muestra de la amplia actividad académica del profesor Torres-Cuevas.

Durante los años 90 del siglo que concluye, también ha desempeñado actividades en universidades franceses en tesinas de *Maitrise* como consultor y tutor: París VIII, Pau, Aix en Provence y Perpignan, además consultor, tutor o miembro de tribunales en tesis de *Doctorat* en aquella nación europea. Entre 1991 y 1995 fue *Professeur Etranger Invité* de las universidades de París VIII y de Perpignan; mientras, entre 1995 y 1997 trabajó como *Professeur Associé* en la universidad de Aix en Provence, como profesor invitado en centros académicos alemanes de Leipzig y Rostock, además de impartir en esos años cursos especiales de *Agrégation* —concurso nacional superior para profesores de Francia— en Civilización y Literatura Latinoamericana.

Diversos son sus artículos, ensayos y libros publicados referidos a la historia nacional y el pensamiento emancipador de figuras raigales como obispo de Espada, Félix Varela, José Antonio Saco, José Martí y Antonio Maceo. Más de cuatro decenas de investigaciones académicas han estado bajo su dirección en temas referidos a las estructuras socioeconómicas de la evolución cubana, de las ideas en Cuba y las mentalidades, la historia institucional de la Iglesia Católica y de la evolución de la masonería, entre otros. Centros académicos y de las ciencias sociales en nuestro país y en el exterior, cuentan con su incansable accionar intelectual que le han hecho merecedor, entre otras distinciones, medallas y premios nacionales, las distinciones por la Educación y por la Cultura Nacional; medallas José Tey, Frank País y Carlos J. Finlay; y por dos ocasiones los premios del Ministerio de Educación Superior al Mejor Logro Científico, de la Crítica Científico-Técnica y a la mejor obra publicada que otorga la Academia de Ciencias de Cuba.

## Elogio del doctor Eduardo Torres-Cuevas

Hace 17 años, un joven recién graduado de Historia de la Filosofía, recién llegado también de sus estudios en la entonces aparentemente sólida Unión Soviética, y recién ascendido a teniente de las Fuerzas Armadas, trataba de ponerse al día en los temas más actuales del pensamiento cubano, del cual había estado ausente durante cinco años, devorando todos los libros que encontraba a su paso y que hubiesen sido publicados, sobre todo, por la Editorial de Ciencias Sociales.

En medio de tan ardua tarea (recordarán muchos de los presentes que, por 1983, publicaba abundantemente esta querida Editorial, y también que parte del catálogo era de bastante difícil digestión), cayó en sus manos una *Historia del pensamiento medieval*, con prólogo de un profesor de la Universidad de La Habana. De este libro, botín de una incursión a “Cuba Científica”, en los tiempos gloriosos en que todavía los libreros conversaban y recomendaban lecturas inteligentes a sus clientes, más que las lecciones de Santo Tomás de Aquino, San Anselmo o Guillermo de Occam, le quedó impresa en la memoria al recién graduado, recién llegado y recién ascendido oficial, el nombre y los apellidos sonoros, casi de marqués peninsular, de esforzado cruzado o guerrero de la Reconquista, del autor del prólogo... Desde entonces no olvidaría que en Cuba había personas como Eduardo Torres-Cuevas capaces de emitir sus propias definiciones y conceptos alrededor de una ciencia tan venerable como la filosofía, con más de 26 siglos de existencia y las mejores cabezas de la humanidad a su servicio.

No sería exagerado decir que la lectura de aquel autor, que hablaba en cubano cuando trataba los temas recurrentes y trascendentales de una teología y una época llena de citas sagradas y latines, reconcilió a aquel lector con una forma de hacer y pensar, de escribir y polemizar, nada alemana por cierto, a la cual otras muchas lecturas europeas le habían inclinado a desdeñar, como a formas epigónicas de hacer filosofía, sin atisbos de originalidad y carentes de resonancias universales. Desde entonces, y hasta hoy, Eduardo Torres-Cuevas es una referencia, y su vida y obra, un ancla segura clavada al fondo de ese río tempestuoso, frecuentemente desbordado para alegría de todos, que es el pensamiento cubano más genuino.

No sólo por aquella acertada e inspiradísima frase martiana con que nos atrapó “Nuestra América” (“Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra”), sino también reaccionando contra aquel mal chiste del peor Fernando Savater (“No se puede ser, a la vez, filósofo y cubano”), el ejemplo de Eduardo Torres-Cuevas, y su Premio Nacional de Ciencias Sociales, 2000, constituyen un acto de elemental justicia, y también una declaración de principios. El jurado que este año lo escogió para tan prestigioso reconocimiento entre los nominados, cumpliendo el mandato del cual me honro hoy en hacer este “Elogio...”, tuvo en cuenta su trayectoria científica ejemplar, sus aportes concretos al desarrollo, estudio y promoción del pensamiento cubano, su incansable labor de rescate de todas las figuras que han alumbrado el camino largo y espinoso transitado por nuestra nación, desde la colonia hasta la libertad, y también, quizás entre las más convincentes razones, su demostrada capacidad, callada y tenaz como debe ser si es sincera, de servir a su patria, de ser puente para quienes vendrán y testigo de quienes ya no están.

Una tenue pero perceptible línea une a los grandes de la historia del pensamiento cubano, desde Arango y Parreño, Varela y Saco, hasta Martí, Marinello, Ernesto Guevara o Fidel Castro: la vocación de servir, de poner las luces

y la vida al servicio de la causa mayor, la de la propia nación. Es una senda de sacrificios, de dolor y sinsabores, muy alejada de la muelle vida académica y de la generosa retribución con que se logra, sobre todo en estos tiempos globalizados, domesticar el pensamiento y ponerlo a pastar en regiones inofensivas, acrílicas.

Continuador de esta línea es el doctor Eduardo Torres-Cuevas, y esto lo hace a él y a su obra, en alguna medida, una especie de recordatorio viviente y actuante de que existe una estirpe de hombres de ideas en Cuba, que son también hombres de honor y principios, que comparten con el pueblo su destino y que, pudiendo vivir en el dulce limbo que se oferta a quienes reniegan, se empecinan en demostrar que puede pensarse con dignidad sin inclinar la frente, sin callar las verdades, sin ser aquiescentes ni contemporizar con quienes, por los dineros húmedos del imperio, o del buen vivir, olvidan sus raíces y las exigencias del bien vivir. Son, si se quiere, y lo es Eduardo definitivamente, un tipo de insurrecto ideológico, de rebelde filosófico, de apalencado literario, de habitante aguerrido de eso que, bien pudiera llamarse, nuestra manigua ilustrada, aunque hoy Savater, como tampoco ayer Menéndez y Pelayo o don Juan Varela y Alcalá Galiano, sean capaces de entender.

Nacido en 1942, tiene el doctor Eduardo Torres-Cuevas la dicha de haber sido profusamente publicado en su país y de ser un bien conocido investigador citado y estudiado en pleno apogeo creador. Su autoridad en los ambientes universitarios y académicos resulta indiscutible. Un respeto verdadero envuelve su figura y su palabra, elegante y profunda, cuando habla. Es uno de quienes prestigia a las instituciones que lo invitan a impartir una conferencia; uno de los imprescindibles de estos tiempos. No se puede ya dejar de citarlo al hablarse, por ejemplo, del ideario de Antonio Maceo, de la influencia de la Ilustración y la Revolución Francesa en Cuba, del Gran Oriente de Cuba y las Antillas y su labor en pro de la siembra de ideas libertarias, de las relaciones históricas entre Haití y Cuba, de la trayectoria ejemplar del movimiento estudiantil universitario, de Saco y la polémica de la esclavitud, del obispo Espada, y, sobre todo, de Félix Varela, grande en las virtudes y en los principios, lamentablemente olvidado por nosotros durante años.

A todos estos temas ha dedicado nuestro homenajeado, al menos una obra. Todas ellas son ya clásicos de nuestra historiografía. Sus extensos aportes diseminados por publicaciones de medio mundo muestran la variedad de sus intereses cognoscitivos y su honesta verticalidad intelectual, sin medias tintas, al abordar asuntos tan disimiles como la Comuna de París, la Real y Pontificia Universidad de La Habana, el Partido Revolucionario Cubano, la Invasión, el Partido Liberal Autonomista, las clases sociales en Cuba, y la indagación de la cubanidad. Nunca ha disminuido el tono de sus argumentos por cálculos cortesanos, ni dejado de llamar a las cosas por su nombre. No ha buscado aplausos fáciles con posturas ni temas cómodos, por eso nunca le han faltado los aplausos. Sólo la verdad emociona; sólo la sinceridad abre todas las puertas y atrae respeto, aun de los enemigos. Sólo lo que en ella se cimenta va a perdurar mañana, cuando otros vengan a juzgarnos con la vara del tiempo. Para entonces la obra de la que hablamos y el propio Eduardo habrán crecido.

Con razón decía Confucio que “cuando las palabras pierden su significado, el pueblo pierde su libertad”, o lo que es lo mismo, cuando se restituye

a las palabras sus significados conculcados por vicios, temores o debilidad, se está haciendo un aporte concreto a la libertad de todos. Nunca debemos olvidar, las generaciones que nacimos con la Revolución, que entre los libertadores de Cuba estaban también los que, como Eduardo Torres-Cuevas, devolvieron el significado a las palabras que nos definían, a las figuras que nos precedieron, a los libros que teníamos que leer, a los sueños que estábamos obligados a soñar. Una deuda como ésta apenas se comienza a saldar con premios como el que entregamos en la tarde de hoy.

Se sienten vientos de fronda, se agitan los enemigos históricos de la nación cubana. El imperio vuelve a poner delante de sus legiones, como en tiempos de Roma, a las hordas bárbaras al servicio de los opresores de su propia raza. Son quienes ahora con engañosa suavidad y ademanes conciliares, tratan de demostrarnos que nuestra porfía es crepuscular y estéril y que nada puede hacerse contra el poder hegemónico; que debemos, en fin, volver al redil de donde partimos, porque así lo prescriben los buenos modales posmodernos, y que la docilidad es el único pasaporte permitido para acogernos a la última oportunidad de asimilación que le queda a la nación cubana. Se nos pide, cínicamente, que tenemos que “aprender a odiar un poco al siglo XIX cubano”, y reconstruir nuestra propia visión de la historia de Cuba privilegiando, como nuevo canon, a todos sus elementos conservadores. Se nos exige, en resumen, que dejemos de ser nosotros mismos, que nos diluyamos en las pequeñas recompensas que se dispensan a los invertebrados de nuestra época, y que olvidemos.

En las nuevas batallas que se avecinan estará al frente, entre los primeros, campeón de nuestra causa y dispuesto a pelear por ella a pie o a caballo, como buen caballero, el doctor Eduardo Torres-Cuevas, nuestro flamante premiado. Lo hará exponiendo el pensamiento íntegro de Varela, de Saco, o de Luz, incluso de los autonomistas: mejor servicio no se le puede pedir, ni arma más mortífera blandir en la pelea. Con él entrarán en combate, por la causa de Cuba, ese vasco astuto que fue el obispo de Espada y la ceiba habanera del Templete, metáfora tropical del árbol de las libertades y los fueros de Guernica; los librepensadores como Ascencio de Ascencio; la tribu ejemplar de los Maceo; Diego Vicente Tejera, socialista ingenuo; la Cátedra de la Constitución de un joven presbítero de apellido Varela; y el pueblo mestizo cubano, el magnífico pueblo de la manigua y las luchas revolucionarias, el mismo que hoy, por mediación de un jurado y con la voz prestada de aquel joven recién llegado, recién grado y recién ascendido, que soy yo, 17 años después, viene hasta aquí a testimoniarle a uno de sus mejores hijos, al querido y respetado doctor Eduardo Torres-Cuevas, que su vida y su obra honradas ahora con este más que merecido Premio, siguen siendo un ancla segura del pensamiento cubano, que nos fija al fondo de la nación, a lo más seguro del lecho sobre el que corren, en perenne aluvión, los tiempos desbordados en que vivimos.

*Eliades Acosta Matos*



## BIBLIOTECA DE CLASICOS CUBANOS

---

Surge con el fin de promover el conocimiento de las obras de  
nuestros más destacados hombres de pensamiento

### CLÁSICOS DE LOS ORÍGENES DEL PENSAMIENTO EMANCIPADOR (HASTA 1868)

---

### CLÁSICOS DE LA LIBERACIÓN Y DEL CAMBIO (1868-1920)

---

### CLÁSICOS DE LA REPÚBLICA, LA REESTRUCTURACIÓN Y LA CRISIS (1920-1959)

La Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz, en coordinación con  
otras instituciones, crea, con este empeño editorial, la biblioteca que  
demanda quien quiera conocer el porqué de una historia y, también,  
a quienes la hicieron y la escribieron

Ediciones  
IMAGEN CONTEMPORÁNEA

---

Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz. L y 27, Vedado, Ciudad de La Habana, Cuba.  
Telf: 32-6841





En este número

**Trayectoria  
de la historiografía cubana  
en el siglo xx**

•  
**Historia e historiografía  
de la fase insurreccional.  
1952-1958**

•  
**Playa Girón:  
Kennedy ante un dilema**

•  
**Historia, sociología  
histórica, revolución en la  
historia latinoamericana,  
nuevo paradigma  
historiográfico**